

En busca de la poesía del fútbol

Una aproximación a su genealogía,
rasgos culturales y sentido

En busca de la poesía del fútbol

Una aproximación a su genealogía,
rasgos culturales y sentido

Guillermo Alonso Meneses

Alonso Meneses, Guillermo

En busca de la poesía del fútbol : una aproximación a su genealogía,
rasgos culturales y sentido / Guillermo Alonso Meneses. – Tijuana : El
Colegio de la Frontera Norte, 2014.

256 pp. ; 14 x 21.5 cm

ISBN: 978-607-479-136-5

1. Fútbol – Aspectos sociales. I. Colegio de la Frontera Norte (Tijuana,
México).

GV 943.9 .S64 A5 2014

Primera edición, 2014

© D. R. 2014 El Colegio de la Frontera Norte, A. C.
Carretera escénica Tijuana-Ensenada km 18.5
San Antonio del Mar, 22560, Tijuana, Baja California
<www.colef.mx>

ISBN: 978-607-479-136-5

Coordinación editorial: Érika Moreno Páez

Corrección y formación: Logos Editores

Última lectura: Juan Carlos Rosas Ramírez,

Amaranta Caballero Prado y Cristina González

Diseño de portada: Juan Carlos Lizárraga/Xaguaró

Impreso en México/*Printed in Mexico*

Índice

INTRODUCCIÓN. Antropología, <i>poiesis</i> futbolística y erótica interpretativa	11
CAPÍTULO 1. Algunas referencias teóricas para un enfoque antropológico del deporte como juego competitivo . . .	19
Hombre, juego, cultura y humanidad	24
El universo sociocultural y los (con) fines del juego	32
Elementos transculturales para la contextualización del deporte contemporáneo	37
El juego deportivo, la competición al límite y la violencia	46
CAPÍTULO 2. Noticias sobre los antiguos juegos competitivos con esféricos	53
La invención de la pelota y de los juegos con esféricos blandos	59
Juegos de pelotas entre pueblos exóticos: mayas, aztecas y otras etnias nativoamericanas	65
Fútbol y carnaval: la práctica del fútbol premoderno en Europa occidental frente al <i>calcio</i>	71
CAPÍTULO 3. Inglaterra, la madre del deporte moderno y de los siameses fútbol y rugby	81
Factores infraestructurales e ideológicos en el modelaje del fútbol y el rugby	88

La institucionalización del fútbol moderno: federaciones, clubes, negocios	95
CAPÍTULO 4. Mundialización, inmigración y el mestizaje	
americano de “O Rey” fútbol	111
La criollización del fútbol bajo la Cruz del Sur	121
De Veracruz a Pachuca, de Anáhuac a Aztlán: bosquejo histórico del fútbol mexicano	128
CAPÍTULO 5. La aleación internacional	
y eclosión fractal de los símbolos del <i>football</i>	143
La arquitectura simbólica del fútbol y la forma extraña de algunos campos de juego	146
La (meta)naturaleza del juego: significados e identidades en el fútbol	154
CAPÍTULO 6. Usos socioculturales del fútbol: desvíos,	
fricciones identitarias y violencia	167
Colores, nacionalismos, clubes que son más que un club e identidades	172
La violencia en el fútbol	179
CAPÍTULO 7. Usos socioculturales del fútbol: fiestas,	
aficionados, ficciones, sentido	199
El misterioso significado de algunos partidos de fútbol	210
La poética del balón y del pie: juego, belleza, literatura, sentido	220
CAPÍTULO 8. Recapitulación e inconclusiones	
en clave <i>levistraussiana</i>	229
Referencias	239

*La poesía recuerda lo que los dioses, los pueblos
y las naciones no recuerdan aunque circunde su
existencia.*

(Maurice Blanchot, 1993)

El fútbol es juego y en el juego todo es fantasía.

(Guillermo Reimann, 1993)

*Se asume, en este libro, que lo poético y lo po-
lítico son cosas inseparables; y que lo científico
está implícito en ello, no en sus márgenes. O sea,
como en todo proceso histórico y lingüístico.*

(James Clifford y George E. Marcus, 1991)

*No renunciaremos –oh, Keats– a ningún objeto
de belleza, engendrador de eternos goces.*

(Alfonso Reyes, 1995)

Introducción

Antropología, *poiesis* futbolística
y erótica interpretativa

La poesía –según Maurice Blanchot en *L'Entretien infini*– recuerda lo que los dioses, los pueblos y las naciones no recuerdan aunque circunde su existencia. Desde que tengo uso de razón, siempre presumí que existía una historia del fútbol más densa en detalles de la que se solía rememorar en los medios de comunicación, porque los libros de primaria, bachillerato o preparatoria nada decían para fastidio de todos. Ningún maestro se atrevió a saltarse el temario oficial –esto no es un reproche– y jamás se nos explicó la historia del fútbol, que era algo que usualmente ocupaba nuestras horas de recreo entre clases o el ocio de las tardes y de los fines de semana. Por eso, cuando leí a Blanchot y descubrí un nuevo sentido más sutil y profundo en el concepto de la poesía, entendí que más que rehacer su historia, lo que hacía falta era buscar la *poesía del fútbol*, algo así como reconstruir una antihistoria oficial que inevitablemente sería parcial a partir de una erótica hermenéutica que siguiera los designios apotéticos y las *irrealidades visibles* del juego de la investigación.

El presente trabajo se ajusta a un *leitmotiv* sencillo: busca la *poesía* del fútbol desde la antropología para alcanzar su *poética*.

Indaga en la realidad sociocultural para averiguar la manera en cómo ese deporte, en cuanto heteroestructura cultural, (re) produce sentido. Esto, de forma indirecta o paradójica, implica también la indagación en cómo la antropología, ese especial discurso sobre el hombre, esa *heredera atormentada* de varias corrientes heterogéneas de pensamiento (Lévi-Strauss, 1975b), produce sentido. Este posicionamiento disciplinar es tan heterodoxo como el título y el *leitmotiv* de este libro, acaso porque este trabajo-y-estudio de antropología cultural –como artefacto cultural que es– está imbuido por aquella idea de Susan Sontag cuando abogaba por una *erótica del arte* como paso necesario para encontrar nuevas perspectivas desde las que pensar la experiencia artística. Tal como lo sintetizó Andreas Huyssen:

una erótica del arte que sustituyera el asfixiante y bochornoso proyecto de la interpretación académica. [...] la postura de Sontag, en su tiempo, era relativamente radical en el sentido de que insistía en la presencia, en una experiencia sensual de los artefactos culturales (1988:229).

Llegados aquí queda claro que el fútbol, la poesía o la antropología son artefactos culturales susceptibles de ser utilizados creativamente y que, en consecuencia, este trabajo en buena parte se inscribe en lo que se denominó antropología posmoderna en la década de 1980. Acaso uno de los últimos intentos públicos encaminados a cuestionar desde la antropología “el asfixiante y bochornoso proyecto de la interpretación académica” imperante. A este respecto, habría que aclarar que la antropología posmoderna así como lo posmoderno son conceptos difíciles de definir con una amplia base de acuerdo.

Y es que, efectivamente, todavía hoy no hay un amplio acuerdo sobre qué es la posmodernidad. Para Axel Honneth, la posmodernidad sería “aquella forma de sociedad en la que todas las maneras de obrar y formas de exteriorización culturales a las que se sienten impulsados los hombres puedan existir unas al

lado de las otras con iguales derechos” (1988:639). Para Antonio Negri, “la postmodernidad reasume un periodo de crisis y de desarrollo del sometimiento de la sociedad y del trabajo bajo el mandato del capital, como lo había hecho el romanticismo” (1988:643). Y si estas definiciones no fueran suficientes, acaso ésta del filósofo Javier Sádaba nos ofrezca la clave del problema: “El postmoderno sabe que nada se puede fundar, ni siquiera su no fundación” (1988:664).

Aquí, no obstante lo anterior, se entiende lo posmoderno en el sentido en que Huyssen plantea, refiriéndose al arte, el *posmodernismo de resistencia*:

La forma en que esta resistencia puede articularse en obras de arte de manera que satisfaga las necesidades de lo político y las de lo estético, de los productores y de los destinatarios, no puede ser prescrita, y quedará abierta al juicio, el error y el debate. [...] La cuestión no es eliminar la tensión productiva entre lo político y lo estético, entre la historia y el texto, entre el compromiso y la misión del arte. La cuestión es incrementar esa tensión, aunque sea para redescubrirla y replantearla dentro de las artes y la crítica (1988:241).

Esta perspectiva de Huyssen, que como vimos antes es deudora de Susan Sontag, abre la argumentación a dimensiones legítimas y fundantes de todo conocimiento como lo político y lo estético, la historia y el texto, las cuales muchas veces han estado extirpadas o acriticamente separadas por un academicismo conservador. Dicha perspectiva conecta además con reivindicaciones hechas por la antropología desde tiempo atrás, por ejemplo cuando Clifford y Marcus señalaron: “Se asume, en este libro [*Writing Culture*, 1986], que lo poético y lo político son cosas inseparables; y que lo científico está implícito en ello, no en sus márgenes. O sea, como en todo proceso histórico y lingüístico” (1991:26-27). De hecho, lo poético, lo político y lo científico no tienen por qué estar separados en un mismo enfoque o trabajo,

sin embargo, este tipo de planteamientos epistemológicos fueron considerados posmodernos o, si se prefiere, heterodoxos o radicales.

Sin embargo, desde la antropología se ha insistido en más de una ocasión en ese sentido. Robert N. Bellah, en el Prefacio a la obra de Paul Rabinow (1992) *Reflexiones sobre un trabajo de campo en Marruecos*, publicado originalmente en 1977, decía de ésta que es una contribución –entre otras cosas– al desmantelamiento de la barrera que separa el academicismo de la poesía.

Puesto que el autor nos ha recordado que un hecho es, etimológicamente, algo que “se hace”, nosotros podemos destacar que la palabra griega *poiesis* significa “hacer” y que el poeta es “el que hace”. Pero los materiales que el poeta utiliza no son tanto hechos cuanto símbolos y relatos, o más bien hechos que en sí mismos constituyen símbolos y relatos (Bellah, 1992:21).

Y también desde la filosofía se ha señalado la necesidad de ese acercamiento. Por ejemplo, aunque se refería al pensamiento de izquierda y su relación con la cotidianeidad, el filósofo Francisco Fernández Buey habló de acercamientos similares al apuntar: “Está también en juego un cambio de enfoque en los asuntos prepolíticos. Lo diré plásticamente: creo que ha llegado el momento de que Marx lea a Leopardi. Manuel Sacristán hablaba hace ya tiempo de ‘marxismo trágico’” (Fernández Buey, 1991).

Entiendo que son suficientes estos argumentos –no sólo metateóricos– a favor de la pertinencia del enfoque y del título de este libro. Porque además existe una doble experiencia que respalda lo aquí realizado. Durante años, he encontrado y leído libros en librerías y bibliotecas lejanas entre sí, he jugado en campos, canchas, calles o playas de Tenerife, Barcelona, Hamburgo, Londres, París, Florencia, Montevideo, Buenos Aires, Foz de Iguazú, Tánger, San Diego, Los Ángeles, Seattle, Phoenix, Tijuana, Pachuca, Ciudad de México, Xalapa, Coatepec u Honolulú (aunque a Oahu fui a surfear); o también sobre el pasto

mojado por el rocío en la *rainforest* de Misiones, Argentina, o en la Huasteca, México. En todos esos lugares y otros que no mencioné, jugué formal e informalmente con gente que no conocía y que después de acabado el partido nunca más volví a ver –con excepción de amigos y conocidos–, lo cual ya habla de que el fútbol es un lenguaje universal o, al menos, una *lingua franca* que te permite interactuar con otros jugando. Es decir, espero que nadie dude que yo sé jugar al fútbol, que sé investigar y que sé escribir (aunque ignoro en cuál de las tres soy menos malo).

Este conjunto de experiencias significan que el juego lo tengo incorporado o encarnado en mi experiencia vital; la dimensión libresco y televisiva redondean esa concepción en mi imaginario y visión del mundo. Al final, ahora que ya tengo canas, he creído oportuno publicar *in extenso*. Sobre todo rescatando a autores, pasajes y libros que más de una vez remiten a relatos olvidados y exóticos significados que no tienen por qué conocer ni el especialista, ni el aficionado promedio. La síntesis final, insisto, necesariamente parcial, sólo puede pretender ser una contribución a futuros debates.

Buscar la poesía del fútbol, a pesar de lo apuntado hasta aquí, podrá seguir pareciendo un empeño extravagante, pero era una de las pocas maneras que quedaban para redimensionar sus posibilidades de evocación y análisis, ya que del fútbol se podría decir lo mismo que Giovanni Papini (1963) dijo del Diablo: “sigue siendo más popular que comprendido, más representado que desentrañado. Es necesario mirarle con nuevos ojos, acercarse a él con nuevo espíritu”. Éste, precisamente, es el objetivo de esta investigación, mirar con nuevos ojos al más popular y *mirado* deporte de pelota del mundo.

Pero, ¿qué puede aparecer de nuevo? Pues, por ejemplo, que ciertamente Inglaterra es la madre del fútbol, pero, como reivindican los uruguayos, el padre es Uruguay. Parafraseándolos, para mejor dar cuenta del fenómeno global, Inglaterra podría ser la madre del deporte –si acaso del moderno–; sólo que el padre es el resto de la humanidad. Estaríamos ante un caso canónico de

lo que Fernando Ortiz denominó transculturación. Cabe decir que los ingleses no inventaron nada, antes bien, la comunidad internacional encontró en la Gran Bretaña los juegos de pelota que casi habían desaparecido en la gran mayoría de los países bajo influencia occidental, porque allí se conservaban bien en forma de fútbol o rugby. Y es que con estos juegos de pelota habría ocurrido lo mismo que con el latín clásico, que cuando a finales del siglo VIII Carlomagno quiso recuperarlo para la *schola* medieval tuvo que ir a buscarlo a Irlanda, donde los monjes católicos lo habían conservado en sus monasterios.

Este argumento ganará más claridad cuando, más adelante, examinemos con ojo de joyero la naturaleza del moderno deporte y del fútbol. Ambos nacieron en distintos frentes y bajo circunstancias bien variadas: las *public schools*, las nuevas necesidades de ocio de las clases populares y obreras durante la Revolución Industrial, el club deportivo, etcétera. Y, claro está, fueron impulsados por personas muy distintas entre sí: estudiantes, exalumnos, aristócratas, proletarios, burgueses. Pero ahí no quedó la cosa, pues pronto se produjo la expansión del fútbol por el mundo entero a bordo de barcos de vela y de vapor.

De este modo, desde la célebre reunión en la Freemason's Tavern el 23 de octubre de 1863, en la que nace la Football Association (la FA de FIFA [Fédération Internationale de Football Association], o UEFA [Union des Associations Européennes de Football]), al fútbol no sólo le han revestido su desnudo cuerpo de juego con los ropajes del deporte federado y profesional, sino que además han creado un imperio comercial transnacional que lo explota. Una especie de cártel para su explotación comercial en régimen de monopolio.

Afortunadamente, el negocio no está reñido con esa filosofía futbolística que conjunta al juego con la búsqueda de la belleza. Emparentado con este discurso están, entre otros, César Luis Menotti, *Pacho* Maturana, Cruyff, Valdano, Pep Guardiola, Del Bosque. Todos ellos, en algún momento de sus vidas, han arquitectado un balompié creativo y dinámico, que constantemente

vacía u ocupa espacios, que exige evoluciones inteligentes e imprevisibles –movimientos individuales sincronizados al movimiento colectivo del equipo, no como un cardumen de peces sino como una orquesta sinfónica. Todo ello realizado al ritmo de atletas del siglo XXI, apostando por jugadores que le imprimen tal tacto e inspiración a las imprevisibles órbitas del balón o del juego, que resulta inevitable no comparar ese fútbol con la poesía.

Finalmente, esta búsqueda de la *poesía del fútbol* se llevó a cabo desandando algunas de las veredas olvidadas o ignoradas de este deporte. Primeramente, el lector encontrará un capítulo teórico que establece algunos fundamentos necesarios para construir un enfoque antropológico sobre los nexos entre el juego y el deporte, que dé cuenta de arenas tan disímiles como la de sus simbolismos o como la cuestión de la violencia latente. A partir del capítulo 2 y hasta el final se analizan y revisan distintos aspectos de la historia mundial del fútbol –en el sentido de conjunción de pasado y memoria–. Una empresa así sólo podía tomar forma tanteando en el oscuro pasado del juego competitivo y carnavalero del balompié o sopesando su parecido formal (anecdótico si se quiere) con algunos parientes lejanos (el *tla-tchli* maya, el *harpastum* latino, el *soule* del occidente europeo, el *calcio* itálico). Al final, tras desenterrar algunas de sus raíces como deporte moderno o desempolvar el significado de algunos de sus símbolos emblemáticos, creo haberme aproximado a comprender algo, tanto de sus rasgos culturales y entornos sociales en los que se practica, como de la dimensión poética del fútbol y de sus incontables sentidos.

Todo lo investigado, descubierto y expuesto en este trabajo permite reivindicar, no ya la existencia de cosas como la genealogía milenaria del fútbol moderno –que no la tiene– o un escondido reverso de parnaso paradisíaco –que tampoco lo tiene–, sino la pluralidad de formas y significados que adquiere un partido de fútbol en cualquier rincón del mundo. O que los juegos de pelota han desatado pasiones y violencias tanto en el pasado como

en el presente, despertando la simpatía de “salvajes” y “civilizados”, mujeres y hombres indistintamente.

A continuación, renglón tras renglón, hablaré sobre aquellos aspectos más significativos del fútbol, los que encarnan su poesía según mi personal lectura. Porque la poesía recuerda lo que los dioses, los pueblos y las naciones no recuerdan aunque circunde su existencia; y el fútbol tiene una larga y compleja historia. Asimismo, a lo largo de las páginas hay insertos pasajes de otros autores. La mayoría son ideas inteligentes o datos precisos que están perdidos en libros, revistas y periódicos, buena parte de ellos difíciles de encontrar. Los he traído a colación por su capacidad esclarecedora para rastrear la genealogía, rasgos culturales y sentido del fútbol y por lo que tienen de reconocimiento al trabajo de quienes nos precedieron.

Capítulo 1

Algunas referencias teóricas para un enfoque antropológico del deporte como juego competitivo

A los antropólogos del deporte les interesa en especial el flujo de relaciones existente entre el juego y el deporte como elementos de la cultura (Blanchard y Cheska, 1986). Unas relaciones que, a poco que profundicemos, nos muestran interesantes asociaciones y vínculos. Ya en la obra del alemán Karl Weule, *Ethnologie des Sports*, que data de 1925, se apuntaba la idea del origen deportivo de la cultura (Eitzen, 1984), de modo que en más de un sentido fue el predecesor de autores como el filósofo Ortega y Gasset y su breve ensayo “El origen deportivo del Estado” o esa obra clásica de Johan Huizinga: *Homo ludens*.

Homo ludens, que puede traducirse como el hombre lúdico, hombre jugador o que juega, fue publicada originalmente en 1938 y es el primer trabajo fundamental en el estudio del juego y del deporte en relación con la cultura; en ella Huizinga argumenta y defiende su ya conocida tesis del origen lúdico de la cultura: “El juego existió antes de toda cultura” (1987:33). Esto es “que la cultura surge en forma de juego, que la cultura, al principio, se juega” (1987:63). En su momento resultó revolucionario defender que *lo cultural* no comienza como juego ni se origina del

juego, sino que es, *per se*, juego. De esa forma el fundamento antitético y agonal de la cultura se nos ofrece ya en el juego, que es más viejo que toda cultura (Huizinga, 1987:94). Aunque resulta obvio, antes de continuar, apunto que *homo* u hombre, según reza el diccionario de la Real Academia Española en su primera acepción, es todo “ser animado racional, varón o mujer”; es decir, el *homo ludens* fue histórica e indistintamente una mujer o un varón.

Anteriormente, Ortega y Gasset (1966) había argumentado que el Estado surgió de una lucha (rapto) y posterior imposición de una voluntad. El club de solteros, guerreros y amantes como origen del Estado en los albores de Roma, con el rapto de las Sabinas; un origen que, por otro lado, también es festivo. Recuérdese que Ortega reconoce que el origen de –permitan la redundancia– “El origen deportivo del Estado” fueron dos conferencias dictadas previamente: “El sentido deportivo de la vitalidad” y “El Estado, la juventud y el Carnaval” de 1924. En su tiempo, aquélla fue también una tesis original y revolucionaria.

Ante la aseveración de que el deporte es juego y éste es el origen, no ya del Estado, sino de la cultura, ciertamente tesis no exentas de polémica, no tardaron en aparecer críticas a Ortega y a Huizinga, y surgieron así otras perspectivas no menos sugerentes y no por ello menos controvertibles. Sirva como contrapunto lo planteado por Adorno cuando sugirió que la cultura “surge en la lucha del hombre por conseguir las condiciones necesarias para la reproducción de su vida” (1984:51). Ambas posiciones, en principio, pueden parecer antitéticas, pero también se podría defender que la “lucha” de Adorno y el “juego” de Huizinga son en el fondo dos dimensiones o dos actitudes muy parecidas de una misma acción humana.

Sin embargo, resulta fundamental que Huizinga apuntase que la característica formal más relevante del juego es esa capacidad extraordinaria de abstraernos del curso prosaico de la vida corriente. Como si el hombre, jugando, se hubiera sustraído de la naturaleza y hubiera creado la cultura; ya Geertz (1992)

titulaba su estudio sobre las peleas de gallos en Bali, “Juego profundo” [*Deep play*]. Como si el juego absorbiese hasta relegar por momentos a un plano secundario “las duras superficies de la vida”, haciéndolas menos duras por medio del “fragor” del juego o por medio de mecanismos simbólicos que nos influyen síquicamente. Como cuando el portero de fútbol, ante el duro lanzamiento que se le quiere colar por la escuadra de la portería, vuela por el aire y cae sobre el duro suelo de tierra sin preocuparle lo más mínimo el (duro) golpe.

Se puede decir que *Homo ludens* fue la obra fundacional de los modernos estudios sobre el juego, tanto por el importante protagonismo que les otorga, como por las reacciones de signo contrario que provocó. Fertilísimas en el caso de Roger Caillois ([1961] 1986), ya que, especialmente con ambos autores, el juego y el deporte comienzan a dejar de ser ámbitos mal o poco estudiados, que es como decir mal o poco definidos, aceptándose a partir de entonces con amplio consenso el carácter interdisciplinar de la problemática y la necesidad de poner en práctica su estudio a partir de la movilización de distintas orientaciones epistémicas, metodológicas, teóricas e interpretativas. Posteriormente, también Guttman (1978) criticará la obra de Huizinga, a la que considera falta de referentes empíricos y más inclinada en su argumentación a la especulación ideológica; evidentemente la crítica de Guttman se hace desde postulados empiricistas que, debería resultar obvio, son incompatibles con los postulados sobre los que trabajó Huizinga. La desconcertante situación creada en el mundo académico por *Homo ludens* fue sintetizada por González Alcantud cuando planteó:

Las tesis de Huizinga estaban, pues, empujadas por el irracionalismo de entreguerras y los grandes sistemas explicativos civilizatorios y por las informaciones medievalistas y etnográficas, que sirvieron de sustento a su teorización del *homo ludens*. Mas, en cualquier caso, había abierto la brecha para contemplar histórica y antropológicamente la siempre presente y

multiforme cuestión del juego. Por lo demás, la visión de la cultura medieval que nos transmitió fue esencialmente lúdica, por oposición a la cultura de su tiempo, que hallaba empobrecida (1993:224-225).

El mérito de Huizinga, según Caillois, radica en el análisis profundo de las características esenciales del juego y en considerarlo como importante en el desarrollo de la civilización. Pero al exponerlo como si tuviera una unidimensionalidad psicológica, como si poseyera una hegemónica unilinealidad en su función y desarrollo, acaba falseando su realidad auténtica. La obra de Roger Caillois, *Los juegos y los hombres* (“La máscara y el vértigo” es su subtítulo), ha de entenderse como una “reacción” crítica a Huizinga. Si bien Caillois le reconoce que aquél fue el primero en plantear, con voluntad de análisis, las características fundamentales del juego y donarle una relevancia inédita en relación con la cultura, acabó observando que “descuida deliberadamente la descripción y clasificación de los propios juegos” (1986:27).

Precisamente es en esa dirección que se produce la aportación más importante de Caillois (1986:41 y ss.). Él ofrece los cuatro criterios –ya clásicos– para clasificar los juegos: *agon* (competencia), *alea* (azar), *mimicry* (simulacro) e *ilínx* (vértigo). Estos cuatro ámbitos o factores tomarían una dimensión más operativa en función de su ubicación en un eje de acción (de formas de jugar) comprendido entre dos categorías referenciales: *paidia* (fantasía) y *ludus* (control), algo así como entre lo dionisiaco y lo apolíneo, entre lo difuso y lo definido, entre el desorden y el orden.

De manera que el deporte, atendiendo a los criterios de clasificación y forma de jugar de Caillois, respondería –estructuralmente– a la clasificación *Agon-Ludus* y todas las matizaciones susceptibles de hacerse que giran en torno a ambos criterios. Sin embargo, desde el punto de vista de su funcionamiento o *performatividad* –del acontecimiento–, el deporte respondería a la clasificación *Alea-Paidia*. Un partido de fútbol o cualquier otro

deporte tendría una doble realidad: la de su estructura, guión o reglamento, y la de su juego, representación o acontecimiento.

Además, Roger Caillois partió del convencimiento de la existencia de estrechas relaciones de compensación o de connivencia entre los juegos, las costumbres y las instituciones:

Esa libertad, esa intensidad y el hecho de que la conducta se vea exaltada por ellas y se desarrolle en un mundo separado e ideal, al abrigo de toda consecuencia fatal, explican, según creo, la fertilidad cultural de los juegos y permiten comprender cómo la elección de que dan testimonio revela por su parte el rostro, el estilo y los valores de cada sociedad (1986:122).

Por supuesto, y no podía ser de otra manera en los debates teóricos, también el trabajo de Caillois fue relativizado. González Alcantud planteó: “El análisis de Caillois es esencialmente fenomenológico y taxonómico, no llegando a constituir una sociológica, verdadero basamento de la antropología” (1993:247). Sesgos disciplinares aparte, lo cierto es que la conceptualización del juego y el deporte en el seno de las ciencias sociales sigue abierta y la antropología ha contribuido con definiciones a este polémico campo. Por ejemplo, para Hunter y Whitten:

Los juegos son actividades recreativas, habitualmente competitivas, cuyo desarrollo procede según unas reglas fijadas previamente convenidas. Los juegos desempeñan un papel importante en el contexto social, y es a menudo a través de ellos que se aprenden habilidades necesarias para la subsistencia, al tiempo que sirven asimismo para que el individuo vaya identificándose con la función que, como adulto, debe cumplir en la sociedad. En sentido lato, los juegos representan modelos o simulaciones de actividades culturales (1981:403).

Llama la atención de esta definición esas *simulaciones de actividades culturales*, porque, en el fondo, la frontera entre la

simulación y la no simulación no siempre es nítida e inequívoca en cualquier ámbito de la sociedad. Llegado el momento, un individuo puede tomarse más en serio el juego que las obligaciones de su vida cotidiana, hecha de “serias” (y simuladas) actividades culturales. A. L. Kroeber decía que el juego es una actividad corporal inútil mas agradable (Titiev, 1985:344). Por tanto, las percepciones encontradas o los puntos de vistas divergentes son innumerables y las definiciones de lo que es el juego son imposibles de enumerar, lo que dificulta su conceptualización inequívoca. Lo importante, en cualquier caso, es constatar que el estudio e investigación del juego sigue teniendo un lugar marginal en las instituciones académicas y de investigación.

HOMBRE, JUEGO, CULTURA Y HUMANIDAD

Decía Borges: “Quizá la historia universal es la historia de unas cuantas metáforas” (1980:197). Después, unas páginas más adelante, tras desarrollar y exponer mejor esta tesis, concluyó matizando: “Quizá la historia universal es la historia de la diversa entonación de algunas metáforas” (1980:201). Tal vez algunas de esas metáforas a las que aludió Borges fuesen el hombre, el juego, la cultura y la humanidad. El *homo ludens*, el antecesor potencial del *homo sapiens sapiens*, habría creado la cultura jugando, dando inicio así a lo que Borges denomina historia universal cuyo protagonista principal fue el *hombre simbólico* del cual habló Cassirer.

Es más, se podría decir que el *homo sapiens sapiens*, el *homo ludens* y el *hombre simbólico* comparten el mismo y principal rasgo distintivo: su capacidad de simbolizar. Es decir, la humanidad radicaría en la capacidad de crear símbolos, jugar con ellos y comunicarlos. Visto desde otra perspectiva, cuando hace aproximadamente 200 000 años surgieron los primeros *homo sapiens sapiens* ocurrió un salto cualitativo en la evolución de la

humanidad, ya que aquéllos, “jugando”, comenzaron a conferirle un significado particular a un objeto que, al ser aceptado, entendido y compartido por los congéneres en sociedad, sentó las bases de ese conjunto de prácticas y significados arraigados en la vida de todo ser humano (que van desde una sicomotricidad específica al ethos, *habitus* o biopolítica distintivos de un pueblo) que en conjunto llamamos cultura. Porque tal como lo definió Leslie A. White, “El hombre es un ser único en cuanto que sólo él posee la capacidad de simbolizar, es decir, de atribuir significados, libre y arbitrariamente, a las cosas y los acontecimientos, a los objetos y a los actos” (1977:314).

Podría decirse entonces que, ciñéndonos siempre a criterios culturales y en términos siempre especulativos, el hombre empezó jugando –como tantos otros animales– y, jugando, aprendió a simbolizar; aprendió a metaforizar y a pensar por analogía, impelido por las variadísimas circunstancias que lo circundaban, entre otras, las de la colectividad. Además, parece verosímil que la capacidad de simbolizar del hombre surja principalmente del juego, o que fuera en sus inicios, sin más, juego.

Es evidente que, para jugar y simbolizar, hace falta una insustituible dosis de fantasía, y el análisis de este campo de la actividad humana no deja de ser complicado de abordar. Sin embargo, quizá este pasaje de Eduardo Galeano titulado “Celebración de la fantasía” sirva para validar la insondable conexión que puede inferirse existe entre el juego, la fantasía y la cultura:

Fue a la entrada del pueblo de Ollantaytambo, cerca del Cuzco. Yo me había desprendido de un grupo de turistas y estaba solo, mirando de lejos las ruinas de piedra, cuando un niño del lugar, enclenque, haraposo, se acercó a pedirme que le regalara una lapicera. No podía darle la lapicera que tenía, porque la estaba usando en no sé qué aburridas anotaciones, pero le ofrecí dibujarle un cerdito en la mano.

Súbitamente, se corrió la voz. De buenas a primeras me encontré rodeado de un enjambre de niños que exigían, a grito

pelado, que yo les dibujara bichos en sus manitas cuarteadas de mugre y frío, pieles de cuero quemado: había quien quería un cóndor y quien una serpiente, otros preferían loritos o lechuzas, y no faltaban los que pedían un fantasma o un dragón.

Y entonces, en medio de aquel alboroto, un desamparadito que no alza más de un metro del suelo, me mostró un reloj dibujado con tinta negra en su muñeca:

–*Me lo mandó un tío mío, que vive en Lima* –dijo.

–*¿Y anda bien?* –le pregunté.

–*Atrasa un poco* –reconoció (Galeano, 1993:27).

Este espontáneo ejercicio de fantasía infantil y andina referido por Galeano puede considerarse un impulso universal, ya Charles Baudelaire (1981), cuando habla de “El juguete del pobre”, recrea con acierto cuán natural e imaginativo pueden llegar a ser el instinto y las ganas de jugar cuando se les da rienda suelta. Los investigadores J. Linaza y A. Maldonado también arrojan luz sobre lo que pretendo argumentar cuando dicen: “en los juegos de imaginación lo importante no son las cosas, los objetos, sino lo que se puede ‘hacer’ con ellos” (1987:29).

Esa imaginación, esa fantasía, en más de un sentido anima la acción de jugar; se retroalimentan entre ellas. Y donde decimos fantasía o imaginación también podría decirse ingenio y el sentido continuaría siendo el mismo. Porque como apunta Lévi-Strauss a propósito de los nambiquara:

El ingenio es la forma intelectual de la generosidad. Un buen jefe da pruebas de iniciativa y de destreza. Él es quien prepara el veneno de las flechas. También es él quien prepara la pelota de caucho salvaje para los juegos a los que a veces se entregan. El jefe debe ser buen cantor y buen bailarín, alegre y dicharachero, siempre dispuesto a distraer a la banda y a romper la monotonía de la vida cotidiana (1988:335).

Todo apunta a que tanto la acción de jugar como la acción de simbolizar en grupo, entre individuos, cuando se hacen elemento cotidiano y recurrente, parecen que manipulan la idea de necesidad de acuerdo, de convención, de regla; de límite ficticio, artificial, que se puede vivir como una prescripción, una obligación o una prohibición, en ocasiones tan efectivas como un obstáculo material; límites éstos que también se pueden plantear como objetivo o meta. Al respecto, Sánchez Ferlosio en el artículo “Juegos y deportes” (1992) hizo hincapié en un rasgo clave por bidimensional y polivalente que tienen las reglas: su dimensión de limitación y de facultad operativa.

El límite artificial, creado simbólicamente como regla, prescripción o prohibición sería una de las ideas clave del juego y de la cultura. Las reglas estipulan qué se puede hacer y qué no, cómo se puede hacer y cómo no, o, visto desde otro ángulo, hasta dónde se puede llegar. La cultura aparece con las primeras formas y límites creados o establecidos subjetivamente. Tal vez por eso se ha dicho que la existencia universal de la prohibición del incesto es el origen de la sociedad (Lévi-Strauss, 1974). “La prohibición universal del incesto especifica, como regla general, que las personas consideradas como padres e hijos(as), o hermano y hermana, incluso nominalmente, no pueden tener relaciones sexuales y mucho menos pueden casarse uno con otro” (Lévi-Strauss, 1974:34). El tabú como límite moral y por tanto simbólico-cultural, y no como límite físico-natural. Aunque la tesis del tabú del incesto fue cuestionada por González Echevarría y San Román cuando plantearon:

Lévi-Strauss señala que el intercambio de mujeres por parte de grupos de hombres puede ser la forma básica y general de alianza, la forma por excelencia de lograr el empaste social [...] De todas formas, aún no contamos con una teoría comprensiva y sistemática sobre la prohibición del incesto, y pensamos que habrá que buscarla en la regulación de la sexualidad en general, como regulación de la procreación por parte del hombre, que

ha optado por dominar a las procreadoras ante su propia imposibilidad de tener, si no, hijos (1983:10).

Sea como fuere, lo que destacan Aurora González Echevarría y Teresa San Román de los argumentos de Claude Lévi-Strauss, es la noción y establecimiento (en este caso por dominación) de regla, de regulación. Planteado en estos términos hipotéticos, si el origen de la sociedad es una prohibición, el origen de la cultura podría ser la misma noción de regla o acuerdo convencional que prohíbe y (de)limita consciente o inconscientemente una acción, comportamiento regular o artefacto material. El *homo ludens* se hizo *sapiens* –jugando se hizo sabio– cuando le dio forma a sus juegos por medio de reglas que lo de-limitaban: (im)poniendo un término y una terminología.

Lotman y Uspensky (1979) defienden que la existencia mínima de reglas es la condición mínima indispensable para la formación de la cultura, derivándose de una de sus aplicaciones un elemento cultural tan importante y significativo como el tabú. Esta cuestión nos remite a los mecanismos que sustentan las prohibiciones: el prestigio de la autoridad (coerción), la amenaza del poder (coacción), las manipulaciones discursivas o persuasivas (retóricas socioculturales), etcétera. Pero antes de continuar conviene recordar a Freud, que planteó en su día:

En *Tótem y tabú* traté de mostrar el camino que condujo de esta familia primitiva a la fase siguiente de la vida en sociedad, es decir, a las alianzas fraternas. Los hijos al triunfar sobre el padre, habían descubierto que una asociación puede ser más poderosa que el individuo aislado. La fase totémica de la cultura se basa en las restricciones que los hermanos hubieron de imponerse mutuamente para consolidar este nuevo sistema. Los preceptos del tabú constituyeron así el primer “Derecho”, la primera ley (1990:43).

Sabido es que la tesis de Lévi-Strauss sobre el tabú y el origen de la sociedad ya está prefigurada en la obra de Freud *Tótem*

y tabú. *Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos*, publicada originalmente en 1913. Y resulta interesante el interjuego que realiza entre conceptos como superstición, tabú, animales totémicos, la prohibición de comerlos, el incesto, la exogamia (prescripción por la cual hay que contraer matrimonio fuera del grupo familiar), o el asesinato del padre originario para luego comérselo y suplantar su autoridad.

La regla en forma de tabú y el problema de su transgresión es un tópico recurrente en distintos pueblos y civilizaciones. Adán y Eva fueron expulsados del Paraíso Terrenal por romper una prohibición de Dios: el tabú de la manducación del fruto prohibido, la manzana, que podría ser una metáfora del tabú del incesto. Sin la noción de límite no puede haber prohibición y, aunque la regla como tal puede no ser tangible, su traducción a conducta observable en los comportamientos sociales la hace empírica. De hecho, lo mismo postuló E. Durkheim cuando dijo: “Los hechos sociales deben ser tratados como cosas” (1978:20).

Evidentemente, donde establecemos regla también podemos instituir un conjunto de éstas, lo que equivale a una estructura reglamentaria. A este respecto, la noción levistraussiana de estructura, en cuanto entidad que es a la vez empírica e inteligible, operaría como el negativo fotográfico de una realidad. Este concepto no está exento de polémica y fue redimensionado por A. Rosenbluth cuando afirmó que lo único que podemos conocer de los objetos y eventos que ocurren en el universo material es su estructura, una estructura que siempre se refiere a las relaciones abstractas y no a los agregados materiales concretos (1970:80). No obstante, la noción de estructura en Lévi-Strauss está abierta a la discusión, por lo problemático que ha sido su uso, tal como lo han señalado Rubio Carracedo (1973) o Umberto Eco (1981).

Sin embargo, es en ese sentido paradójico y multidimensional que reflejan la dialéctica regla/prohibición y la social/estructura (abstracta mas inteligible) como hay que entender el triple tránsito que planteó Lévi-Strauss –que en el fondo no es más

que uno, como él mismo puntualiza–, el que va de la animalidad a la humanidad, de la Naturaleza a la cultura y de la afectividad al intelecto (1965:146). Es decir, el tránsito de lo ordenado espontánea e inconscientemente, a lo ordenado reflexiva y experimentalmente. Orden establecido con reglas que responden a unos fines y unos medios, que marcan unos límites y unas modalidades de proceder y tienen un sentido. Esto es, el contexto básico de la vida humana es un juego sociocultural exactamente igual (salvando las distancias) al ajedrez, al fútbol, a las peleas de gallos, etcétera. De este modo, la tríada juego-fantasia-cultura tiene una dimensión concomitante en esa otra tríada humanidad-cultura-intelectualidad, donde la fantasía-ingenio del juego digiere el desorden azaroso de la realidad y lo transforma en orden.

La idea que subyace a este argumento contiene algo muy parecido –si no lo estoy interpretando mal– a lo señalado por Freud:

El orden, cuyo beneficio es innegable, permite al hombre el máximo aprovechamiento de espacio y tiempo, economizando simultáneamente sus energías psíquicas. [...] Evidentemente, la belleza, el orden y la limpieza ocupan una posición particular entre las exigencias culturales (1990:37).

El juego adquiere un orden al ser reglamentado, en el mismo sentido que el resultado de este orden/juego es la sociedad y la cultura como un hecho, lo cual conecta con Durkheim: “Un hecho social es toda manera de hacer, fijada o no, susceptible de ejercer sobre el individuo una coacción exterior” (1978:44). Es decir, los hechos sociales se plegarían a un juego subyacente, una estructura articulada sobre reglas, lo cual, desde un punto de vista epistemológico, remite a la tesis de Manuel Castells cuando señaló que el dualismo estructura/acción es el problema esencial de las ciencias sociales (1999:394).

Ahora bien, la cultura, que en términos de Geertz es la totalidad acumulada de sistemas organizados de símbolos significativos (1992:52), se caracterizaría por ser lo que en el fondo

reglamenta y ordena la vida social: el multiverso sociocultural como un entramado asociativo y simbólico (la estructura máxima o la totalidad acumulada). Y habría aparecido definitivamente cuando la experiencia y las obras comenzaron a acumularse y transmitirse entre generaciones por medios extragenéticos, esto es, en un contexto social, produciéndose una mayor dependencia de la cultura y una menor dependencia de la programación genética (Harris, 1985:72; Geertz, 1992). Así, todo medio de expresión y comunicación sociocultural se fundamenta en la convención o hábito colectivo reglamentado; ya Saussure (1972) señaló que la lengua es un hecho social o que el signo es social por naturaleza.

Tendríamos, pues, que toda regla como artefacto simbólico y como límite que prescribe un orden regular, más las formas que propicia y los valores que conlleva –todo junto– reglamenta, ordena y da sentido. Tal vez este pasaje de Saussure ilustre mejor el trasfondo de esta idea: “Verdad que los valores dependen también, y sobre todo, de una convención inmutable, la regla de juego, que existe antes de iniciarse la partida y persiste tras cada jugada” (1972:159). Por paradójico que parezca, el *homo sapiens sapiens* –los humanos modernos que somos doblemente sabios–, jugando, creó la cultura que moldea la existencia, especialmente la información simbólica relativa al comportamiento; con ese mismo comportamiento se dio a sí misma la humanidad.

El día que el hombre comenzó a reglamentar y ordenar, a (con)formar su vida simbólicamente, apareció la cultura. El animal-hombre se hace humano con la cultura; sin cultura el hombre es un animal o un no-hombre. Luego la cultura es todo lo humano, paradójicamente aquello que no existiría sin el hombre. La paradoja es evidente: los hombres, como productos artificiales que son (artefactos culturales, dice Geertz), deben su razón de ser al juego de la cultura, cuyo máximo logro fue la humanidad. Desde luego, si se plantea la pregunta de qué fue primero, la cultura o la humanidad, ésta quedará sin contestar.

Ahora bien, si Huizinga intuyó que el juego es la fuerza que anima a la cultura, que anima toda empresa cultural, y Caillois vio la posibilidad/necesidad de establecer criterios para clasificar el juego y hacerlo más inteligible, resulta que uno hizo hincapié en la *esencia* y el otro se preocupó en no olvidar la *apariciencia*: fondo y forma. Ambos reconocieron que el juego es algo así como una fuerza adscrita al ámbito del espíritu humano, o, si se prefiere, al ámbito de los seres vivos más evolucionados, y por eso mismo vital en la vida del hombre y, por tanto, en la cultura, la cual, desde Huizinga y Cassirer, sabemos que se juega simbolizando.

EL UNIVERSO SOCIOCULTURAL Y LOS (CON)FINES DEL JUEGO

Podría decirse que todo en la vida es jugar en el multiverso sociocultural donde el sentido y las reglas del juego suelen estar orientadas –entre otras direcciones– a la convivencia, a la coexistencia, a la reproducción humana/cultural, sin que ello suponga la negación del conflicto y la violencia. El protagonista de todo eso, el humano jugador, sería un recreador, un *bricoleur* en potencia, que según lo definió Lévi-Strauss: “su universo instrumental está cerrado y la regla de su juego es siempre la de arreglárselas con ‘lo que uno tenga’, es decir un conjunto, a cada instante finito, de instrumentos y de materiales” (Lévi-Strauss, 1975a: 36). Aunque Victor Turner propuso una perspectiva que trasluce la razón de ser del *bricoleur* al apuntar: “Play is the supreme bricoleur of frail transient constructions” (1983:222). El acto de jugar es el supremo *creador* de frágiles construcciones fugaces. El ser humano es un jugador y un *bricoleur* y su vida está hecha de “frágiles construcciones fugaces” puestas de manifiesto sobre la heteroestructura sociocultural donde le tocó vivir.

El juego (*play*) y los juegos (*games*) del multiverso sociocultural no se libraron de las fuerzas e intereses –políticos, económicos,

religiosos, ideológicos— que quisieron imponer unas reglas que les permitieran dominar el presente. En nuestras sociedades (en Occidente), el deporte en general y el fútbol en concreto son juegos amoldados a las imperantes características sociales. Sirven para organizar cosas como el tiempo libre u ocio, que son nociones o realidades básicamente occidentales, pero también para organizar el trabajo y los ámbitos económicos a él vinculados. En un contexto occidental y capitalista, el deporte ha asumido (o tal vez subsumido) la irrupción de intereses económicos y políticos en el ámbito general del juego. Se ha supeditado, en algunos contextos, a otros juegos más determinantes como el económico, el político o el religioso.

Todas las culturas ofrecen contextos o modelos de juego considerados tradicionales. Sin embargo, el deporte moderno ha acabado siendo algo así como el resultado de la domesticación, colonización o *industrialización* del universo de determinados juegos antiguos. Una transformación más de las desatadas durante la Revolución Industrial. A grandes rasgos, el deporte contemporáneo es el modelo de juego competitivo reformulado e impuesto por el capitalismo, y en pleno siglo XXI deportes como el fútbol-FIFA se han desplegado a imagen y semejanza de un negocio (*nec otium* o nada de ocio).

Negocio o no, el fútbol será en última instancia no lo que diga la FIFA, sino lo que quieran ver los aficionados. El sentido que quieran aprehender será lo importante, porque tal como reflexionó Saussure: “Una unidad material no existe más que por el sentido, la función de que está revestida” (1972:230). Aunque, como bien matiza: “un sentido, una función sólo existen por el soporte de alguna forma material” (1972:230). Ésta es, ni más ni menos, la lógica de todo símbolo: un referente material investido de sentido, de significado.

Estas contradicciones y arbitrariedades explican ya por qué el juego puede tender tanto a crear como a destruir. Máxime en medio del ímpetu vital del individuo que lo empuja a jugar (a ordenar y a desordenar) bajo el control cultural. El origen de

esta inercia o de esta estructuración es problemático de establecer, aunque algunas claves para dilucidarlo las dio Victor Turner (1983) que, en su ensayo “Play and Drama: the horns of a dilemma”, hilvana sus argumentos sobre tres *items* básicos: el sistema nervioso central, los hemisferios del cerebro y el juego como actividad. Al discernir la acción dramática o simbolismo visual, descubre que el juego es volátil y concluye: “El juego (*play*) es peligroso porque puede subvertir el orden social del hemisferio izquierdo” (1983:221). Precisamente las actividades del hemisferio izquierdo son las de carácter racional y serio: el orden.

Las distintas esferas culturales tienen mecanismos de control específicos y formales que, idealmente, están concebidas para amortiguar y corregir la conducta no siempre (pre)visible del individuo. Las culturas se equilibran internamente cuando son capaces de crear la falsa ilusión de que todos juegan a lo mismo o que, además, no queda más remedio o es lo menos malo que les podía tocar, o elegir. Ya Huizinga, refiriéndose a la ilusión del juego, nos recuerda que “ilusión” proviene de *inlusio*, literalmente “entrar en juego”. Y, lo que es más interesante, también señaló que en el juego, como en la cultura, lo que no se perdona es al aguafiestas, al que no juega (*spielverderber*: el estropeajuegos). Algo así como al disidente. El tramposo, en cambio, es tolerado; la trampa forma parte del juego, el que no juega no. Dicho con palabras de Caillois: “la deshonestidad del tramposo no destruye el juego” (1986:33).

Si ilusión significa entrar en juego, la concepción del hombre por parte de Huizinga no está tan lejos de la observada por Eugenio Trías, al menos si se acepta que ilusionarse y soñar están semánticamente muy próximas: “El hombre no es, como creía Ortega, o Zubiri, ‘animal de realidades’. El hombre es el animal soñador. O mejor: es el más soñador de todos los animales (y en ello está su drama y su tragedia; pues también padece malos sueños y terribles pesadillas)” (Argullol y Trías, 1993:98).

Las culturas corrigen o combaten ese *defecto* poniéndole reglas, límites estrictos a determinados juegos o a la vida en sociedad: el Código de Hammurabi, los Diez Mandamientos, el Corán, el Código Civil, la Constitución, las leyes y los estatutos jurídicos, etcétera, institucionalizando así los juegos estratégicos se los saca de la región donde se confunden la naturaleza con la cultura, se los expulsa del *paraíso* de las zonas espontáneas de la sociedad donde impera lo relativo y lo reversible, donde el jugador-*bricoleur* genera “frágiles construcciones fugaces”, para ser integrado en el *infierno* del orden de la cultura institucionalizada rígidamente, donde lo espontáneo y lo relativo están domesticados, controlados, atenuados e incluso erradicados: amenazado por reglas verdaderamente incontrovertibles, apodícticas, como la pena de muerte. Aunque lo relativo, como el *spielverderber* de Huizinga, como el contumaz disidente, como el juego que subvierte el orden social vía hemisferio izquierdo del cerebro, siempre estará latente en la cultura y en la humanidad.

El juego es el reino de lo relativo porque enseña a acertar y a fallar, a ganar y a perder, a comenzar y a acabar para volver a comenzar. Una antropología crítica de la cultura tendría que señalar la arbitrariedad y contradicción de las reglas del juego sociocultural (cuando lo sean) o de su aplicación arbitraria (cuando se haga), aunque ello suponga enfrentar a los individuos con el poder abusador y condenarlos al *terror de lo relativo* porque su orden siempre ha estado roto.

Tomo prestada la expresión *terror de lo relativo* de Enrique Estrázulas quien, refiriéndose a la poesía lunfarda o lunfardesca, según Carlos de la Púa, en concreto los poemas de *La crencha engrasada*, nos dice:

El ciclo histórico se cumple y llega, irremediablemente, por las venas. De ello se encarga la voluntad y la naturaleza. Pero en el campo de las cosas que están rotas, que lo estuvieron siempre, que el cristianismo ha simbolizado en el pecado original

y que seguirán enfrentando al hombre al terror de lo relativo, los “Poemas Bajos” junto a nuestra propia condición humana, continuarán interfiriendo (1969:26-27).

Enfrentar al individuo al *terror de lo relativo* puede ser una forma de concienciarlo, de arrojar luz sobre las reglas culturales (especialmente las inconscientes) del juego de la vida en sociedad. Es una manera de recordar que hay que jugar hasta alcanzar el límite infranqueable de la muerte: vivir es en más de un sentido jugar.

Una crítica antropológica del deporte debe conceptualizar lo deportivo con fines analíticos y poder así establecer mejor las relaciones latentes que lo afectan, aquéllas que están fuera del terreno de juego, especialmente las relaciones o intereses que manipulan a juegos e individuos, confirmando que el deporte es una heteroestructura y un soporte simbólico (un signo potencialmente significativo) de información sociocultural que puede vehicular cualquier sentido, mientras que los límites y convenciones, que los contenidos y valores, en fin, que el orden sociocultural, son de una fragilidad inimaginable. Esto, aunque en sentido más amplio, ya lo señalaba K. Lorenz en *La ritualización filogenética y cultural* cuando apunta:

Mientras las formas de conducta social originadas filogenéticamente estén ancladas en nuestra herencia y sigan existiendo para bien o para mal, una desviación de la tradición puede hacer que todas las normas culturales se extingan como la llama de una vela (1988:164).

Éste es un nuevo ejemplo que ilustra las *frágiles construcciones fugaces* que soportan el edificio cultural.

ELEMENTOS TRANSCULTURALES
PARA LA CONTEXTUALIZACIÓN
DEL DEPORTE CONTEMPORÁNEO

Detrás de cualquier práctica deportiva existe algo tan subjetivo como “toda una forma de entender la vida”, tal como lo declaró en su día Reinhold Messner, alpinista himalayista que tuvo en su haber 14 “ocho mil”; esto es, 14 ascensiones a picos de más de 8 000 metros, además de haber sido el primero en escalar en solitario sin oxígeno el Everest (conocido en la región como *Chomolungma*, *Zhūmùlǎngmǎ Fēng*, *Sagarmāthā*). Aunque los alpinistas himalayistas suelen distinguir entre los diferentes “ocho miles”: los duros (Everest, K2, Lhotse) y los menos duros (Gasherbrum II, Shisa Pagma o Cho-Oyu), además de distinguir entre las distintas aristas o vías de acceso que tiene cada pico, el récord de Messner es escalofriante.

Tal vez su hazaña o récord se comprenda mejor si recordamos que cuando en el mes de julio de 1953 el *sherpa* nepalés Tensing Butia y el neozelandés Hillary (nombro en primer lugar al nepalés; ignoro si fue el primero en llegar) lograban la ascensión al Everest, apellido inglés de un histórico supervisor general de la India, con el que se conoce mayoritariamente a la montaña y techo del mundo tibetano-nepalí, por cuya cumbre pasa la frontera entre Nepal y la República Popular de China, la prensa mundial se hizo eco por su excepcionalidad. Y aunque previamente, entre 1923 y 1924 Mallory e Irvine habían estado a punto de encumbrar el Everest, el encumbramiento de 1953 fue considerado la culminación de una “carrera” extraordinaria y una de las últimas proezas humanas como en su día lo fueron la conquista del Polo Norte y Sur o el descubrimiento de las fuentes del Nilo.

Varias décadas después, aquella proeza de 1953 se ha visto relativizada cuando llegó a darse el caso de que en un mismo día se producían más de 30 ascensiones al Everest o que su cumbre ha sido alcanzada por un japonés de 75 años o ha sido ascendida

al menos 20 veces por el nepalí Apa Sherpa. Es decir, hoy en día algunas *hazañas* de antaño están tan superadas que han quedado en meras *hazanas* (en el sentido de rutinarias tareas). Tanto es así que algunos dicen, con significativa ironía, que al Everest ya se sube y se baja con una periodicidad casi diaria. Esto nos sirve para comprender que algunos récords son límites que están para ser batidos y que en las últimas décadas muchos logros de antaño se relativizaron y han perdido su simbolismo original.

Paradójicamente, hay competiciones que no son tan duras como escalar el Everest, como el campeonato mundial de mecanografía para establecer a la persona más rápida escribiendo a máquina. Equiparable al campeonato celebrado entre camareros de Hong Kong, cuya especificidad consiste en llevar una bandeja, a la carrera, portando un servicio de té, o la carrera en la que se sube hasta la azotea del Empire State Building de Nueva York por las escaleras. También están los concursos de *misses* que en Venezuela constituyen un auténtico negocio, además de ser una disputa o competición de belleza; incluso las *misses* suelen representar a una marca comercial, como muchos equipos o escuderías deportivas. Los concursos de doma de caballo entre los gauchos argentinos o uruguayos, o entre los charros mexicanos o los *cowboys* estadounidenses vienen a ser otro ejemplo de trabajos domésticos no carentes de dificultad que han sido situados en el terreno de la competición deportiva y de la hazaña.

Esta maleabilidad de las competiciones a partir de una habilidad para generar concursos deportivos es un reflejo de intereses polivalentes y de la polisemia de los juegos. Las posibilidades de jugar a algo o de convertir algo en un juego son tales, que los niños cubanos durante lo peor de la crisis en la década de 1990 jugaron al *juego de la deuda externa* y los niños bosnios jugaron a la guerra en medio de la guerra (1992-1995). Otros participaron seriamente en la guerra y debe haber adultos que se toman la guerra como un macabro juego. Un derivado de esto último ha sido que en estos últimos años han aparecido ofertas de *competiciones deportivas*, englobadas en ese ámbito que se ha

denominado industria del ocio, en las cuales se enfrentan dos bandos pertrechados con material bélico de juguete y juegan a la guerra, en una simulación que se pretende lo más *real* posible y que no se agota con el *paintball* ni con los simuladores de aviones de combate.

Otras veces, jugar está mal visto e implica cierta mala predisposición. Tal como lo escuché en cierta ocasión: “jugando sólo están los niños, los jubilados y los vagos” (esto en boca de un tendero catalán que hablaba del mucho trabajo que había por aquellos días navideños en el centro de Barcelona). Pero el juego con connotaciones *negativas* no sólo se aplica a los niños, jubilados y vagos. Lévi-Strauss avisaba: “A menudo el estructuralismo es considerado una especie de juego abstracto y gratuito, sin relación alguna con la realidad, en el que se entretienen intelectuales más bien ociosos y refinados” (1974:45). Sea como fuere, el debate de esta cuestión sigue abierto.

El juego y el deporte, como formas culturales, son dos manifestaciones distintas. Como componente presente entre los mamíferos, el juego sería de esas actividades humanas que enraízan en los misterios de la vida. Acaso es instinto o impulso irreducible, manifestación de indómita vitalidad, tanto humana como animal, que unas veces busca placer, en otras provecho y en otras ambas a la vez. Según Freud:

Si aceptamos como hipótesis general que el resorte de toda actividad humana es el afán de lograr ambos fines convergentes –el provecho y el placer–, entonces también habremos de aceptar su vigencia para estas otras manifestaciones culturales, a pesar de que su acción sólo se evidencia claramente en las actividades científicas o artísticas (1990:38).

Algunos deportes son una elaborada forma cultural lograda en muchos casos a partir de elementos y actividades otrora cotidianos como la de gauchos, charros y vaqueros, aunque en otros casos se les puede haber perdido el rastro de sus orígenes

cinagéticos, de entrenamiento para la guerra, religiosos, etcétera. Así, por ejemplo, refiriéndose al origen heterogéneo de diversas prácticas *lúdicas* de la América precolombina, Fernando Ortiz nos dice que “el patolli, el comelagatoazte, el volador, el tlatchtli o batey y no pocos areyos fueron ceremonias, juegos o danzas de carácter giratorio y significación astronómica y meteórica” (1947:613). Hay actividades que pueden quedar en simple juego o, tras conocer un proceso de refinamiento en sus formas y contenidos, es decir, de “alambicado cultural”, acaban siendo otra cosa.

Este proceso de alambicado o refinamiento se observa en cualquier ámbito cultural. Huizinga lo alude al señalar: “El desarrollo del deporte, a partir del último cuarto del siglo XIX, nos indica que el juego se concibe cada vez con mayor seriedad. Las reglas se hacen más rigurosas y se elaboran más al detalle” (1987:232). Expresado con un símil, el camino que va del juego al deporte vendría a ser como el que va del derecho consuetudinario al “impreso” (al Código Civil, por ejemplo) o de la literatura oral a la escrita. Se desnaturaliza y acaba transformándose y constituyendo (o imponiendo) una nueva realidad.

Este proceso de refinamiento, susceptible de ser reconocido en cualquier elemento cultural complejo, está explicado e ilustrado un tanto alegóricamente, si se quiere, en el siguiente pasaje de Alejo Carpentier, cuando habla de “esa prodigiosa sublimación de lo elemental que, en la arquitectura, había transformado el trofeo de caza en bucráneo; la anilla de cuerdas que ciñe el haz de ramas del fuste primitivo, en astrágalo de puras proporciones pitagóricas” (1992:72). Aunque Imbelloni nos recuerda con mayor crudeza las sutilezas que hay detrás de la evolución de determinadas formas culturales que se consideran refinadas, cuando nos dice que el *capitel* toma su nombre de la costumbre etrusca de colgar la cabeza de los vencidos a ambos lados de las puertas (*capitulum*) (1953:186).

Obviamente este proceso de refinamiento cultural de metefacturas y manufacturas, de artefactos ideales y materiales que estoy relacionando con la capacidad de simbolizar del hombre y

con el juego, estaría ligado al *bricoleur* de Lévi-Strauss; a un proceso de continua reelaboración y ensayo a modo de un continuado juego hasta conseguir transitoriamente el objetivo deseado. De hecho, en el capítulo “La ciencia de lo concreto” así lo da a entender, incluso el contenido de la propia palabra parece querer jugar: “En su sentido antiguo, el verbo *bricoleur* se aplica al juego de pelota y de billar, a la caza y a la equitación, pero siempre para evocar un movimiento incidente: el de la pelota que rebota, el del perro que divaga, el del caballo que se aparta de la línea recta para evitar un obstáculo” (Lévi-Strauss, 1975a: 35). Aunque no siempre los artefactos y significados culturales se transforman por alambicado, sublimación o proceso de “bricolaje”, pues el paso del tiempo puede impactarlos; con ellos puede ocurrir lo que dijo Borges en *El Sur*: “Los muchos años lo habían reducido y pulido como las aguas a una piedra o las generaciones de los hombres a una sentencia” (1993:85).

Mirando desde otro ángulo, con Geertz (1992) y su análisis de las peleas de gallos en Bali supimos que en el juego, cuando es profundo y absorbente, nos transformamos. Absorción esa que puede equipararse a la producida por la lectura o una actividad manual cuando llegan a cautivarnos. Pero el problema se replantea cuando todo nos indica que, en el *alma* del deporte, el juego se vincula de alguna manera al plano espiritual de lo humano o a los insondables procesos del inconsciente y las partes profundas del cerebro. Por eso Bernard Jeu afirma que “El deporte es una disposición simbólica de la existencia” (1991:81).

Esto supone que la *conditio sine qua non* para practicar un deporte es el disponer del propio cuerpo, ya que el deporte es en buena parte una experiencia corporal revestida simbólicamente; en ese sentido la respuesta a un reto se incorpora o en cierto sentido etimológico se “somatiza” (*soma*, cuerpo). Pero de forma concomitante el juego deportivo organiza, reviste con –e impone– una lógica, un sentido a la necesidad o voluntad de ejercicio físico, de desahogo de energías, de competir, de jugar o trabajar, de mostrarse en sociedad y tantas otras cosas. Desde un punto

de vista funcional, el deporte es otro “mecanismo” cultural regulador de los diferentes comportamientos y estilos de vida.

Asimismo, el deporte contemporáneo federativo se ha estructurado con fines organizativos, principalmente económicos, avalando con marchamo oficial al conjunto de practicantes y prácticas deportivas. El club o la federación, al oficializar, son instituciones dadoras de identidad y explotadores de diversas expectativas económicas, políticas, ideológicas, etcétera. Frente al juego, lo deportivo es una realidad domesticada, finita, por sus límites temporales, espaciales, de acción, por el árbitro que recuerda las limitaciones. A este respecto, la figura del juez deportivo habla ya de conflicto vinculado a las reglas y a los límites del juego, sin negar que las más de las veces son los propios jugadores quienes hacen de árbitros, obviamente cuando el deporte se mueve en esferas de informalidad. Aunque tenemos el caso del rugby argentino que durante la crisis económica de finales de 1980 y principio de 1990 estuvo arbitrado por jugadores. Si bien la competición oficial exigía la figura de los jueces, éstos se reclutaban entre los jugadores de los equipos a competir. La liga de rugby en ese país es en gran parte amateur, aunque Argentina puede ser considerada una potencia en este deporte.

Esto es así porque sin una meta, unas reglas, unos medios concretos (técnicas, estrategias) y la voluntad expresa de competición, no se podría hablar de competición deportiva. El deporte es una actividad física e intelectual en la que se compite con una meta impuesta, aunque el practicante puede hacer coexistir la meta explícita u oficial con otras íntimas o compartidas; unas y otras se habrán de alcanzar a través de los medios y caminos establecidos o, de forma ilegal, por desviaciones *subterráneas* (prohibidas). En cualquier caso, la competición se ciñe a unos límites (espaciales y temporales) y unas convenciones (acciones prohibidas o legales) en principio apodícticas, que serán los que definan el contenido y la forma “tradicional” del deporte de cada sociedad o periodo histórico. Para Unamuno (1983), tradición equivale a “entrega” y es la sustancia de la historia.

El deporte moderno institucional (el federativo, por ejemplo) está jerarquizado y se ha impuesto un concepto de estricta observancia de las reglas tradicionales, en el sentido que cuesta cambiarlas aun cuando se sugieren cambios en aras de erradicar lances injustos. En otras circunstancias no federativas, dará lo mismo que las reglas sean establecidas de antemano o sobre la marcha (“make up the rules as we go along” que diría Wittgenstein). Hasta bien avanzado el siglo XIX, las reglas del juego se solían establecer por los equipos a competir antes del partido y eso se hace todavía hoy cuando el espacio es informal y no está delimitado de antemano. Todos, al menos los que no necesitamos demasiadas excusas para ponernos a jugar al fútbol, hemos tenido que medir los pasos de la portería en un campo improvisado o acordar una mínima delimitación, convenir algo así como un rudimentario orden pactado ante la ausencia de las rayas blancas de las áreas, de las líneas de banda o fondo o del centro del campo. Podría decirse entonces que el juego comenzó a hacerse deporte cuando los jugadores dejaron de *inventar* las reglas, ya que éstas fueron fijadas con anterioridad. O sea, cuando el juego se hizo tradicional: fue entregado de una generación a otra.

La estabilización de las reglas por tradición consuetudinaria y, posteriormente, por reglamento escrito en el seno de una institución, como es la federación deportiva, marcan un momento importante en la modernización del deporte. Pero las reglas del juego son una dimensión que se complementa con otras dimensiones. Se puede decir que el fútbol tiene una parte del cuerpo rígido, óseo, que es el reglamento, y una parte flexible, musculosa, que es la libertad de acciones que permite el juego. Esta metáfora fue usada por George Devereux cuando le explicaba a un paciente: “determinadas reglas son como los huesos del cuerpo: hacen posible la realización de numerosos movimientos voluntarios, pero sólo ‘a expensas’ de una pérdida de flexibilidad *general*, la cual, por supuesto, tendría como efecto el excluir *toda* posibilidad de movimiento cualquiera que éste fuese” (1973:140).

El deporte o los juegos competitivos se articularon sobre la simbiosis del juego-hueso y el juego-músculo, de juego fosilizado y juego vivo: reglas y jugadas. El juego fosilizado sirve de referencia o estructura para que el juego a desarrollar o representar insuffle vida a lo deportivo, modelando el comportamiento de los jugadores. El deporte se debate así entre lo inmodificable de sus reglas y lo inmodificable del resultado final. La gramática rígida del deporte es la que produciría sentido y produciría emoción (un primer nivel de sentido y emoción, pues existen diferentes niveles). Además, esta estructura rígida de las reglas constituye un elemento de regulación existente en todas las culturas. J. A. Nieto señaló: “No hay sociedad sin reglas. Reglas que siempre son indicadoras del proceder correcto y sancionadoras, o correctoras, del desviado. Reglas que, por otra parte, llevan precisamente a la dicotomía normal-anormal” (1989:58). Esto es así incluso en aquellas sociedades denominadas primitivas, tal como lo recordó B. Malinowski:

Hay asimismo otras reglas para dictaminar las condiciones que deben imperar en los juegos, deportes, diversiones y festividades, reglas que son el alma y substancia de la diversión o actividad y que son observadas porque se siente y se reconoce que cualquier fallo en “seguir el juego” lo echa a perder, lo arruina –cuando el juego es verdaderamente un juego–. [...] Es tan fácil seguir las reglas como no seguirlas, y cuando se va a tomar parte en alguna actividad deportiva o de placer, sólo se la puede disfrutar si se obedecen todas sus reglas tanto de arte como de maneras o procedimientos del juego (1991:68-69).

Tanto Malinowski como Nieto nos recuerdan la importancia social de las reglas en sociedades de distintas tradiciones culturales, ya sea para cuestiones serias como para cuestiones placentero-deportivas. Sin embargo, si no queremos pecar de etnocéntricos o eurocéntricos, debemos reconocer la relatividad de las reglas y su aplicación. Las fronteras que definen lo deportivo

entre las distintas actividades de los *pueblos primitivos* o grupos étnicos aborígenes son más delicadas de señalar, incluso a la hora de interpretar su potencial sentido. E. Biocca (1967) describe peligrosos juegos de tiro con arco entre los niños yanomami (que de hecho provocan una muerte) y sobre la misma cultura, Napoleón Chagnon (1981) refiere duelos a golpes controlados y disciplinados que se dan contra el pecho o los costados y luchas con palos afilados, también reglamentados por normas y reglas, aunque igualmente violentos.

Es innegable que este tipo de *deportes* tienen un significado público y compartido entre los yanomami. Como también lo tienen las luchas entre las mujeres kalanga, tal como lo señaló José Antonio Nieto: “La significación del caudal simbólico que encierran las luchas cuerpo a cuerpo de las mujeres ‘kalanga’, según Webner, es una indicación palpable de la manipulación y competitividad por el *status* sexual y, consiguientemente, les sirve para preservar su identidad de grupo, lo cual es un indicador más preciso que el recogido en el énfasis dado por Turner: unidad de la sociedad tomada en su conjunto” (1989:168).

Tendríamos entonces una lucha cuerpo a cuerpo femenina –una competición en toda regla–, cuyo fin coexiste con un resultado metadeportivo, pues repercute en ámbitos como el *status* sexual y la identidad de grupo. Es obvio que no somos los primeros en señalar que el deporte es un escenario donde se expresan valores y, a veces, el resultado deportivo es lo de menos. En el verano de 1990 se celebraron en Canadá los Juegos Olímpicos Gays, que tuvieron más de 10 000 deportistas inscritos y contó con un presupuesto de 16 millones de dólares; entre las pruebas había un campeonato de fútbol (soccer). Éste sería otro ejemplo del deporte como escenario para reafirmar una identidad sexual; de esta manera el deporte es un artefacto simbólico que puede ser investido con los significados más inesperados.

EL JUEGO DEPORTIVO,
LA COMPETICIÓN AL LÍMITE Y LA VIOLENCIA

La naturaleza o rasgo característico del deporte se apuntalaría fundamentalmente en su carácter de juego competitivo. Si para Caillois: “La competencia es una ley de la vida corriente” (1986: 97), Huizinga le daba otro enfoque y observaba que siempre encontraremos la viejísima función lúdica de la competencia (1987:203). Hace decenas de miles de años, el *homo sapiens sapiens* debió competir contra las inclemencias, el azar y el instinto de supervivencia de los animales para procurarse la subsistencia, pero paralelamente encontró satisfacción en desarrollar las habilidades necesarias para superar los obstáculos que se interponían entre su voluntad/necesidad y las fuentes de su subsistencia. Fue en medio de esas circunstancias que emergió el juego competitivo y la dialéctica lúdico-placentera entre habilidades y fines.

Ahora bien, si el juego competitivo puede ser considerado como un “deporte primitivo”, *mutatis mutandi*, el concepto teórico de deporte en un plano transcultural y transhistórico puede ser concebido como un juego que recrea conflictos y cuya dificultad e incertidumbre frente al resultado ofrece una recompensa placentera al vencedor (y supuestamente lo contrario al perdedor). Obviamente, en cada periodo histórico o en cada competición se ha exigido mayor o menor esfuerzo, y tuvo que haber prácticas competitivas-deportivas que se fueron alejando de su objetivo o diluyéndose hasta desaparecer por falta de practicantes.

Otras veces lo que afecta a la competición lúdica, bien diferente de la violenta o bélica, es el desinterés y los simulacros. Incluso a veces donde unos ven competencia deportiva otros ven simples apariencias. Por eso, refiriéndose a la lucha japonesa denominada sumo, Roland Barthes dijo:

Estos luchadores forman una casta; viven aparte, llevan cabellos largos y mantienen una alimentación ritual. El combate sólo

dura lo que dura un destello: el tiempo de derribar a la otra masa. Nada de crisis, nada de drama, nada de cansancio, en una palabra, nada de deporte: el signo del empuje, no la exaltación del conflicto (1991:59).

Barthes ejemplifica un concepto de deporte fundamentado sobre la competición y el conflicto; el deporte es una arena donde la animadversión y el juego se entrelazan para alcanzar un equilibrio y sólo entonces propiciar la crisis y su desenlace. Aunque el sumo puede considerarse un deporte adaptado al *ethos* de los japoneses que no necesariamente contraviene las características ideales del deporte, donde la competición o el conflicto deberían producirse en pie de igualdad y con igual esfuerzo por imponerse o ganar. Lo que no siempre ocurre, como cuando en el siglo XIX los coches competían en carreras contra caballos para demostrar una superioridad con una finalidad muy significativa: encumbrar el progreso tecnocéntrico.

El deporte requiere antagonistas con intereses ajenos y contrapuestos, de ahí que a veces produzca en paralelo distintos tipos de animadversión, o una dificultad u obstáculo en relación con los que se establece un fin o meta. Unas veces se compite contra un congénere y otras veces con una montaña. La *exaltación del conflicto* entre congéneres con fines lúdicos debe renunciar a la violencia física, aunque no a la simbólica, encarnada en la derrota (y humillación) infligida. Se hace necesario compatibilizar la necesidad de derrotar con el ejercicio de respeto y generosidad con el contrario, pues sin él, el deporte pierde sentido. El novelista Manuel Vázquez Montalbán sentenció: “Sin antagonistas, ni la vida, ni la historia, ni la Liga Nacional de Fútbol valen la pena” (1993).

La victoria deportiva, con su contraparte la derrota, no persigue la eliminación definitiva del contrincante, sino sostiene en el tiempo la posibilidad de futuros retos y revanchas, la posibilidad de seguir compitiendo, de seguir jugando, porque resulta placentero. El deporte exige luchar o competir en habilidad contra el

contrincante hasta los límites establecidos, más allá de los cuales están la infracción o la violencia, factores que, paradójicamente, le son hasta cierto punto consustanciales. No por estar prohibidos o no ser detectados con claridad tenemos que creer que no se dan. Esta distorsión y deslealtad durante la competición no sólo ocurrirían en el deporte, pues a decir de Freud:

En un momento determinado, todos llegamos a abandonar, como ilusiones, cuantas esperanzas juveniles habíamos puesto en el prójimo; todos sufrimos la experiencia de comprobar cómo la maldad de éste nos amarga y dificulta la vida. Sin embargo, sería injusto reprochar a la cultura el que pretenda excluir la lucha y la competencia de las actividades humanas. Esos factores seguramente son imprescindibles; pero la rivalidad no significa necesariamente hostilidad: sólo se abusa de ella para justificar ésta (1990:54).

Es necesario rescatar esta distinción freudiana entre rivalidad y hostilidad. Aunque haya discursos que lo nieguen, lo deportivo digiere y asimila lo antideportivo y la injusticia. Tanto es así que el juego limpio, en más ocasiones de las que imaginamos, no es *rentable*. Paradójicamente se habla de juego limpio, pero no de deporte limpio, como si inconscientemente se hubiese renunciado de antemano a esa posibilidad: la del deporte limpio y sin hostilidad. A este respecto se nos podrá plantear, y con razón, que el deporte (como quiera que sea la estructura) siempre permanece limpio, lo que se ensucia es la actuación del jugador: la suciedad está en *su* juego no en *el* juego.

Así pues, recapitulando, el deporte sería la aceptación y consagración de las relaciones de rivalidad, renunciando en principio a la violencia y aceptando ciertas limitaciones en la conducta por estricta observancia de las reglas. Modernamente la expresión inglesa *to be a good sport* se aplicó a toda actitud recta y generosa (Gillet, 1971). Pero si nos adentramos en otras arenas de la interacción social, hallamos que hay juegos en los

que la violencia no sólo es simbólica, sino que además se verbaliza, siendo ésta la *sustancia* de la competencia. Max Gluckman recordó cómo los makah del estado de Washington, estudiados por Colson, hicieron un juego de la capacidad de escandalizar y criticar, para demostrar precisamente su carácter de makah:

la misma calumnia se ha convertido en un juego [...] al que se han entregado los makah con un entusiasmo y una decisión que ha llevado a un alto grado el arte de la denigración verbal [...] (Por el entusiasmo con que ellos cuentan sus experiencias en el campo de la calumnia, es claro que han desarrollado ese tipo de comportamiento como un juego con sus propias normas y valores). Lo mismo que todos los artistas y aficionados al deporte, a los makah les gusta jugar con su propia habilidad técnica. Además, sólo algunos de su comunidad tienen los conocimientos técnicos para competir en el juego o para apreciar la habilidad con la que se gana tanto (Gluckman, 1978:352).

Este *deporte* de los makah se parece a los albures de México cuando persiguen denigrar al contrincante. Una práctica que, como se ve, tiene diferentes variantes en culturas distantes entre sí y es que distintas formas de violencia social pueden trasversarse entre diversos ámbitos de convivencia y acción. La pluralidad social hace que cotidianamente coexistan concepciones diferentes del juego, lenguajes o códigos distintos para entablar la disputa, y todo ello le añade incertidumbre al enfrentamiento. El deporte vendría a ser un *diálogo* donde el vencedor silencia al otro. Ésta podría ser una de las causas por las que el deporte suele ser una metáfora de la lucha por la supervivencia o de la guerra: en ambos casos se trata de *silenciar* la respuesta contraria (en cierto sentido se *mata*). Aunque como señaló Adorno: “El deporte no sólo pertenece al impulso de ejercer violencia sino también al de obedecer y sufrir” (véase Vinnai, 1974:124-125).

De hecho, existen deportes o prácticas deportivas en las que una de las metas es la violencia que se traduce en muerte: la caza, la pesca, las peleas de gallos, los mismos toros (si se me permite considerarlos como deporte). Al respecto, se ha dicho que los toros son el deporte sacro de los españoles. El problema que estoy planteando, sin embargo, es de competencia analítica: ¿los toros deben quedarse en el ámbito investigador de la fiesta, como por lo general ha ocurrido hasta ahora o, indistintamente, puede entrar en la investigación de lo deportivo o juego competitivo?

Sea como fuere, lo más asombroso es que existe una relación toro-fútbol. En cierta ocasión, pude ver por televisión una modalidad de fiesta taurina denominada toro-fútbol, una práctica o celebración encuadrable dentro de un nutrido grupo de fiestas taurinas españolas en las que se maltrata al astado, y que consistía básicamente en esquivar al toro o vaquilla, patear un balón de fútbol y dar balonazos contra el cuerpo del animal. Esta modalidad se realizaba en la localidad de Peñafiel (Valladolid). Sin duda, un raro ejemplo de fusión entre lo deportivo y lo taurino; otros dirán entre la imbecilidad del ser humano y los indefensos animales.

El deporte sólo admite la muerte en aquellas disciplinas de raigambre cinegética. La caza por la supervivencia produjo la caza por fines lúdicos y deportivos que, en algunas prácticas actuales de pesca deportiva, devuelve al mar la pieza pescada. El combate a muerte o duelo entre humanos tiene mucho de competencia, pero el resultado final es antideportivo. La muerte del mayor número de congéneres como fin en la guerra es lo que la diferencia del deporte; con todo hay juegos que simulan combates de guerra. No obstante, la muerte puede sobrevenir en los deportes por accidente en aquellas disciplinas de riesgo: boxeo, alpinismo, automovilismo o *surf*, entre otras. De igual manera, la infracción y la violencia acaban formando parte inevitable del juego y su umbral de tolerancia dependerá de las circunstancias. Los desvíos, los sucesos antirreglamentarios, son el lado desagradable tanto del juego deportivo como del multiverso

sociocultural y siempre estará la amenaza de que se desate una espiral de violencia. Freud ya explicó: “Allí donde la comunidad se abstiene de todo reproche, cesa también la yugulación de los malos impulsos, y los hombres cometen actos de crueldad, malicia, traición y brutalidad, cuya posibilidad se hubiera creído incompatible con su nivel cultural” (1990:102).

La línea que separa cierto grado de agresividad controlable o manejable de la polimorfa y brutal violencia siempre será imprecisa. Sin embargo, ambas están presentes en la naturaleza misma de la competición deportiva que promueve cierto grado de agresividad en las acciones de los contrincantes; de hecho, en los deportes de contacto y equipos la agresividad es un factor muy valorado para competir, por lo que puede decirse que el riesgo de que se cruce la tenue línea de la violencia es muy grande. Dicho de otra manera, tal como lo expresó Alberto Cardín: “la violencia apenas disfrazada, lo agonal *in praesentia* o ‘apotético’, es inherente a la estructura universal del deporte” (1990:91).

Estas ideas explicarían por qué existen lances del juego donde la paz desaparece instantáneamente y la violencia aflora con vehemencia ante la más mínima fisura, como el agua del mar ante una vía de agua en el casco del barco. Por ejemplo, en aquellos lances donde una agresión o encontronazo fortuito desencadena la violencia grupal entre deportistas de ambos equipos. Como si la naturaleza humana, ese núcleo *reptiliano* de nuestro cerebro, nos recordara en situaciones de competición que tenemos que atacar ante una amenaza. Tal vez a eso se refería Jean Giraudoux cuando definió el deporte como “la imitación de la historia de los primeros tiempos del mundo” (véase Magnane, 1966:93). Lo cual contrasta con los momentos históricos en los que se renunció a matar incluso cuando dos individuos se batían en duelo. El duelo a esgrima, hasta el derramamiento de la primera sangre, estaría más cerca del moderno deporte de la esgrima que del combate a muerte que era el fin de ciertos duelos.

Finalmente, para acabar este capítulo teórico, si hubiera que asociar el concepto arquetípico de juego con alguna experiencia

humana, ésta sería con el placer ante situaciones límites controladas, como las que se generan en la competición deportiva. Desde esta tesitura, establecer un tránsito desde la lucha por la supervivencia hasta el juego resulta complejo de plasmar, pero verosímil. Porque el juego gira sobre el placer de vencer un obstáculo arbitrario, casi ficticio, hecho a la medida de los jugadores; en cambio, la realidad no tiene estas delicadezas (Caillois, 1986:21). Sea como fuere, este trabajo de investigación jamás se habría llevado a cabo si no fuera por lo que en el fondo es: la atrevida conjunción de juego, análisis y literatura (pues hay que ponerlo por escrito). Acaso porque, como escribiera Max Bense: “Sólo la literatura permite jugar el gran juego: volver a hacer nuevamente el mundo” (citado en Sánchez Robayna, 1983). Juego éste –el aludido por Bense– que no contradice los fines de la antropología sociocultural.

Capítulo 2

Noticias sobre los antiguos juegos competitivos con esféricos

Supongamos que el fútbol es como un río y, como cualquier río, éste tiene una serie innumerable de afluentes y recónditos arroyos que lo alimentan. Los afluentes que alimentan al río del fútbol contemporáneo se deben buscar en los últimos 300 años en las Islas Británicas y el occidente europeo. Otra cosa son los afluentes que alimentaron remotos y antiquísimos juegos con esféricos que, como se suele decir, se pierden en la noche de los tiempos y de las tradiciones humanas. Los pueblos más exóticos y antiguos de la tierra ya practicaron e incluso algunos todavía practican diferentes juegos con pelotas que constituirían, sin duda, una especie de *protofútbol*. Aunque estos protojuegos no deben relacionarse ni confundirse de ninguna manera con los que actualmente llamamos fútbol o *football-soccer*.

Así, por ejemplo, para algunos estudiosos decimonónicos imbuidos del difusionismo tan en boga hace 200 años, el primer testimonio de *protofútbol* lo constituirían las escenas pintadas en las paredes de la cueva de Kerven, situada en la isla de Papúa-Nueva Guinea, al norte de Australia, descubiertas desde el siglo XIX. Para otros, los indicios más antiguos y fiables de un

auténtico prototipo de fútbol datan del siglo xv antes de Cristo, están en China y se trata de un juego de competición por una pelota que habría servido para mejorar el adiestramiento de los guerreros.

¿Esta última hipótesis podría sonarle a alguien un tanto fantásiosa? Pues tal fue la opinión de Jules Rimet, que llegó a ser presidente de la FIFA y principal promotor de la celebración de un Campeonato Mundial de Fútbol (Enciclopedia Mundial del Fútbol [EMF], 1981). Rimet remontaba el nacimiento de este *deporte* a más de dos milenios y lo situaba en las mismas latitudes donde se celebró el Mundial de Fútbol de 2002, allá por Corea y Japón. Esta tesis exótica y excéntrica que busca los orígenes en las quimbambas no fue un caso aislado. También el escritor J. García Castell (1968) remontaba los orígenes del fútbol al año 3000 antes de Cristo entre los chinos.

Sin embargo, uno de los intentos más extravagantes por encontrar el origen verdadero del fútbol se lo debemos a un español o descendiente de españoles, afincado en el Río de la Plata, que se llamaba don José María Agustino (1908), quien en una pequeña obra titulada precisamente *Origen del football*, argumentó que el “nuevo juego de sport” llamado *football* procedía de la churra vasco-navarra. La defensa de una tesis tan arriesgada, entre escritores que no eran investigadores profesionales o que no se destacaban precisamente por el uso riguroso de una metodología académico-científica, no debe ser desechada así sin más. Fueron aportes modestos a un debate y éstos tienen un valor intrínseco sobre la forma de pensar los orígenes del fútbol cuando éste recién comenzaba a dispersarse por el mundo a principios del siglo xx. Estos autores, con los debates que mantenían, son prueba de la temprana necesidad que existió por escribir y especular sobre el fútbol y su historia; ciertamente de una manera amateur o diletante, pero presentaban sus tesis arriesgadas para someterlas a la opinión pública en unos años donde la universidad o los científicos sociales rara vez se interesaron por los deportes.

Ahora, en pleno siglo XXI, 100 años después de la publicación de la obra *Origen del football* de don José María Agustino, todo indica que pretender buscar el origen perfectamente localizado del fútbol moderno, profundizando en lo más oscuro de su pasado como tantas veces se ha intentado, es un trabajo condenado al fracaso. Pues se perdió para siempre la información exacta y este vacío nos condena a ignorar importantes acontecimientos y datos clave. Más aún, tenemos un *puzzle* incompleto sobre la extensión geográfica y la genealogía histórica de los diferentes juegos de pelota que han existido, circunstancia ésta que coexiste con un verdadero foco de confusión incontrolable, ya que a lo largo y ancho del orbe y de la historia se pueden encontrar distintos juegos de pelota, que no de fútbol, sin conexión alguna entre ellos, mas con grandes parecidos en su naturaleza y en su forma. Quizá este parecido explique tanta confusión y esa inclinación, entre muchos estudiosos del fútbol, a revestirlo con una genealogía milenaria.

Curiosamente, esta tendencia que parece no pasar de moda, ya fue denunciada tempranamente por el polígrafo español Francisco Alonso de Caso, cuando escribía con tino y acierto:

La mayor parte de los resúmenes históricos sobre la evolución del *fútbol* comienzan, por lo menos, en el tiempo de los romanos y persiguen, a través de pueblos y edades, a todo balón hinchado de aire que haya podido ser rozado por un pie. Pero el origen y desarrollo del *fútbol* ha de buscarse tan sólo en Inglaterra, de donde, ya en el último tercio del siglo XIX, pasó concluso, terminado, al continente. Allí fue donde se alzó el primer marco de puerta al aire, y allí se fue formando, en una elaboración lenta y perfecta, el conjunto de leyes que hacen del *fútbol* un deporte regular, y el estilo y la técnica de juego que le han convertido en un difícil arte profesional (1924:5).

Esta perspectiva defendida por Alonso de Caso, este llamado a relativizar la tentación del homomorfismo, ha acabado

imponiéndose en la historiografía. La pretensión de establecer una genealogía milenaria del fútbol sobre un esquema evolucionista lineal-unilineal resulta hoy en día un planteamiento científicamente insostenible. Actualmente, otros investigadores se han hecho eco de este enfoque que cuestiona este empedernido y estéril hábito a la hora de investigar otros deportes, como los sociólogos Norbert Elias y Eric Dunning, que apuntaron:

Así, al estudiar el desarrollo de un deporte, nos vemos guiados a menudo por el deseo de buscarle un linaje antiguo y respetable y, en ese caso, tendemos a seleccionar como importantes para nuestra historia todos los datos acerca de juegos de antaño que guarden alguna semejanza con la forma actual del deporte cuya historia estamos escribiendo. Si en una crónica del siglo xv, por ejemplo, hallamos que ya entonces los jóvenes de Londres iban determinados días al campo a jugar con un balón, tendemos a deducir que jugaban a lo que, con el nombre de “fútbol”, se ha convertido ahora en uno de los principales juegos de Inglaterra y que se ha propagado por todo el mundo (1992:187).

A modo de ajuste contextual de este pasaje citado, advierto que Elias y Dunning están criticando ese enfoque empeñado en ir a buscar la infancia del fútbol en crónicas del siglo xv, una tentación y un vicio metodológico que exige manejar las fuentes históricas con precaución y sin caer en asociaciones superficiales. Al rastrear en los indicios primigenios de juegos populares que pueden considerarse como antepasados directos del actual fútbol, no se puede establecer automáticamente que de aquel antiguo protofútbol inglés evolucionó el actual. Aun cuando encontremos la palabra *football* escrita en un viejo libro de 500 años.

De igual manera, explicar la naturaleza del fútbol, la lógica que le da vida, la fuerza íntima que lo impulsa, es una misión imposible y, no obstante, al respecto se pueden encontrar especulaciones lúdicas e iconoclasticas o sesudas reflexiones filosóficas. Prueba de lo primero son las insinuaciones de Susana Brítez,

autora del artículo titulado “A las patadas por la Historia”, que al referirse a este tipo de búsqueda de los antepasados del fútbol, concluía:

Sus leyes resisten al tiempo, se alimentan de pasión y de leyendas, de astucia, de inteligencia, de habilidad. Es arte, es deporte. Concentra la dinámica de lo impensado, como dijo Dante Panzeri en la que es, acaso, la mejor, la más sintética definición. Desde las cavernas hasta hoy el fútbol ha sido, en fin, la más genial creación nacida de la necesidad humana de andar a las patadas (Brítez, 1991:9).

La periodista Susana Brítez utilizaba la definición que Dante Panzeri hizo en su libro *Fútbol, dinámica de lo impensado*, publicado en Buenos Aires en 1967. Sólo que ella une a esa dinámica imprevisible una insana tendencia humana a patear lo que se pone al alcance del pie. Ahora bien, la legítima curiosidad por saber de dónde viene el fútbol y de qué está hecho exige intentos que vayan más allá de lo obvio, esto es, alguna explicación mejor fundamentada. Ciertamente, la historia del fútbol también pudo tener una dinámica impensada en su desarrollo, pero esa historia dejó huellas y ahora es más fácil rastrearlas.

Ante el reto de dar una explicación retrospectiva de cómo surgió o se conformó este deporte, existen varias versiones que pueden considerarse académicas. Entre las primeras versiones ofrecidas por historiadores profesionales que en su época también intentaron dar una respuesta a la pregunta sobre los orígenes concretos del fútbol –de hecho se trata de una cuestión que se venía formulando informalmente desde principios del siglo XIX–, destaca la respuesta ofrecida por el historiador alemán Carl Diem. Este autor, sin profundizar tanto en la noche de los tiempos ni navegar completamente todos los afluentes que alimentan los orígenes del fútbol moderno, propuso una versión que debe estar entre las más llamativas de las que existen. Es imaginativa, verosímil, fundamentada en documentos y pragmática.

La reproduzco *in extenso* a modo de ejemplo ilustrativo del cariz que han tomado estos intentos genealógicos entre ciertos historiadores y porque los dos tomos de la obra original en español son difíciles de encontrar:

El fútbol no era en un principio más que una pelea por un objeto, que tanto podía empujarse con la mano como con el pie. El ejemplo más espantoso lo refiere la tradición acerca de los vikingos noruegos, que en sus incursiones de rapiña por las costas inglesas mientras volvían a sus barcos jugaban al fútbol con las cabezas de los infelices habitantes de las playas. Las fuentes literarias del norte de Francia, de Inglaterra, Escocia e Irlanda coinciden en señalar que se jugaba a la pelota en los días festivos, sobre todo en Carnaval. Se dice que el primer partido tuvo lugar en Chester, utilizando la cabeza de un prisionero danés. Al principio todo el mundo podía competir en el juego: los hombres de un pueblo contra los de otro, mujeres contra mujeres, casados contra solteros y representaciones de los distintos gremios. Hubo épocas en que también lo jugaba la nobleza, y otras en que se excluyó. No era raro ver 200 jugadores o más en cada bando. La pelota consistía en una vejiga llena de aire y cosida en un cuero. El objeto del juego era llevar la pelota al campo contrario y hacerla pasar por la meta, que podía ser un árbol conocido de la plaza del mercado o cosa semejante. Las entradas de los pueblos eran la meta señalada con preferencia. A veces se tomaba como tal la orilla de un arroyo, y el juego se convertía entonces en una especie de lucha acuática: los jugadores intentaban meterse mutuamente debajo del agua, y el resultado final era de piernas rotas, heridas en la cabeza y vestidos destrozados; como informan las antiguas crónicas, los tenderos atrancaban sus establecimientos en los días de partido. Todo estaba permitido: “all is fair at the ball”. Así se explica que ya en 1313 el rey Eduardo II prohibiese el juego dentro de la ciudad de Londres, debido al “gran escándalo que hacen en la ciudad, mientras se empujan por hacerse con el balón, lo que podría

atraer a muchos demonios, lo cual está prohibido por Dios”. La pelota se empujaba con el pie o se retenía en las manos, mientras que el adversario intentaba arrebatársela a la carrera. Por una proclama del alcalde de Londres, Nicholas Farndon, se prohibía en 1314 el juego del fútbol en las plazas de Londres. La prohibición se repitió en 1365 y otra vez más al cabo de siete años (Diem 1966, t. I: 413).

Tanto si aceptamos esta teoría de Carl Diem como si no, lo cierto es que hoy por hoy no sabemos si los juegos de pelota más directamente conectados con el fútbol actual entraron en las Islas Británicas con los romanos o si, por el contrario, entraron de la mano de Guillermo el Conquistador tras la batalla de Hastings en 1066, tal como señaló García Castell (1968), o ya puestos a manejar hipótesis arriesgadas, si su creación fue inducida por esa práctica vikinga de jugar con la cabeza decapitada de los enemigos. Sea como fuere, el fútbol moderno, el que vemos cualquier fin de semana por televisión, apenas si cuenta con una historia de 150 años y desde entonces no ha dejado de incorporar “cambios” para mejorarlo, tanto desde el punto de vista del juego como desde el punto de vista del aficionado y espectador. Y lo que no debe dudar nadie es que el fútbol moderno nació en Inglaterra.

LA INVENCIÓN DE LA PELOTA Y DE LOS JUEGOS CON ESFÉRICOS BLANDOS

Uno de los grandes inventos de la humanidad ha sido ese artificio lúdico que denominamos pelota o balón. Tanto la pólvora como el libro son posteriores, aunque igualmente civilizados y decisivos en el modelaje de las sociedades contemporáneas occidentales. Los primeros esféricos debieron haberse construido con los más inverosímiles materiales, pasando a protagonizar por su naturaleza inasible o difícil de controlar un sinnúmero

de juegos que, como siempre, han servido para pasar el rato sin aburrirse. Los juegos de pelota o con esféricos han existido en diferentes momentos históricos y en diferentes pueblos, etnias y civilizaciones.

Juegos de pelota los hubo entre los egipcios 2000 años antes de Cristo, como lo atestiguan las pinturas murales de Beni Hasan, aunque lo más interesante de este caso nilótico es que todo indica que habrían sido practicados por mujeres. También hubo juegos de pelota en Etruria, 600 años antes de Cristo, en Creta (Knossos) o en la China de la dinastía Han. Respecto a los romanos, estos habrían retomado de los griegos y de los etruscos la tradición de los juegos de pelota, sólo que, como veremos más adelante, con un entusiasmo inédito (EMF, 1981).

Si dejamos por un momento los planteamientos eurocentristas y prestamos atención a los denominados por la antropología clásica pueblos primitivos, aparentemente con menos historia que las civilizaciones mediterráneas –sociedades frías las denomina Lévi-Strauss–, comprobamos que ellos también practicaban juegos de pelota. Blanchard y Cheska (1986), al investigar el deporte entre diferentes sociedades, hicieron hincapié en los trabajos etnográficos de Roth, Moncrieff o Harney, porque describieron varios tipos de pelota y diferentes juegos pertenecientes a tribus australianas como los kalkadun o los djinghali. Estos últimos, tal como los describe Harney, practicaron un juego de pelota donde el desplazamiento de la misma sólo podía hacerse con los pies.

Pero no fueron los únicos. Los chukchi de la Europa septentrional y Siberia practican desde hace cientos de años un juego de pelota, hecha con piel de reno relleno de plumas y otros materiales livianos, en el que se pueden usar pies y manos y su objetivo fundamental estriba en alcanzar una meta. En Japón se juega desde hace siglos al *kemari*, que consiste en patear habilidosa y malabarísticamente una bola de cuero rellena con bambú, y los árabes lo hacían a la *koura*, que se jugaba con una pelota de hojas de palma trenzadas. En el norte de África, los bereberes

de Ait Haddidou juegan a algo parecido a una mezcla de fútbol y hockey, al igual que los tuareg de Tamanrasset, en el corazón del Sahara.

Pero una de las variantes más curiosas de los juegos de pelota es la de aquellos pueblos que lo ligaron estrechamente con la danza y la música. En ese sentido, los antropólogos Blanchard y Cheska han recordado, basándose en un estudio sobre la historia de los juegos del clásico de la antropología E. B. Tylor (1879), que la palabra “balón” proviene del bajo latín *balla*, de la que procede también la palabra “baile” (*ballare* y *ballo*, en italiano; *bal*, en francés; *ball*, en inglés) así como la canción que marcaba el ritmo: la “balada” (*ballata*, en italiano; *ballade*, en francés; *ballad*, en inglés). Un ejemplo clásico de este tipo de juego de pelota que se combina con danzas y cánticos sería la *nausikaa* de los griegos, de la que ya habló Homero. Aunque, sin duda, la mezcla de música y juego de pelota tuvo su máximo ejemplo en el polo y quizá donde mejor se plasma esta subyugante simbiosis, que los actuales hinchas de fútbol parecen haber recuperado con sus cánticos –aun inconscientemente–, sea el siguiente pasaje del historiador alemán Umminger:

El juego del polo fue, durante dos mil quinientos años, el signo del poder y la riqueza, por donde surgía y entraba en las costumbres y se emplazaba en el centro de la vida de las cortes. Fue un juego de guerreros y de soberanos y, cosa curiosa, era un juego que no iba a ninguna parte sin acompañamiento de música. Los instrumentos variaron tanto como las reglas y los mazos, pero sin su ruido de fondo el juego no parecía tener vida. Los músicos se inspiraban en las peripecias del juego, eligiendo sus *crescendi* o sus *decrescendi* según su evolución. La pelota, en su vuelo, les dictaba las notas, encontraban su partitura a la vista de los caballos galopantes, de los mazos blandidos, del crujir de los trajes de colores alegres. Podría considerarse este juego como un gran ballet de caballeros, y es precisamente este carácter férico lo que da al juego su rango

particular en la sociedad. Este fenómeno único en la historia del deporte y de la música desapareció al desvanecerse un universo que conocíamos por los cuentos de las *Mil y una noches* (1964:198-199).

Este pasaje rescatado de la obra de Umminger nos recuerda y nos permite interpretar que los cánticos de los hinchas del fútbol son, en realidad, una necesidad del juego, con independencia de que ya es una costumbre de quienes asisten a presenciarlo y vivirlo como espectáculo desde la grada. El balón, en el fondo, quiere bailar. Y para bailar nada mejor que cantar. Más adelante veremos cómo el fútbol es inseparable del cántico, del baile y de la fiesta porque nació mezclado con esas extendidas instituciones sociales.

Existen otros juegos emparentados a los de pelota que también se juegan montados a caballo. Un ejemplo lo constituye “el pato” de los gauchos argentinos. Al principio era un juego en el que dos equipos de jinetes se disputaban un pato doméstico vivo. Este deporte recuerda en sus formas al *buzkashi* afgano, también conocido como *kokpar*, en el que dos equipos de jinetes se disputan una cabra o una ternera muerta. Este deporte está muy extendido, con variantes menores por toda la región del Asia Central y, además de por afganos, es practicado por pueblos como los kazajos, uzbekos, hazaras, tayikos, kirguis, turcomanos y pastunes; prácticamente se extiende desde el occidente de Pakistán al oriente de Turquía.

Muy parecido al *buzkashi* pero sobre todo al “pato” de los gauchos, es el juego practicado por los navajos de Norteamérica llamado “el pollo”, que consiste en hacerse con un pollo enterrado mientras se va cabalgando sobre el caballo (Blanchard y Cheska, 1986). Al respecto, por testimonios orales, sabemos que en Rosarito, al sur de Tijuana en Baja California, durante las festividades de esta localidad celebradas en la década de 1940 se practicaba un *deporte* o competición idéntico denominado el *gallo enterrado*, que parece compartir un mismo origen con el “pollo” de

los navajos. Los preparativos consistían en semienterrar un gallo, dejándole la cabeza sobresaliendo del suelo, y la prueba exigía que para ganar los jinetes tuvieran que pasar a galope, agacharse, agarrarlo de la cabeza, sacarlo y llevárselo.

Sin embargo, el referido “pato” de los gauchos argentinos, que formalmente guarda algún parecido con el *buzkashi* y con el “pollo” de los navajos o el “gallo enterrado” bajacaliforniano, evolucionó a lo largo del siglo XX a juego de pelota; más exactamente a juego con un artefacto que se asemeja a una pelota. La imagen de brutalidad que puede proyectar la utilización de un pato vivo y su disputa hizo que se refinara. Según Fernández Moreno, “El juego ha sido hoy civilizado reemplazando el pato por una pelota con manijas” (1972:173). Precisamente de este deporte gaucho procede la necesidad de una pelota con manijas, y de ahí procede muy probablemente la expresión argentina, aplicada al fútbol, de “maneja la pelota como si tuviera manijas”.

Si nos centramos en los históricos juegos de la civilización occidental, entre los griegos o si se prefiere en la civilización helénica, encontramos numerosas pruebas que hablan de la existencia de juegos de pelota, en el sentido de móviles esféricos. Por lo general se trataba, como en tantos otros lugares, de una vejiga de animal rellena de plumas, paja u otros materiales livianos, sin descartar otras tantas variantes que incluyen su inflado con aire. Aquí lo que importa es la idea de la elaboración de un juego que gira en torno a una esfera relativamente ligera y manejable que se disputan dos bandos o equipos. De la existencia de juegos de pelota entre los pueblos helenos se tienen testimonios literarios en la *Odisea* de Homero o en *Las traquinias* o *Las lavanderas*, de Sófocles. El mismo Galeno, padre de la medicina, fue el autor de un *Tratado del juego de la pelota*, donde recomendaba ese tipo de ejercicio, ya que su práctica favorecería el buen desarrollo corporal y espiritual.

El *episkyro*, el juego griego de pelota más emblemático, en relación a la *nausika*, resultaba más competitivo al tener un sentido

menos artístico y más de contienda, más agonal o de lucha. Posteriormente los romanos desarrollaron una versión parecida con el *harpastum*, que era practicado por las legiones con una finalidad que hacía compatible el recreo de un lado y el mantenimiento físico de cara a la guerra por otro. Hubo otros juegos en época romana como el *datatim ludere*, el *expulsim ludere*, el *raptim ludere* (en el que se luchaba literalmente por la pelota) y el *invicem dare*. Carl Diem destaca tres tipos en función de la forma y tamaño de las pelotas: la *pila* (balón grande y macizo), la *follis* o *folliculus* (odre inflado de aire) y la *paganica*, de tamaño intermedio entre las dos anteriores. En cuanto a su técnica de elaboración, dice de las pelotas griegas: “se confeccionaban en tres tamaños: el del puño, el de la cabeza y el del pecho; se rellenaban de plumas, lana o pelo. Se usaban también balones huecos de vejiga de cerdo, calentada sobre la ceniza caliente para estirla” (Diem, 1966, t. I:138).

Habría que recordar que la obtención de una pelota a partir de una vejiga de cerdo, previamente calentada sobre cenizas calientes, es una tradición que aún hoy se conoce en distintas regiones de España, vinculada –claro está– a la matanza del cerdo y la obtención de la materia prima como carnes, sangre o manteca para elaborar morcillas, chorizo, jamón y otros productos. De ahí que, según algunos aficionados ibéricos, la suma de *pata negra* más un balón tenga como resultado un fútbol exquisito o para degustadores exigentes.

Todo indica, por lo expuesto hasta aquí, que en la Antigüedad tanto griegos como romanos inventaron una gran diversidad de juegos de pelota sujetos a reglas. También las mujeres jugaban y tuvieron sus propios juegos, al igual que –como los llegaron a considerar algunos– los *salvajes primitivos*, que también gustaban de correr compitiendo por el balón, observando estrictos rituales y reglas, o que la música es buena compañera del juego y que el balón lo que realmente sabe hacer es bailar.

JUEGOS DE PELOTAS ENTRE PUEBLOS EXÓTICOS: MAYAS, AZTECAS Y OTRAS ETNIAS NATIVOAMERICANAS

El problema que debieron enfrentar quienes se empeñaron en profundizar a través de los siglos para establecer los orígenes del fútbol, como si de encontrar las fuentes del Nilo se tratara, o de seguir las huellas a los parientes lejanos de un supuesto protofútbol como si de un primer ancestro se tratase, se complicó cuando se constata que el gusto por los juegos con esféricos o pelotas es universal. El difusionismo que buscaba explicar la similitud de rasgos culturales a lo largo del mundo conocido, con la tesis de la expansión viajera de los mismos, finalmente fue refutada. El problema quedó irresuelto, pero acto seguido se planteó la cuestión de qué le habrían encontrado tan distintos pueblos y civilizaciones a lo largo de la historia y de las diferentes regiones del planeta a los juegos con esféricos, especialmente cuando se prescindía del uso de las manos. La confrontación de dos equipos disputándose una pelota es un evento que han conocido pueblos en distintas épocas y continentes, que van desde los aztecas o esquimales hasta los romanos, ingleses o australianos, tal como ha señalado el historiador del deporte Richard Mandell (1986).

Para los antropólogos Blanchard y Cheska (1986), la pasión que desatan los juegos de pelota radica en el hecho de que resulta grato el enfrentamiento entre rivales por hacerse con el control del esférico. Por si fuera poco, estos juegos competitivos suelen ocupar un lugar importante en el seno de distintas sociedades y grupos étnicos, lo que confirma su relevancia cultural. Y, para desesperación de los evolucionistas que consideraban que el foco de irradiación original estaría en Europa o Asia, que después de todo es un mismo continente donde existe una continuidad territorial, ocurrió que en América también los había desde el Estrecho de Bering hasta Tierra del Fuego.

Todavía hoy, algunos juegos de pelota mesoamericanos y norteamericanos se siguen practicando con asombrosa habilidad. Ampliamente documentados en el pasado por cronistas de

Indias y viajeros (Sahagún, 1999), estos juegos americanos fueron una práctica común y numerosas sus variantes. Algunos de ellos se siguen practicando en México, y aunque puedan ser *revivals* o modalidades rescatadas, están formalmente vinculados al *tlatchli* que jugaban los aztecas. Para hacernos una idea de la importancia sociocultural que tuvieron y de la expansión de estos juegos, puede servirnos lo que plantean Serra y Durand: “Aunque las reglas del juego, el tamaño y peso de la pelota, la forma de las canchas y el número de jugadores varió de periodo en periodo y de región en región, el juego de pelota es una de las principales características culturales de la totalidad de los pueblos del México prehispánico” (1992:19).

Vestigios de estas canchas para los juegos de pelota de filiación mesoamericanos y sus diferentes variantes siguen saliendo a la luz tanto hacia el norte como en las islas del Caribe, a partir del descubrimiento arqueológico de sus construcciones en regiones tan distantes del núcleo clásico de México como Arizona y Nuevo México en Estados Unidos, Honduras o Puerto Rico. Hay computadas aproximadamente 600 construcciones del juego de pelota en el área mesoamericana, de las que la mitad pertenecen al área maya. La presencia más antigua de este juego se estableció en torno al año 1000 antes de Cristo en Michoacán (centro-occidente de México), aunque Taladoire (2000) ubica en Chiapas, en el sitio Paso de la Amada, una cancha cuya datación se estableció entre 1400 y 1250 años a. de C. Otras canchas están datadas entre el 200 y 300 d. de C. y, cuando llegaron los conquistadores españoles en el siglo xv, todavía se mantenían vivos juegos como el *pok-ta-pok* maya y el náhuatl *ollamaliztli* o *tlatchli*; López Austin aclara que los *tlatchli* son las canchas del *ollamaliztli* (1993:24).

Precisamente del *tlatchli* nos dijo el etnólogo cubano Fernando Ortiz (1947) en una imaginativa interpretación: “era el espacio celestial y las pelotas del juego eran los vientos”; pues lo jugaban en los cielos los dioses Quetzalcóatl contra Tezcatlipoca. Este señalamiento es significativo porque une un juego a las

divinidades. Fernando Ortiz entendió dicho juego de pelota –da por obvia su significación religiosa– como un rito agonístico o de lucha, donde los jugadores y el juego imitaban los episódicos conflictos meteóricos y siderales de los ciclos calendáricos. He aquí que por primera vez en la historia, es decir, de entre todos los casos de los que se tienen testimonios, el terreno de juego es un recinto sagrado. O sea, la cancha en la que se disputa y tiene lugar el juego está concebida como un espacio sagrado, una consagración que en el mundo contemporáneo, y en un sentido que es a todas luces profano, tienen estadios como el Santiago Bernabeu, el Nou Camp, la Bombonera, el Maracaná, el Centenario, el Estadio Azteca o el Old Trafford.

Pero si, por un lado, hay interpretaciones que vinculan el juego con los dioses, por el otro, se vincula al sacrificio y la muerte. Uno de los aspectos polémicos que envuelve a la práctica de estos antiguos juegos competitivos es el que vincula a algunos de ellos a la violencia en forma de decapitación, canibalismo, sacrificios, etcétera. Sobre estos posibles actos violentos que se cometían tras el juego, el antropólogo Michel A. Salter (1983) concluyó que en el juego de las tierras bajas mayas, como en aquellos del México Central, éstos no incluían el ritual de la decapitación para el derrotado.

Sin embargo, el matrimonio de antropólogos Gluckman y Gluckman (1983) sí habla de decapitación de los jugadores, al entender el juego más que como un ritual religioso, como una forma de adivinación, en la cual se interroga a Dios que diga sí o no según el resultado deportivo. También para la investigadora mexicana Amalia Cardós de Méndez (1992), el ritual de decapitación sí existía entre los mayas, como parte del ritual del juego de pelota, y se explicaría por sus vínculos con ceremonias de fecundidad agrícola. Esto también lo defiende Marcia Castro Leal (1992), para quien las colosales cabezas olmecas en piedra estarían vinculadas a esa costumbre de la decapitación. Y Patricia Ochoa Castillo (1992), mexicana como las anteriores, recuerda que la empalizada de cráneos o *tzompantli* en Tenochtitlán,

Ciudad de México, se halla significativamente al borde del campo de juego.

Con respecto a esto último, efectivamente, el *tzompantli* está junto a la cancha y así se deduce al consultar la *Guía del Templo Mayor*, de Eduardo Matos (1993). Pero los cráneos de piedra recubiertos con estuco, en este caso, también se pueden asociar a la guerra y no sólo al juego. En mi opinión, no se puede generalizar una hipótesis firme sobre este aspecto, porque debieron haber diferencias regionales o históricas al respecto, y para otros casos existe la posibilidad de que esto mismo ocurra con la teoría de la decapitación o sacrificio del jugador en el juego de pelota, algo parecido al supuesto canibalismo azteca, que ha sido cuestionado lúcidamente por Alberto Cardín (1994) en su obra *Dialéctica y canibalismo*, quien nos demuestra que durante la conquista y colonización de América, los únicos actos de canibalismo fehacientemente documentados se dieron entre españoles. No obstante, en relación al *tzompantli* que está junto a la cancha del Templo Mayor, amontonar los cráneos decapitados de los contrincantes al borde del terreno de juego debe ser el sueño de los más radicales hinchas violentos actuales.

El tema de la violencia en el *tlatchli* exige un debate más extenso y no lo podemos finiquitar con unas líneas, sirva como ilustración de lo que llegaron a suponer culturalmente estos juegos la siguiente síntesis del historiador López Austin:

Sólo un juego náhuatl adquiere independencia, el *ollamalitzli* o juego de pelota de hule. Pero, pese a su antigüedad, todavía a la llegada de los españoles tiene un profundo sentido religioso, un ritual cargado, un gran uso como medio adivinatorio y una tradición popular anexa, rica en augurios, dichos y aun en riesgos para los espectadores, ya que éstos podían sufrir la pérdida de prendas personales si uno de los jugadores acertaba a pasar la pelota de hule comprimido por el aro de piedra. Esto indujo a los conquistadores, celosos en la difusión del catolicismo, a acabar con el juego, del que sólo queda herencia en apartadas

regiones del país. Los importantes restos arquitectónicos de los *tlatchli* –las canchas del *ollamaliztli*– representan los de una tradición casi extinta (1993:24).

Respecto a los pueblos americanos del norte, también encontramos la práctica de juegos con pelota. El autor clásico de la etnología estadounidense, Stewart Culin (1992), investigó a principios del siglo pasado los distintos juegos de las tribus de esa región y describió sus numerosos juegos de pelota. En concreto, cuando habla de *football* señala que habría que entenderlo más precisamente como *game of hand-and-football* o *the ball race*, es decir, juegos de pelota con manos y pies o carreras con balón. Según las tribus en que se encuentra, el juego enfrentaba a hombres (como entre los micmac o los paiute), a hombres contra mujeres (como entre los topinagugim) o indistintamente a hombres, mujeres y niños (como entre los eskimo). En su obra ofrece, además, diversas noticias que hablan de distintos tipos de *pelota*: de piedra, cuero, madera, etcétera.

Cuando habla de *hand-and-football* o juegos de pelota que se juegan indistintamente con las manos o los pies, se refiere en concreto a juegos de pelota practicados por mujeres. Y he aquí otra noticia importante: también en América las mujeres practicaban juegos de pelota. Y por casualidades del devenir histórico de las costumbres en sociedades humanas, en las últimas décadas las estadounidenses son campeonas del mundo y tienen la mejor liga femenina de fútbol profesional.

Para Blanchard y Cheska (1986), los juegos de pelota de los indios norteamericanos generalmente estaban relacionados con los medios de subsistencia, los cuales habrían estado bastante extendidos por todo el continente. Tanto es así que el antropólogo Glasford, en 1976, detectó la práctica de juegos de pelota entre esquimales, sin negar que sea probable que éstos hubiesen sufrido algún tipo de influencia occidental. Al respecto, es interesante lo apuntado por Blanchard y Cheska:

Los esquimales practican un juego de fútbol, el *akraurak*, que se disputa con pelotas de piel, de formas y tamaños variables, rellenas con hierba, musgo, plumas, virutas e, incluso, con trozos de hueso de ballena. Las metas se marcan sobre la nieve a una distancia variable. Los jugadores propulsan con el pie en dirección de la meta opuesta. Es un juego de primavera y verano, y en él participan jóvenes y viejos, hombres y mujeres, indistintamente. Dos de los jugadores pueden actuar de capitanes con atribuciones para seleccionar y repartir equitativamente las fuerzas entre los dos bandos antes de iniciar el encuentro. Los jugadores se colocan al lado de sus metas respectivas y al lanzarse el balón al centro del terreno, ambos equipos se precipitan para hacerse con su control y empezar el ataque contra la meta contraria. El primer equipo que logra atravesar la línea de meta con el balón es declarado vencedor del encuentro. [...] Como puede verse, el *akraurak* es una variante más del fútbol asociación, probablemente adoptada por los esquimales tras el contacto con la sociedad euroamericana. No obstante, esos juegos son mencionados en los mitos esquimales y es posible que sean tradicionales (1986:100).

De este pasaje se desprende que posiblemente el antiguo juego del *akraurak* haya sido “contaminado” y modelado en un proceso de mezcla –mestizaje– por medio de las tripulaciones de balleneros que tuvieron contactos con los esquimales desde al menos el siglo XVIII. En otras latitudes, como en Sudamérica, también aparecen testimonios de juegos de pelota, como entre los yahgan de Tierra del Fuego o entre los araucanos, que jugaban al *paume*, mientras los patagones lo hacían al *pilimatun* o la *chueca*, juegos todos éstos en los que intervenía algún tipo de esférico (Le Floc’hmoan, 1969).

Esta presencia de juegos competitivos con esféricos y con pelotas de hule en el continente americano resultó ser una evidencia en contra de los planteamientos evolucionistas lineal-unilineal, o, si se prefiere, eurocéntricos, aplicados al origen del fútbol.

Antes bien, hubo y hay una amplia diversidad de juegos con esféricos que habla de una evolución multilínea y plural con una ingente cantidad de formas y significados asociados. Es decir, el impulso lúdico de la humanidad –como se vio en el capítulo anterior– es innegable, está arraigado a la naturaleza humana, y por tanto se manifiesta en la dimensión cultural de todas las sociedades.

La consecuencia de esta constatación fue la necesidad de rastrear los antecedentes más inmediatos del fútbol moderno centrado en la historia de Europa occidental y más exactamente de las Islas Británicas. Ciertamente hubo distintas prácticas susceptibles de considerarse como modalidades de protofútbol, que pudieran ser consideradas como formas lúdicas precursoras, como prácticas referenciales que jugaron el papel de antecedentes, en el sentido de premodernas, predeportivas y prefutbolísticas. Pero de ninguna manera puede vérselas como la condición *sine qua non* para explicar el fútbol moderno y menos aún el contemporáneo.

FUTBOL Y CARNAVAL: LA PRÁCTICA DEL FUTBOL PREMODERNO EN EUROPA OCCIDENTAL FRENTE AL CALCIO

Establecer ciertas continuidades en el estudio de la historia de los pueblos y naciones no deja de resultar problemático si se ignoran las discontinuidades y no se ponderan críticamente las continuidades formales que se presumen. El planteamiento que subyace en el siguiente apartado presume que hubo una sucesión de prácticas lúdicas, que algunas tuvieron el rasgo comparado de utilizar esféricos, pelotas o balones, y que hubo periodos de continuación y otros de involución; hubo juegos que estuvieron arraigados durante siglos y en determinado momento desaparecieron. Ha habido ciertos aspectos formales y rasgos de juegos con pelotas que se han mantenido, de la misma manera que lenguas como el español o el francés evolucionaron a partir

del latín en los últimos mil años y persisten en la actualidad sólo en cierta forma. Pero esto no quiere decir que con el fútbol hubiera ocurrido algo parecido. Donde podría hallarse un paralelismo similar al de las lenguas romances contemporáneas es en la necesidad de jugar y en la necesidad de ser un espectador de esos juegos, que son algo que sí ha persistido milenariamente.

Aceptado el planteamiento de que a lo largo de los últimos siglos han persistido los juegos competitivos en los que se disputa una pelota o balón y, por otro lado, el impulso lúdico que cultiva cada nueva generación de seres humanos –quienes lo único que hacen es adoptar los juegos de acuerdo con sus propias circunstancias histórico-culturales–, se podrá comprender mejor que la línea argumental que estoy defendiendo no presume un pasado milenario para el fútbol. Menos aún que el hecho de que la humanidad haya salido adelante en los últimos dos mil años justificaría un planteamiento de progreso unilineal, y menos aún de un difusionismo transhistórico, que permitiría conectar sobre un plano de cierta continuidad el *harpastum* latino con el fútbol inglés del siglo XIX.

La cuestión central aquí es cómo se explica el cambio cultural y el social entre generaciones a lo largo de amplios periodos históricos. Y, desde esta tesitura, cómo explicar que los deportes y el fútbol moderno no surgieron de la nada, que antes de formar parte de nuestros estilos de vida contemporáneos hubo necesariamente largos procesos de conformación previos. Tal vez el factor que ha persistido es el *homo ludens* y ese otro de carácter estructural que entiende que el juego es anterior a toda cultura.

Tras la caída del imperio romano ante el embate de pueblos germanos y asiáticos y la creación del Imperio de Bizancio en Constantinopla en el año 330, la vertiente Occidental-Atlántica se sumió en el largo otoño de la Edad Media –en inspirada denominación de Johan Huizinga–. Durante aquellos siglos, distintas sociedades y pueblos comenzaron a conformarse como naciones, con un sustrato cultural común, donde el cristianismo estructuraba una parte fundamental de las creencias y la vida.

Parte de aquel sustrato cultural podía observarse en las estrategias de subsistencia, pero también en las fiestas y en los juegos.

Durante la Alta Edad Media se practicó en regiones de la Europa continental como la Picardía, Normandía y Bretaña un antiquísimo juego de pelota, que muy probablemente estaba emparentado con el *harpastum* romano. Según García Castell (1968), el *harpastum* había sido llevado a las Galias por Julio César durante sus campañas. Aquel juego de pelota y aquella *pelota* hay que entenderlos en un sentido premoderno, pues las más de las veces se trataba de un pellejo relleno de paja llamado *soule* o *choule*, cuya traducción sería balón del Sol. Este *soule* consistía en la disputa entre dos bandos o aldeas de un irregular *esférico*. El historiador francés Le Floc'hmoan (1969) dice que su práctica se consolidó entre el pueblo por lo menos desde el siglo XI y en el siglo XIII ya lo practicaba la nobleza y el clero. Tanto Felipe V en 1319 como Carlos V en 1369 lo prohibieron en Francia, pues los soldados se entregaban a él hasta el extremo de olvidar las obligaciones castrenses.

Con el correr del tiempo, el *soule* se practicó y conservó en los monasterios, llegándose a decir que hasta un obispo de Poitiers fue un devoto practicante del mismo. Según un edicto de Felipe V de 1319, al *soule* se le denomina *ludos soularum*. Con posterioridad, y a la vista de que continuaba arraigado entre el pueblo, se levantó la prohibición y la Corona permitió que se celebraran partidos por Pascua Florida. Finalmente, el *soule* o *choule* en las regiones occidentales de Francia y Bélgica se diluyó durante el siglo XIX junto con otras prácticas y costumbres lúdicas de carácter popular. Aunque, como veremos más adelante, lo más probable es que fueran sustituidas por sus parientes modernos: el rugby y el fútbol.

Para el ámbito de las Islas Británicas, autores importantes como los sociólogos Norbert Elias y Eric Dunning (1992), al igual que Carl Diem (1966), suelen manejar noticias de la práctica extendida de un protofútbol medieval. Entre los juegos con pelota practicados por aquellos tiempos en las Islas Británicas,

destacaron el *hurling at goales* o *hurling over country*, el *camp ball*, el *hurling* y el *knappan*. Todas ellas prácticas deportivas premodernas muy similares en sus características al *soule* que se practicaba en localidades pertenecientes a lo que hoy son Francia y Bélgica, y que bien pueden ser consideradas como ejemplos de los antecesores más próximos al fútbol moderno (Le Floc'hmoan, 1969).

Ahora bien, de la misma manera que hubo reyes en Francia que promulgaron edictos para perseguir esas prácticas predeportivas o costumbres lúdico-festivas, la reputación de estos juegos competitivos en las islas también varió históricamente. El rey Eduardo prohibió estas prácticas en el año 1313, sólo que con muy malos resultados. El monarca inglés deseaba que la tropa practicara más el tiro con arco y que no se desatendiera la formación militar. Las distintas prohibiciones de la época, edictos reales o de autoridades civiles ofrecen indicios y pruebas del por qué de aquellas prohibiciones. Y es que los distintos documentos hablan de la brutalidad de esos juegos al tiempo que señalan la gran afición del pueblo por aquellos pasatiempos a pesar de su violencia. Como señala Wahl: “las prohibiciones dictadas por las autoridades atestiguan la brutalidad de un juego cuyos practicantes dejaban lisiados e incluso muertos sobre el terreno” (1997:13). Pero, sobre todo, de la preocupación de que dichos deportes estuviesen restándole tiempo al tiro con arco como obligada preparación para la guerra.

Si aceptamos la genealogía que implícitamente se ha estado diseñando, que del *harpastum* romano derivaron protodeportes de pelota como el *soule*, el *hurling over country* o el *camp ball* durante la Edad Media en la Europa Atlántica, la otra cuestión que se nos presenta desandando esta ruta lógica de discernimiento es cuándo se asocia el término de *football* (balompié) con esas prácticas. Al respecto, existen referencias fiables desde el siglo XIV, siempre como juego de pelota, aunque parece ser que en algunas ocasiones la palabra *football* también servía para denominar a la misma pelota y no siempre al juego, en el sentido de

balón hecho para ser golpeado o desplazado con el pie, la cual, como algunos de los antiguos prototipos que la antecedieron, estaba hecha generalmente con una vejiga de animal hinchada.

Si revisamos las fuentes literarias, la palabra *football* aparece en clásicos, por ejemplo en William Shakespeare (1985), que la utilizó en algunas de sus obras a lo largo de su vida 1564-1616. Carl Diem reprodujo dos pasajes de sendas obras de Shakespeare para mostrar cómo el vocablo *football* adquiere tanto el sentido de balón como el de juego; en concreto en *La Comedia de las equivocaciones* y en *El Rey Lear*. En el pasaje de *El Rey Lear* que reproduce Diem (1966, t. I: 414) encontramos su acepción como juego:

LEAR: Do you bandy looks with me, you rascal? (striking him)

OSWALD: I'll not be struken, my Lord.

KENT: Now tripped neither, you base football player? (tripping up his heels).

El poeta y filósofo español José María Valverde tradujo estos versos a la lengua de Cervantes y quedaron así:

LEAR: ¿Pretendes rivalizar en miradas conmigo, bribón? [Le pega]

OSWALDO: ¡No quiero que me peguen, señor!

KENT: Ni tampoco que te den patadas, vil jugador de pelota. [Le da un puntapié] (Shakespeare, 1985:22).

Este pasaje ilustra cómo el sentido de la palabra *football* en tiempos de Shakespeare aún no se había fijado en la acepción moderna con la que todos estamos familiarizados. Por otro lado, existe otra dimensión social y cultural que envuelve al *football* de aquellos siglos XVI y XVII, y que sin ellas no se puede entender el contexto de su transmisión como costumbre arraigada y celebrada/practicada por aquellos pueblos. Me refiero a su presencia en una de las más importantes fiestas religiosas del catolicismo: el carnaval.

Carl Diem fue de los primeros en señalarlo al escribir: “La Cuaresma era la época preferida para los torneos de fútbol” (1966, t. I: 414). O también en este otro pasaje: “El martes de Carnaval quedó tan asociado al fútbol que el *shrove Tuesday* [martes de Carnaval que precede al miércoles de Ceniza] se llamó simplemente *footballday* [Día de fútbol]” (Diem, 1966:415). De la misma manera que el *soule*, que como vimos antes era el juego de pelota típico de las tierras del oeste francés, estuvo asociado al jueves lardero o el jueves siguiente al carnaval, tal como nos lo recordó el historiador galo Le Floc’hmoan (1969). E incluso el *calcio* florentino también se celebraba en tiempo de carnaval según los historiadores italianos de este deporte Artusi y Gabbrielli (1972). Por último, Elias y Dunning (1992) también confirmaron que el *football* estuvo asociado al carnaval durante varios siglos en Inglaterra.

Curiosamente esta raíz festiva y carnavalesca podría constituir un argumento a favor de quienes defienden una genealogía milenaria del fútbol. Pero eso sería un error. El fútbol del martes de carnaval fue un enfrentamiento ritualizado. Una tradición más, que en distintos lugares y épocas respondió a y reflejó una pugna o rivalidad entre gremios de artesanos, jóvenes solteros, etcétera. Y tal vez fuese casualidad, pero no olvidemos que el ensayo “El origen deportivo del Estado” de Ortega y Gasset (1966) se elaboró a partir de dos conferencias, una de ellas titulada precisamente “El Estado, la juventud y el carnaval”. Además, estos nexos entre el Estado y el carnaval hacen verosímil el planteamiento que defiende que el fútbol y otras competiciones deportivas han ayudado a construir o consolidar al Estado-nación en el mundo contemporáneo. Ellos habrían contribuido a crear sentimientos colectivos e identidades nacionales. De hecho, los colores de algunas camisetas nacionales son los mismos que utilizan las banderas de sus países y los triunfos de los seleccionados nacionales son celebrados con festejos de verdaderos carnavales.

Parece evidente, pues, que en Europa coexistieron similares protodeportes o juegos competitivos, distantes en la historia y en la geografía, a los que se puede considerar *protofútbol*. Es decir,

que compartían un tronco común o, para mantener la metáfora inicial, son afluentes que acabaron mezclando sus aportes en el río principal. Pero, y esto es lo más interesante, eran juegos propios de las fechas de carnaval. Dicho con otras palabras, el fútbol es hermano de una fiesta tan polémica, disoluta y divertida como el carnaval. Esto significa que el fútbol es fiesta, y no sólo porque durante siglos estuvo asociado al calendario festivo de distintos pueblos. Asimismo, explicaría en parte por qué Brasil es la nación que mejor practica el fútbol y el carnaval. El fútbol samba fue una de las máximas expresiones del fútbol porque habría sintonizado con la historia o *memoria filogenética* del balompié, respetando a la vez la sangre festiva que corre por el misterioso sistema nervioso del juego.

Interpretaciones simbólicas aparte, también los sociólogos británicos Murphy, Williams y Dunning (1990) han recordado en sus obras que por *football* se entendía en las Islas Británicas, desde la Edad Media, distintos juegos populares: *folk games* o *games of the common people*, algo así como juegos populares o juegos del vulgo que se practicaban en distintas regiones. Además, el *football* coexistió –tal como se ha indicado– con otros nombres y/o prácticas como *camp ball*, *hurling*, *knappan*. Variantes todas éstas de una misma corriente plural de juegos formalmente emparentados como *la soule* en Francia, *rouler la boule* y *la souil* en Bélgica o el *gioco de della pugna* (*calcio*) en Italia.

El *calcio*, más conocido como *Gioco del calcio*, podría descender de la tradición griega, etrusca y romana de los juegos de pelota; no obstante, resulta problemático considerarlo una variante del antiguo *harpastum* romano, ya que sólo se tienen noticias fiables de su existencia, al menos, desde 1410. Algunos autores proponen como probable que ya se practicara en el siglo XIII, sólo que, por lo general, los encuentros estuvieron circunscritos a plazas florentinas como las del Santo Spirito, de la Signoria, Santa María Novella u otras. Alfred Wahl ha sido uno de los autores que le dan cierta credibilidad a la importancia del *calcio* en la prefiguración del fútbol moderno:

En Italia del Renacimiento, en Bolonia y Florencia, se jugaba el quico de calcio, juego en el que el balón se desplazaba con el pie. El calcio, practicado en Pascuas o durante el martes de carnaval, es un juego urbano que se desarrolla en el interior de espacios reducidos y bien delimitados. Las dos líneas al fondo del terreno hacen de portería. Los jugadores están autorizados a llevar la pelota. Aparecen tímidamente la distribución de tareas y un esbozo de juego colectivo: el calcio prefigura el fútbol moderno (1997:14).

Llama la atención, como un rasgo característico de su práctica, el esfuerzo que se hacía por penalizar la violencia y para ello se llegó a contar con hasta 10 árbitros, tal como lo indican Artusi y Gabbrielli (1972), aunque la cuestión de la violencia siempre dependerá de los criterios utilizados para distinguirla y de la sensibilidad de cada periodo histórico. En cuanto a su época de esplendor, ésta se sitúa durante el mandato de Pietro de Medici, gran aficionado al juego, que nada más subir al poder en 1492 reunió en su corte a los mejores practicantes italianos de *calcio* para cultivar la afición. Si bien era un juego que se hallaba extendido por distintas ciudades italianas, como Venecia, con el tiempo acabó siendo denominado *calcio fiorentino*.

El juego tenía tal significación que formaba parte del programa de las fiestas familiares principescas, de ahí que se celebrase dentro de los festejos con motivo de la boda de Alessandro de Medici con Margarita, hija de Carlos V, en 1536. Por esos años Florencia conocía una prosperidad que generaba una desahogada burguesía, enfrentada en ocasiones a la nobleza, tal como lo ha visto el historiador italiano Tenenti (1985). Precisamente, el *calcio*, considerado durante mucho tiempo un juego de nobles, reflejó aquellos enfrentamientos sociales. Carl Diem (1966) menciona un conflicto habido entre el gremio de laneros y la nobleza por motivo de la celebración de un *calcio*.

Pero a pesar de este arraigo y buena consideración, el juego decayó a finales del siglo XVIII y casi desaparece, volviendo

a resucitar un siglo después. Aunque esto no es lo que se puede inferir del clásico historiador del Renacimiento Jacob Burckhardt, cuando dice (la obra fue publicada originariamente en Basilea en el año 1860): “El juego clásico de Italia era y es, como se sabe, la pelota: también este deporte parece que se practicaba en el país, durante el Renacimiento, con mayor entusiasmo y esplendor que en ninguna otra parte de Europa. Sin embargo, nos ha sido imposible obtener testimonios precisos de este hecho”. Este pasaje de Burckhardt escrito a mediados del siglo XIX es una prueba de peso en contra de la paternidad italiana del fútbol moderno. Hoy en día, el tradicional *calcio* florentino se mantiene como una tradición viva e insigne de la ciudad de Florencia. Artusi y Gabrielli no datan modernamente su recuperación definitiva hasta 1930, aunque señalan que en 1898 se celebró un partido con ocasión de las celebraciones italo-americanas en honor de Paolo Toscanelli y Amerigo Vespucci, y en 1902 otra con motivo de la presencia del Conde de Turín en la ciudad. Dos indicios que, por sí mismos, demuestran su mantenimiento como tradición de gran referencia institucional.

El argumento del origen italiano del fútbol queda desechado con la explicación de los especialistas Artusi y Gabrielli y sobre todo con el artículo de Stefano Pivato (1991) “*Soccer, religion, authority: notes on the early evolution of Association Football in Italy*”. Para Pivato, la germinación del fútbol moderno en Italia se debe entender en el contexto que enfrenta a conservadores e innovadores pedagógicos. Muy pronto se dijo, ya en el siglo XIX, que el fútbol no tenía un origen anglosajón, sino que provenía del florentino *calcio*. Es decir que lo que los ingleses estaban exportando con el nombre de *football* o *soccer* era en realidad la versión británica del juego renacentista de Florencia, que habría sido llevado a las islas, al otro lado del canal de la Mancha, por alguno de los románticos viajeros ingleses, de los muchos que pulularon por el Mediterráneo desde el siglo XVIII, tras haberlo descubierto en alguna de las localidades italianas donde se practicaba *il gioco del calcio*. Argumento bastante verosímil, que

en su día resultó atractivo para los nacionalistas vinculados a la Educación Física italiana y que, como hemos dicho, aún suele recuperarse de tanto en tanto.

Por tanto, la lectura de Jacob Burckhardt, Artusi y Gabbrielli o Stefano Pivato es obvia: el fútbol moderno no tiene ningún vínculo directo con el juego del *calcio*, tal como lo defienden autores como Wahl (1997). Esto es, el fútbol de tradición británica no es un “plagio” del *gioco del calcio*, ni viceversa. Comparten unos orígenes comunes si aceptamos que sus raíces están en el mundo latino, en la tradición de juegos competitivos como el *harpastum* romano.

Sin embargo, lo que sí se puede decir para el contexto italiano es que el fútbol traído desde las Islas Británicas sirvió para estimular la recuperación del antiguo *gioco del calcio*, que provocó un *revival* –como lo denominan los antropólogos–, un fenómeno de recuperación y revitalización cultural, de tal manera que hoy en día en Italia el *calcio* es sinónimo de fútbol. De hecho, la liga italiana de fútbol es conocida mundialmente como *el calcio*. Por tanto, la tesis del origen italiano del fútbol moderno queda refutada frente a la opción británica. La Inglaterra del siglo XIX era una nación que estaba en plena efervescencia civilizatoria debido al crecimiento producido por la Revolución Industrial y su expansión política y comercial por el mundo entero que facilitó la exportación de sus costumbres y modas, prácticas culturales y deportivas, influyendo en los pueblos y sus juegos deportivos con los que entraban en contacto.

Capítulo 3

Inglaterra, la madre del deporte moderno y de los siameses futbol y rugby

Todas las evidencias históricas (de)muestran que fue en Inglaterra y en otros lugares de las Islas Británicas donde nacieron o se forjaron el deporte y el futbol modernos durante los siglos XVIII y XIX. En los pueblos, *colleges*, fábricas y barrios del Reino Unido fue donde el deporte o, más exactamente, un variado número de juegos deportivos, se modernizaron o se comenzaron a modernizar en el sentido de estandarizar sus reglas y prohibir la violencia. El resultado fue un concepto de competiciones deportivas tal como a grandes rasgos las conocemos hoy en día; y fue en las Islas Británicas donde se practican con los nuevos rasgos por primera vez. Ahora bien, ni más ni menos: en la Gran Bretaña sólo nació el deporte moderno, que no el deporte en el sentido de juego competitivo reglamentado que podría decirse que es tan antiguo como la humanidad.

Como vimos en los capítulos anteriores, estas prácticas, aun en su sentido de prototipo o protodeporte, ya habían aparecido hacía miles de años atrás en todos los continentes bajo la forma antecesora de juegos de competición institucionalizados con reglas y técnicas compartidas. Lo que ocurrió después, tras la influencia *britanizante*, fue que diferentes deportes tradicionales

autóctonos de ciertos pueblos y regiones dejaron de practicarse, barridos por la moda deportiva anglo, o bien se modernizaron siguiendo el modelo británico. Cuando en el siglo XIX los ingleses inundan el mundo con los productos de su Revolución Industrial, también el deporte moderno, *made in England*, desplazó, en una verdadera propagación epidémica, a otros viejos juegos competitivos o espectáculos predeportivos.

Ocurrió que las distintas disciplinas deportivas inglesas, allí donde iban desembarcando, estaban asociadas a un valor tan agraciado en la época como era la aureola de lo inglés, de lo *british*, que era la última moda o lo más *fashion y glamouroso* (Buruma, 2001; Angelotti, 2010). De esa forma, la irrupción de deportes como el fútbol o el rugby lograban pronta aceptación social tanto entre las capas populares y proletarias como acomodadas y burguesas.

Otras veces, en casos como el polo, con independencia de las circunstancias que intervienen en su adopción, en la que influyen los oficiales del ejército colonial que en su mayoría eran aristócratas, los británicos enseguida lo consideran como un deporte sin haberlo inventado ellos. Esto explica por qué dicha disciplina, formalmente deportiva, originaria de las cálidas estepas asiáticas, que se ha practicado con las inevitables variaciones formales desde Japón y China hasta Egipto o Turquía en los últimos 2 500 años, se modernizara, y para lograrlo lo único que hicieron fue aplicarle los modernos criterios deportivos de origen inglés. Esto es, reglamentar espacial, temporal y competitivamente la práctica.

El concepto de deporte se fue forjando a lo largo de cientos de años, hasta que su versión moderna fue modelada y organizada por los ingleses en un lento proceso de varias décadas, especialmente a lo largo de los siglos XVIII y XIX, en función de las necesidades organizacionales de las instituciones preponderantes de la sociedad británica: Estado, industrias fabriles, mercados, universidades, pueblos y centros de enseñanza. En otras palabras, tal como dijo en su día el historiador alemán Walter

Umminger: “los deportes que practicamos hoy encontraron en Inglaterra su forma definitiva o, al menos, su modelo previo” (1964:251). Posteriormente, y esto es fundamental, desde finales del siglo XIX los criterios de lo deportivo comenzaron a emanar y a definirse fuera de las Islas Británicas. Por ejemplo, en ámbitos como el del olimpismo que se fomenta en Francia.

En efecto, el movimiento olímpico le dio al deporte un impulso internacional y un prestigio que en buena parte explica el *boom* del *sport* conocido en el siglo XX. Digamos entonces que, ciertamente, los ingleses modernizaron diferentes modalidades deportivas (football, rugby, cricket, polo, etcétera), pero será el francés con vocación internacional, el barón Pierre De Coubertin, quien obtuvo la fórmula magistral, al revivir las Olimpiadas como el contexto socialmente prestigioso e independiente del deporte y conferirle valores de hermandad entre las naciones: antes de él habían deportes, distintas disciplinas deportivas, tras él se hablará del deporte como un ámbito autónomo de la vida social. A ese respecto, es significativo que siempre se habla de Juegos Olímpicos y secundariamente de deportes olímpicos. Y es que las dos fuentes fundamentales de las que bebió el barón Pierre De Coubertin fueron las olimpiadas griegas y el deporte inglés del siglo XIX (eso sí, sólo el aristocrático, amateur y “colegial”).

La reaparición de las Olimpiadas en la historia de Occidente en 1896 le imprimió una aureola mítica y clásica a la esfera deportiva, la cual adquirió unos acentos civilizatorios por la vía de la recuperación del pasado clásico griego, unas credenciales genealógicas impecables tan del gusto de nobles y clasistas, que muy pronto retroalimentó e influyó en aquellos deportes que se practicaban en las calles, en las afueras de los pueblos, en colegios y universidades, en instituciones nacionales e internacionales o exclusivos clubes deportivos. Eso que hoy nos parece lo más normal del mundo, la presencia de prácticas deportivas en nuestras vidas, comenzó a ser normal en aquella época.

El proceso de normalización social y su expansión se debió a fenómenos como las modas que pronto eran imitadas –*épater*

la *bourgeoisie*, epatar o imitar a la burguesía—, su presencia en la prensa, pues las actividades deportivas eran amplificadas por los medios de comunicación de masas que comenzaban a emerger con fuerza, al tiempo que fueron comercializadas como espectáculo. Pero sobre todo fueron aceptadas y adoptadas porque, tal como he sugerido, en todas partes del mundo ya existía una previa y muy arraigada afición a espectáculos y juegos competitivos, no sólo las peleas de gallos o las corridas de toros, sino lo que actualmente se denomina deportes autóctonos.

Estos procesos por medio de los cuales el deporte fue ganando prestigio tuvieron lugar primero en los *colleges* o universidades inglesas y escocesas. Se dice que Wellington afirmó que la batalla de Waterloo —el 18 de junio de 1815— se ganó gracias a los juegos que se practicaban en los verdes prados de la escuela de Eton. Se reconocía así que aquellos juegos deportivos habían contribuido de manera importante a la educación y formación de los oficiales que derrotaron definitivamente a Napoleón. Anécdotas como ésta o como la del *fair play* pusieron de moda, más que al deporte, a concretos deportes ingleses que formaban parte de las costumbres de ciertos británicos del siglo XIX.

Pero, ¿quiénes eran aquellos oficiales de Wellington que practicaban deportes y vencieron entre cañonazos y cargas de caballería bajo la lluvia a Napoleón? Ni más ni menos que los vástagos del lado boyante de la Revolución Industrial. Los hijos de aristócratas y burgueses británicos que unas décadas atrás habían comenzado a entrar juntos a las *public schools*, a los *board schools* (internados), a los *colleges* o universidades y a los primeros clubes. Intereses políticos y comerciales (*business*) comunes habían abocado a este acercamiento más que fusión. Fueron los tiempos de la imitación de maneras y costumbres por parte de comerciantes y nuevos ricos para forjarse un prestigio que no podía presumirse con el árbol genealógico y los títulos nobiliarios, práctica tachada con el epíteto de *snobismo*; del *snob* (*sine nobilitate*) que comenzaba a codearse con la impenetrable aristocracia inglesa que había dominado la sociedad y el Estado durante los últimos 800 años.

Un hito importante se produjo en el año 1870 cuando se hizo obligatoria la enseñanza primaria en las *public schools*, necesaria para acceder a la condición de elector en el contexto de aquella sociedad abierta de libre competencia democrática, como era la inglesa de aquella época. Pero 70 años antes, en una primera etapa, la *public school* ya jugó un papel fundamental e indiscutible en la formación de las clases pudientes y en la conformación de los deportes y más concretamente del fútbol. El refinamiento en el ocio de los hijos de las aristocráticas y burguesas clases altas británicas, que en torno a 1800 estudiaban en escuelas y universidades como Eton, Harrow, Charterhouse, Winchester, Rugby, Cheltenham, Oxford, Cambridge u otros, pronto se hizo una necesidad que operó como impulso transformador.

El deporte fue entrando desde la segunda mitad del siglo XVII en aquellos centros de enseñanza tras muchas discusiones y opiniones en contra. Uno de los personajes históricos que más hicieron por consolidar al deporte en las *public schools* fue Mr. Thomas Arnold y su reforma especial llevada a cabo en Rugby, entre 1828 y 1842, por la que la educación deportiva cobró un papel significativo junto a las asignaturas y materias *intelectuales*. De hecho, la labor de Mr. Arnold es la evidencia que esgrimen algunos investigadores para decir que el deporte moderno inglés nació en esas escuelas.

Pero si bien él jugó un papel importante, no fue definitivo ni el único. En realidad lo que hizo Mr. Arnold fue retomar unos juegos de sobra conocidos fuera y dentro de las escuelas. Tal como señaló en su día el historiador galo Le Floc'hmoan:

No inventa ningún método de preparación física; Arnold se sirve de lo que ya existe: la carrera, el cricket, el fútbol. Él sólo establece las reglas. Los alumnos se agrupan en asociaciones, en clubs que dirigen ellos mismos. Los maestros se limitan a enseñar, a aconsejar (1969:94).

Y es que Arnold utiliza la educación física y deportiva para prevenir los continuos brotes de violencia que se daban en estas

instituciones llenas de jóvenes difíciles de controlar. O tal como la expresó Wahl: “Esta pacificación favorece la aparición de un juego fundamentado en reglas precisas, puestas por escrito, de un juego menos brutal y que implica el control sobre sí mismo indicado para forjar el carácter” (1997:16).

Sin duda, el deporte recibió un espaldarazo importante en las *public schools*, al ser reglamentada su práctica y de paso consagrarlo como una costumbre bien vista social y académicamente. Esto explica que en aquellos *colleges*, o universidades, pronto se fundasen clubes deportivos, como por ejemplo el club de boxeo de Oxford que data de principios del XIX. Paralelamente, la aristocracia inglesa de la época victoriana y la ascendente alta burguesía de comerciantes y banqueros impuso reglas sobre lo que podía y no podía hacerse, aburguesando el juego. El *ethos* (y los gustos) de las clases dominantes debió influir en el debate sobre cómo practicar ciertos deportes. Pero de las escuelas públicas y universidades inglesas no salió nada definitivo, ningún deporte acabado: ni el fútbol, ni el rugby, ni tan siquiera el concepto de deporte moderno.

Ahora bien, planteadas las cosas así, cabe preguntarnos, ¿qué hizo moderno al deporte inglés? La respuesta no es sencilla, por la complejidad de actores y factores que intervienen en su conformación. Sin embargo, puede decirse que los principales rasgos que modernizaron al deporte inglés moderno, y por tanto lo hicieron diferente de los otros juegos deportivos, no fueron el juego limpio o *fair play* ni la prohibición de acciones manifiestamente violentas –que me atrevería a decir que son universales y que sólo en cierto sentido forman parte de la modernización–, sino la limitación del juego, primero en el espacio y después en el tiempo con medios mecánicos como los primeros cronómetros. Esto resulta lógico en una sociedad y en una época en la que el tiempo escrupulosamente medido comenzaba a ser una referencia obligada, ligada como estaba al trabajo y producción en las fábricas o al estudio en las aulas y al tiempo de ocio, hasta el extremo de influir también en la vida cotidiana.

Precisamente fue en este sentido que Allen Guttmann, en su obra *From ritual to record: the nature of modern sports*, defendió que la introducción de la cuantificación debe tomarse como un factor de modernidad: “The emergence of modern sports represents neither the triumph of capitalism nor the rise of protestantism but rather the slow development of an empirical, experimental, mathematical *Weltanschaurtng* [*sic*] (1978:85)”. A este respecto, *Weltanschaurtng* debe ser una errata y Guttmann quiso decir: “mathematical *Weltanschauung*”: una *visión del mundo* matemática, experimental, empírica.

Desde entonces, máxime cuando se hace espectáculo, la explosión del juego y de la creatividad del jugador están controlados por un sentido del tiempo y del espacio estrictamente delimitados, altamente *racionalizados*, mecánicamente trazados, fabrilmente concebidos. La lucha contra el reloj para establecer un récord se incorpora a los retos deportivos, no bastará con ganar a un contrincante presente en la cancha, también se podrá competir contra otros contrincantes que establecieron un registro temporal o marca sobre determinada distancia aunque no estén presentes. Esta concepción abstracta es uno de los componentes de lo que significa modernizarse cuando hablamos de deporte, sin negar que el combate de la violencia es un factor que no ha dejado de consolidarse.

Fue W. Umminger (1964) quien denominó a Inglaterra como la patria de los récords, pues desde 1731 se usan los cronómetros (cronógrafos) en la Gran Bretaña para registrar las marcas de manera sistemática.

El invento de espíritu verdaderamente moderno de los ingleses de fines del siglo XVI, la idea absolutamente nueva en la historia de la humanidad es el *match against time* o competición contra reloj. [...] El récord *en sí* participa hoy en todas las competiciones como una especie de concursante fantasma (1964:252).

En verdad, el reloj o cronómetro podría ser considerado como el único elemento característico del deporte moderno: la delimitación escrupulosa del tiempo o con exactitud (*seiko* en japonés) que llega a actuar como un límite neutro e insalvable.

No nos olvidemos que disciplinas atléticas como las carreras sobre distintas distancias fueron y son importantes entre los ingleses desde hace siglos, pero solamente con la aparición de los cronómetros se comenzaron a establecer los registros o récord temporales. Es por todo esto que Guttman (1978) concluyó que dos de las siete características que definen al moderno deporte son la cuantificación y la obsesión por los récords, registros o marcas.

FACTORES INFRAESTRUCTURALES

E IDEOLÓGICOS EN EL MODELAJE DEL FUTBOL Y EL RUGBY

Detrás de toda práctica deportiva subyace una potencial estructura conceptual y éstas y sus puestas en práctica están sujetas a las continuas presiones modificadoras de las circunstancias históricas, de la mano de actores e instituciones que amplifican la acción de los actores sociales. Visto desde una perspectiva diacrónica, durante siglos y en especial hasta las últimas décadas del siglo XVIII, los distintos juegos con esféricos habían estado evolucionando según las costumbres de cada pueblo, es decir, lentamente.

Hasta ese entonces, los diferentes deportes se habían ido puliendo y refinando como cualquier otra tradición en el seno de pueblos y regiones vinculados, como vimos, a festividades, momentos de ocio y esparcimiento, y su práctica estaba regida por la costumbre consuetudinaria del lugar. Hacia 1800 el fútbol tenía múltiples variantes emparentadas que variaban con cada pueblo, cada *public school*, cada universidad. Pero a partir de ese entonces el proceso se aceleró y los juegos competitivos se vieron abocados a incorporar unos procedimientos para su práctica y organización que los convirtieron en modernos deportes. Esto

ocurrió, como ya se ha dicho, durante el siglo XIX al interior de distintas instituciones de enseñanza inglesas, y cuando digo interior me refiero tanto en el sentido físico o espacial como en el sentido académico e intelectual.

Como reza el refrán: “de aquellos polvos, estos lodos”, de aquellos distintos tipos de fútbol popular rústico que habían evolucionado cada uno por su lado a partir de aquellos juegos de pelotas medievales, se llegó al *football* en un proceso de “refinamiento” formal y técnico en diferentes instituciones académicas. Acorde con la dinámica que existía en lo que constituía una auténtica “balcanización de los juegos futbolísticos”, los híbridos entre juegos de pelota también fueron numerosos al interior de los colegios hasta bien entrado el siglo XIX hasta que se alcanzó el cénit en el proceso de pulido y refinado, que fue llevado a cabo tanto por un proceso de transculturación tal como fue definido por el etnólogo cubano Fernando Ortiz (2010), como por un proceso de bricolaje tal como fue definido por Lévi-Strauss (1975a).

La llegada de alumnos a las *public schools* y universidades británicas procedentes de diferentes clases sociales –evidentemente de clases pudientes de origen aristocrático, de la alta burguesía o de la meritocracia asociada a profesiones liberales– así como de diferentes regiones del Reino, fue una de las circunstancias más importantes que obligaron a modernizar deportes de equipo como el fútbol y el rugby. La llegada de esos estudiantes que practicaban distintas versiones del fútbol en sus pueblos de origen, con sus reglas desordenadas y a veces contradictorias, obligaron a reinventar el fútbol. Obligaron a establecer un reglamento que unificara las distintas prácticas, lo que acabó transformando al fútbol hasta dejarlo casi como hoy lo conocemos.

Este modelado de la práctica fue una de las facetas de su modernización, que no la única ni preponderante, y fue realizada acorde con el *ethos* y los gustos del momento. Ahora bien, el proceso de refinamiento del fútbol o *soccer* sólo se puede entender si lo comparamos con el del rugby, pues de hecho son deportes hermanos que construyeron su identidad por oposición. Original-

mente fueron, por utilizar esta metáfora, hermanos *siameses*. Una posterior disparidad de criterios, agravada paulatinamente por los intereses y las circunstancias de cada *college*, acabó planteando el dilema que los escindiría y diferenciaría definitivamente, al optar unos por la utilización fundamental del pie en la conducción de la pelota y otros de la mano.

El gesto básico del acontecimiento fundacional, el inicio mítico del divorcio entre manos y pies, la radical opción entre fútbol y rugby, acaeció en 1823. Un célebre episodio éste que ya fue sintetizado por Carl Diem:

En un relativamente pequeño espacio de la Charterhouse School, en lo que antes había sido jardín del convento, se desarrolló el dribbling game. La escuela de Westminster no contaba con un espacio mucho mayor. Esta modalidad de fútbol a que nos referimos se denominaba también *soccer*, palabra de oscura etimología, que formaba parte del léxico estudiantil inglés en 1894. Es posible que provenga del latín *soccus* (en inglés *sock* o también *socket*). En Winchester y en Harrow, donde se disponía de grandes espacios, imperaba el modelo del rugby. En Eton, por el contrario, se impuso el dribbling. En dicha escuela se practicaba también el llamado juego de la pared, en un campo limitado por un muro de 10 m de longitud y 3 de altura. Cada escuela adoptaba las reglas que eran más de su gusto, mezclándolas a veces entre sí. [...] De una inscripción en una muralla de Rugby parece deducirse que las carreras con la pelota, y con ello el espíritu de lucha del rugby, fueron introducidas en 1823 por William Webb Ellis (Diem, 1966, t. II: 85).

La precitada inscripción dice así: “En 1823, infringiendo las reglas del fútbol, el alumno Ellis va a agarrar el balón con las manos y va a correr hacia el campo contrario creando así el signo distintivo del rugby”. Aquella transgresión se toma como el origen mítico del rugby y con ella comienzan a distanciarse el rugby y el fútbol, también llamado en algunas fuentes de la época *socket*

y luego, actualmente también, *soccer*. La palabra *soccer* es sinónimo de fútbol, de balompié, y es palabra común sobre todo en los países angloparlantes, especialmente en Estados Unidos. Al parecer, su etimología derivaría de una abreviatura de *association*, que dio primero *assocer* y *soci* y finalmente *soccer*; a los de rugby se les decía *rugger*. Como puede verse, nada que ver con la definición dada por Diem.

Otro hito del rugby moderno aparece en 1842, nuevamente en el *college* de Rugby, donde profesores y alumnos codifican y reglamentan en 37 puntos el juego según su tradición vigente y gusto habitual. Esta misma localidad inglesa, cuando todavía el fútbol y el rugby estaban confundidos en una única práctica, ya había acogido la institución en torno a la cual giraba el juego y cuyo nombre es bastante ilustrativo de la ambigüedad e indefinición que existía en ese momento: la Unión Futbolística de Rugby (*Rugby Football Union*). Más adelante, en 1871, quedará en *Rugby Union*, algo así como el equivalente de la *Football Association*.

El último cuarto del siglo XIX conoció la consolidación de la práctica del rugby, que se extendió al viejo continente, tras pasar a Francia y a las distintas colonias británicas: África del Sur, Australia o Nueva Zelanda. El rugby norteamericano, que en Estados Unidos conocen curiosamente como *football* a pesar de la preponderancia de las manos en las jugadas, se consolidó hacia 1874 en la Universidad de Harvard con la American Football, al parecer por influencia de jugadores de rugby de Montreal. Hoy en día las dos competiciones más importantes en Estados Unidos son el college football y el professional football (National Football League, NFL), que responden al esquema de deporte universitario y deporte profesional. También por aquellos años, en Irlanda se popularizó el *fútbol gaélico*, mezcla de fútbol y rugby que se institucionalizó hacia 1884. Precisamente una mezcla de rugby y fútbol gaélico vendría a ser el fútbol australiano o *footy*.

Con el paso de los años, la Unión Rugby, la Liga de Rugby, el *football* estadounidense, el canadiense y el australiano se acabaron caracterizando por jugar con un balón ovoide y el fútbol

asociación y el gaélico lo acabaron haciendo con uno esférico. Este rasgo fue fundamental y también conoció un proceso de conformación que giró en torno al esférico original. Tanto en uno como en otro caso, la esfera o el ovoide será lo que les dará identidad propia a cada modalidad de juego. Los orígenes, sin embargo, fueron tecnológicamente modestos y Le Floc'hmoan nos lo recordó: "A mediados del siglo XIX la pelota de fútbol no era más que una vejiga de cerdo recubierta de cuero" (1969:107).

Es decir, en realidad no era redonda sino más bien ahuevada, hasta que en el último tercio del siglo aparecieron las primeras recámaras de caucho, que fue otro de los grandes inventos de la Revolución Industrial. Evidentemente, la novedad del invento no residía en el caucho natural en sí, sino en su aplicación a nuevos procedimientos y nuevas manufacturas, especialmente a partir del descubrimiento del proceso de vulcanización por Charles Goodyear en 1839. Es entonces cuando al confeccionar las pelotas, para el rugby se acentúa el *ahuevamiento* primigenio con una forma oval más geométrica que se lograba gracias a la maleabilidad que el caucho natural permite y el fútbol opta por una redondez cada vez más perfecta. Ambos diseños estaban orientados por una necesidad funcional. El primero se adaptó mejor al juego con las manos y el segundo al de los pies; sin negar que la redondez también se adapta al juego con las manos, tal como lo demuestra el basquetbol.

En definitiva, tanto si aceptamos el origen "mítico" del rugby, de la mano –nunca mejor dicho– de William W. Ellis, como lo señalado por Diem, el proceso de diferenciación del rugby y del fútbol se debió, en parte, a la variada naturaleza de los diversos espacios de recreo con el que contaban las distintas *public schools*, a los cuales necesariamente se tuvieron que adaptar los juegos y prácticas. Sin duda, resulta verosímil que eso debió haber influido en la morfología de ambos deportes, así como las transgresiones a las reglas que se acabaron aceptando (como la paradigmática de Ellis) o a reglas y convenciones que se fueron pactando e introduciendo con el transcurso de los años.

Pero inserta en medio de todas estas razones –y esto es sumamente importante– hubo una que fue decisiva. Durante aquellas décadas se produjo un sensible cambio en la mentalidad deportiva, que consistía en concebir el juego sin violencia, y que acabaría contagiándose lentamente a toda la sociedad. Pues en paralelo se produjo un cambio de paradigma en la concepción misma de la razón de ser del deporte, tal como lo argumentó Norbert Elias (1994), que es una de las evidencias del proceso de civilización experimentado en Inglaterra y que el sociólogo ilustró con las *foxhunting* o cacerías de zorros en las que los jinetes-deportistas renuncian a matar a la presa: lo delegan en los perros, mientras ellos intentan estar presentes.

En este sentido, ya el sociólogo alemán Vinnai (1974) señaló que uno de los motivos de la ruptura entre rugby y fútbol fue el criterio de la violencia en las entradas a jugadores. Un argumento que tempranamente fue manejado por los distintos autores, pues de manera muy similar ya había sido planteado en los años veinte por F. Alonso de Caso:

Pero no en todos los colegios podía jugarse al estilo de Rugby. Los patios y campos de recreo estaban a menudo enlosados en toda su extensión o cruzados de losetas; en ellos, el uso de las manos para detener y enlazar al adversario estaba expuesto a accidentes peligrosos; el jugador se limitaba a golpear la pelota con los pies. Estos colegios –Eton, Winchester, Harrow, Chasterhouse– fueron la cuna del *association*, que entonces se llamó *dribbling games*. Pero también en esta rama existían tantos códigos de juego como colegios (1924:8).

Este pasaje de F. Alonso de Caso nos recuerda, una vez más, la existencia de diferentes ramas y formas de juego, lo que ya anunciaba la necesidad de una necesaria reunificación. Por último, la disputa de encuentros deportivos entre escuelas o universidades fue otra poderosa razón y otro poderoso factor transformador para redefinir ambas modalidades, ya que se jugaba con un

componente consustancial al deporte como es la rivalidad. De hecho, aquellas rivalidades deportivas ya habían prendido con pasión entre los estudiantes ingleses antes de 1850. Pero para beneficiarse de esa dimensión de rivalidad, que ha resultado fundamental para el crecimiento de los deportes mismos y del espectáculo deportivo posterior, antes había que ponerse de acuerdo.

Hasta aquel entonces, los colegios como Eton, Harrow, Rugby, Shrewsbury, Uppingham, Winchester, etcétera, tuvieron y practicaron juegos competitivos de carácter futbolístico aunque con reglas propias. Pero cuando quisieron competir entre sí se acentuó un problema, que ya se venía produciendo con anteriores generaciones o promociones de estudiantes a su llegada a la universidad procedentes de las *public schools*. Éstos se encontraban con dificultades para seguir practicando el fútbol, ya que, según la escuela de la que provenían, traían aprendidas unas reglas u otras. Existía, pues, una falta de unificación en la concepción del fútbol y por eso la definición de unas reglas del juego consensuadas se hizo un objetivo necesario e inevitable.

El problema comenzó a solventarse –y esto demuestra el interés que había– en 1848, tras una reunión en el Trinity College de Cambridge. A aquel *meeting* asistieron representantes de las diferentes escuelas inglesas en las que se jugaba una variante del fútbol denominada *dribbling game*. Formaban parte del grupo que no estaba de acuerdo con las reglas de rugby consensuadas en 1842. Cambridge tenía la *simplest-play*, también conocidas como “las reglas de Cambridge”, que propugnaba el juego de pases con los pies. Ella supuso el primer reglamento o codificación del fútbol, donde se recogen ya algunas de las vigentes reglas del juego actual. De este modo, el fútbol modernizado que primero se desmarcó del rugby, surgió del denominado *dribbling game* (“arte de esquivar” traduce Andrés Fábregas, 2001).

Un problema similar, la falta de consenso en torno a un reglamento común, volvió a plantearse años después y de manera muy parecida cuando los clubes de jóvenes obreros y de burgueses

londinenses quisieron enfrentarse entre sí. Por ello, para promocionar y mejorar las reglas de Cambridge, nace la “Football Association” el 23 de octubre de 1863 en la Freemason’s Tavern de la londinense barriada de Great Queen Street. Un pub frecuentado habitualmente por masones en el que se reunieron los representantes de distintos clubes de la zona de Londres, tal como convienen distintos autores, entre ellos el historiador del fútbol Stephen Wagg (1984).

Por tanto, una segunda codificación del fútbol culmina en 1863 con el establecimiento de la “Football Association” –la FA– que velará por formalizar e impulsar el *soccer*, que a partir de ese entonces se mostrará como una modalidad radicalmente demarcada de la “Rugby Union” o *rugger*. De esa manera, el fútbol o *soccer* y el rugby acabaron siendo las dos ramas principales en las que se bifurcó el *football* inglés en la segunda mitad del siglo XIX. Ambos son una escisión de un antecesor siamés, heredero a su vez de los múltiples juegos de pelota medievales, que a su vez conectaban con otros que se jugaban en el continente y que borrosamente recordaban a los practicados por las legiones romanas. Y a principio del siglo XX poco tenían ya en común.

LA INSTITUCIONALIZACIÓN DEL FÚTBOL MODERNO: FEDERACIONES, CLUBES, NEGOCIOS

Todo indica que las distintas fuerzas sociales y culturales que de un modo u otro estuvieron modelando no sólo la forma del balón, sino las formas técnicas y la sicomotricidad del juego en el fútbol, son inseparables del conjunto más amplio de instituciones y cosmovisiones presentes en la sociedad británica de aquellos años; un contexto más amplio, pero interconectado, sin el cual no se habría sancionado la aceptación social de aquellas transformaciones. Por ejemplo, la renuncia y exclusión de la violencia de los terrenos de juego deportivo no fue fácil, pues el nuevo código afectaba los modelos de hombría y virilidad

imperantes desde hacía siglos, a la luz de los cuales se orientaban las diferentes formas de entender el equilibrio entre rudeza, dureza y *fair play*.

Los duelos entre caballeros o entre oficiales del ejército estaban reglamentados y el enfrentamiento deportivo se nutrió de aquel *ethos*, de aquella atmósfera cultural de modales y estilos refinados que marcaban –y podían llegar a costar– la vida. Todo en conjunto formó parte del proceso de civilización desentrañado y explicado para Occidente por Norbert Elias (1989). Para el caso del fútbol, otro de los impulsos que le allanaron el camino a la reglamentación fue las ganas de medirse con equipos o colegios rivales primero y entre barrios o pequeñas ciudades después.

Puede decirse, por tanto, que uno de los factores dinamizadores que provocaron la definitiva síntesis de juegos o tradiciones futbolísticas, que se sustanciaron en el fútbol de la “Football Association” o *soccer*, fue el manejo consensuado de la rivalidad en igualdad de condiciones. Pero si bien el impulso de esta transformación tuvo un carácter externo al deporte, no es menos cierto que se produjeron otro tipo de transformaciones por necesidades internas o intrínsecas al juego. Por ejemplo, la subdivisión entre jugadores atacantes y defensas fue posterior, y se enmarca en un proceso que afectó al fútbol dentro y fuera del terreno de juego. A decir de Vinnai: “Entre los defensores, el arquero llegó a tener, en el transcurso del tiempo, una posición especial. En las primeras reglas generales del juego de 1863 aún no estaba previsto, ya que a todos los jugadores les estaba permitido atrapar la pelota con las manos. Apareció por primera vez en las reglas de 1870 con la indicación de que era el único jugador autorizado a servirse de las manos para defender su valla” (1974:48-49).

Hay que hacer notar, para ilustrar esta evolución o cambios habidos, que fue concretamente en 1873 cuando se creó la figura del guardameta, portero o *goalkeeper* que puede tomar la pelota con sus manos, porque en los primeros años la “Football Association” prohibía que el guardameta tocara el balón con las manos. Incluso en la actualidad, el portero lo tiene prohibido

cuando juega fuera de su área grande y está sujeto a esa restricción al igual que el resto de sus compañeros y contrincantes, y más recientemente, la restricción se amplió a aquellos casos en los que el balón se lo pasa un compañero, circunstancias en las que tampoco puede utilizarlas. Curiosamente el tabú del uso de las manos para controlar la pelota en los lances del juego no sólo es un rasgo básico y distintivo del fútbol actual, también lo fue de otros juegos de pelota como en ciertos deportes mesoamericanos, que opera como una dificultad añadida.

Asimismo, prueba de que la forja del fútbol como deporte moderno fue un proceso abierto a cambios, mejoras o precisiones es que lances característicos del juego fueron introduciéndose paulatinamente, como el córner o saque de esquina, que se incorporó en 1873. En 1875 se estableció la altura del travesaño en 2.44 metros y el pênalti fue creado en 1891. Las redes en la puerta se colocaron por primera vez con motivo de la final de la copa inglesa entre el Aston Villa y Bolton Wanderers en 1892. El primer partido con luz artificial se jugó en 1878, en un partido que enfrentó al Clapham Rovers y al Wanderers (EMF, 1981).

Otros hitos dentro de este proceso de crecimiento y refinamiento del fútbol fueron, entre otros, la “Challenge Cup” que se instituyó en 1871, algo así como la Copa Inglesa o de la “Football Association”, cuyos encuentros, como bien matiza Wahl, “implica partidos fuera de los círculos de proximidad” (1997:17) y éstos a su vez propiciaron “la unificación de la técnica del juego” (1997:26). Un año después, en 1872, se jugó el primer partido internacional entre equipos británicos, un Escocia-Inglaterra, en Glasgow. La “Football Association” reconoció en Inglaterra el profesionalismo en 1885, pudiendo cobrar honorarios desde entonces los jugadores de fútbol en concepto de sueldo por su actividad.

Fue en 1888 cuando se organizó en el contexto de Inglaterra una liga profesional o primera competición entre clubes, la “Football League”, dependiente de la “Football Association”. La “Premier League” fue la primera liga profesional del mundo que

hizo necesario que se redactaran los estatutos del jugador de oficio y encaminó la transformación de los clubes en Sociedades Anónimas (SA). Para hacernos una idea del alcance de esta medida, la conversión en SAD o Sociedades Anónimas Deportivas no se produjo en un país como España hasta un siglo después. La “Football League” contaba en 1892 con 28 sociedades inscritas para un campeonato con dos divisiones y en los años 90 del siglo XIX ya se jugaban partidos con más de 10 000 espectadores que pagaban una entrada para presenciar el juego.

El año 1898 fue importante porque se fundó la Unión de Jugadores Británicos en Londres (la “Association Footballers Union”, AFU por sus siglas en inglés) que se disolvió tres años después, pero que fue la antecesora de la que posteriormente sería en 1909 la “Asociación de Profesionales del Fútbol” o “Association of Football Players and Trainers Union” (AFPTU por sus siglas en inglés) también conocida como “Players’ Union”, que reunía a jugadores y entrenadores. Estas asociaciones ya reflejan un sentir gremialista o corporativista socialmente arraigado, inseparable de las luchas sindicales que se daban en el más amplio seno de la sociedad británica. Porque el fútbol moderno nació por los mismos años en que Marx escribía *El Capital* –se había trasladado a Londres en 1849 y ahí residió hasta su muerte en 1883– y aquellos esfuerzos asociativos debieron combatir legalmente y vencer la resistencia de la FA.

El fútbol europeo o sudamericano, en general, aceptó el profesionalismo bien entrado el siglo XX y no sin convulsiones o fuertes polémicas que provocaron cismas internos en algunos países, como por ejemplo en Argentina. La FIFA aceptó abiertamente el fútbol profesional en 1926, chocando con el olimpismo amateur del barón Pierre de Coubertin. En ese sentido, Pedro Rico señalaba que la *manque a gagner*, los salarios perdidos, eran –ya en ese momento– una justicia social, pues el fútbol es un “sport obrero” y “la más moderna de las necesidades sociales” (1930:31). Y auguraba para el caso concreto de España, pero que también era susceptible de extenderse para una escala planetaria,

algo que en el siglo XXI es una obviedad: “El porvenir del football, convertido en su práctica en una distracción nacional, no es una idea utópica” (1930:139).

Estas cuestiones reivindicativas y de establecimiento de normativas que tenían que ver con las innovaciones reglamentarias y jurídicas fueron encauzadas tempranamente, cuando se planteó la cuestión de quiénes tenían la autoridad para crear nuevas reglas para el fútbol y desarrollar su organización institucional. El problema de la legislación e intervención en la supresión o introducción de reglas del juego se había solventado el 2 de junio de 1886, con la creación de la “International Board”. Las federaciones constituyentes de ese organismo fueron Inglaterra, Escocia, Irlanda y Gales. La “International Board” pasaba así a arrogarse en exclusiva la prerrogativa en la modificación de las reglas del fútbol.

Con anterioridad se habían creado las distintas federaciones británicas a imitación de la “Football Association” de 1863. La escocesa data de 1873, la de Gales de 1876 y la irlandesa de 1880. La “International Board” es la que sanciona aún hoy todos los cambios que conoce el juego. Este hecho es lo que explica la existencia de seleccionados internacionales de fútbol escocés, galés y norirlandés, que son regiones o territorios que integran el Reino Unido y no estados-naciones, cuando la norma es que la FIFA sólo acepte seleccionados de estados soberanos aunque no pertenezcan a la ONU. En parte por eso en las asambleas de la FIFA hay representadas más nacionalidades que en las asambleas de las Naciones Unidas.

Por otra parte, todos estos antecedentes y experiencias británicas constituyeron los cimientos para la creación de una nueva institución, la Federación Internacional de Fútbol, que actualmente es uno de los organismos más poderosos e influyentes del mundo, debido a los millones de aficionados y el volumen del negocio que mueve. La FIFA, el órgano internacional que rige los destinos del fútbol, nació en Francia en 1904. Aunque según Meynaud (1972), la primera federación internacional –grupo

internacional de orden deportivo, concreta Meynaud– fue la Unión Internacional de Carreras de Yates, fundada en 1875. Al respecto hay que precisar que más exactamente lo que se fundó aquel año fue la “Royal Yachting Association” (RYA por sus siglas en inglés), la cual posteriormente promovería en 1907 junto con otras 12 naciones europeas –el único que no existe de los fundadores es el Imperio austrohúngaro– la “International Yacht Racing Union”: la Unión Internacional de Carreras de Yates de la que habla Meynaud. Con posterioridad, en 1996, se cambió el nombre por el actual de “International Sailing Federation” (ISAF por sus siglas en inglés).

Antes vimos que la fecha que se toma para fijar el nacimiento oficial del fútbol moderno es el 23 de octubre de 1863, día de la fundación de la “Football Association” o Fútbol Asociación, que vendría a ser la Federación de Fútbol Inglesa, el equivalente a la Real Federación Española de Fútbol (RFEF), la Federación Mexicana de Fútbol (FMF) o la Asociación de Fútbol Argentino (AFA). La “Football Association” (la FA), al ser el primer organismo de fútbol de este tipo, sirvió de modelo internacional tanto por su nombre como su función. Como se puede ver, en castellano la traducción no se suele hacer como Asociación de Fútbol –salvo en el caso argentino– sino como Fútbol Asociación, para mantener el sentido de la FA de los acrónimos FIFA y UEFA. Significativo resulta igualmente que el nombre oficial de la FIFA sea mitad francés –por aquella época la lengua gala era la lengua diplomática *par excellence*– mitad inglés: “Fédération Internationale de Football Association”.

La FA fue el embrión del que, con el tiempo, ha llegado a ser el máximo organismo o institución representativa del fútbol: la FIFA (Federación Internacional de Fútbol Asociación). Fue fundada por las Federaciones de Bélgica, Dinamarca, España, Francia, Holanda, Suecia y Suiza en 1904. Significativo le resultará al curioso lector que en su fundación no hubiera equipo británico alguno, aunque bien es cierto que Inglaterra se incorporó un año después. Previamente se habían constituido las primeras

federaciones nacionales; la Holandesa se había fundado en 1889 o la Española en 1902 en Madrid, que no tardaron en buscar homologarse internacionalmente: “en Bélgica y Suiza, en seguida se preocupan de inscribir en sus estatutos las reglas británicas del Internacional Board de 1886” (Wahl, 1997:64). Evidentemente, antes de fundar una federación debe existir la práctica del juego y la existencia de clubes orientados a facilitar esa práctica, y eso ya se daba entre las naciones que auspiciaron la creación de la FIFA.

Sea como fuere, la FIFA es actualmente una de las más importantes redes mundiales de interacción institucional, con una temprana actividad transnacional. Articulada en seis filiales continentales, la Confederación Sudamericana de Fútbol o Conmebol sería su representante en ese continente, la Concacaf para el área de Norte, Centro América y el Caribe y la UEFA (Unión Europea de Fútbol Asociación) lo sería para el contexto europeo. La Confederación Sudamericana, que reúne a todas las federaciones nacionales de ese continente, data de 1916; la UEFA, su equivalente europeo, data de mediados del siglo xx, pues se fundó en 1954 y tiene la particularidad de estar integrada por algunos países asiáticos transcontinentales –cuyos territorios están entre Europa y Asia– como Rusia, Azerbaiyán, Armenia, Georgia, Kazajstán o Turquía, y por razones políticas Israel, hasta completar las 54 federaciones miembros. Las seis confederaciones continentales se completarían con la “Asian Football Confederation” (AFC), fundada en 1954, donde se incorporó Australia en 2006, y la “Oceania Football Confederation” que data de 1966, cuya federación más grande es Nueva Zelanda, con quien debió disputar una plaza para el Mundial de Brasil 2014 la selección de México.

No obstante, como ya se dijo, el control y *actualización* de las reglas del fútbol mundial no está en manos de la FIFA, sino de la “International Board”. Por eso la FIFA tuvo que reconocer en el congreso de 1910 celebrado en Milán la existencia de las cuatro federaciones británicas, rompiendo la máxima “una nación, una federación”, a pesar del antecedente denegado de Bohemia

–actualmente un territorio integrado en la República Checa y que en aquel entonces quería independizarse del Imperio austrohúngaro– que fue el primer caso de una nación-sin-Estado que buscó constituirse como selección independiente. Según Wahl, cuando la FIFA decide reconocer una única federación por país, “en principio es un medio para que las federaciones adheridas se aseguren el monopolio de la práctica en sus países” (1997:60).

Sin embargo, a diferencia de la FIFA, el Comité Olímpico Internacional (COI) respetando la máxima “una nación, una federación”, sólo reconoce como equipo de fútbol olímpico al del Reino Unido, que no existe para la FIFA, siendo la única ocasión en que juegan conjuntamente al fútbol ingleses, escoceses, galeses e irlandeses del norte a nivel internacional.

Estas mismas razones explican por qué al interior de España ante casos equivalentes a los británicos como el constituido por distintas comunidades autónomas como Cataluña, Euzkadi, Canarias o Andalucía –que sí tienen seleccionados internacionales informales o no oficiales y juegan con selecciones internacionales partidos amistosos no reconocidos por la FIFA– no podrán ser selecciones FIFA. A no ser que se produzca una verdadera revolución institucional. Es como si, en el ámbito mexicano, estados como Jalisco, Nuevo León, Chiapas, Yucatán o Baja California tuvieran sus propios seleccionados internacionales integrados por futbolistas oriundos de esos estados. O en un ámbito internacional, es como si Quebec, el Kurdistán o California tuvieran su propia selección *nacional*. Eso a pesar que desde mayo de 2013 se reconoció como seleccionado perteneciente a la UEFA a Gibraltar, una colonia inglesa en el extremo sur de Europa, que no ostenta la condición de Estado ni de región autónoma, y que habla claramente de los oscuros intereses y forma de operar de la FIFA. En el corto *curriculum* de la selección de Gibraltar sobresale un encuentro internacional con la selección de fútbol de las Islas Malvinas o Falkland, otra colonia inglesa.

Por otro lado, además de las federaciones, la otra institución fundamental para el desarrollo del fútbol, que es anterior a las federaciones, lo constituye el club deportivo, que tuvieron un papel central para que el balompié se consolidara como una práctica articulada en la vida cotidiana de las sociedades de aquellos años. En ese sentido, la aparición del primer club de fútbol o la aparición del fútbol institucionalizado fuera de las escuelas y universidades presenta una polémica irresuelta a la que se enfrentan los historiadores del fútbol. Como señala Tranter: “Generalmente está aceptado que el *football* como deporte estructurado en un club no aparece en Inglaterra [Britain] hasta la segunda mitad del siglo XIX” (1993:104). También se acepta que el primer club de fútbol, dentro del ámbito académico, fue el Cambridge University fundado en 1846. Otros hablan del Aldenham School y lo sitúan en 1829, aunque esta opción plantea demasiadas polémicas para desplazar la opción de Cambridge, y se acepta ampliamente que el primer club de fútbol desvinculado del ámbito académico fue el Sheffield Football Club, fundado por ex alumnos de la Harrow School en 1857 (EMF, 1981); otros autores como Desmond Morris (1982) datan el año de su fundación en 1855. El segundo club en ser fundado habría sido el Notts County, creado en Nottingham en 1862; en Escocia fue el Queens Park Club que se funda en 1867.

Pero Neil Tranter, en su trabajo “The first football club”, defiende que la primera institución simplemente descrita como “The Football Club”, algo así como la denominación de origen que portan en su nombre muchos de los actuales clubes de fútbol, habría sido acuñada en Edimburgo en diciembre de 1824. Fundado por un tal John Hope que se había graduado por la Edinburgh University, el club habría contado con al menos 60 miembros en la sesión inaugural (Tranter, 1993). Sin embargo, reconoce el autor, con independencia de que ese sea el documento más antiguo en que aparece esta denominación, no hay más pruebas o noticias acerca de si realmente jugaban al fútbol u otra modalidad de *protofútbol*.

La importancia de la aparición del club deportivo estriba en que es un indicador de las nuevas circunstancias socio-institucionales que estaban construyendo el campo de las actividades de ocio en general y de la práctica deportiva en particular en una nación o imperio que en aquellos momentos era la mayor potencia de todos los tiempos y Londres la capital de la civilización occidental. Además, el club, como bien lo vio Huizinga, marca la transición de los pasatiempos o divertimentos espontáneos hacia los más complejos, porque necesitan estar coordinados y organizados. Fueron una respuesta a las necesidades planteadas por los campeonatos regulares, que a su vez son una necesidad que se produce cuando el juego es entre equipos sin vínculos sociales directos. Dicho de otra manera, cuando varios equipos, especialmente en juegos de pelota, están dispersos en el territorio y distanciados unos de otros, por ejemplo en barrios o pueblos distintos, pero necesitan encontrarse para competir, éstos necesitan desarrollar una organización que resuelva la logística del desplazamiento y los gastos que conlleva. Como plantea Huizinga:

También este proceso es tan viejo como el mundo: una aldea compite con otra, una escuela juega contra otra, un barrio contra otro. Sobre todo los juegos de pelota entre equipos entrenados, exigen, precisamente, equipos duraderos, y en ese campo es donde aparece la vida deportiva moderna. Que este proceso tuviera su origen en la Inglaterra del siglo XIX se puede explicar en cierto modo, aunque el factor del específico carácter popular inglés, que sin duda tiene su parte, es algo inderivable. Pero de seguro que ha contribuido cierta peculiaridad de la sociedad inglesa. La autonomía local reforzó el espíritu de solidaridad local. La ausencia de la instrucción militar obligatoria favoreció la ocasión y la necesidad de los ejercicios corporales libres. En la misma dirección actuaron las formas escolares y también la organización territorial y el paisaje, que ofrecían en los *commons* los más bellos campos de juego (1987:233).

El club habla de trabajo y juego en equipo, y de competición o cooperación entre clubes, aspectos que fructifican mejor cuando se trata de deportes colectivos como los de pelota porque requiere de un número mayor de personas y a partir de esa base numerosa los proyectos son más factibles que en las empresas individuales. Otro factor que nace en el siglo XIX es el del club que adopta la condición de local frente al otro que hace de visitante, acentuando el sentido de la polarización por necesidades de la moderna competición deportiva. Y muy pronto en partidos internacionales ese significado adquirió unas connotaciones más remarcadas: nacional *versus* extranjero.

Mientras que en partidos locales esa polaridad universal nosotros/ellos se atenúa a un local *versus* visitante que es una variante del próximo/ajeno. Lo que en principio era una distinción lúdica y neutra por necesidad de la competición deportiva acabó operando, por cambios en su sentido, como una distinción seria y severa, condensadora de una enemistad y una violencia sin raíces sociales cuyas causas no siempre son históricas, sino efecto de una distinción (distorsión) simbólica que se plasma en la rivalidad y enfrentamiento lúdico-deportivo. El contrincante deportivo que en principio es un huésped (*hospes*) visitante se transmuta simbólicamente en un extraño hostil (*hospes, hostis*); como recordándonos la paradoja etimológica de la palabra latina *hospes* de la que derivan vocablos antitéticos como huésped u hostel por un lado y hostilidad por otro.

Pero el proceso de conformación de los clubes deportivos conllevó varias décadas. Los sociólogos galos Thomas, Hamont y Levet, apoyándose en autores británicos, distinguen tres etapas en la evolución de los clubes de fútbol ingleses. La primera, entre 1840 y 1860, estuvo vinculada a las *public schools* y orientada al establecimiento de reglas precisas.

La segunda etapa importante se sitúa entre 1860 y 1880 y corresponde a la salida del fútbol fuera de las escuelas, difundido por los antiguos alumnos (los "Old Boys") y también

por diversos filántropos, que utilizaban las virtudes del deporte para civilizar la barbarie, esta vez no aristocrática sino proletaria. El número de clubs aumenta rápidamente y las reglas se unifican de forma progresiva. Hacia 1880 existen unos clubs, fundados por ex alumnos de las Public Schools, a la sombra de las iglesias y capillas (Aston Villa, Bolton, Wanderers, Everton, Queen's Park Rangers, hoy día equipos profesionales famosos), o de las empresas (como Arsenal, fundado en 1866 por los empleados y obreros del arsenal londinense de Woolwich; o West Ham, creado en 1895 en el East End de Londres por el industrial Arnold F. Hills, que empleaba a 3 000 asalariados en sus astilleros de los Thames Ironworks). La organización es muy simple: un presidente (generalmente un comerciante, un empresario o un miembro de una profesión liberal) y, a veces, un comité de dirección. Las instalaciones son escuetas: un terreno o un campo prestado o alquilado, cuando no comprado por el club. La sede social se halla por lo general en una dependencia de la parroquia o en una taberna (Thomas, Haumont y Levet, 1988:70-71).

La tercera etapa nació con la celebración del primer torneo de fútbol profesional en 1888 entre 12 clubes de los Midlands y Lancashire que, manteniendo la estructura organizativa de los amateurs, actuaban como empresas. Una transformación que ya se mencionó anteriormente y que en la actualidad equivalen en algunos países a las Sociedades Anónimas Deportivas (SAD). Ahora bien, no hay que olvidar que todo este fenómeno social se manifestaba multifactorialmente, como el producto de alianzas tácitas que provocaban la aparición de nuevas formas sociales. El historiador Alfred Wahl lo sintetizó e ilustró de esta manera:

Muchos clubes nacen en torno a la parroquia, con o sin preeminencia del ministro de culto, que pone sus esperanzas en el cristianismo del músculo. Es un caso frecuente en los Midlands y en el Noreste. En 1880, el 25% de todos los clubs activos

pertenecen a esta modalidad. Grandes clubes como el Aston Villa, el Blackpool o los Bolton Wanderers tuvieron esta marca religiosa. Los *pubs* son la segunda institución creadora de clubes porque están en el centro de la vida asociativa. Ofrecen un lugar para ponerse el uniforme, y muy a menudo disponen de un terreno. Los clubes de empresa aparecen a partir de 1870, como en Sheffield o en Birmingham, que cuenta con una veintena a finales de esa década. Arnold Hills, propietario de la fábrica siderúrgica Thames Ironworks, funda el club de West Ham. Sin embargo, los más numerosos son los equipos de empleados de los ferrocarriles, como el Manchester United. Otros tienen su origen directo en los *cricket clubs* o se crean en barrios obreros. En la mayoría de los casos, la iniciativa corresponde a antiguos alumnos de los colegios. [...] Se constituyen nuevas federaciones en Birmingham (cincuenta y dos clubes en 1882), en Lancashire con treinta clubes en 1878 y ciento catorce en 1886, en Norfolk y Essex en 1882, etcétera. Todas estas federaciones están centralizadas por la FA, que hace adoptar las reglas uniformadas por la International Board, fundada en 1883. En 1882, un millar de clubes están afiliados a la FA (Wahl, 1997:18).

Es decir, el club deportivo se alimentó unas veces de formas comunitarias que provenían del asociacionismo vinculado a las iglesias, otras veces de esos sitios de reunión que son los *pubs* (*public house* en el sentido de tabernas, bares o cantinas) o de agrupaciones fabriles vinculadas a una empresa, jugando los ex alumnos de los *colleges* el importante papel de catalizadores. En ese sentido, en determinados contextos sociales se da la simbiosis entre los *old boys* o exalumnos y los parroquianos de un lugar que cooperan para jugar bajo las directrices de la Football Association.

Siempre se ha dicho que el fútbol inglés es el deporte de la clase trabajadora, sin negar su obvia expansión a eso que se suele llamar clases medias o con un estilo de vida aburguesado. Los sociólogos británicos Murphy, Williams y Dunning (1990) se-

ñalan la importancia de un hecho que devino fundamental: el desarrollo del fútbol inglés en el siglo XIX no podría entenderse cabalmente sin la “Factory Act” de 1847. Esta ya lejana Ley Laboral, entre otras medidas, instituyó el sábado como medio día libre, un logro que se fue generalizando –que comenzó a ser aceptada por los empresarios– paulatinamente en las siguientes décadas. Fue gracias a esta conquista laboral que los distintos deportes y especialmente el fútbol pudieron cobrar relevancia en los sábados de la clase trabajadora.

El sábado por la tarde, todavía hoy, es el día emblemático en la liga de fútbol inglesa o *Premier League*. Sin embargo, en 1884 un encuentro entre el Sheffield F. C. y el Aston Villa rizó el rizo cuando se jugó en martes, ¡entre semana y en día laboral! Hoy en día, y desde el siglo pasado, es normal y corriente jugar un partido oficial entre semana, como en la liga mexicana o española además de en las competiciones de la Champion League o de la Copa Libertadores, pero en aquel entonces era inaudito y algo tenía de revolucionario en los usos y costumbres vinculados a este tipo de ocio.

Pero, ¿quién o por qué se permitía que un espectáculo como el fútbol adquiriera importancia social, especialmente entre el público trabajador? Antes vimos cómo el fútbol moderno comenzó a gestarse como un instrumento de manipulación, otros dirán de dominación, dentro de las *public schools* por parte de los profesores y como instrumento de desahogo o liberación por parte de los alumnos. Recuérdese que el siglo XIX también es el siglo de Karl Marx y las internacionales obreras; de la lucha de clases, la conciencia socialista o la publicación de *El Capital* (el primer volumen data de 1867). Fue en parte debido a esa atmósfera y espíritu de luchas por transformar a la sociedad británica de aquellos años, que por fuera de las escuelas también se produjo un debate muy parecido en torno al uso que se hacía del fútbol.

El marxista alemán G. Vinnai fue incisivo al señalarlo: “Los dominadores ya descubrieron el fútbol como medio de despolitización de los dominados cuando aún estaba en pañales. Cuando

en la década de 1860 las masas del proletariado industrial comenzaron a interesarse por él, numerosos empresarios ingleses fomentaron el nuevo deporte especialmente debido al hecho de que esperaban que mantendría a los obreros al margen de la actividad política dentro de sus organizaciones de clase” (1974:111).

Paralelamente a la manipulación sociopolítica irrumpe también su interés comercial, de hecho los intereses creados en torno a este deporte tienen distintas caras. El fútbol fue el primer deporte de equipo que se profesionalizó, lo cual lleva aparejado su comercialización y venta como espectáculo. Pronto se vio arrastrado por la lógica impuesta por la Revolución Industrial que ya había mercantilizado el trabajo, el dinero y la tierra (Polanyi, 1947). Esta lógica capitalista hizo del fútbol un espectáculo, una práctica que amalgama, no sin contradicción, lo lúdico y lo laboral. El fútbol fue así el primer deporte que comenzó a producirse en esas fábricas que son los estadios. Recintos donde se hace del fútbol espectáculo un producto vendible o mercancía. Donde el juego, de la mano o, más exactamente, del pie de los jugadores, se convierte y confunde con el trabajo; de la misma forma que el terreno de juego se convierte o se confunde con una fábrica, industria o incluso un mercado.

El deporte profesional o de espectáculo comercial no es otra cosa que juego competitivo producido *industrialmente* con fines mercantiles, aunque a veces la naturaleza lúdica del juego, el talento de los futbolistas y el azar lo elevan al metafísico Olimpo de las Bellas Artes. Pero esa industria sólo es posible si los buenos jugadores son sacados de las comunidades donde aprenden a jugar con el pretexto de hacerlos profesionales. La lógica que subyace a ese desplazamiento y metamorfosis ya ha sido bien argumentado por el sociólogo francés Pierre Bourdieu: “El deporte, nacido de juegos verdaderamente populares, es decir, juegos producidos por el pueblo, retorna al pueblo, como la ‘música folk’, en forma de espectáculos producidos para el pueblo” (1993:68).

Se puede plantear, entonces, que fue durante la Revolución Industrial cuando se inventó la producción *industrial* del juego competitivo, al surgir la necesidad o intención expresa de venderlo como espectáculo. Esto significa que el deporte moderno tiene en el deporte espectáculo una de sus manifestaciones más radicales y evolucionada, pero por eso mismo más deshumanizada, porque obliga a sus practicantes a una hiperespecialización y efectividad propia de máquinas, sin soslayar que cualquier especialización en grado sumo conlleva una hipertrofia de nuestras vidas. Paradójicamente, esta industria del fútbol ha popularizado más al fútbol, y a mayor popularidad mayor rentabilidad.

Desde entonces, ya sea como juego amateur o profesional, el fútbol y el deporte fueron llevados en barco a todos los rincones del orbe. Pues en el fondo, a pesar de su temprana instrumentación o explotación, el fútbol siempre ha sido expresión de la imaginación del jugador que no siempre puede ser explotada ni domada. Llegados aquí, la pregunta es obligatoria e insoslayable: ¿cómo se expandió el fútbol por la superficie *redonda* de la Tierra y por qué prendió con tanta pasión entre gentes y sociedades tan distintas?

Capítulo 4

Mundialización, inmigración y el mestizaje americano de “O Rey” fútbol

Lord Granville Gordon, en su poco conocida obra *Sporting reminiscences*, publicada en Londres a principios del siglo xx, presumía desde aquel entonces que los deportes, como tantas otras cosas británicas, se habían extendido y estaban “in every corner of the globe” (Gordon, 1902). Efectivamente, los británicos estaban llevando por todos los rincones del mundo entero, desde hacía más de un siglo, gran cantidad de productos y costumbres inglesas, entre ellas su modelo favorito de pasatiempo al aire libre: el deporte moderno.

Las distintas disciplinas deportivas británicas, a medida que recalaban en las distintas sociedades adonde llegaban, no tardaban en ponerse de moda y ser adoptadas, desplazando a los juegos y pasatiempos al aire libre de cada ciudad, pueblo o localidad. Operaban como lo hacen esas especies invasoras que irrumpen en un ecosistema como una plaga y cuyo impacto es demoleedor. La clave del éxito –al menos entre las clases pudientes que contaban con tiempo de ocio– consistía en que estaba asociado social y culturalmente con las Islas Británicas que eran el polo desde donde irradiaba la moda y la modernidad tecnológica en el siglo xix (junto con Francia), al menos desde las batallas de

Trafalgar y Waterloo. Eso producía de inmediato un importante proceso de uniformización de los pasatiempos locales a favor de los deportes, y de hecho constituye un temprano indicador de la globalización capitalista. Puede decirse que con ello se producía una pérdida de ludo-diversidad, de la misma manera que ahora se habla de pérdida de la biodiversidad.

Este proceso de aculturación –de pérdida de la cultura propia e incorporación de otra extraña–, sin negar la existencia de procesos de transculturación concomitantes e incluso puntuales (con cierto intercambio bidireccional y horizontal, a diferencia de la aculturación que es vertical y unidireccional), condenó a su desaparición a centenarias tradiciones de prácticas lúdicas autóctonas entre los pueblos y sociedades que entraban en contacto con los deportes británicos. Cuando se daba la transculturación (Ortiz, 2010) de estas prácticas deportivas, lo que ocurrió fue una metamorfosis cultural por la que pronto se readaptaron en sus formas y naturaleza al modelo de prácticas deportivas británicas. Es decir, entre aquellas que resistieron el embate aculturador –la pérdida de los elementos culturales propios– tarde o temprano adoptaron otros elementos que finalmente las modernizaron: por ejemplo, la adopción de los límites temporales y espaciales, confección de reglamentos, etcétera. Así la asociación o federación, el club deportivo, la noción de tiempo de ocio occidental, etcétera, son instituciones que de la mano de los británicos transformaron al mundo de los juegos y deportes mundiales.

Esta expansión del deporte moderno se hizo en medio de las convulsiones imperialistas, piratería, tráfico de esclavos, guerras coloniales y rivalidades mercantiles que acompañaban a los ingleses alrededor del mundo desde mediados del siglo XVI. A partir de la derrota de Napoleón, los ingleses se habían convertido en la potencia hegemónica mundial en lo militar, en lo tecnológico y en lo comercial. El siglo XIX estuvo dominado por el Imperio Británico y por sus empresas comerciales desde el principio hasta el final. Esta influencia británica menguó tras la

Segunda Guerra Mundial, en 1945, cuando Estados Unidos se erige como la potencia hegemónica mundial.

La historia a veces no es fácil de resumir, sin embargo, el periodista español Pedro Rico lograba sintetizar con claridad metafórica lo sucedido, cuando escribía que los normandos al invadir las Islas Británicas propagaron la palabra *desport* y que siglos después los ingleses la habían devuelto sin el prefijo. Y retrataba con sintética claridad las circunstancias en que se produjo, cuando apuntaba: “el *sport* y el *fair-play* puede decirse que han venido al mundo del brazo de la máquina de vapor, del horno alto y de la gran banca inglesa” (1930:16). Eso sí, décadas después, el sociólogo francés J.-M. Brohm se expresaba en unos términos igual de concisos pero más crudos: “Inglaterra ha exportado las prácticas deportivas más importantes junto con sus mercancías y sus cañoneras (a la India, África Austral, etcétera). La constitución del deporte mundial corre paralelo a la consolidación del *Imperialismo*” (1993:47-48).

J.-M. Brohm es uno de los autores que han hecho aflorar las conexiones incómodas en la expansión y popularización del fútbol en aquel periodo. Históricamente se dieron vínculos estrechos entre las *public schools* o las universidades con el imperialismo, el colonialismo y las guerras que les fueron inherentes. Resultó inevitable y *normal* que acompañando todas esas prácticas e instituciones estuvieran los diferentes deportes. El escritor Aldous Huxley tiene un pasaje en uno de sus ensayos –“El fin y los medios”– que resulta, quizá, la mejor evidencia de esta relación incómoda.

“La batalla de Waterloo se ganó en las canchas de juegos de Eton” y fue en esas canchas y en los patios de unos veinte o cuarenta colegios más que logró conquistarse y retenerse el Imperio de las Indias. La masacre de Amritsar es un producto genuino, con marca y todo, del sistema prefectorial y del *cricket* obligatorio. “Sobre su hombro, la mano del capitán insistía: *A jugar y jugar bien*”. Y dentro del recinto que formaban las altas

murallas de Julianwallabagh [*sic*], se jugó el partido, a tono de ya no sé cuántos cientos de muertos y heridos. Pero si la India fue conquistada y retenida en los campos de deporte de las *Public School* de Inglaterra, también desde allí se la administra con la mayor incorruptibilidad y con la mayor justicia (Huxley, 1960:205-206).

La matanza de Amritsar, en *Jallianwala Bagh* (ésta es la transcripción correcta del nombre), donde el ejército colonial británico ametralló a cientos de manifestantes inocentes, marcó un antes y un después, y puede considerarse uno de los detonantes que con el tiempo consolidaron el movimiento independentista hindú. Entre los que perpetraron la matanza habían oficiales que pasaron por la universidad y practicaban deportes ciñéndose al *fair play*. Además, el Punjab había sido el último estado indio (hindú) independiente y soberano que fue conquistado y anexoado en 1848-1849. Una década después se produjo el *Motín*, que resultó ser el último intento de independencia (Worsley, 1971).

Ahora bien, si el deporte moderno se gestó y salió de Inglaterra durante el siglo XIX para expandirse por el Imperio británico y el mundo, lo que ahora se denomina globalización, posteriormente regresó a las Islas Británicas, pero rodeado de unas funciones, una parafernalia y unos simbolismos que jamás británico alguno hubiera osado imaginar. El ejemplo podría venir dado por las olimpiadas modernas, que constituyen una concepción global de los deportes nada británica y concebida en Francia a partir del referente griego o, si se prefiere, helenístico. O las nuevas formas de jugar y entender el fútbol: en clave sudamericana o africana, sin ir más lejos. Dicho de otra manera, parafraseando un dicho uruguayo: Inglaterra es la madre del actual deporte, pero el padre es el resto del mundo.

El fútbol y los otros deportes de raigambre británica, para expandirse en un primer momento, tuvieron que viajar y lo hicieron en barco. El extraordinario desarrollo de la marina mercante y del puerto de Londres, en tan sólo 80 años, los que van

de 1800 a 1880, queda ilustrado con el tonelaje de los barcos atracados en los muelles londinenses, que pasó de las 800 000 toneladas a principios del XIX hasta las 8 millones de toneladas en el último cuarto de ese siglo (Ashton, 1950; Fulford, 1985). En casi 50 años, Gran Bretaña llegó a triplicar el volumen de su comercio y consiguió reunir la mitad del tonelaje naval mundial, la mayor parte de ellos buques de vapor, en cuyas bodegas se trasportaban los balones de fútbol como un artefacto más de las necesidades cotidianas.

A principios del siglo XX, los puertos de Londres y Liverpool eran los más transitados del mundo; a ellos recalaban vapores y motoveleros procedentes de los siete mares con productos y mercancías de los cinco continentes y archipiélagos adyacentes, lo que también hacía de ellos los principales centros de redistribución comercial para el resto de Europa. Esta red naval y comercial, auténtica *world-wide*, fue la que permitió la rápida expansión del fútbol por todo el orbe. Aunque a la luz de la historia que conocemos hoy surge una cuestión interesante y es la de saber por qué el fútbol arraigó en unos lugares más que en otros, por qué en unos países fue bien recibido y en otros no, por qué creció en ciertas sociedades y en otras no.

Más que una mera zona industrial, Londres era en aquella época, y de manera especial, el mercado central de donde partían los barcos a la conquista de los otros mercados mundiales. Una gran ciudad comercial que tenía en la *city*, próxima a los muelles del Támesis, en los Dockland, el corazón del comercio y las finanzas mundiales de la época, la sede del Banco de Inglaterra y de las *Joint Stock Banks*, sociedades de accionistas que facilitaban crédito a partir del ahorro privado. Estas últimas representaban la naturaleza de aquellas estructuras capitalistas fundamentadas en la circulación de los capitales, y que hoy en día siguen siendo hegemónicas, aunque ahora están en el *business district* de Canary Wharf. Además, la capital del Imperio Británico y del comercio mundial en aquella época obviamente también contó con las sedes de importantes navieras, compañías

de seguros o casas comerciales que poseían corresponsalías en ultramar, ya fuese en las colonias o en naciones extranjeras; unas corresponsalías que solían tener a más de un empleado educado en la metrópoli; para mayor precisión, en alguna *public school* de la Gran Bretaña.

Desde entonces, ya sea como juego amateur o profesional, el fútbol y el deporte fueron llevados en barco a todos los rincones del orbe. Pues en el fondo, a pesar de su instrumentalización o explotación, el juego que anima al fútbol siempre ha sido expresión de la imaginación del jugador que no puede ser explotada ni domada. Una metáfora del indómito instinto que impele a todo ser humano a jugar, a manifestarse plétóricamente, porque en realidad cada uno de nosotros somos un *homo ludens*. Por eso el fútbol era rápidamente aceptado en cualquier remoto puerto donde desembarcaba: se trataba de un juego exótico, que utilizaba esa figura arquetípica y universal como es el esférico, que debía jugarse con el pie o ser pateada y que lo introducía –lo apadrinaba– la gente más *civilizada* y *moderna* de aquella época como eran los ingleses.

La expansión de los deportes británicos alcanzó una de sus cimas a finales del siglo XIX y principios del XX gracias a unos acontecimientos acaecidos siglos atrás. El descubrimiento, conquista y colonización de América había desencadenado un proceso que culminó con lo que Peter Worsley (1971) denominó la “creación del mundo como un solo sistema social” y que ahora se denomina globalización. Al final del siglo XIX, el capitalismo industrial dinámico y en expansión impulsado desde Londres ya había establecido definitivamente unas relaciones sociales de amplitud mundial. Eso explica que la Gran Bretaña fuese la que abastecía al mundo conocido de tejidos, máquinas de vapor, técnicos, etcétera. El historiador inglés Eric J. Hobsbawm señaló que esto ya se producía desde las postrimerías del siglo XVIII: “Entre 1789 y 1848, Europa y América se vieron inundadas de expertos, máquinas de vapor, maquinaria algodonera e inversiones de capital, todo ello británico” (1974, vol. I: 68).

La hegemonía naval inglesa, fortalecida durante siglos en su pugna con españoles, portugueses y holandeses, se vio favorecida por factores como la apertura del Canal de Suez 1860-1890 o el periodo de libre cambio auspiciado –o quizá habría que decir impuesto– por los propios británicos. La primera y segunda guerras del Opio declaradas a China en 1839-1842 y 1856-1860 habla bien a las claras del *modus operandi* británico. Inglaterra era la indiscutida potencia mundial, dueña y señora de las rutas marinas comerciales. Así lo recuerda *Trafalgar Square* que se erige en monumento al (símbolo del) poderío naval inglés, personalizado en la figura de Horace Nelson. Pero si Trafalgar en 1805 fue la última y mortal victoria del Almirante Nelson, Santa Cruz de Tenerife fue la primera y única plaza donde cayó derrotado y perdió un brazo en 1797 (sus estandartes rendidos se conservan como una reliquia en una iglesia local); aunque hay nicaragüenses que mantienen que también en la localidad de Castillo resultó derrotado y mutilado. Lo paradójico de estas dos reivindicaciones sirven, en cualquier caso, para ilustrar la movilidad de la marina de guerra británica durante los siglos pasados, o el oscuro carácter de muchos viajes ingleses, esto es, el victimario y pirático reverso (anverso dirán algunos) de *Trafalgar Square*.

Pero nada mejor para entender esto que ilustrarlo con ejemplos concretos. La *anglomanie de fin de siècle* que se extiende por el Viejo Continente, el Río de la Plata o el inmenso Imperio británico *overseas* (de ultramar), en las postrimerías del siglo XIX, va a incorporar en bastantes ámbitos sociales el gusto o afición a los modernos deportes y no sólo a hábitos ceremoniosos de índole hogareña, como el *five o'clock tea* o las partidas de *bridge* y *backgammon*. Inglaterra exportó al mundo el modelo de desarrollo económico capitalista basado en la industrialización –el sistema de organización, producción y trabajo industrial– más toda la realidad comercial que conlleva, conjuntamente con los conceptos de ocio, de club y de nuevas actividades de tiempo libre: los deportes modernos. La forma en que esto se produjo

es compleja pero, refiriéndose al fútbol, Vinnai lo sintetiza gráficamente: “se difundió a la manera de una epidemia” (1974:20).

Le Floc’hmoan (1969) da más pistas sobre este proceso, concretamente su desembarco en la cercana Europa continental, cuando recuerda: “En 1890 existió una ‘Paris Football Association Club’: sus miembros eran empleados de varios almacenes ingleses de la capital”. También señala que el “Club Française” estuvo constituido por estudiantes que habían ido a estudiar a Inglaterra. Otro historiador francés, Bernard Gillet (1971) comenta que muchos clubes deportivos de ese país fueron fundados por ciudadanos de origen inglés, como el “Havre Athletic Club”. El fútbol era llevado a los distintos países por ciudadanos británicos que trabajaban para las empresas de su país, por los marineros o por ex alumnos que, tras estudiar en Inglaterra y volver a sus países de regreso, traían el juego consigo.

Pero sirva de complemento a lo escrito hasta aquí un elocuente pasaje del escritor Vicente Blasco Ibáñez (1958). El autor del *best seller* mundial *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* publicó poco antes de morir el libro de recuerdos de viajes *La vuelta al mundo de un novelista*, sus experiencias del viaje que inició en el otoño de 1923 y que, a lo largo de seis meses, lo llevó alrededor del mundo a bordo del “Franconia”, un paquebote de 20 000 toneladas. En sus páginas se hallan ricas apreciaciones sobre pueblos y costumbres exóticas. El pasaje que se reproduce, referido a los años veinte del siglo xx, no deja de tener gran plasticidad y agudeza referida a la atmósfera del deporte tal como era practicado en ultramar:

Dentro de Singapur se muestra el tradicionalismo británico con una rutina que hace sonreír. Los empleados ingleses, muchos negociantes jóvenes y los hijos de europeos nacidos en la ciudad se dedican al juego del fútbol o del tenis en las praderas de césped, que existen dentro de las plazas. Pero como en Inglaterra estos juegos son por la tarde, en Singapur se desarrollan en la misma hora con una temperatura de más de cuarenta grados,

bajo una atmósfera pesada, que cubre de sudor hasta a los que contemplan simplemente la partida (Blasco, 1958:404).

Las distintas fuentes, sean éstas históricas o literarias, apuntan a que la expansión de los deportes ingleses a lo largo del siglo XIX se hizo aprovechando la fuerza de gravedad del imperialismo británico, las amplias redes de intereses e imposiciones y la expansión de sus armadas y empresas capitalistas. En aquellos años, en cualquier rincón del orbe había ingleses jugando en sus ratos libres. Aquella expansión de los deportes británicos, sin embargo, se hizo aprovechando la preexistencia de cierta tradición deportiva premoderna o del gusto por los espectáculos *deportivos* –en el sentido de juegos de competición– que de siempre hubo en todas las sociedades. En consecuencia, esa irrupción provocó un efecto devastador –como ya se dijo– en los juegos deportivos de carácter vernáculo o autóctonos.

Una buena ilustración de esa castración de la cultura tradicional de una sociedad en favor de prácticas y modas procedentes de otra –lo que los antropólogos denominan aculturación– vendría dado por el caso de los ashanti de Ghana que, además, hoy son una de las potencias futbolísticas africanas. En palabras de Blanchard y Cheska:

El siglo XX ha sido testigo de la adopción de los deportes occidentales por parte de la sociedad ashanti. El fútbol, el cricket, el voleibol, el baloncesto y el boxeo, entre otros, han desplazado las actividades deportivas y lúdicas genuinamente ashanti, poniendo en peligro la continuidad de las virtudes tradicionales de la comunidad (1986:130).

Por consiguiente, los deportes modernos, ya fuera por moda o por conveniencia, acabaron por lo general siendo adoptados en detrimento de los tradicionales. Esta pérdida de tradiciones y de deportes autóctonos conocida durante todo el siglo XX, continúa en el siglo XXI. Esta pérdida o evolución, pues todo depende

del color del cristal con que se mire, es el precio pagado desde siempre por la modernización, con sus procesos de tecnificación, reglamentación o comercialización que ha tenido vicios y virtudes. Este mestizaje deportivo, en el sentido de una mezcla o mixtura que produce un producto heterogéneo, se mire como se mire, es lo que explica que seleccionados como los de Brasil, Argentina o Uruguay hayan sido más exitosos que Inglaterra en los últimos 100 años o que un pequeño país como Uruguay tenga mejor palmarés que todas las selecciones británicas fundadoras del fútbol moderno juntas: Inglaterra, Escocia, Gales o Irlanda del Norte.

El fútbol no tardó en desembarcar al otro lado del Canal de la Mancha o de las aguas del Golfo de Vizcaya, prendiendo en las costumbres y estilos de vida de las gentes y pueblos de forma muy parecida a como lo había hecho en las Islas Británicas. Así, por ejemplo, llegó a España de forma parecida a como lo hizo en tantos otros lugares. Operarios británicos de la compañía minera Río Tinto fundaron en Huelva en el año 1872 el equipo de fútbol “Huelva Recreation Club”. (El lector curioso ya habrá adivinado por qué el Real Salt Lake, el equipo representante de Utah en la *Major League Soccer*, MLS por sus siglas en inglés, juega en el Río Tinto stadium.) Años después, el “Huelva Recreation Club” cambió de nombre y en 1889 pasó a llamarse Recreativo de Huelva, nombre que todavía mantiene. Por aquellos años también fueron fundados en 1898 el Athletic Club de Bilbao, uno de los clubes clásicos del fútbol español y emblema institucional –ahora junto al museo Guggenheim– de esta ciudad portuaria del País Vasco y que durante siglos ha mantenido estrechos vínculos industriales y comerciales con Inglaterra. El Fútbol Club Barcelona fue fundado un año después, en 1899, a orillas del Mediterráneo, de la mano de un inmigrante suizo que quería jugar al fútbol con otros compañeros de la colonia extranjera, inmigrantes ingleses, alemanes, un compatriota suizo y un grupo de vecinos catalanes, todos ellos afincados en la Ciudad Condal.

Puede decirse, por tanto, que el fútbol desde Huelva en el sur de España al puerto del Havre en el atlántico francés o a la portuaria Ámsterdam arraigó con unos primeros equipos y clubes creados por ingleses. Pero los balones de fútbol no sólo corrían por los campos de Europa. Hacia 1896 las tropas coloniales británicas ya jugaban al fútbol en el Sudán para entretener sus ratos libres y al otro lado del Atlántico, bajo el firmamento dominado por la Cruz del Sur, en Sudamérica el fútbol se aclimataba rápidamente y fructificó mejor que en la metrópoli inglesa.

LA CRIOLLIZACIÓN DEL FÚTBOL BAJO LA CRUZ DEL SUR

El deporte del balón en el extenso estuario del Río de La Plata, en la orilla de Argentina y en la orilla de Uruguay, está ligado a los ferrocarriles, a los barcos y navieras, a las instituciones bancarias o al comercio del ganado, cuya carne se procesaba como *corned beef*, todo ello con sello británico, por eso que no debe extrañar que en la Copa América de 1993 el seleccionador argentino Alfio *Coco* Basile contara en su equipo con un defensa pelirrojo de apellido McAllister o que en la Pampa o más al sur vivan bien arraigadas familias escocesas, de las que escribió Bruce Chatwin (1987) en su libro *En la Patagonia*. Una presencia británica que ya había sido constatada e ilustrada, entre otros, por Hugo Backhouse (1962) en su libro *Entre los Gauchos (Among the Gauchos)* o por el genial escritor porteño Jorge Luis Borges que desde su más temprana infancia soñaba en inglés con sagas míticas de Northumbria.

La influencia inglesa fue tal que el club argentino posiblemente con mayor número de simpatizantes se llama “River Plate” (y no Río de la Plata), fundado en 1901 y descendido a segunda división en el verano de 2011, lo que produjo gran conmoción e importantes disturbios que se cobraron víctimas mortales, aunque también produjo jolgorio y alegría entre los aficionados de su eterno rival, el “Club Atlético Boca Juniors”. Un club éste

perteneciente al porteño barrio de La Boca que fue fundado en 1905 y tiene los mismos colores que la bandera sueca porque ese era el pabellón del primer barco que entró en el puerto el día de su creación. También el equipo argentino de fútbol Ferrocarril Oeste, de la provincia de Córdoba, tiene su origen en los ingleses que construyeron y administraron esa línea ferroviaria. Sin olvidar otros clubes también fundados por ingleses como el Vélez Sarsfield o el Club Atlético Banfield.

El caso de Uruguay no es tan diferente; sólo que allí, en cierta forma, el fútbol fue reinventado o, si se prefiere, renació. Pues los uruguayos dicen algo así como: “Inglaterra es la madre del fútbol, porque el padre es Uruguay”. No en vano ellos fueron los primeros en organizar un Campeonato Mundial y lo ganaron, o anteriormente fueron de los primeros en ganar dos títulos olímpicos seguidos cuando el máximo torneo de fútbol internacional se jugaba durante los Juegos Olímpicos. Es por esto que fue en Sudamérica donde el fútbol se mestizó más hondamente, se hizo criollo en las playas y campos de Montevideo, Río de Janeiro y Buenos Aires.

En concreto, el fútbol uruguayo nació en el seno del Montevideo Cricket Club, fundado el 18 de julio de 1861. También aquí, como en Argentina, el imperialismo socioeconómico y cultural británico había calado en la estructura cultural y deportiva del *paisito*. Ambos países rioplatenses y con riveras enfrentadas, tan diferentes y tan idénticos, son rivales irreconciliables en muchas cosas y en otras gemelos (“cuates”). Tal vez por eso, Irineo Leguisamo, considerado el más grande jockey argentino de todos los tiempos, era uruguayo.

Pues bien, los primeros clubes de ambas orillas del Río de la Plata fueron gobernados durante años por consignas dictadas a la vera del río Támesis y esa influencia se puede constatar aún hoy. Argentina destaca en deportes genuinamente ingleses: fútbol, polo y rugby amateur, de manera especial. De hecho el rugby es el otro deporte nacional. Como lo recordaba Óscar Caballero (1991) en el artículo “El mundo será oval durante un

mes” –escrito con motivo de la segunda edición de la Copa del Mundo de Rugby de 1991– cuando Leslie Corry Smith fundó a finales del XIX el equipo “The River Plate Rugby Union Championship” (primer equipo angloargentino), no sospechaba “que al cabo de casi un siglo sus herederos se llamarían Tozzi, Otaño, Domínguez, Iachetti. O Porta, próximo embajador argentino en Sudáfrica, donde es más conocido que Maradona”.

Las noticias sobre el fútbol en Argentina son tempranas si las comparamos con el resto del mundo y tenemos en cuenta la distancia de más de 11 000 km entre Londres y Buenos Aires. La prensa *británica* bonaerense, en concreto el periódico *The Standard*, ya hacía mención del fútbol allá por 1865. El primer club argentino de fútbol se fundó en 1867 y se llamaba el “Buenos Aires Cricket Club”. El Gimnasia y Esgrima, otro de los clásicos del fútbol argentino, se fundó en 1887, y el Estudiantes de la Plata se fundó en 1905 a raíz de una escisión del Gimnasia y Esgrima. El origen de uno de los impulsos más importantes conocidos por el fútbol argentino está en el desembarco de Mr. Watson Hutton en 1880. Se trata del fundador de la “English High School” y de la “Argentine Football Association League” (AFAL) en 1893. La ciudad de Buenos Aires, así pues, en el último tercio del siglo XIX ya había conocido un bosquejo de liga de fútbol impulsada por la importante colonia británica (EMF, 1981).

Mr. Watson también fundó el “English High School Athletic Club” en 1898 que cambiará posteriormente su nombre por el de “Alumni”, al ser acusado de llevar un nombre que hacía publicidad encubierta durante las competiciones. Nótese que estaba prohibido todo atisbo comercial en torno al deporte. El “Alumni” fue el club de fútbol señero de la primera década del siglo XX en Argentina. Pero lo más sorprendente en cuanto a la influencia inglesa en Argentina fue que la AFAL se afilió en 1902 a la Football Association Inglesa y sólo en 1912 se incorporó a la FIFA, para acabar fusionándose con la League Argentinian Football años más tarde. En 1931 se produjo la escisión del fútbol institucional argentino por el problema del profesionalismo, hasta que

en 1934 se creó la actual Asociación del Fútbol Argentino (AFA), que no se denomina Federación como otras entidades homólogas como la española o la mexicana. Estos detalles muestran –insisto una vez más– la intensa influencia británica, que llegó a ser tan poderosa que a algunos clubes argentinos se les hizo normal mirar al norte e inscribirse en una Institución cuya sede estaba a más de 11 000 km, como era la Football Association.

El caso de la República Oriental del Uruguay no difiere tanto del caso argentino, y aunque el rugby no tiene la misma pujanza nacional e internacional que en Argentina, actualmente la alta sociedad de Montevideo sí practica el rugby. Por eso el equipo de jóvenes uruguayos que se estrelló en los Andes en 1972 cuando iba a jugar a Chile, y que estuvieron perdidos durante meses hasta que fueron rescatados, lo que en su momento fue noticia mundial, primero por lo milagroso de que hubo supervivientes, después porque para sobrevivir algunos comieron la carne de sus compañeros fallecidos, pertenecían a un club de rugby. Estos jóvenes estaban adscritos al colegio “Old Christians” y los funerales se celebraron en la iglesia “Stella Mary’s” del acomodado barrio de Carrasco, sendos nombres en inglés por si existía duda de la impronta británica más de 100 años después de la fundación del Montevideo Cricket Club. La huella clasista británica ha perdurado en el deporte, en el nombre de las escuelas o de las iglesias. Tampoco es casualidad que en la primera división del fútbol uruguayo militen equipos con estos nombres: Wanderers, Racing, Liverpool, River Plate, pues las primeras prácticas deportivas modernas las realizaron los clubes de la colonia –entiéndase núcleo cerrado– de inmigrantes ingleses.

Esta omnipotencia británica es la que explica que el 15 de agosto de 1889, con motivo del 60 aniversario de la reina Victoria, en el marco de la Copa Lipton, un trofeo donado por Mr. Thomas Lipton, se jugara el primer partido internacional de Sudamérica en Montevideo, que enfrentó a un equipo representante de Argentina contra otro de Uruguay, mismo que está considerado también el primer partido internacional entre dos equipos no

británicos, aunque se enfrentaran en realidad un seleccionado bonaerense contra otro montevideano.

Por tanto, las raíces del fútbol en el estuario del Río de la Plata enraizaron en dos importantes puertos donde tenían sedes las empresas comerciales cuyas casas matrices estaban en Londres, manteniendo el contacto estrecho y fluido por medio de la marina mercante inglesa. La síntesis de este fenómeno, el nexo entre Inglaterra, el fútbol, los inmigrantes y los criollos rioplatenses, la dieron hace años J. L. Lasplazas y A. Maluquer, al aludir a una de las circunstancias que permitieron la expansión y eclosión del fútbol en esas latitudes. El importante papel de los puertos y de los barcos:

Grandes puertos, Buenos Aires, Montevideo, Río, abiertos a la navegación de los siete mares, no pueden sorprender tampoco que el fútbol desembarcara en ellos muy pronto. Todavía en Buenos Aires se juega el más singular campeonato en el que toman parte los equipos de los barcos que, con cierta asiduidad, tocan en la gran metrópoli platense (1959:184).

Esta última observación es importante porque una vez más nos encontramos al comercio y el transporte trasatlántico como vectores de la expansión asociado a una forma primigenia de competiciones internacionales oficiales, con equipos formados por las marinerías de barcos que navegaban bajo los pabellones más representativos de las navieras de mediados del siglo XX, unas prácticas indisociables de los códigos de rivalidad de la gente del mar que desde el siglo XIX jugaron un papel importante en la consolidación mundial del fútbol.

Si las primeras competiciones entre *public schools* y *colleges* o entre barrios, empresas o ciudades inglesas redimensionaron la competencia deportiva, añadiendo el picante de la rivalidad compartida por cientos o miles de seguidores, muy pronto los partidos internacionales potenciaron ese efecto a cotas inauditas. La competición entre seleccionados nacionales incorporó la

dimensión de rivalidad internaciones en el *football*, institucionalizadas primero en el marco de los Juegos Olímpicos modernos instaurados a partir de 1896 y con la celebración de los mundiales de fútbol a partir de 1930.

En Europa, el primer partido internacional entre equipos no británicos lo disputaron en 1902 Austria y Hungría. El problema está en que por aquellos años la unidad estatal era el Imperio austrohúngaro, que antes vimos que fue uno de los Estados promotores en 1907 de la International Yacht Racing Union. Los británicos, sin embargo, defenderán que ese honor le cupo al partido Escocia-Inglaterra, disputado en Glasgow en 1872, tres décadas atrás. El Uruguay-Argentina de 1889 en el marco de la Copa Lipton también puede considerarse el primer partido internacional entre dos *seleccionados* no británicos, que además disputaban un trofeo. Igualmente es considerado un partido internacional el disputado por el Club Nacional de Montevideo, representando a la Asociación Uruguaya de Football, que se enfrentó y ganó a una selección argentina en la disputa del campeonato del Río de la Plata el 13 de septiembre de 1903. De ahí surgió una apasionada rivalidad que aún perdura, pues, en el fondo, fueron dos *naciones* vecinas y rivales las que se enfrentaron (EMF, 1981).

Este proceso de internacionalización de las competiciones tomó nuevos derroteros cuando, con motivo de los Juegos Olímpicos de 1908 en Londres, el fútbol se hace deporte olímpico. Aquel fue el primer gran torneo internacional entre seleccionados nacionales y fue ganado por la selección de *United Kingdom* –antes se señaló que en las Olimpiadas sólo se reconoce al Reino Unido o la Gran Bretaña como representante futbolístico– y ese seleccionado volvió a repetir victoria en las olimpiadas de Estocolmo en 1912. Hay que señalar que en aquellos primeros torneos de fútbol olímpico no compitieron las selecciones sudamericanas.

Todos estos fueron los primeros y principales campeonatos de fútbol internacional que, hay que señalarlo, ni tenían una

gran participación ni el nivel futbolístico general era notable. La Primera Guerra Mundial (1914-1918) obligó a suspender la celebración de competiciones importantes, hasta que éstas se reiniciaron con los Juegos Olímpicos de Amberes en 1920, conocidos como los “Juegos de La Paz”. Cuatro años después se celebraron los Juegos Olímpicos de París de 1924, que fueron conocidos como los de la “Prosperidad Mundial”. Una prosperidad reflejada en el estadio de Colombes con capacidad para 45 000 espectadores.

Precisamente “Colombes” fue el marco donde se quebró el eurocentrismo futbolístico, donde las grandes selecciones de fútbol europeas fueron derrotadas por la selección de Uruguay que se proclamó campeona olímpica. Cuatro años después, la supremacía sudamericana –o rioplatense para ser más exactos– se confirma cuando en la final de los Juegos Olímpicos de 1928, en Ámsterdam, se enfrentaron Uruguay y Argentina, ganando otra vez los *charrúas* (nombre de una extinta tribu del Río de la Plata). Dos años después, los uruguayos organizaron y ganaron la primera Copa del Mundo de Fútbol en 1930, bajo el caótico efecto del crack económico de 1929. Desde entonces, el fútbol se expande imparable, si exceptuamos el periodo de la Segunda Guerra Mundial y sus secuelas en los años de posguerra.

Otro ámbito donde encontramos trazos de la mundialización y del influjo del fútbol, además de un entorno propicio para el mestizaje de estas prácticas y cierta transculturación, fue el de la lengua y la terminología específica de este juego. Los nuevos deportes tenían sus propios términos y conceptos, sus propias palabras que describen y regulan las acciones o lances del juego, algunas de las cuales eran traducidas o adaptadas y otras no. Las palabras fútbol o réferi, en la lengua castellana, son neologismos que derivan del inglés, *football* y *referee* (el árbitro de fútbol sería la “referencia” a asumir por los contrincantes). Todavía hoy, y no digamos ya en las páginas literarias, en muchos lugares de la América hispanófona se emplean palabras como *goalkeeper*, *full-backs*, *halfs* o *forwards*.

Un buen ejemplo de esta metamorfosis que afectó a la lengua de tantos países se refleja en las páginas del *Primer Diccionario del Fútbol* de Nilo J. Suburu (1968), publicado en Montevideo, donde pueden hallarse sobrados ejemplos de préstamos, calcos y traducciones. La adopción de los nuevos y modernos deportes exigió adoptar nuevas y deportivas terminologías, compartidas por unos y por otros, para el caso uruguayo, desde la alta burguesía del barrio de Carrasco y los pitucos (*fresas* en México, *pijos* en España) de los que hablara Mario Benedetti, hasta las clases populares que habitan en los míseros *cantegriles* (casas de cartón, chabolas o *bidonvilles* en sus formas extremas) de las afueras de Montevideo, donde *sólo* se juega al fútbol. Porque el padre del fútbol –la madre es Inglaterra– fue un país multirracial y multclasista.

Por último, esta prolija historia se ha traducido en la producción de trabajos académicos ya clásicos como el de DaMatta (1982) que es el primer esfuerzo colectivo por analizar desde las ciencias sociales el fútbol en Brasil –en el que me detendré en otra ocasión– o el de Archetti (1985) que puede entenderse como el primer gran libro de antropología sobre el fútbol en Argentina. Ya en este siglo XXI, las aportaciones sobre los vínculos entre el fútbol y la masculinidad, la patria, los discursos nacionales, las instituciones sociales o prácticas culturales ha dado cuenta de la *sustancia* que este deporte aporta a la vida de pueblos y naciones sudamericanos (Archetti, 2001; Alabarces 2000, 2002, 2003, 2009, 2010; DaMatta, 2009).

DE VERACRUZ A PACHUCA, DE ANÁHUAC A AZTLÁN: BOSQUEJO HISTÓRICO DEL FÚTBOL MEXICANO

El fútbol llegó a México siguiendo el patrón observado en otros países con el paradigmático agente británico como portador de la *nueva fiebre* (Krauze, 1994; Fábregas, 2001; Angelotti, 2010; Martínez, 2010). El arribo y posterior arraigo a tierras mexicanas fue sintetizado por Enrique Krauze (1994) en “México en un

balón”, escrito con motivo del Mundial de Estados Unidos. El nuevo *sport* –nos decía el historiador mexicano– lo trajeron los ingleses que desembarcaron en México, movidos por la atracción que ejerció la ola de *progreso* impulsada durante el Porfiriato a principio del siglo xx. Mismas circunstancias que también propiciaron la llegada del beisbol, sólo que éste entra a México por el norte y Lisbona (2006) ya lo documenta en Chiapas en 1905.

Más concretamente, el futbol en México, como tantas otras cosas señeras en la historia de la nación –desde conquistadores hasta ideas independentistas o algún prócer de la patria– arribó procedente del otro lado del Atlántico y *desembarcó* por primera vez por el Puerto de Veracruz en algún momento a finales del siglo xix. Es muy probable que los primeros partidos o *cascari-tas* en suelo mexicano se jugaron en los alrededores del Puerto, en las playas que había frente a San Juan de Ulúa o en cualquier descampado baldío de los alrededores, hoy sepultados bajo el cemento de las instalaciones portuarias, y los primeros equipos debieron estar integrados por las marinerías de navíos ingleses para entretener las horas muertas antes de volver a zarpar ante la mirada curiosa de los vecinos jarochos.

Sea como fuere, el nuevo *sport* no se aclimata y comienza a enraizar, a ser adoptado por mexicanos, hasta que lo llevaron tierra adentro. Lisbona, retomando un trabajo de E. López Orendain, nos recuerda que “la Ley de Instrucción Primaria para el Distrito Federal y los Territorios Federales de 1908 ya alentaba la práctica de ciertos deportes de origen inglés como el futbol o el basquetbol” (2006:14). Este dato permite inferir que la práctica del futbol, con el viento a favor por ser una moda europea o porque ya era practicado por los criollos en las más importantes capitales de América del Sur, debió entusiasmar a sectores de la sociedad mexicana que se lo vieron practicar a los miembros de la colonia inmigrante británica –ingleses, escoceses, galeses– lo que explica que se jugara tempranamente en colegios selectos de la Ciudad de México, antes del estallido revolucionario (Angelotti, 2010).

De forma paralela, México también conoció en aquellos primeros años los dos vectores principales de expansión que se dieron en otras latitudes: los obreros de Córdoba y Orizaba y los mineros de los alrededores de Pachuca así como los comerciantes, burgueses y diplomáticos británicos residentes en la capital de la nación. Más tarde llegarían los *old boys*, jóvenes mexicanos que estudiaron en las Islas Británicas y que debieron ser una minoría.

La presencia inglesa en los alrededores mineros de Pachuca, muchos de ellos mineros *cornish* procedentes de Cornwall, Gales, principalmente en las alturas serranas de Real del Monte y Mineral del Monte o en las primeras fábricas de Córdoba y Orizaba, a donde llegaron escoceses, todas ellas empresas que habían sido impulsadas con capital de la *city* londinense, propició la práctica del *football* y, al menos en las alturas que rodean a Pachuca, también la elaboración de sabrosos pastes y la construcción de una arquitectura como la del viejo pueblo de tejados rojos o la del Panteón Inglés, un conjunto que fue declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO. Como apunta Angelotti: “La presencia de los británicos [desde 1824] fue ininterrumpida y se extendió por más de noventa años” (2010:201).

Ahora bien, para hacernos una idea del grado de impermeabilidad de la comunidad británica en Hidalgo, las relaciones *interraciales* o interétnicas con la población local debieron estar limitadas, por racismo, clasismo, religión, lengua, etcétera, y eso mismo debió afectar la práctica del fútbol en Real del Monte o en Pachuca. Es decir, habría que distinguir cuándo comienzan a estar presentes jugadores mexicanos en los partidos de fútbol, ya que todo indica que la colonia británica durante años no se abrió fácilmente a la población local; y se dio el caso que en matrimonios mixtos, el marido británico era enterrado en un cementerio diferente al de la esposa.

Es decir, los primeros clubes y campeonatos fueron muy selectivos o, lo que es lo mismo, discriminaban por motivos de raza, clase o religión. La Ciudad de México, por ser la capital, conoció los primeros clubes de carácter deportivo, las primeras

formas organizativas institucionalizadas y estables, de nombre Reforma o British, entre otros, en los que se reunía la impenetrable colonia británica de inmigrantes para practicar cricket, tenis y polo, hasta que la semilla del fútbol también prendió de una manera muy parecida a como lo hizo en Buenos Aires o Montevideo algunas décadas antes.

Un tal Mr. Blackmore importaba balones de Inglaterra. El embajador británico imponía las reglas, que obedecían fielmente los jugadores, súbditos todos de la corona. Cuando los futbolistas ingleses se fueron a la guerra mundial, sólo quedaron los entrenadores. Así empezó una historia deportiva que guarda paralelos sorprendentes con la historia del país [...] A raíz de la guerra civil española llegaron los homólogos deportivos de Gaos, Bergamín, León Felipe, Cernuda: se llamaban Lángara, Zubieta, Regueiro, Iraragorri. Como aquellos filósofos y literatos en la esfera de los libros, los vascos enriquecieron el capítulo del balón (Krauze, 1994).

Aquí habría que precisar a Krauze y recordar que parte de la comunidad de inmigrantes británicos retornó a su patria antes del estallido de la Primera Guerra Mundial en el verano de 1914; parte de ellos hicieron las maletas cuando la espiral de violencia de las distintas facciones revolucionarias comenzaron a ser conocidas y afloró el miedo.

El impulso original en el contexto de un campeonato lo dieron cinco equipos, la mayoría integrados por inmigrantes del Reino Unido: Orizaba Athletic Club, Pachuca Athletic Club, Reforma Athletic Club, México Cricket Club y British Club. Estos tres últimos eran capitalinos, y entre todos se coordinaron para organizar la que se llamó Liga Mexicana de Football Amateur Association. El resultado final es bien conocido, el Orizaba fue el primer campeón en 1902 (Federación Mexicana de Fútbol, s/f), aunque como señala Angelotti, retomando unas declaraciones de Mr. Blackmore, el primer partido oficial de aquel campeonato

se jugó en Pachuca el 16 de septiembre de 1902 (2010:213). Es decir, esta temprana fecha de 1902 permite suponer que el fútbol desembarcó en México a finales del siglo XIX.

Pocos años después de aquella liga o campeonato, el fútbol eclosiona en Jalisco, en la ciudad de Guadalajara, cuando se crea el club más importante y con más seguidores de México; como lo reconstruye Andrés Fábregas:

El actual club de fútbol Guadalajara nació con el nombre de Unión en el año de 1906. [...] el fútbol llegó a Jalisco a través de un joven comerciante de origen belga llamado Edgar Everaert. La conspiración para formar el club de fútbol Unión se fraguó en una tienda, propiedad de Calixto Gas y sus socios, Max Woong, Augusto y Calixto Teisier y Luis Pellat, que apoyaron a Everaert para hacer realidad el proyecto. [...] En 1908, el club de fútbol Unión tomó el nombre de Guadalajara, bajo la presidencia de Rafael Orozco. Se iniciaba la nacionalización del equipo, aunque, en honor a Edgar Everaert, el uniforme consistió en una camiseta a rayas, rojo y blanca, y un pantalón azul, colores provenientes del equipo Brujas, de Bélgica, la ciudad y país del fundador (2001:71).

Algunas de las circunstancias que rodearon la fundación de las Chivas de Guadalajara recuerdan algo la del FC Barcelona, también promovida por un extranjero no inglés que se asocia con otros extranjeros y vecinos locales para sentar las bases de un club; y lo mismo puede decirse de la lógica para elegir los colores del vestuario, que el tiempo y la historia elevaron a símbolos icónicos de una identidad futbolística.

Por otra parte, durante aquellos primeros años del siglo XX se debió jugar también de una manera informal y según las lógicas populares de adquisición de modas en distintos lugares de México, y sólo con posterioridad –cuando se descubre el placer y las ventajas de competir formalmente contra contrincantes que ponen a prueba tu valía y habilidad– vendría la celebración

de los primeros eventos organizados de *football* por las distintas ciudades de la República. Significativo de esta expansión es que Andrés Fábregas ya sitúa el fútbol en Chiapas en 1905 (2006:8) o que los inmigrantes de origen galo fundaron el club L'Amicale Française en 1911, un grupo de españoles fundaron el club España en 1912, mientras que los de origen alemán fundaron el Club Germania en 1915 –en pleno apogeo de la Primera Guerra Mundial–, ambos en la Ciudad de México (Meneses, 2012).

Puede decirse, a la luz de lo expuesto hasta aquí, que el fútbol institucionalizado en México, a pesar de la inestabilidad del periodo revolucionario, se consolidó a lo largo de un nada fácil proceso en el periodo 1901-1943 (Krauze, 1994; Fábregas, 2001; Angelotti, 2010); un proceso que se nutrió con los más variados y azarosos actores sociales. Las convulsiones del periodo revolucionario de aquellos años no permitieron sino hasta 1921 la celebración de un torneo más amplio con 15 equipos en el Campeonato del Centenario; recuérdese que fue en 1921 cuando se celebraron los primeros 100 años de la consumación de la Independencia.

La Federación Mexicana de Football Association fue fundada hasta 1927 e inscrita en la FIFA a continuación, de ahí que México fuera una de las 13 selecciones participantes en el primer mundial de fútbol celebrado en Uruguay en 1930. Algunas selecciones europeas no viajaron a aquel campeonato debido a la profunda crisis económica declarada mundialmente tras el crack de 1929 y no fue sino hasta 1943 que se celebró en México el primer campeonato profesional. Para ese entonces, el fútbol mexicano había ganado un papel cada vez más importante tanto en la sociedad como en la prensa del centro-sur del país; en la franja que va desde Guadalajara a Ciudad de México y continuando por Pachuca, Córdoba y Orizaba. Y es de notar que, en el norte del país en general y en una ciudad tan importante como Monterrey en particular, el fútbol demoró en institucionalizarse hasta mediados del siglo xx, aunque ahora es la capital indiscutible del fútbol norteamericano con dos equipos de solera como el Club de Fútbol Monterrey (fundado en 1945) y

Tigres (fundado en 1967 y vinculado a la Universidad Autónoma de Nuevo León).

La consolidación del fútbol mexicano se produjo principalmente en la segunda mitad del siglo xx. Magazine, Martínez y Ramírez (2010) analizaron los 75 campeonatos habidos entre 1944 y 2006 –tégase en cuenta que a partir del invierno de 1996 se introduce el doble torneo anual como en Argentina, con un torneo de “apertura” y otro de “clausura”– para establecer qué equipos fueron preponderantes y cómo se relacionaban éstos con la sociedad y los distintos poderes del periodo. La conclusión arroja que en ese periodo, los considerados cuatro equipos nacionales, en el sentido de tener una amplia implantación de seguidores a lo largo y ancho de la República, a saber Chivas de Guadalajara, Pumas de la UNAM, las Águilas del América y los cementeros del Cruz Azul, obtuvieron en conjunto 33 campeonatos (44%). Debiéndose hacer la salvedad que en los primeros 13 campeonatos del periodo, 1944-1956, ninguno de estos equipos se coronó campeón (2010:195).

Efectivamente, de la temporada 1943-1944 a la 1955-1956, un periodo de 13 años que sirvieron para consolidar el fútbol federado en una primera fase, salvo dos subcampeonatos de las Chivas, los campeones fueron clubes como el Asturias, España, Veracruz, Atlante, León, Atlas, Tampico, Zacatepec y el Oro (de Guadalajara). Las Chivas ganaron su primer campeonato en la temporada 1956-1957, y el América, aunque fue subcampeón en la 1959-1960, no logró el primer puesto del fútbol mexicano hasta la 1965-1966. Y es que fue en las décadas de 1960, 1970 y 1980 en la que los cuatro equipos con mayor implantación del fútbol mexicano, Chivas, Pumas, América y Cruz Azul, más exactamente en el periodo comprendido entre los años 1957 y 1991, cuando se repartieron entre ellos la mayoría de títulos de campeón. Lo cual explica que sean un referente importante en la memoria de aquellos aficionados que tienen más de 30 años. Pero los citados autores apuntan una clave interpretativa que no se puede perder de vista:

El periodo entre 1957 y 1991 coincide con el proceso de crear al fútbol como un deporte realmente nacional en México, a través de su promoción y difusión por los medios de comunicación nacionales y, en particular, por la televisión. Así, no es sorprendente que muchos aficionados, sobre todo los que tienen más tiempo siguiendo la liga, compartan la idea de que los cuatro equipos nacionales han dominado ésta. También es interesante notar que este periodo coincide más o menos con el apogeo del Estado centralizado y del nacionalismo posrevolucionario y cerradura económica, representado por el equipo de Chivas. El periodo entre 1992 y 2006, cuando la dominación de los equipos nacionales cesa, coincide con el fin del proyecto de centralización del Estado y de la economía y con un resurgimiento de identidades regionales (Magazine, Martínez y Ramírez, 2010:195).

Un último periodo del futbol mexicano podría establecerse entre el invierno de 1996, cuando comienza a celebrarse doble torneo anual o dos “campeonatos cortos” en un año, donde compiten 18 equipos en el torneo regular hasta que ocho equipos pasan a la liguilla final (Fábregas, 2006:5), y la actualidad 2014. Un periodo de 18 años (aún no finaliza el clausura 2014), caracterizado porque los intereses comerciales y distintas modalidades de empresas/sociedades deportivas, algunas de ellas con poderosos intereses mediáticos, llegan a alterar la lógica deportiva de la permanencia en la máxima categoría, mediante la compra y cambio de franquicias; otra característica de este periodo fue la emergencia de nuevos equipos campeones, básicamente asentados en estados de la periferia del Distrito Federal (Toluca, Pachuca, Morelia, León) o representativos de la franja norte de la República (Santos Laguna, Monterrey, Tigres, Xoloitzcuintles de Tijuana).

Sin embargo, hay un apartado interesante del futbol mexicano del siglo xx poco conocido, que es la influencia que éste tuvo en el temprano desarrollo y arraigo en Estados Unidos del

balompié, en concreto de la mano de los inmigrantes procedentes de las tierras de Anáhuac y Aztlán. Sabíamos que entre los inmigrantes llegados a México en la primera mitad del siglo xx hubo futbolistas que, o bien participaron en el arraigo del fútbol en los primeros años, o bien en los primeros campeonatos oficiales, siendo el Asturias y el España dos ejemplos consabidos donde militaron inmigrantes. Incluso desde hace décadas ha ido en aumento la presencia de jugadores extranjeros o de extranjeros naturalizados (piénsese en el debate existente en México de si los jugadores extranjeros que se naturalizaron mexicanos *deben* participar en la selección nacional).

Pero con todo, lo cierto es que México jugó un papel importante en el mantenimiento del fútbol en Estados Unidos a lo largo del siglo xx y Santamaría nos recordó cuán tempranamente los migrantes mexicanos jugaron al fútbol en el norte.

El fútbol llegó a Estados Unidos por Nueva York, al igual que los inmigrantes europeos del siglo xix y principios del xx, pero el practicado por los mexicanos llegó por Texas y California a principios del xx, en los años finales de la Revolución Mexicana. Los periódicos de San Antonio, Texas, por lo menos a partir de 1919 ya informaban de una Liga Mexicana de Fútbol en esa ciudad, y de otra, probablemente anglosajona, fundada en 1910. La Liga Mexicana inició sus actividades en octubre de 1919 porque en enero de 1920 se desarrollaban los juegos finales (2012:109).

Este mismo autor aborda los dos epicentros urbanos donde los migrantes y el fútbol llegaron a tener una relevancia importante que prácticamente se ha mantenido hasta la actualidad. Ya desde la década de 1920, las ligas de San Antonio, en Texas, y Los Ángeles, California, tenían una vitalidad social envidiable, celebrándose en la primera la liga de la “Asociación Mexicana de Balompié” (*sic*, en español) y en la segunda, la *Southern California Soccer League*. De hecho, “en la década de los veinte del

siglo pasado había más equipos mexicanos en San Antonio que en Los Ángeles” (Santamaría, 2012:110-111).

También J. J. Pescador nos ha recordado cómo en el norte estadounidense, en la región de los Grandes Lagos, hubo una presencia mexicana temprana en estas iniciativas. “Una de las primeras asociaciones organizadas de fútbol en el área fue el club Necaxa en Chicago. Fundado en 1927, el Necaxa fue muy activo en los últimos años 30 y en los años 40 participó en la Liga Nacional de Fútbol de Chicago (CNSL), fundada en 1919” (2012:34). A pesar que en aquellos años el beisbol era más importante para la población mexicana.

Evidentemente, la dinámica migratoria sufrió un cambio radical cuando con la entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, se hizo necesario la contratación de mexicanos. Los distintos programas Braceros durante el periodo 1942-1964 impulsaron la inmigración tanto en su modalidad temporal como permanente, con la consiguiente proliferación de clubes de fútbol y la organización de campeonatos. Como lo sintetiza Pescador, “los inmigrantes mexicanos en Estados Unidos se hicieron el grupo de origen extranjero más grande de la década de 1960, y el fútbol fue revigorizado en los barrios hispanos de *Great Lakes* por la infusión masiva de nuevas llegadas” (2012:37). Siendo uno de los casos emblemáticos de aquellas iniciativas deportivas la creación del Club Deportivo Taximaroa en Chicago en 1968 o la creación en el periodo 1969-1970 de la Asociación Latinoamericana de Fútbol de Chicago (CLASA, por sus siglas en inglés).

El binomio club deportivo y ligas interclubes o, lo que es lo mismo, el espacio-refugio del club y el espacio-público de la cancha de juego, como heteroestructuras de carácter sociocultural ordenadoras del *ethos*, la cosmovisión y los diversos estilos de vida pautados por prácticas y simbolismo (Alonso, 1995 y 2012), antes vimos que se desarrollaron especialmente en el último tercio del siglo XIX en el Reino Unido. A un lado y otro del océano Atlántico, tanto en América como en Europa, pronto

funcionaron como catalizadores de las actividades comunitarias de los distintos grupos, como arenas para manifestar los rasgos identitarios, así como espacios sociales propiciadores de formas de ocio y desahogo que habían tenido y tienen espacios equivalentes en los bares, cantinas, mercados, fiestas, etcétera. Estos clubes de migrantes son “espacios étnicos y de evasión”, “islotos de sociedad” (Alonso, 2012).

No debe sorprender que prácticamente 100 años después de la creación de los primeros clubes y sus correspondientes ligas, “las asociaciones deportivas son probablemente las organizaciones voluntarias más numerosas entre las comunidades migrantes mexicanas en Estados Unidos” (Escala, 2012:140). Y es que la significatividad del fútbol en las experiencias vitales de los migrantes mexicanos en Estados Unidos y sus descendientes cobraron una relevancia importante en medio de las presiones a las que fueron y son sometidos los migrantes mexicanos en Estados Unidos, desde la migra (primero como INS, actualmente como ICE) o una xenofobia que está más extendida de lo que podemos imaginar.

No obstante eso, el fútbol ha ofrecido espacios y escenarios valiosos, algunos de cuyos alcances positivos y rasgos más característicos fueron sintetizados por Massey, Alarcón, Durand y González, cuando apuntaron, “los elementos del sistema migratorio que están basados en el parentesco, la amistad o el paisanaje, son ampliadas y extendidas por los clubes de fútbol” (1991:178). Y también por Santamaría cuando afirma que el “partido de fin de semana se convierte para los inmigrantes en uno de sus pocos momentos excitantes tanto porque acuden a un espacio recreativo dominado por ellos como porque, cuando no son mayoría pero si parte de los equipos, destacan en el juego por su habilidad y estilo” [...] o porque el fútbol es “un mecanismo más donde las familias y los jugadores aprenden a adaptarse a una sociedad de normatividad más exigente como es la estadounidense” (Santamaría, 2012:130-131).

Hoy el papel de los inmigrantes mexicanos y sus descendientes en todas las esferas del fútbol, desde clubes aficionados a la

selección de Estados Unidos sigue demostrando un vigor sobresaliente. Fábregas (2012) nos ha recordado el vigor sociocultural que en la ciudad de Chicago mantienen los aficionados al fútbol de origen mexicano y su influencia gravitacional en la dimensión de las identidades entre inmigrantes, quienes contribuyen a que la práctica del fútbol tenga una presencia que no se deja desdibujar por los poderosísimos beisbol, basquet y el *american football* en el “perfil cultural contemporáneo de Estados Unidos”. Y cuando la selección mexicana juega partidos amistosos en Estados Unidos es tal la presencia de sus seguidores en las gradas que incluso cuando se enfrenta a la selección anfitriona –los mismísimos Estados Unidos– el graderío luce verde por la playera tradicional y oficial de México.

El blanco y el verde de la selección mexicana –que tiene otros colores como el uniforme negro, que era el color histórico de los árbitros de fútbol o de los porteros– son junto con el rojo los colores del lábaro patrio mexicano. La lógica de la elección de los colores del vestuario oficial del equipo y por ende de otros símbolos del club, en el fútbol como en tantas otras disciplinas, ya vimos que puede tener un componente de azar, como en el caso del Boca Juniors argentino cuyos colores son los de la bandera de Suecia. Otras veces la elección se hace sobre referentes más tradicionales y por tanto más arraigados en la cultura y el *ethos* de la comunidad. Este largo pasaje de Andrés Fábregas –refiriéndose a clubes de migrantes en Estados Unidos– es ilustrativo de los diferentes y complejos resortes identitarios que implica una playera de un equipo concreto:

Los uniformes de los equipos repiten, si es el caso, el del equipo de referencia en México. Cuando los equipos llevan el nombre de algún municipio, el uniforme tiene los colores del santo patrón del mismo. Cuando el nombre del equipo es arbitrario, es decir, apelativos como “Los Lobos” o “Los Indios”, los uniformes son de un color consensado entre todos los integrantes. En el año de 2003, mientras recorría el área de la Ciudad de

Salinas, en California, vi a los trabajadores emigrados mexicanos, laborando los campos vestidos con las camisetas de los equipos de fútbol de sus lugares de origen. Así, observé a quienes vestían la camiseta de los Monarcas del Morelia, o las Chivas Rayadas del Guadalajara o la de los Rojinegros del Atlas. Incluso llegué a observar a unos cuantos trabajadores chiapanecos que lucían la camiseta de los Jaguares de Chiapas. Hablando con un capataz mexicano, me confió que el uso de las camisetas de fútbol facilitaba enormemente la organización de los trabajadores identificados por sus lugares de origen. Lo que observé en Cícero en el año 2000, lo presencié en el 2003 en los campos de alcachofas de California: la identidad local como fuerza simbólica. No se trata de una invocación a una identidad mexicana abstracta, sino a la identidad vivida, la de la tierra en donde se nace y se crece. En el caso de los clubes de fútbol del área de Cícero, es de destacarse la presencia de la identidad municipal, reafirmada domingo a domingo en los partidos y en la fiesta (Fábregas, 2012:54-55).

En efecto, si los migrantes mexicanos prácticamente ya llevan un siglo jugando al fútbol en Estados Unidos, no es menos cierto que su presencia visible en la actualidad está codificada con las playeras de sus equipos o los de moda: hasta hace tres años era imposible e impensable ver las playeras de los Xolos de Tijuana en las calles de San Diego, Los Ángeles, Temecula o Indian Wells como ocurre en pleno año 2014. Pero es igual de relevante que sus descendientes nacidos allá ahora hayan llegado a la selección de fútbol de Estados Unidos, cuyas alineaciones suelen tener más de un apellido hispano o más de un jugador mexicanoamericano desde hace décadas.

Este fenómeno, paradójicamente, coincidió con el hecho de que otros jugadores mexicanos han emigrado a ligas europeas, como en su día lo hiciera Hugo Sánchez, primero en el Atlético de Madrid y luego en el Real Madrid, que además de ser uno de los pioneros fue de los más exitosos al conseguir cinco trofeos

Pichichi (trofeo al máximo goleador de la liga española), junto con Rafa Márquez en el FC Barcelona, club con el que ganó la Liga y la Champions League. Esta inmigración internacional de futbolistas mexicanos a ligas y clubes de gran prestigio, además de ser un indicador de calidad, explica por qué ahora encontramos al *Chicharito* Hernández en el Real Madrid, a Carlos Vela en la Real Sociedad de San Sebastián, a Guillermo, *Memo* Ochoa, en el Ajaccio de Córcega, a Héctor Moreno en el RCD Español de Barcelona o a Giovanni Dos Santos en el Villarreal, por sólo citar algunos casos actuales.

Desde el punto de vista de la consolidación institucional y de la proyección internacional, hallamos que una primera culminación de la consolidación del fútbol mexicano estuvo en la celebración de la Copa del Mundo de 1970, mientras que un segundo momento fue la celebración, nuevamente, del Mundial de 1986; y si el primero consagró a “O Rey” Pelé, el segundo consagró a Diego Armando Maradona. Y a nivel de selecciones, México hizo historia cuando conquistó de una forma épica el campeonato del Mundo Sub-17 en 2011 y seguidamente la medalla de oro en la Olimpiada de Londres de 2012. Si los ingleses un siglo antes habían traído a México el fútbol, algo más de un siglo después, el fútbol mexicano se consagraba en el londinense estadio de Wembley derrotando al seleccionado brasileño en la final olímpica.

Capítulo 5

La aleación internacional y eclosión fractal de los símbolos del *football*

El deporte en general y el fútbol en particular no tienen ningún significado consustancial; cualquier sentido que le queramos conferir le viene impuesto o conferido desde afuera, desde la sociedad o grupos de aficionados que lo mantienen con vida. Históricamente, el fútbol ha estado asociado con los intereses más disímiles y desconcertantes: ha estado al servicio de los narcotraficantes colombianos e, igualmente, de organizaciones españolas en su cruzada contra la droga, de una petromonarquía como Qatar que organizará el Mundial de 2022 o del imperio Televisa en México; sirvió para lanzar la carrera política de Berlusconi que acabó en la presidencia de la República Italiana (y ahora condenado por un juez) o para llamar a la solidaridad con UNICEF. Dictadores como Mussolini en Italia o Franco en España, ideologías antagónicas como el comunismo o el capitalismo, han hecho o hacen del fútbol –como con otros deportes emblemáticos– el amable abanderado de sus proyectos ideológicos.

Esta histórica flexibilidad ideológica y maleabilidad sociocultural se explica por el hecho de que cualquier artefacto creado por el ser humano, y el juego es uno de ellos, es capaz de condensar,

reflejar o producir los efectos y significados más variados y a veces sorprendentes. Esta característica tal vez se deba al hecho incontrovertible que propuso el periodista uruguayo Guillermo Reimann: “el fútbol es juego y en el juego todo es fantasía” (1993:10).

El fútbol es un juego competitivo de equipo cuya estructura o lógica interna se fundamenta en unos elementos bien distintivos de la existencia humana como lo son el juego y la imaginación, unos atributos humanos que son milenarios como el mismo *homo sapiens sapiens*. Los juegos son tan antiguos como las pinturas de las cuevas de Altamira o Lascaux. Hay un impulso en la humanidad que tiende a crear y refinar toda creación a golpes de imaginación. Más concretamente, los elementos básicos del fútbol son la imaginación del jugador expresada con sus pies y el dominio que éstos ejercen sobre el esférico, pues el llano terreno de juego debe ser rellenado con las acciones de los jugadores, al igual que el hueco vacío del balón debe inflarse con aire y etérea imaginación para que éste, a su vez, traspase la línea de meta, se aloje en la portería y este hecho tenga sentido.

Posteriormente, al formalizarse en su etapa de modernización con los rasgos actuales, la estructura tanto de la competición como del partido están orientados a algo tan viejo y conocido de la humanidad como es la voluntad de “generar emoción”, tal como lo señalaran Murphy, Williams y Dunning (1990), siguiendo a Norbert Elias. Algunos de los componentes que se someten a la fricción o tensiones del juego para generar emoción son la rivalidad activa, la incertidumbre del resultado y la rebeldía del esférico que pocas veces se plega a la voluntad de los jugadores. Sin olvidar que una dificultad añadida viene dada por la obligatoriedad de cumplir las reglas deportivas. Sólo que, como es sabido por todos: “El fútbol, por supuesto, no siempre se juega observando formalmente las reglas escritas” (Murphy, Williams y Dunning, 1990:18).

De igual forma, las circunstancias sociales bajo las que se expresa el fútbol han sido incontables a lo largo de su centenaria

historia, aunque le pese a la FIFA y su monopolio, y podrían ir desde cuatro niños que se disputan el balón con los pies sobre el asfalto de una calle poco transitada, hasta esos partidos de fútbol asiáticos jugados por equipos de elefantes con cabalgaduras o esas competiciones rusas en las que el jugador juega montado en una motocicleta. Para otros, la máxima expresión del fútbol es una final de la Copa del Mundo y ése debería ser, según ellos, el auténtico arquetipo del balompié. Pero quienes opinan así no deben olvidar que Di Stéfano jamás jugó un Mundial completo y en cambio ha sido uno de los mejores jugadores de todos los tiempos.

Curiosamente, la *Saeta rubia* –como era conocido Di Stéfano por su velocidad y efectividad– también es el mejor jugador europeo de todos los tiempos; un galardón que le fue otorgado por la UEFA, a pesar de haber nacido en Buenos Aires y no haber perdido el característico acento porteño cuando hablaba, tras más de medio siglo viviendo en Madrid. Y es que no sólo el fútbol, sino también los futbolistas, pueden portar cualquier significado, camiseta, nacionalidad o acento.

A este respecto, también existe una gestualidad y una sicomotricidad característica según la tradición futbolística a la que se pertenezca, que suele ser ampliamente compartida y reconocida, por tanto reproducida de una manera inconsciente. El filósofo y sociólogo del fútbol, Günther Gebauer, lo explicó así:

En el tipo y la manera en que uno conduce la pelota, la golpea, la dispara a portería, la pasa a su compañero y detiene a un delantero se reconoce un estilo particular de jugar al fútbol. Cada participante, ya sea jugador, entrenador o espectador hace realidad un determinado modelo de motricidad futbolística y social (2006:11).

Pero si el estilo de juego brasileño o inglés, español o alemán, nigeriano o mexicano, argentino o japonés puede ser identificado en selecciones nacionales o jugadores concretos, no es menos

cierto que esto se debe a la gestualidad con la que fue interiorizado el juego o aprehendida la sicomotricidad a él asociada. Las formas del juego del futbol son maleables y esta maleabilidad se proyecta en la identidad del futbol y del futbolista, que no se entienden en última instancia sin aceptar aquello que señaló el gran jugador argentino Adolfo Pedernera, el mejor jugador que conoció Di Stéfano (al menos esto decía antes de eclosionar el futbol de Messi), que declaró en cierta ocasión, que hay que “formar hombres antes que futbolistas”. Todo juego o deporte tiene en la dimensión humana el factor fundamental, lo cual ya nos remite tanto a la dimensión simbólica como a la de fantasía creadora de dinámicas impensadas.

LA ARQUITECTURA SIMBÓLICA DEL FUTBOL Y LA FORMA EXTRAÑA DE ALGUNOS CAMPOS DE JUEGO

Los secretos del futbol son de tal naturaleza que remiten a problemas e incógnitas difíciles de resolver, de la misma manera que no sabemos cómo aflora la genialidad en una obra de arte o la imprevisibilidad con la que se conduce el azar. Es decir, jamás descubriremos su misterio. Un misterio que, para mayor desafío, siempre se representa públicamente, porque es de todos conocido. Pero si la naturaleza básica del juego es familiar, es reconocible a pesar de su maleabilidad formal; esta característica suele estar asociada paradójicamente al hecho de que al futbol se puede jugar en los lugares menos pensados, en las “canchas” más sorprendentes e inimaginables. Las superficies materiales y circunstancias sociales donde se juega, no obstante, pueden tener también rasgos identificables o su propio peso específico en la vida de las personas.

Los puristas y oficialistas del futbol suelen olvidar que al futbol siempre se ha jugado mayoritariamente en los espacios más inverosímiles, lejos del club y a espaldas de la federación, en divertidas canchas cuyos límites están marcados por rayas

imaginarias por invisibles. Como imaginaria es la línea que separa la naturaleza del juego de la naturaleza humana, la que separa al jugador del juego, al futbolista del fútbol. Porque como preguntó el poeta Yeats en un inspiradísimo verso: “*How can we know the dancer from the dance*”.

Al fútbol, según su rango institucional o las circunstancias del juego, debe jugarse en un campo oficial, o bien, al contrario, en cualquier lugar. Esta distinción presupone la existencia de dos polos extremos en torno a los cuales giraría una tipología del juego, una de las cuales se refiere al juego institucionalizado o domesticado y otro al juego indómito y espontáneo. Esta distinción remite a la existencia de un imaginario lúdico urbanizado y de un imaginario lúdico salvaje. La cuestión no es baladí, pues encierra una dimensión simbólica demasiado rica como para ser obviada. Es usual ver a niños y mayores jugar al fútbol en calles, playas y descampados. Muchas de las grandes figuras del fútbol aprendieron a jugar en esos descampados y rincones que suelen hallarse en los arrabales de cualquier ciudad, alejados de las costosas infraestructuras que sólo pueden costearse en los países que ocupan los primeros deciles del *ranking* de la OCDE.

Hablar de fútbol, pues, significa hablar de un espacio de juego simbólicamente concebido y reconstruido por la imaginación o fantasía del jugador. Yo he visto jugar más de una vez a niños en medio de calveros desbrozados en la selva, desde Paraguay, el noreste de Argentina o el suroeste de Brasil, hasta el Golfo de México. Esos campos eran improvisados terrenos de juego donde, para colmo, en cierta ocasión en San Felipe Orizatlán, en la Huasteca hidalguense, se hallaba algún que otro árbol que hacía de jugador pasivo y al que había que regatear como si de robustos defensas centrales se tratara, y lejos de ser un obstáculo incómodo constituían un aliciente más del juego. También en Adeje, municipio del suroeste de Tenerife, he visto jugar partidos de fútbol sobre la franja arenosa e inverosímil de una playa. Allí, las olas, a medida que subía la marea, avanzaban arrolladoras y hacían de jugador, disputando también ellas el balón.

Y recuerdo que en cierta ocasión, en un lance maravilloso, una ola impetuosa que avanzó imparable sobre la arena de la playa se hizo con el balón y metió un impecable gol. La pelota entró rasa y con fuerza junto a un poste, a pesar del esfuerzo del portero, y ningún jugador del equipo que encajó el gol se atrevió a no darlo por válido.

Pero fue en Montevideo, Uruguay, donde he visto alguno de los campos de fútbol más inverosímiles. Uno estaba acomodado en las inclinadas pendientes de un jardín público que hacían del campo un auténtico tazón, el cual tenía sus porterías en los bordes, de modo que el portero podía detener la pelota en su marco y, si se despidaba, acababa rodando fuera del área; el otro campo estaba sobre el pavimento urbano, sólo que tenía una de sus metas en la marmórea fachada principal del nobilísimo Palacio Legislativo (fue en el invierno austral de 1993), algo impensable en las puertas del Congreso Español o del Capitolio de Estados Unidos.

Estoy planteando con estos ejemplos –anécdotas les dirán otros– la existencia del fútbol domado de cancha por un lado o estadio oficial y por otro la del fútbol que se juega sobre las superficies imaginarias en las que enraíza el juego indómito. Pero, atención, esto significa que si podemos imaginar y aceptar cualquier espacio para jugar, es porque también cualquier espacio es bueno para pensar e imaginar. El escultor Eduardo Chillida, que jugó como portero de la Real Sociedad de San Sebastián, manifestó en cierta ocasión que la portería del campo de fútbol, como espacio tridimensional que es, le enseñó mucho a la hora de reflexionar sobre volúmenes escultóricos. Acaso por similares razones los escenarios deportivos pueden llegar a ser los espacios más inverosímiles.

Aunque no sabemos si esta gran variedad de formas habla de la flexibilidad del juego o de la flexible imaginación humana; o el juego y la imaginación son actividades consustanciales al cerebro de ciertos seres vivos. El juego y la imaginación del jugador se hermanan en una misma cosa cuando se juega de verdad. Pues ocurre que los verdaderos límites del juego son los de la vida y

los límites de la vida, si excluimos la muerte, hay que imaginarlos, como los de cualquier auténtico juego. El fútbol no se escapa a esta lógica humana.

Precisamente una ley que afecta a la gran mayoría de juegos de pelota de los que tenemos constancia es que las rayas que marcan y delimitan el terreno de juego sólo afectan al esférico; inhabilitan al balón y no al jugador. Sólo la pelota debe permanecer dentro, encerrada en un espacio interior, y el juego girará en torno a sus órbitas, las cuales deben estar contenidas dentro del tiempo y del espacio del juego, para que así lo podamos imaginar públicamente mejor. Dentro del terreno de juego, el balón vive como un protagonista más de ese espacio bien diferenciado del espacio público. En cambio, cuando los niños juegan en la calle o en las plazas, los límites suelen ser flexibles como el mismo juego, y tal vez por eso en muchas ciudades proliferan los carteles que prohíben jugar a la pelota. Tales prohibiciones, en el fondo, están prohibiendo jugar e imaginar. Los gobernantes, los que tienen la facultad de imponer prohibiciones al conjunto de la sociedad, siempre están prestos a coartar cualquier potencial foco de libertad y revuelta.

El campo de fútbol siempre será un escenario menor, singular y delimitado del escenario del mundo o de la vida. El juego del fútbol federado se desarrolla en un mundo aparte y acotado, porque debe ser un *enfrentamiento limitado* entre jugadores. Es su naturaleza de escenario y la duración temporal de su juego lo que le permite al deportista entregarse y volcarse sin temor para lograr la victoria, o como matizaría Roger Caillois: “La precisión de los límites impide la enajenación” (1986:96). El espacio del juego y el espacio del público deben encontrarse bien diferenciados porque son dos escenarios distintos de dos juegos bien diferentes. Se trata de dos tipos de alicientes, de dos tipos de lenguaje que, si no son contrapuestos, al menos sí son diferentes y para que la imaginación humana no se desboque y acabe haciendo de las suyas, las reglas y límites deben estar bien establecidos, es decir, contenidos.

La naturaleza del espacio deportivo afecta claramente a la naturaleza de la misma práctica y a su vivencia social. Por esto mismo, para ese filósofo del juego que es Roger Caillois, los juegos de estadio en la antigua Grecia ejemplificaban el ideal de la ciudad y ejemplificaban el ideal de la ciudad. El estadio era una unidad de medida griega cuando aún no habían inventado la unidad métrica decimal o metro. Los míticos 600 pies de Heracles, de 32 centímetros, hacían un estadio, esto es, 192.27 metros. El terreno así medido fue concebido para competir civilizadamente, o sea, para practicar deporte en el seno de la Polis, de la ciudad-estado.

Tenemos, por tanto, que con los griegos el estadio se hizo indisoluble de la vida urbana y civilizada, y por eso aquellos primeros estadios hay que entenderlos como un espacio especial. Precisamente Ortega y Gasset planteó en *La rebelión de las masas*, mucho antes que Caillois, un matiz simbólico fundamental que se debe a los griegos y que explica algunas claves que encerraba aquella espacialidad especial:

aportan al repertorio humano una gran innovación: la de construir una plaza pública, y en torno una ciudad cerrada al campo. [...] La urbe o *polis* comienza por ser un hueco: el foro, el ágora; y todo lo demás es pretexto para asegurar este hueco, para delimitar su dintorno. La *polis* no es, primordialmente, un conjunto de casas habitables, sino un lugar de ayuntamiento civil, un espacio acotado para funciones públicas. [...] Nótese que esto significa nada menos que la invención de una nueva clase de espacio, mucho más nueva que el espacio de Einstein. Hasta entonces sólo existía un espacio: el campo, y en él se vivía con todas las consecuencias que esto trae para el ser del hombre (Ortega, 1980:174).

Se puede decir, por tanto, que el estadio deportivo sintetiza el ágora democrática o la plaza pública, que a su vez es el terreno de múltiples juegos. Porque la plaza pública siempre será un

escenario donde se desenvuelven infinidad de *juegos*. Un discípulo de Ortega como Julián Marías decía de la plaza: “es un centro de convivencia: comprar y vender, murmurar, admirar, envidiar, conversar” (1973:45). Así, cuando el antropólogo Manuel Delgado (1986) entiende que la plaza de toros y la iglesia (el templo) son condensaciones de la plaza pública, está claro que ese razonamiento se puede hacer extensivo al campo de fútbol. Después de estos argumentos espero que nadie niegue que los estadios son plazas públicas modificadas o, si se prefiere, hipertrofiadas.

No deja de ser asombroso constatar que el estadio de fútbol nace cuando se traslada el “verde campo silvestre” al medio de una plaza que por definición es antitética de lo campestre por urbana. O sea, la plaza o ágora en el contexto de una ciudad tal como la inventaron los griegos, es transformada en *campo* y estadio (otro invento griego) a efectos de competir deportivamente. Una transformación que de hecho ocurre en las plazas florentinas cuando se celebra un *calcio*, por cuanto son recubiertas con tierra traída de las campiñas y colinas que rodean la ciudad de Florencia para poder jugar.

Sabemos que los antecedentes más directos del fútbol moderno eran aquellas tumultuarias disputas por un esférico que se jugaban en los *common* ingleses, en la campiña verde que separaba dos pueblos; y las puertas de entrada al pueblo o el “marco” de la calle principal solían hacer de meta o portería. El recuerdo de esta circunstancia le permitió decir a F. Alonso de Caso (1924) que el fútbol es un deporte de pradera.

El alcance de estos matices debidos a auténticos procesos de cambio cultural de envergadura son elocuentes cuando observamos que el hockey sobre hierba ha acabado practicándose por cuestiones climatológicas o de necesidades técnicas sobre hierba sintética, al igual que el fútbol en ciertas ciudades como el Estadio Caliente de Tijuana o del *football* americano de la NFL como los estadios de los Denver Broncos o los New York Giants. Sólo que, como se dijo anteriormente, para jugar al fútbol no

hacen falta estadios ni canchas reglamentarias: entre 45-90 metros de ancho por 90-120 de largo y unas porterías de 7.75 metros de longitud por 2.44 de alto. Antes bien, cualquier espacio sirve para jugar al fútbol, pues la plasticidad de la imaginación y del juego se amoldan a cualquier coyuntura por muy sólida que sea. Basta que un espacio cualquiera sea revestido y mirado con sentido lúdico, para que éste se convierta en terreno de juego, cancha deportiva o campo de fútbol con la mejor superficie del mundo.

La razón de ser del espacio de juego también puede adquirir otras connotaciones. Estoy pensando en el ya derruido estadio de San Mamés, en Bilbao, campo que por si fuera poco era conocido como “la Catedral”. Ya dijo Huizinga que: “Los lugares consagrados no son, en el fondo, sino campos de juego” (1987:34). Acaso eso influye en ciertas percepciones que conciben al jugador como un sacerdote de un culto pagano o como “musculosas vestales consagradas al dios fútbol, tal como los imaginó la periodista Maruja Torres. Mientras que la vertiente laica y republicana la representa el estadio Centenario de Montevideo, que es un monumento histórico nacional y su nombre se debe a que fue construido para celebrar el primer Campeonato Mundial de Fútbol, que se organizó en Uruguay precisamente para conmemorar el centenario de su Constitución: 1830-1930. De este modo puede decirse que todos los espacios de juego, campos de fútbol incluidos, están construidos sobre los cimientos de materiales simbólicos invisibles, pero de gran significatividad para pueblos y sociedades.

Paradójicamente, el reflejo o eco más significativo, al iniciar-se el juego sobre la hierba, hay que buscarlo en las gradas abarrotadas por un público que lo siente e interpreta, que lo vive como un acontecimiento especial y que en el fondo ansía festejarlo: que es la manera ideal de comulgar con el juego. Como dijera el sociólogo galo G. Magnane: “El que no haya mezclado nunca su voz a la voz enorme de las masas humanas, densas, espesas y hormigueantes del estadio, no tiene ningún medio de acceso a las profundas significaciones del deporte” (1966:86).

Otras veces el terreno lúdico del juego y la grada pueden operar con diversos sentidos metafóricos, pero sobre todo opuestos. Vistas las cosas así, el número de jugadores también difiere: mientras sobre el césped generalmente hay 22 futbolistas, alrededor pueden haber “algunos más”. Se calcula que ya el estadio de Wembley acogió a 130 000 espectadores en 1923 para ver la final de la copa inglesa entre el West Ham United y el Bolton Wanderers Club o que el Maracanã en 1950 se llenó con 200 000 espectadores para vivir apasionadamente la mítica final entre Brasil y Uruguay.

Las competiciones oficiales de fútbol, especialmente las *de rango superior*, deben celebrarse obligatoriamente en campos de hierba o, en su defecto, de hierba sintética. El estado del césped, del pasto (alto, corto, seco, mojado, etcétera) determinará factores como la rapidez o lentitud del desplazamiento raso del balón, la pesadez de las acciones y el desgaste físico del jugador, constituyéndose en un factor importante para el desarrollo del juego. No es casualidad el gusto brasileño por el césped alto que permite un buen control del balón y un ritmo meloso del juego, o la hierba mojada que tanto agrada a algunos entrenadores vascos y británicos.

La hierba, pasto o césped es una obligación federativa que de paso muestra el *status* del campo, al ser la auténtica cara y credencial del terreno de juego. El campo de césped, sin embargo, es un lujo. Por lo general, el fútbol amateur se juega sobre tierra apisonada o, si acaso, malísimos campos de hierba. Frente a la rigidez mortecina de la tierra u otras superficies duras, la hierba es una alfombra de vida que acoge y alimenta cosas tan llenas de vida como el balón, el juego o a los mismos jugadores. Obviamente la hierba también amortigua caídas y deslizamientos que sobre otra superficie resultan peligrosos.

Parece evidente que los estadios son una necesidad urbana, regidos por intereses políticos y económicos, y no únicamente del juego. Paradigma de esto que decimos podría ser el campo de fútbol de Ceuta, cuya construcción, ante la falta de espacio en

esta norteafricana localidad española, se resolvió con una compleja, costosa y modernísima obra de ingeniería. Algo similar ha ocurrido en las Islas Feroe, climáticamente inadecuadas durante meses para jugar al fútbol por las gélidas temperaturas de esas latitudes. Sin embargo, el problema se solventó con hierba artificial, aunque antes se barajó una solución aplicada en algunos campos de Alemania y de otros países nórdicos: circuitos de calefacción bajo el campo de hierba.

Si miramos las cosas desde otra óptica, si bien cualquier espacio puede habilitarse como campo de fútbol, también sucede lo contrario: cualquier campo de fútbol puede acabar convertido en un espacio para actividades de lo más diversas. Todos los recintos deportivos suelen tener variopintas utilidades ajenas a la función deportiva: boxeo en el Caesar Palace de Las Vegas o en el Royal Albert Hall de Londres; cuadriláteros en una plaza de toros, etcétera. En Santa Cruz de Tenerife es tradicional que el estadio Heliodoro Rodríguez López sirva para recibir a los Reyes Magos la víspera de Reyes, pues éstos llegan en helicóptero ante la mirada “ilusionada” de los niños en las gradas, dándose el caso que un partido de fútbol del CD Tenerife debió comenzar más tarde de lo previsto porque había que respetar esa tradición.

LA (META)NATURALEZA DEL JUEGO: SIGNIFICADOS E IDENTIDADES EN EL FÚTBOL

Hemos visto algunos rasgos y detalles de naturaleza simbólica que hacen raros, especiales o mágicos a los campos de fútbol. Pero esa faceta no la podemos entender cabalmente sin analizar e interpretar el juego –esa heteroestructura inseparable del fluir vital del ser humano– que se desarrolla en/sobre ellos. La naturaleza de los juegos en general y del fútbol en concreto contienen la explicación de su razón de ser en su “esencia” lúdica, sólo que ésta no es fácil de desentrañar. Una dificultad que no es privativa del deporte, de la misma manera que Marx señalaba

que la economía política clásica tenía problemas para analizar la mercancía, su valor y su dimensión de valor de cambio (1982, t. 1:45-46). Es decir, todo fenómeno humano y social necesita ser definido en su complejidad, pero dar cuenta de ésta en todas sus dimensiones no es tarea fácil.

Además, no sólo están las causas asociadas a la razón de ser del juego desde un punto de vista formal o si se quiere fenomenológico, también está la cuestión de sus efectos que se manifiestan en distintos planos, unos observables y otros invisibles por íntimos a la persona. El fútbol genera en aquellos que se involucran con él sensaciones especiales, algo así como *good vibrations*, momentos de gran intensidad y de encanto inefables. La cadena de causalidades que acaba generando este efecto no es fácil de describir y explicitar, o al menos no ha sido dada a conocer de haberse logrado.

Tal vez el problema radica en que estamos tratando con una *sustancia inorgánica* en más de un plano expresivo, es decir, no material, un componente del que está hecho todo arte o todo espectáculo y que antes de ser aprehendida se evapora ante nuestros ojos, como los lances del juego irrepetibles e inesperados producidos por el manejo habilidoso del balón y las combinaciones imprevistas de las jugadas que acaban siendo memorables. El secreto, acaso, es que el juego desde que comienza se muestra o revela como un acto de existencia, de la misma manera que el perfume se muestra líquido, pero se nos revela en su esencia como aroma que pronto se evapora irremediamente. Es engullido por el paso imparable del tiempo jugado y se pierde, a no ser que concurra alguna genialidad o lance que nos impacta, quedando grabado en nuestras retinas primero y en nuestra memoria después. Y aun así, escasos segundos después de haber ocurrido, será recuerdo de lo que fue.

Por otro lado, está la cuestión que sobre una base de elementos de sobra conocidos, ocurrirán acontecimientos propiciados por el juego que para la mayoría parecerán inauditos o inéditos. Los futbolistas y los aficionados suelen afirmar una cosa que

parece simple si no es que una obviedad: “todos los partidos son distintos”. Once futbolistas contra otros once (o tres para tres, o vayan ustedes a saber). Un campo delimitado y estructurado previamente con rayas blancas de cal, o sin ellas, un reglamento que está validando el juego con un árbitro que lo aplica e interrumpe el curso de las acciones cuando hay falta y el imprescindible balón. En ocasiones extraordinarias los mismos jugadores hacen de árbitros, obviamente no en el fútbol FIFA. Tenemos así el tiempo y el espacio que están delimitados y las acciones tamizadas por el azar o la fortuna, aunque especialmente por la inteligencia del jugador que tan pronto entrevé la jugada, como corre para hacerse con el control del escurridizo esférico y golpear con perfección curvilínea la redonda superficie de la pelota. En el fondo, el juego habla de la relación de los jugadores, que no dejan de ser unos originales artefactos culturales, con otro artefacto cultural que se ha globalizado a golpe de mundializarse: el balón.

Los jugadores compiten y disputan física e intelectualmente la pelota, sujetando sus acciones a las técnicas moduladas por la sicomotricidad que ha sido interiorizada tras años de práctica o de acumular experiencia, así como sujetando su comportamiento a un conjunto de reglas indiscutibles. Se podrá discutir la decisión de aplicar tal o cual regla a tal o cual lance fortuito del juego. Esta disputa física e intelectual por la pelota se realiza preferentemente con los pies, el rasgo específico del *football*, en función de unas técnicas y estrategias que se han incorporado en un *continuum* psicomotriz –coordinación de la mente y el cuerpo en un campo de acción especializado–, que como sugiere Günter Gebauer (2006), también operan como señas de identidad futbolísticas, y todo ello organizado con el fin de traspasar la meta o portería contraria con el balón.

Quizá la fibra que se toca en este juego/deporte, contenido por cierto ritual profano, escenificación social o liturgia popular, sea la plasmación metafórica del instinto de supervivencia: imponerse y someter a otro. De ahí que la violencia sea un

componente latente en todo deporte, como lo señaló Alberto Cardín (1990). Una violencia que se juega y que necesita ser atenuada con las reglas y su ritualización (una secuencia de pasos que se repiten para propiciar o alcanzar un orden), so pena de desencadenar los instintos o la furia contenida. Pero eso no significa que el deporte sea un simple ritual. Quienes hacen esa reducción deberían tener en cuenta lo planteado hace ya años por Lévi-Strauss, quien comentando ciertas similitudes entre el juego y el rito, distinguió:

Todo juego se define por el conjunto de sus reglas, que hacen posible un número prácticamente ilimitado de partidas; pero el rito, que también se “juega”, se asemeja más bien a una partida privilegiada, escogida y conservada de entre todas las posibles porque sólo ella se obtiene en un determinado tipo de equilibrio entre los dos campos. La transposición es fácilmente verificable en el caso de los gahuku-gama de Nueva Guinea, que han aprendido a jugar fútbol, pero que juegan, varios días seguidos, tantos partidos como sean necesarios para que se equilibren exactamente los partidos perdidos y ganados por cada bando (Read, p. 429), lo cual es tratar a un juego como un rito (Lévi-Strauss, 1975a:55-56).

El ejemplo es tan transparente que la diferencia entre juego y rito es obvia. Sin embargo, las confusiones no acaban ahí. El que los deportes estén rodeados de cierta ritualización, unas veces formal y otras informal e incluso *ad hoc* (o improvisada), o que estén arbitrados por un juez neutral, no evitan que de tanto en tanto no se pueda conjurar la violencia que subyace en su estructura y naturaleza. Se mire como se mire, la sospecha de la violencia está latente –el balón más de una vez fue la cabeza de un enemigo–. De igual forma se trata de una lucha no violenta, de ahí que la ideología del *fair play*, del juego limpio, por lo general ha acabado por imponerse; lo cual no significa que el estallido de la violencia haya quedado desterrado para siempre.

La heteroestructura del juego, del fútbol, del deporte o de cualquier interacción humana tiene distintas capas de sentido, brochazos de significado prestos a ser interpretado desde la cosmovisión y bagaje ideológico de jugadores y espectadores. Es en este sentido que el investigador Douglas Booth (1993) señaló que, como toda ideología, el deporte puede ser ilógico, irracional y emocional. Las paradojas y las contradicciones siempre están presentes en el fútbol, como en cualquier otra circunstancia humana, por eso hay que relativizar incluso las lealtades identitarias más fanáticas; el amor a unos colores a veces se lleva a extremos desconcertantes. Tal como lo señalara provocativamente G. Vinnai, acaso aplicando su mirada materialista sin contemplaciones y con todo rigor, y que en estos tiempos de mayor circulación de futbolistas extranjeros tiene mayor sentido: “Mayormente, las ciudades se identifican con *su* equipo en la liga nacional, el cual se compone en su mayoría de extranjeros comprados” (1974:112).

A priori el fútbol ni es amor ciego, ni cruda violencia, ni es simple ritual; tampoco la bárbara encarnación de la animalidad del hombre –del reptiliano que subyace en nuestro cerebro– toscamente ritualizada. El partido de fútbol tiene un protocolo que ciertamente es un ritual profano. Pero el juego, impulsado con su “dinámica de lo impensado” (Dante Panzeri), pronto deja a un lado el rito para convertirse en juego de competición. Pura repetición y creación, aguda provisión de técnicas conocidas e improvisación de soluciones técnicas, orientadas a encaminar la pelota para traspasar la portería contraria en un contexto de competición y lucha, de abierta hostilidad pactada. El gol es un acto de humillación y violencia, o así puede ser vivido e interiorizado, al igual que su peor consecuencia: la derrota.

Aceptado lo anterior, encontramos que aquellas simplificaciones que han alcanzado la categoría de tópicos cuando se habla de un partido de fútbol son innumerables. El fútbol no consiste en patear indiscriminadamente al balón o al jugador contrario, hasta hacerlos penetrar por una portería; como tampoco *El Quijote* es un conjunto de meras frases escritas con tinta sobre papel

o las catedrales de Burgos o de la Ciudad de México, edificios enormes hechos de piedras y vidrieras. De igual forma, en un partido de fútbol no está en juego únicamente un resultado; éste sería una referencia más que, ciertamente, puede ser considerada por las circunstancias la más importante. Pero en realidad concurren muchos otros sentidos y simbolismos.

Incluso la FIFA reconoce, dentro de la línea propagandística del *fair play*, que lo importante es participar. Aunque, irónicamente, su himno oficial se titula *To be number one* (ser el número uno), una contradicción más que hay que apuntarle a esta rígida, puritana, patriarcal y mercantilizada institución. Esta contradicción de la FIFA recuerda a esa otra que se produce cuando se juega rematadamente mal al fútbol tras haber cobrado una entrada con la que se prometía un espectáculo.

Además de sus humanas contradicciones o errores, cada partido tiene sus circunstancias, su propia historia, sus propios referentes. Todos los partidos son irrepetibles, de la misma manera que hay músicos que dicen que todas las guitarras suenan diferente. De la misma manera que todos los seres humanos somos diferentes a pesar de ser iguales (en el sentido de estar dotados por naturaleza con una misma biología). O como apuntaría el filósofo Fernando Savater (1988): “Somos iguales pero no indistintos”. Luego, al igual que los seres humanos, todos los partidos de fútbol son iguales pero no indistintos.

Cada partido de fútbol habla de un mismo itinerario desandado infinidad de veces. De ahí que la mayor parte de los lances nos resulten familiares, dando lugar a constataciones desconcertantes cuando queremos explicarle a un profano o escéptico del fútbol en qué consiste un partido o cuál es su finalidad. Se han dado incontables y ya olvidadas explicaciones, aunque aquí transcribiré esa jocosa y lúcida de Marcelo Cohen:

Todos los grandes equipos, por fin –como también todos los miles de equipos formados por gente que no busca otra satisfacción que jugar, digámoslo en homenaje al *amateur*–, son

neuróticos: los persigue la obsesión de jugar bien, porque jugar bien es la manera de marcar muchos goles. ¿Y qué es el gol? Una sublimación de instintos agresivos, por supuesto. Nada más fálico, nada que remita más directamente a la penetración sexual que la imagen de un balón cruzando la línea de gol como una exhalación. La red se estremece como las paredes de una vagina. El portero pierde la virginidad y con ella el decoro. Pero no importa: contará con nuevas oportunidades de lucirse desviando al córner, con la punta de los dedos, una pelota envenenada. Y por mucho que pesen sobre el delantero las interpretaciones y sobre el hincha las advertencias, aquél seguirá buscando la manera de enganchar el balón en el aire, si es posible de tacón, y meterlo por la escuadra, para que éste se conmueva durante años con la foto del momento plástico y trascendental, como otros individuos sensibles se conmueven con la lanzas fálicas de las pinturas de Paolo Ucello (Cohen, 1979).

Todos los partidos de futbol algo tienen de reconocible y algo de inédito. El paso del tiempo sustituye unos rasgos por otros y sólo las nuevas circunstancias pueden redimensionarlo y conferirle un sentido singular. El Real Madrid de Di Stéfano es el mismo, pero distinto al de Pirri y Amancio, Butragueño y Michel, Raúl y Zidane o al de Cristiano Ronaldo, Sergio Ramos e Iker Casillas. Muchos de los partidos jugados por Hugo Sánchez acabaron con el mismo resultado que otros disputados por Di Stéfano dos décadas atrás, pero pudieron ser extremadamente distintos en su desarrollo. Una prueba más de que todos los partidos de futbol, como los goles, sólo en apariencia son iguales, que no indistintos.

Formalmente sabemos que los juegos de rango oficial o máxima categoría (FIFA) deben durar 90 minutos de juego. Pero sabido es que durante el Mundial de Italia 90 el tiempo real de juego llegó a ser de 49 minutos en el Inglaterra-Irlanda o de 53 minutos en el España-Uruguay. También ocurre que todos creemos que los futbolistas juegan y, sin embargo, Omam-Biyik,

jugador camerunés que se hizo famoso por ser el autor del gol de su selección contra Argentina en la inauguración del Mundial de Italia 90, manifestó: “El secreto de Camerún es que todavía consideramos el fútbol como un juego”.

Esta declaración fue sumamente interesante. Las cosas ni son como parecen ni son como dicen las partes. Dicho sin tapujos, ¡alerta, que hay partidos de fútbol donde no se juega, luego no hay ni juego, ni fútbol, ni pasión! Aunque lo que no dijo Omam-Biyik es que a Maradona le cometieron tantas faltas –el número fue de escándalo y Camerún acabó con nueve jugadores– que a partir de entonces la FIFA decidió cambiar el reglamento y castigar la reiteración de faltas sobre un mismo jugador.

Por otra parte, una propiedad inherente a este juego es que todo partido de fútbol es un acontecimiento de resultado incierto. Prueba de ello son los escasos acertantes en las quinielas y pronósticos deportivos, porque nunca faltan sorpresas. Esta incertidumbre en torno al resultado acompaña a la dimensión de ejercicio lúdico –otro artefacto cultural como los mismos jugadores, las reglas, las técnicas, los límites espaciales pactados o la pelota– que por unas horas nos sumerge en un mundo de ilusión, donde nos es dado habitar sólo a ratos, so pena de enloquecer o enajenarnos. El juego permite sentir emociones y sensaciones muy parecidas a las que experimentamos cuando embebidos seguimos una película, una obra de teatro o las páginas de un libro que nos atrapa. Donde el mundo, la vida, se reduce a un escenario concreto para que asistamos a una obra donde se despliegan y exhiben unas habilidades que en más de un aspecto son artísticas. Porque –no seamos fundamentalistas– el fútbol magnífico puede ser adjetivado de artístico con toda legitimidad.

Es más, el fútbol de calidad es alta y aquilatada cultura. Limitado como está por el reglamento y el talento del jugador, por estilos y estrategias de juego combativas, con sus racionales recursos técnicos y tácticos, la sibilina relación que entablan los futbolistas y el balón produce momentos únicos, irrepetibles, llenos de una mágica fantasía que no se produce a voluntad.

Puede haber voluntad de jugar bien o de fantasía, de querer ganar, pero está sobradamente comprobado que el gran juego que se transmuta en gran espectáculo, para producirse, no basta con tener los ingredientes básicos. Tiene que darse esa fricción de la competencia reñida y que salte el relámpago estético.

El buen fútbol se ha de invocar en cada partido con talento, oficio y suerte, porque el fútbol excelso, que lo ha habido y habrá siempre, es arte y no se produce en masa o en serie como las hamburguesas o como las camisetas con el número y el nombre del ídolo. Sólo cuando el balón está lleno de inspiradas ideas, yendo y viniendo con elegancia de acá para allá a lo largo y ancho del campo, puede decirse que vemos buen fútbol. Los balones necesitan ser golpeados con inteligencia, habilidad y elegancia, como si estuviéramos esculpiendo órbitas con los pies. De esa manera, trazando órbitas increíbles, es como el fútbol manifiesta su magnificencia y llega a elevar a la calidad de catarsis escénica a un sencillo y humilde acto como es el del cuero en su viaje al fondo de la red, hacia el otro lado de la raya de la portería.

Estoy insinuando que el verdadero jugador infla con ideas propias la recámara hueca del balón pero, ¿cuándo podemos decir que el balón está lleno de ideas?, ¿cómo pueden esculpirse órbitas con los pies? Por si esto fuera poca cosa, la siguiente pregunta es clara: ¿cómo entran las ideas dentro del balón?

Pues muy fácil, pensando o jugando indistinta y simultáneamente con la cabeza y con los pies, cualidad ésta que sólo poseen los futbolistas geniales, los auténticos jugadores de fútbol que crean fantasía con un balón y sobredimensionan el juego hasta el extremo de desatar emociones y pasiones. Una patada al balón en las grandes tardes (o noches, o días) de fútbol, especialmente durante esos instantes de juego hondo y brillante, se suele transformar en un golpe preciso e inspirado. Cuando el balón sale disparado con gracia y acaba en el fondo de la red, ya sea por refleja intuición o por expresa intención del jugador, tras describir en su vuelo una parábola perfecta, trayectoria magnífica donde las haya entre los cuerpos esféricos y celestiales como los planetas,

habremos sido testigos de la reproducción de la pulcra geometría del sistema solar o de las constelaciones del firmamento. Algunos de esos recorridos aéreos que describen una línea parabólica son producto de golpes que llevan curiosos nombres como *chanfle*, *folha seca* (hoja seca, porque el balón imita la caída de la hoja que se desprende del árbol), “tres dedos”, etcétera. Ni que decir hay que tales trazos en el aire forman parte de la quinquagesencia del fútbol.

Por otro lado, la experiencia cotidiana enseña que detrás de cualquier jugador, entrenador o aficionado existen unos gustos y unos criterios disímiles e incluso más o menos cuestionables, pero no por ello menos respetables. Ellos intuyen o conocen perfectamente la existencia de la belleza de los rumbos azarosos del balón, que al ascender y volar traza en el aire la partitura de una legendaria danza ritual. Pues según reza un mito antiguo, el fútbol nació de la disputa de la esfera solar entre dos tribus. Posteriormente, el esférico de cuero y paja o aire y cuero se convirtió en terrenal representante del Sol.

Asimismo, esta metamorfosis solar convierte al campo en centro del mundo y al fútbol en un mítico enfrentamiento que, jugando, se transforma en sinfonía de movimientos hábiles y veloces o de fuerza y coraje vital. Competición deportiva entre héroes por ese Sol que es el balón, durante un impredecible baile de 90 minutos durante los cuales el astro celeste se hace terrestre. André Maurois lo evocó de otra manera:

El balón dibuja bellas figuras, trazos ingeniosos, como dice Étienne Lalou, “sobre la alfombra de verde encantado”. A cada instante se plantean problemas matemáticos de una infinita complejidad que se resuelven en un relámpago de pensamiento activo. En ningún otro lugar la ciencia de las combinaciones tiene efectos tan fulminantes (1997:118).

Quizá unos ojos profanos verán el fútbol con menos pretensiones y más sencillez. Ya vimos que la palabra *balón* está

emparentada etimológicamente a *balada* y a *baile*; y deporte viene de *depuerto*, un portarse o transportarse a un mundo imaginario y grato que sólo es vivido en toda su intensidad por el jugador experimentado. El espectador experto, el degustador de ese pasatiempo placentero cuya realidad profunda está alejada de la mundanal existencia y la cruda vida cotidiana, experimenta en los grandes encuentros de fútbol lo mismo que en las inspiradas veladas de ópera o con los libros de genio y talento, que transportan a sus entusiastas aficionados a las mismísimas puertas de la gloria. En los grandes partidos de fútbol, cuando (ad)miramos los humanos movimientos de la pelota y a los jugadores, el juego nos atrapa, el tiempo fluye veloz, imperceptible, la vida se evapora como el perfume, hasta ensimismarnos y transportarnos sin darnos cuenta muy lejos de aquí.

En ese sentido puede decirse que el fútbol, cuando comienza el juego a cobrar intensidad, libera toda la fuerza oculta u olvidada que contiene; desprende un invisible y agradable influjo consustancial a cualquier actividad lúdica que se emprende con agrado: el mismo que apasiona y sacude al aficionado. Lo que escribe el balón empujado por los jugadores y lo que eso significa sólo lo sabe el espíritu de cada aficionado. Quienes hayan cantado gol al unísono en un estadio junto a decenas de miles de personas quizá ignoren las causas o el por qué de tanta exaltada pasión. Sin embargo, y esto es fundamental, ellos siguen el juego con entregada pasión porque contemplarlo como espectador puede llegar a ser tan excitante, agotador y placentero, como jugar con los pies en tierra disputándole al contrario el balón.

Pero si bien ésta es una dimensión que se puede describir como intrínseca al fútbol, no es menos cierto que pueden haber otros ámbitos concomitantes y no por ello menos genuinos. Cuando Arturo Santamaría aborda la importancia del fútbol en la experiencia histórica y contemporánea de los migrantes mexicanos en Estados Unidos, observa dos dimensiones de gran peso existencial para sus compatriotas que residen allende la frontera norte. Por un lado nos recuerda que: “Una característica constante

de las ligas infantiles, juveniles y mayores de fútbol que han creado los inmigrantes hispanos en Estados Unidos es que convierten a las canchas en espacios de reunión familiar los sábados y los domingos” (2012:109). Éste es un aspecto que no es menor ni anecdótico, sino que lo encontramos presente tanto históricamente como extendido por diferentes países.

Por otro lado, este mismo autor vislumbra, no sin razón, que:

El partido de fin de semana se convierte para los inmigrantes en uno de sus pocos momentos excitantes tanto porque acuden a un espacio recreativo dominado por ellos como porque, cuando no son mayoría, pero si parte de los equipos, destacan en el juego por su habilidad y estilo. [...] Momentos donde se siente seguro, conocedor e, incluso, triunfador (2012:131).

Ambos aspectos pueden resultarle familiares o verosímiles a cualquier aficionado, y ambos aspectos forman parte de circunstancias que son propiciadas por la práctica del fútbol.

Capítulo 6

Usos socioculturales del fútbol: desvíos, fricciones identitarias y violencia

El juego competitivo produce un enfrentamiento que formalmente se muestra como una lucha no violenta, el fútbol tiene bastante de eso, pero sabedores que el fantasma de la violencia siempre está presente en estos encuentros, se ha hecho hincapié en el antídoto: la ideología o código de conducta del *fair play* o juego limpio. Sin embargo, la competición amateur o profesional conoce recurrentemente episodios de violencia descarnada, es más, sabemos que no hay nada que asegure que el estallido de la violencia haya quedado desterrado para siempre en un partido de fútbol. El siguiente pasaje de J. J. Mateo ofrece diferentes elementos sintetizados que ilustran episodios del pasado que además sirven para caracterizar la(s) violencia(s) “en” el fútbol:

A otro madridista, Michel, le retrataron tocándole los testículos a Valderrama [el internacional colombiano que jugaba en el Real Valladolid de la primera división española a principio de la década de 1990]. A Cruyff y Di Stéfano les encantaba hablar con los contrarios para descentrarles. Y Van Basten se tomó un día la justicia por su mano. Pero ninguno se atrevió a tanto

como Zidane [se refiere al cabezazo que le costó la expulsión en la final del Mundial de 2006 en Alemania]. Él ha roto el artículo más sagrado de los códigos del fútbol: “Lo que pasa en el campo se queda en el campo”. [...] Dice Hierro que [tras el silbatazo final del árbitro] no quedan cuentas pendientes. Que le pregunten a Haaland, del Manchester City. El noruego le había roto a Keane, del United, los ligamentos de la rodilla derecha. Cuatro años después, en 2001, se repetía la lesión, pero con los papeles cambiados: “Había esperado varios años para encontrarme con él. Suficiente tiempo. Le di jodidamente fuerte. La bola estaba allí, creo. Cómete eso, cabrón”, recuerda Keane que le dijo a Haaland, quien no volvió a jugar a alto nivel. Fue una ruptura brutal de los códigos del fútbol, históricamente lleno de insultos y empujones siempre olvidados con el pitido final: “Todo lo que sé de moral se lo debo al fútbol”, dijo al respecto Albert Camus, escritor y portero francés (Mateo, 2006:37).

Una vez más queda claro que el fútbol encierra todo un abanico de acciones violentas, desde simbólicas, como los insultos o burlas, a físicas, como las patadas arteras. El deporte contiene la carga explosiva del estallido violento y el lance menos pensado la puede desbocar.

Visto desde otra perspectiva, el destino inevitable de todo encuentro deportivo es sencillo: victoria, empate o derrota; otras veces sólo cabe ganar o perder. Pero el resultado final más ingrato se intenta evitar como a la misma peste, como a la misma muerte. El etnólogo francés Claude Lévi-Strauss ya planteó:

En el gran juego biológico y social que se desarrolla perpetuamente entre los vivos y los muertos, es claro que los únicos que ganan son los primeros. Pero –y toda la mitología norteamericana lo confirma– de una manera simbólica (que innumerables mitos pintan como real), ganar en el juego es “matar” al adversario (1975a:57-58).

Otro tipo de dura derrota que suele pasar desapercibida socialmente, al menos fuera del círculo íntimo de quien la padece, es el final de la carrera deportiva, máxime cuando ha sido prematura por lesión o accidente. Recuerdo, en especial, los ojos entre nostálgicos y llorosos de un informante uruguayo que hablaba del informe médico que confirmaba la gravedad de la lesión como si de un acta de defunción se tratase (y en el fondo lo era): “Y el botija que me rompió la tibia y el peroné juega ahora en Peñarol; y yo desaparecí de ese mundo” (la palabra botija, en Uruguay, no tiene un sentido peyorativo; equivaldría a pibe, muchacho, chavo, chaval, morro, plebe, etcétera).

Quizá el sentido profundo del futbol remita a una *lucha a muerte* en la que nos jugamos o apostamos nuestro estado de ánimo. Sentados en una grada o junto al aparato de radio o frente al televisor nos dejamos absorber por la “lectura” de una lucha en la que tomamos partido, a cambio de sentir una emoción que nos puede “deportar” desde las duras superficies de la vida hasta las intangibles superficies de la imaginación y la fantasía. O bien todo lo contrario, perder en un solo lance del juego nuestros ahorros de alegría y buen humor, y dar de bruces contra la dura realidad a la que van a parar los derrotados. Todo esto, ni más ni menos, es parte de lo que encontraremos en la cara oculta del balón o, lo que es lo mismo, en la cara oculta del futbol.

Pero tanto la derrota como la muerte han estado presentes en los campos de futbol, en los terrenos de juego, de distintas formas. La rendición argentina en las Malvinas se firmó en el campo de futbol de Port Howard. El estadio de futbol de Soweto, en el gueto negro más grande de Johannesburgo, es el lugar privilegiado donde el Congreso Nacional Africano (ANC por sus siglas en inglés) suele celebrar muchos de sus actos, desde mítines hasta funerales, como los de Oliver Tambo en abril de 1993, abogado e histórico dirigente del ANC. Veinte años después, el estadio Soccer City de Soweto –donde España se había proclamado campeona mundial en 2010– fue uno de los foros de los funerales de Mandela en diciembre de 2013. Asimismo,

es bastante revelador de la trascendencia del fútbol entre la población negra sudafricana el que la *guardia personal* de Winnie Mandela, que hacían las veces de expeditivos y violentos guardaespaldas, formaran parte del Mandela Football Club; hasta que fueron detenidos, juzgados y encarcelados algunos de ellos por crímenes en la década de 1990.

También el Estadio Nacional de Santiago de Chile, de tan triste recuerdo, le dio cabida a la derrota y a la muerte cuando fue convertido en campo de concentración, donde se torturó y asesinó a raíz del golpe de estado contra Salvador Allende y la sociedad chilena que lo apoyaba en 1973. Fue por tal motivo que la selección de fútbol de la URSS se negó a jugar allí y como nos lo recordó Jean-Marie Brohm (1982), la FIFA apoyó implícitamente a la dictadura chilena cuando, tras el golpe de estado de Pinochet, la URSS se negó a jugar en ese Estadio aduciendo “que no jugaría sobre un terreno impregnado de sangre de militantes obreros chilenos”. Una acción solidaria como aquella, con una innegable carga política en medio de la Guerra Fría, les costó la descalificación.

Por supuesto, el gesto de la selección de la URSS resulta paradójico si lo confrontamos con la cuestión de los Gulags siberianos que funcionaban en aquellos mismos años, aunque en nada deben mellar la honestidad de este ejemplo concreto, pues la FIFA debió obligar a cambiar de terreno de juego. Todo lo contrario que el músico inglés Sting o el grupo español Los Ronaldos, entre otros, que a principios de la década de 1990 no tuvieron ni escrúpulos ni problemas éticos por cantar en ese escenario, irónicamente en un concierto auspiciado por Amnistía Internacional, y que recibió en su momento merecidísimas críticas por lo mismo. Una frivolidad que hubiera resultado del todo impensable –celebrar un concierto de rock– en el campo de exterminio nazi de Auschwitz, por poner un ejemplo.

Pero la nómina de ejemplos no deja de crecer; en años recientes se siguen conociendo casos sobre macabros usos de un campo de fútbol. Una nota publicada en *La Jornada* sintetizaba el horror, en este caso perpetrado por los talibanes, que a veces

está presente/ausente en ciertos campos o en el recuerdo de los jugadores que fueron testigos:

Después de seis años los equipos regresaron al estadio de Kandahar para jugar 90 minutos. Esta vez sus zapatos no terminaron manchados de sangre. Algunos futbolistas pudieron usar pantalones cortos y no tuvieron preocupaciones por el largo de su cabello y barba. [...] En el campo, construido en 1996 con fondos de Naciones Unidas, [en el periodo del gobierno talibán] se hacían ejecuciones públicas, se cercenaban dedos o extremidades y se azotaban a personas acusadas de adulterio u homosexualidad. Las mujeres eran obligadas a arrodillarse para recibir un disparo en la cabeza (Reuters/*La Jornada*, 2002:35).

Por increíble que parezca, diez años después de aquel periodo inhumano se anuncia la celebración de partidos de fútbol femenino en Kabul, la capital de Afganistán. Todos estos distintos casos, cada uno en su circunstancia histórica, transmiten una historia diferente sobre la marca de una violencia política o de una política del horror que concibieron el recinto del campo de fútbol, no como ágora, sino como campo de concentración y patíbulo para la ejecución. Otras veces, el campo de fútbol durante la celebración de un partido de este deporte se convierte en un objetivo de guerra para que el daño causado sea mayor.

Efectivamente, el 1º de junio de 1993 se producía una nueva masacre en la ciudad bosnia de Sarajevo, que se unía a las perpetradas con anterioridad. La tragedia se produjo a la caída de dos morteros serbios durante un partido de fútbol que disputaban vecinos del barrio de Dobrinja, situado en el sector Este, por aquel entonces cercado por el ejército yugoslavo. El torneo de fútbol servía curiosamente para celebrar el primer día de la *Kurbam Bajram*, fiesta musulmana del cordero. Un acto de confraternización islámico que tiene lugar en todo el mundo allí donde haya musulmanes. El partido se estaba celebrando en un estacionamiento y el trofeo en disputa eran unos cuantos cartones de

cigarrillos. El sentido de aquel partido bien podría ser el del reforzamiento de unos vínculos étnicos, de unos lazos de fraternidad comunitaria, en un día de gran trascendencia sociorreligiosa para los bosnios musulmanes. El acto central era un juego apreciado por sus practicantes que permitía de paso descargar tensiones o dar la sensación de normalidad en medio de la guerra.

En ese sentido y no por casualidad, los estadios de fútbol en la antigua Yugoslavia fueron uno de los principales lugares donde se manifestó la premonición del conflicto futuro. Las tensiones vividas en las gradas actuaron como el sismógrafo de las tensiones étnico-políticas que se estaban acumulando. El periodista Mirjana Tomic (1990) fue quien recordó que los episodios de violencia en los estadios durante la liga de fútbol yugoslava antes del estallido del conflicto, con las disputas entre hinchas de equipos croatas y equipos serbios, ya reflejaban la división étnica y en cierto modo preludiaron la posterior Guerra Civil, siendo el caso del serbio Arkan quien mejor ilustra el paso dado desde las gradas radicales del fútbol a la guerra: los conocidos como Tigres de Arkan fueron un grupo sanguinario reclutado entre los hinchas más radicales del Estrella Roja de Belgrado para participar en las campañas de 1991-1992 (Villoro, 2006:30-31).

Tenemos así que en torno al fútbol se condensan infinidad de gestos y acciones, siendo la violencia una de las más recurrentes, aunque ciertamente con distintos grados y formas. Y en ese contexto, tal vez las más extremas sean las que concibieron a los campos de fútbol como lugar de tortura y ejecución, o como objetivos de guerra.

COLORES, NACIONALISMOS, CLUBES QUE SON MÁS QUE UN CLUB E IDENTIDADES

Las raíces del fútbol han acabado por penetrar en los lugares más recónditos de la sociedad y desde ahí han podido crecer nuevos frutos simbólicos. Nuevos y más complejos significados

que reflejan paradojas sociales. Por decirlo simple y gráficamente, en Sudáfrica el fútbol es el deporte de los negros y el rugby el de los blancos; en Uruguay el rugby es propio de “blancos pitucos” y el fútbol –sin negar el interés que despierta entre los blancos pitucos– atrae el interés de “los reos de la negrada”, por decirlo con las palabras despectivas de un blanco pituco, curioso espécimen a quienes les dedicó un irónico poema su compatriota Mario Benedetti.

Igualmente ilustrativo de los problemas de identidad asociados al fútbol es el enfrentamiento entre flamencos y valones, blancos rollizos ambos grupos, en la liga de fútbol de Bélgica. Un enfrentamiento que adquiere su forma más evidente cuando se enfrentan el Anderlecht de Bruselas contra el Standard de Lieja o cuando hay que dar la lista de convocados para la selección nacional. Una lista que debe equilibrar imperiosamente identidad étnica y talento futbolístico. Sujeto a este código implícito, varios derbis de la liga belga suelen connotar, sin forzarlo mucho, realidades extradeportivas. Los lectores ahora entenderán mejor por qué en Bélgica, entre 2011 y 2012, estuvieron más de 500 días sin ponerse de acuerdo para formar gobierno.

Realidades como la belga, que tiene enquistada tensiones políticas o étnicas, son el caldo de cultivo para ese tipo de asociaciones, a veces tan cotidianas como inquietantes, con las que se concluyen asertos como éste: si el Madrid fue el equipo del franquismo, el Barcelona lo es del catalanismo. Ahondando más en este fenómeno de los vínculos entre fútbol e identidad colectiva, existen circunstancias en las que una selección de fútbol no responde a una globalidad tal como lo presupone su nombre, debido a tensiones de índole étnica. La selección de la URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) que participó en el Mundial de Italia 90 estaba compuesta básicamente por rusos y ucranianos, ya que los lituanos, estonios, letones o georgianos se habían desligado de la misma por estar en vías de independizarse.

Otras veces los jugadores seleccionados no juegan en su propio país, sino en campeonatos de liga extranjeras, y se dice de

la selección que está compuesta por *la legión extranjera*, lo cual provoca auténticos debates nacionales sobre la casta del juego y la pérdida de las virtudes tradicionales: Argentina, Brasil o Uruguay podrían servir de ejemplo, pues ni el fútbol es un mundo sin fronteras ni la FIFA es el *alter ego* de las Naciones Unidas, ni el movimiento del balón es un infalible lenguaje que hermana. En este contexto se pueden entender las críticas a Lionel Messi, tras el fracaso de Argentina en la Copa América de 2011, que lo acusaban de no sentir los colores albicelestes –los de la bandera y la camiseta de la selección nacional– porque desde niño emigró a Barcelona.

Estas cuestiones, que a nadie se le niega que contienen y mezclan –a veces de forma explosiva– distintas dosis de nacionalismo, fanatismo o inescrutables sentimientos apasionados, remiten a la siempre problemática relación entre el fútbol y la identidad (colectiva, étnica, nacional, etcétera). Esta prolija y enredosa cuestión ha sido abordada y sintetizada en interesantes estudios ricos en detalles precisos traídos a colación para aclarar esa realidad común que gira en torno al eje fútbol/identidad. Uno de esos estudios, a mi modo de ver, está compuesto por sendos artículos del británico G. P. T. Finn, publicados durante 1991 en el *International Journal History of Sport*. En ellos, Finn analiza el racismo que se percibe en la Scottish Association Football (la Federación de Fútbol Escocesa) y los prejuicios experimentados o padecidos por los irlandeses católicos o sus descendientes en Escocia.

El problema empieza cuando se constata que clubes tan significativos como el Glasgow Celtic, el Edinburgh's Hibernians y el Dundee United tienen sus raíces en las comunidades católicas de irlando-escoceses o *irish-scots*, que es el nombre que reciben aquellos escoceses nacidos en el seno de la comunidad católica irlandesa afincada en Escocia desde hace varias generaciones. Es decir, que descienden de inmigrantes, aunque lleven más de un siglo arraigados en Escocia. Este problema, además, va ligado al fenómeno de la discriminación en clave anti-irlandés y anticatólica que

comenzó a despuntar durante los años ochenta en las principales ciudades de Escocia, en forma de un público e indisimulado prejuicio expresado por parte de la comunidad escocesa. Al respecto, Finn nos dice que el Glasgow Celtic y el Glasgow Rangers son considerados como “la mejor simbolización de las interrelaciones entre sociedad escocesa, futbol y sectarismo” (1991a).

Al hacer una recapitulación histórica, Finn (1991a) recuerda que el Hibernians (Hibernia es el nombre con el que los romanos conocían a Irlanda y que modernamente tiene connotaciones poéticas y nacionalistas entre los irlandeses) fue el primer club de futbol católico e irlandés de Escocia. Fundado por la Sociedad de Jóvenes Católicos (Catholic Young Men's Society) y la Iglesia de St. Patrick de Edimburgo (recordemos que San Patricio es el patrón de la católica Irlanda). Desde entonces hasta hoy el soccer o futbol no ha dejado de jugar un importante papel simbólico en la comunidad *irish-scots*.

Finn plantea que parte de la sociedad escocesa demuestra tener prejuicios anticatólicos, anti-irlandeses y prejuicios de clases. Obviamente, en esta tesitura se considera al Celtic de Glasgow y a los clubes de futbol de la minoría social católico-irlandesa como expresión de una identidad social dual. Así, el Rangers Football Club de la ciudad de Glasgow, cuya afición podría ser etiquetada *grosso modo* de anticatólica y anti-irlandesa, representa la imagen del escocés vinculado al protestantismo, especialmente el presbiteriano, que a su vez estaría asociado a una identidad nacional sectaria (el nacionalismo escocés) o a una identidad social protestante. Mientras el Celtic, cuyos colores (tricolores) son los de la bandera de Irlanda, representaría al irish católico o, más exactamente, a la comunidad *irish-scots* católica, ya que los inmigrantes irlandeses o los hijos de éstos nacidos en Escocia no son reconocidos como escoceses por un sector radical de la sociedad escocesa nacionalista.

En este marco, la violencia de los aficionados que puede manifestarse con ocasión de un partido entre el Celtic de Glasgow y el Glasgow Ranger tiene unas connotaciones o un sentido

preciso y vertebrador, que van más allá del fútbol como deporte. Esa violencia no puede desligarse de prejuicios nacionalistas, étnicos (irlandés/escocés), de clase social, lingüístico-dialectales u otros significados paradesportivos. En este sentido, un sector de los aficionados escoceses le han recriminado a los clubes de irlando-escoceses que fueron los culpables de introducir sentimientos políticos, religiosos y nacionales en el fútbol que con el tiempo propiciaron el sectarismo que actualmente se constata en ciertas ciudades de Escocia.

Históricamente su participación en la liga escocesa fue vida como una intrusión. Pero en realidad –como señala Finn (1991b)– todo demuestra que la creación de dichos clubes se hizo para todo lo contrario, para participar en la vida social de Escocia, por lo que estaríamos ante un caso evidente en el que, por un lado, el fútbol actuó como un instrumento de socialización, con un claro sentido de integración de los jugadores y aficionados, pero por otro lado, desencadenó un conflicto no buscado que se enquistó en la sociedad de Escocia.

Otro caso cuyo análisis arroja interesantes matices a la mezcla del fútbol con cuestiones políticas o nacionalistas lo encontramos en Barcelona. Por ejemplo, en Cataluña (Catalunya, una de las naciones o pueblos históricos que conforman la España contemporánea) cada 11 de septiembre se celebra la Diada Nacional y en tan señalada fecha más de una vez se han producido acontecimientos futbolísticamente significativos. Esa fecha (otro 11 de septiembre que se une a las conmemoraciones de Chile o Estados Unidos) recuerda el día en que cayó derrotada la ciudad de Barcelona ante las tropas de Felipe V en 1714, acabando prácticamente con ello la Guerra de Sucesión Española y el estatus político que ostentaba el Principado de Cataluña.

Se trata de un día políticamente especial, que refleja una gran significatividad y participación social de tendencia *nacionalista* para la mayoría de los catalanes. En este contexto, uno de los actos de mayor relevancia de las celebraciones de ese día en la ciudad de Barcelona son las continuas ofrendas florales que

se depositan al pie del monumento a Rafael Casanova, uno de los grandes héroes de la resistencia catalana que sucumbieron en 1714. Por lo general, varias de esas ofrendas implican actos civiles con la presencia de las principales autoridades e instituciones representativas de Cataluña, desde el Presidente de la Generalitat al Alcalde de Barcelona.

Desde el punto de vista popular (de color nacionalista) se puede hablar de una auténtica peregrinación por varios rincones del Casco Antiguo de Barcelona que están asociados a los hechos de 1714, básicamente el *Fossar de les Moreres* (el lugar de una fosa donde fueron enterrados algunos de los patriotas caídos en la última batalla) y el precitado monumento a Casanova. También ese día acuden a la cita comitivas tanto del FC Barcelona como del RCD Español, principales clubes de fútbol de la ciudad Condal, con sus respectivas ofrendas, sólo que en más de una ocasión la corona del equipo españolista ha sido destrozada por *incontrolados* (a decir de la prensa). Tal vez por hechos como ése, dicho club acometió en la década de 1990 una remodelación de la fachada institucional y cambió de nombre, esto es, se catalanizó, de modo que ahora es el Reial Club Deportiu Espanyol.

Sin embargo, la denominación de Real (o de *Reial*) es un privilegio otorgado en 1912 por el rey Alfonso XIII, un descendiente de Felipe V, el primer monarca Borbón en el trono español cuyas tropas mataron a Casanova, héroe de la última resistencia de Barcelona. Tendríamos entonces que el RCD Español encarna una indisoluble contradicción simbólica que también parece afectar a una parte (no sabemos cuánta) de la sociedad catalana: un pasado en clara contradicción cultural con el presente. Y por esto precisamente el RCD Español es simbólicamente más sugerente que el FC Barcelona. Es más, si en Cataluña hay una entidad que es “más que un club”, por su complejidad y singularidad histórica y sociocultural éste es, sin duda, el RCD Espanyol de Barcelona SAD (Sociedad Anónima Deportiva) que es su nombre oficial; y que en los últimos años luce en su camiseta la publicidad de Cancún.

El RCD Español es el reflejo de la naturaleza social y cultural de la Cataluña de los siglos XX y XXI, con todas sus virtudes y defectos, con todos sus silencios y excesos. Esto se refleja claramente en las primeras tres *medallas de oro extraordinarias* otorgadas en calidad de meritorias distinciones por parte de la Federación Catalana de Fútbol. Los acreedores de tan connotado distintivo fueron: (el golpista, genocida y dictador) Francisco Franco Bahamonde en 1955, Juan Antonio Samaranch i Torelló –1971– (que llegó a ostentar el cargo de Presidente del Comité Olímpico Internacional), y el FC Barcelona –1974– (cuando quedó campeón de la liga 1973-1974) (Nolla, 1976). Como vemos, la historia suele manchar a muchos, pero los chivos expiatorios siempre son unos pocos. Por lo demás, este complicado proceso de readaptación que ahora sufre el RCD Español de Barcelona ya fue constatado por los antropólogos J. J. Pujadas y D. Comas (1991) en su artículo “Identidad catalana y símbolos culturales”, al señalar la diferente suerte simbólica que corrieron el FC Barcelona y el RCD Español durante la celebración del 75º aniversario de sus respectivas fundaciones a mediados de la década de 1970 (en 1974 y 1975, respectivamente).

La historia de las relaciones del fútbol con la política es de una suculencia antropológica y sociológica aún no bien explotada. El historiador inglés Duncan Shaw (1987), que revisitó e historió los siempre polémicos vínculos entre el régimen franquista y el fútbol español, especialmente con el Real Madrid y la selección española de las décadas de 1950 y 1960, analizó el alcance de la relación habida entre ciertas hazañas futbolísticas hispanas y su utilización por parte del franquismo y la sociedad española que vivía a la sombra de Franco. Concluyó que el fútbol no intervino activamente en esa relación. Sin por ello negar que hubo momentos de relación.

Por lo demás, el matrimonio fútbol y política siempre ha dado bastante de sí en todas partes. No extraña tampoco que a finales de la década de 1960 el SPD, uno de los principales partidos de la República Federal de Alemania, empleó en mítines

políticos al futbolista internacional Uwe Seeler. Y conocidos son también los vínculos entre el ex guardameta internacional vasco Iribar con Herri Batasuna o del ex seleccionador español Javier Clemente con el PNV vasco.

Otro tipo de ejemplos, pertenecientes a otras latitudes, amplían y matizan el espectro de significados que se le suelen otorgar al fútbol en relación con la producción de identidad social, como lo declarado hace años por Óscar Washington Tabárez (el seleccionador de Uruguay que quedó tercero en el Mundial de Sudáfrica y se proclamó campeón de la Copa América en 2011). Este hombre del fútbol, en una entrevista concedida a la revista *Mate Amargo* (una publicación vinculada en aquel entonces al movimiento político Tupamaro), hablando de su estancia en el fútbol argentino, en concreto en el Club Boca Juniors de Buenos Aires, al que hizo campeón, decía: “Ellos dicen que ser de Boca es un sentimiento. ‘Somos el pueblo y el carnaval’, dicen; se reconocen como el verdadero pueblo argentino y su alegría. La alegría de ellos es ser de Boca” (Reimann, 1993:12). Para Óscar Washington Tabárez era impensable hablar del imaginario argentino sin referirse a la hinchada de Boca. De igual forma que el Uruguay popular es indisociable del carnaval, la murga y el fútbol. Otros como el argentino César Luis Menotti han declarado que las dos pasiones de los uruguayos son la política y el fútbol (Menotti y Cappa, 1986).

LA VIOLENCIA EN EL FUTBOL

El compromiso del aficionado con la suerte de su equipo ha sido tal que ha llegado a expresarse con gestos inauditos. Entre ellos, claro está, la violencia –cualquier tipo de violencia– que es la manifestación que más desprestigia al fútbol y que comenzó a ser abordada consistentemente desde la investigación en ciencias sociales a partir del hooliganismo inglés y la tragedia del estadio de Heysel en 1986.

Algunos de los trabajos que aparecieron tras la tragedia del estadio de Heysel son el estudio histórico y sociológico de E. Dunning, P. Murphy y J. Williams, *The Roots of Football Hooliganism* (1988a); o de estos mismos autores “‘Informales’, ‘pandillas de grada’ y ‘compañía de peleas’: hacia una explicación sociológica del vandalismo en el fútbol” (1988b). También el libro de Jean-Louis Deshaies *Football, spectacle et violence* (1987); o el ensayo de E. Dunning “Reflexiones sociológicas sobre el deporte, la violencia y la civilización” (1993).

La derivación violenta en el fútbol no deja de ser problemática por impredecible. El fútbol acaba influyendo en muchas otras cosas –saltando fuera de la cancha y transformándose– debido al comportamiento del aficionado en el más amplio espacio de la sociedad. Las grandes celebraciones deportivas y especialmente las futbolísticas –ya se vio antes– pueden acabar en fiesta o “(de)generar” (en) diferentes formas de violencia; sus consecuencias pueden ser imprevisibles e inmanejables por la autoridad pública.

Otras veces la memoria de sus consecuencias queda reflejada indirectamente en la infraestructura urbana. A finales de la década de 1980, algunos de los quioscos de periódicos y revistas de Las Ramblas de Barcelona, a la altura de la fuente de Canaletas, pasaron de tener un techo plano a otro de una cubierta a cuatro aguas con una inclinación pronunciadísima (propia de regiones nórdicas o donde nieva mucho). Fueron puestos con miras a disuadir a los entusiastas aficionados que, cada vez que se reunían ahí para festejar una victoria deportiva del Barcelona, acababan encaramados a los techos de esos quioscos. Hoy en día vuelven a tener techos planos. De igual manera que la hamburguesería McDonald’s que estaba en las inmediaciones instaló unas cortinas desplegadas de acero que se bajan cada vez que hay manifestaciones, porque sus cristaleras eran uno de los blancos favoritos de las acciones violentas.

Pero nada mejor para arrojar luz sobre aspectos básicos de la naturaleza real que refleja el comportamiento de bastantes

hinchas del fútbol, que aquello que planteó el filósofo Aurelio Arteta en “El ocaso del espectador de fútbol” (1994), donde perspicazmente señaló:

Que el puro espectador del fútbol representa seguramente una especie en vías de extinción lo indica, sobre todo, la progresiva renuncia a su verdadero papel cuando reduce lo útil a lo pragmático. En realidad hace propio lo que es de utilidad ajena y, al aspirar *incondicionalmente* al triunfo de los suyos, se transmuta en participante directo de la contienda. Lo mismo que entrenador y jugadores *no deben* en primera instancia divertirse con el ejercicio del fútbol (que para ellos no es juego, sino trabajo), tampoco el espectador ha de pretender primero gustar de la belleza o emoción del partido, sino más bien esforzarse como los 22 que corren por el campo. El placer de unos y otros, si es que llega, vendrá por añadidura; esto es, una vez asegurada la victoria (1994).

Todo apunta a que, efectivamente, cuando el espectador del fútbol entra en el juego anodino de los intereses creados, de renuncia a exigir buen juego por un mezquino resultado, está castrando y contaminando el caudal lúdico del fútbol; las emociones gratas, aquéllas que son legítimamente conseguidas. Una forma como otra cualquiera con la que se suele prostituir al fútbol o envilecer su faceta de pasatiempo y afición. Sólo que para algunos, posiblemente más de lo que nos imaginamos, el goce viene de humillar, de machacar al contrario, de vencer a como dé lugar. Una vez más, el fin justifica los medios.

Estrechamente relacionado con esto, con los usos nefastos y manipuladores del fútbol, está el problema de los lastres inconscientes que acarrear ciertas inercias que terminan por viciar los comportamientos de la masa de aficionados. Pocos autores han intuido con fineza la represión sutil que puede concurrir con el fútbol; uno de ellos ha sido el filósofo Víctor Gómez Pin en su artículo “...Y el domingo por la tarde”, cuando afirma que:

Es ya imposible escindir el esfuerzo técnico del futbolista de todo lo que su patada vehicula de atentado a la razón. El Barça es, ciertamente, más que un club (como lo es el Madrid y lo es el Betis): se trata de un símbolo de canalización e instrumentalización de las energías de un pueblo (aquel que se reconocería paradigmáticamente en la recreación y restauración de la lengua catalana) hasta lo estéril de una afirmación sustentada en ceguera y desprecio. Todos y cada uno de los presentes en el estadio *sienten* que el hincha proyecta imaginariamente una realidad a la que no se enfrenta; en tal sentido, literalmente delira. Mas sabido es que lo real así puesto entre paréntesis retorna... y ello en el seno del delirio mismo. Entonces la frustración por un problema de entrada contingente (ganar o no en un juego formal y gratuito) tiene la carga de mutilación real, y a la par que la rivalidad artificiosa se convierte en auténtico odio, el falso ciudadano se revela verdadera fiera.

Los responsables del orden lo saben bien, puesto que erigen verjas para que el *campo de fútbol* sea efectivamente lo que está llamado a ser: *campo de concentración...*, de concentración y de canalización. No es en modo alguno azar que dos personas lleguen a ser salvajemente asesinadas por llevar los colores de un club (Gómez, 1990).

Es difícil no estar de acuerdo con este planteamiento, sólo que el problema no está en el fútbol (un juego formal y gratuito como bien sintetiza Víctor Gómez Pin), sino en aquellos individuos o grupos sociales que no han sabido relacionarse con ese alambique de energías y pasiones, con ese espectáculo y pasatiempo que es demasiado inocente y humano. En este sentido, el fútbol como el vino u otros vicios (literatura incluida) exige libertad y una educada capacidad de degustación; de nada sirven la intolerancia y el obscurantismo que castran la libertad.

El problema de la violencia asociada al fútbol está íntimamente relacionada con el ocaso del espectador y aficionado al juego original. Pero antes de continuar hablando de violencia,

definamos qué es la violencia. Acaso nos llevemos una sorpresa. El antropólogo británico David Riches (1988) señaló que la violencia es un acto social, dañino e ilegítimo, pudiéndose distinguir entre su vertiente de acto y su vertiente de imagen, así como su función instrumental y expresiva. Esto aclara qué debemos ver como violento en torno al fútbol y vislumbrar que existen diferentes planos o dimensiones que a su vez pueden combinarse para englobar el acontecimiento final.

Por otra parte, el escritor Jonathan Foster fue uno de los muchos intelectuales británicos que reflexionaron sobre la violencia en el fútbol que asolaba su país, arrojando luz sobre las constricciones y valores sociales que la mediatizan. En su artículo “Violencia en barbecho” señalaba que el *football* se ha convertido en uno de los pocos símbolos vitales de identidad, en medio de la decadencia general, para un importante número de jóvenes británicos. Y aunque para el contexto de las islas puede decirse que la mayoría de los disturbios se producen en el boyante sur y la mayoría de los gamberros (*hooligans*) son blancos, él estimaba que el cénit de la violencia futbolística aún no se había alcanzado y ésta podría explotar totalmente ajena a los *hooligans* ingleses (Foster, 1994).

La violencia futbolística en el Reino Unido fue analizada en detalle por Dunning, Murphy y Williams (1988a) y Murphy, Williams y Dunning (1990). En ambos libros llegaron a la conclusión que ésta estaba vinculada a los partidos de fútbol al menos desde el periodo comprendido entre 1870-1880 –desde prácticamente un siglo atrás– cuando el fútbol profesional y las competiciones con profesionales comenzaban a emerger. La conclusión parece bastante clara: la violencia en el fútbol siempre existió y el hooliganismo no es algo nuevo. Para el caso concreto de México, lo sorprendente es que la violencia entre hinchadas rivales se haya mantenido en unos cauces controlados, a diferencia de lo ocurrido en Inglaterra, Escocia, Holanda, Alemania, Austria, Francia, Italia, España, Rusia, Grecia, la ex Yugoslavia, Turquía, Egipto, Argentina o Brasil, entre otros, que

cuentan con una historia de episodios violentos con derramamiento de sangre y víctimas mortales.

Ahora bien, la violencia no sólo se da entre *hooligans*, aficionados radicales o cabezas-rapadas (*skinheads*). Está más extendida y afecta a muchos más ámbitos dentro y fuera del terreno de juego. Durante el mes de mayo de 1994, los medios de comunicación de todo el mundo reportaron los hechos tras el final del clásico Boca-River (que enfrentaba en el banquillo nuevamente a Passarella y a Menotti). Dos hinchas de River fueron asesinados a tiros por unos desconocidos cuando, festejando la victoria en campo contrario, se alejaban de la Bombonera (cancha del Boca) subidos en un camión.

Ciertamente éste fue uno de los episodios más espeluznantes por la alevosía concurrente, distinto a otros casos donde el número de muertos fue de decenas y decenas debido a la masificación y producirse un acto de masas como una estampida humana. Existe todo un abanico de hechos violentos, un catálogo de casos que ocupan el espectro de la violencia simbólica y física, desde el insulto hasta la muerte. Todos son execrables, aunque en algunos la presencia del accidente como atenuante deba ser tomada en cuenta.

Otras veces la violencia no llega a esos extremos tan sangui-narios, pero sí puede llegar a límites insospechados acaso por hilarantes, como los señalados en cierta ocasión y no sin ironía por el uruguayo Guillermo Reimann:

La piñata general que se libró días pasados en el Parque Capurro entre los jugadores de Cerrito e hinchas y dirigentes del mismo equipo, habla a las claras de lo mal que andan las cosas en el fútbol uruguayo. A su vez, no deja de ser toda una innovación en la historia universal de la violencia en el fútbol; no es menester la existencia de dos clubes rivales en las tribunas o en la cancha para que la violencia impere: con un solo equipo alcanza (1993:19).

En verdad, lo acaecido con el montevideano club de Cerrito redimensiona la historia de la violencia futbolística: los rivales irreconciliables pueden estar en el propio equipo o visten los mismos colores. También ocurre que ciertos hinchas asistan predispuestos a generar violencia, con lo que ésta se puede manifestar antes del partido. Suelen existir distintos bandos que se disputan el control y presidencia del club, y la violencia verbal o incluso de golpes se suele ver en las asambleas problemáticas, donde se dirimen las cuentas del club o los proyectos deportivos.

La *violencia deportiva* se produce tan habitualmente que a veces nos podría resultar normal ver trenes ingleses destruidos los sábados por la tarde-noche, enfrentamientos callejeros en Estados Unidos tras un partido de básquet, altercados en las calles de Buenos Aires, Turín o Ankara a la salida del futbol o antes de celebrarse el partido en Madrid o la Ciudad de México. Sin embargo, la violencia relacionada directa o indirectamente con el futbol u otros deportes debe entenderse –en principio– en función de cada país. Las circunstancias inglesas, escocesas, argentinas, holandesas, españolas, mexicanas u hondureñas no son las mismas, ni esa violencia se gestará de forma idéntica.

Acaso por eso la mayoría de los investigadores que estudian el hooliganismo se suelen inclinar, salvo excepciones, por definir el fenómeno como un problema de la clase obrera, sea cual sea el país. Esta observación, mientras se tome como una generalización meramente referencial puede servir para orientar determinada línea de investigación o determinado caso, pero de nada serviría tomarla como un indicador infalible, pues muchos de los detenidos en España en los últimos 30 años vinculados a asesinatos de aficionados al futbol no pertenecían a la clase obrera, antes bien, en varios casos procedían de familias acomodadas.

Pero con relativizar apenas un poco puede saltar la sorpresa a la hora de valorar históricamente el fenómeno. A raíz de los violentos altercados de París en 1975 protagonizados por los hinchas ingleses del Leed United, al hooliganismo se lo denominó desde distintos medios de comunicación europeos la “enfermedad

inglesa”. Irónicamente, una década antes los dirigentes y periodistas ingleses temían abiertamente que el fútbol británico contrajese la violencia del hincha, lo que ellos consideraban una “enfermedad continental” (europea), tal como lo han recordado Dunning, Murphy y Williams (1988a).

Todo indica que las interpretaciones de la violencia no tienen por qué alcanzar siempre una conclusión similar. La brutalidad que demuestran los desempleados-hooligans formalmente parece ser la misma que les aplicó en su política Mrs. Thatcher, por eso Baudrillard afirmó: “Detrás de la tragedia de Heysel existe, además, una forma de terrorismo de Estado” (1991:85). Aunque fue el autor de la novela *La naranja mecánica* (*Clockwork Orange*), el escritor Anthony Burgess (1989), quién apuntó más certeramente en ese sentido:

En Sheffield, la ciudad británica del acero, un directivo del Liverpool, Mr. Tony Ensor, contemplaba a un niño de ocho o nueve años muerto sobre el césped del campo mientras se hacía la siguiente pregunta: “¿Vale el fútbol el dolor que puede ocasionar?”. Su respuesta fue que ya no estaba seguro de ello. Por mi parte, estoy bastante seguro de que, en lo que al Reino Unido se refiere, el fútbol es más una fuente de desgracias que de diversión. [...]

El desempleo masivo es el fruto de la decadencia industrial, y todo lo que ha quedado de los centros industriales arruinados ha sido un equipo de fútbol. La identidad local se ve afirmada por ese equipo, pero sólo puede ser confirmada atacando a otras identidades locales [...]. El fútbol ha sido aceptado durante mucho tiempo como un pretexto para la violencia marginal, las canciones racistas obscenas, el partidismo bárbaro. Fútbol y agresión, al menos en Gran Bretaña, van bien juntos [...]. La cultura, de cualquier manera, tiene el espesor de la piel. Es un barniz sobre la ferocidad humana que hace que los ángeles viertan lágrimas amargas.

Algunos de los factores que se suelen manejar para explicar la violencia en el fútbol son ya tópicos, como la desestabilización síquica que produce el desempleo, la influencia de la violencia televisiva y otros medios de comunicación de masas, las actitudes y comportamientos tipificados de extremismos políticos tanto de *izquierdas* como de *derechas*, o al habitual consumo de drogas (blandas, semiduras), etcétera. Como quiera que sea, resulta obvio que las causas son múltiples, de la misma manera que la composición de los grupos “ultras”, “hooligans”, “barras bravas”, “torçida” o como se les quiera llamar es heterogénea.

Existen, por tanto, comportamientos violentos, posiblemente espontáneos y otros de una recurrencia periódica, unos de naturaleza patógena-individual, otros de naturaleza imitativa, etcétera. Algunos de estos comportamientos son encasillables como acciones tendentes a simular violencia, esto es, de *jugar a ser violentos* (que es como jugar con fuego) y otras descarnada y declaradamente violentas. Ya no basta con decir que el fútbol apasiona, enajena o absorbe al aficionado hasta transformarlo en violento. La violencia del fútbol puede producirse por diferentes vías, aunque todo parece indicar que las más de las veces su origen se halla fuera del ámbito del fútbol.

Tal vez un factor central sea la presencia o formación de masas de aficionados en la grada o en torno al estadio, lo cual nos obliga a traer a colación aquello que ya vio Ortega y Gasset: “Cuando la masa actúa por sí misma, lo hace sólo de una manera, porque no tiene otra: lincha” (1980:145). Le Bon, casi una década antes, había dicho: “Lo que la multitud exige de sus héroes es la fuerza e incluso la violencia” (véase Freud, 1977:17). Y en distintas ocasiones he podido observar (en Asunción del Paraguay, en Montevideo, en Ciudad de México, en Pachuca, en Madrid, en Barcelona o en Londres) que entre la masa de hinchas suele haber cabecillas con marchamo de héroes que se afirman en público violentamente. En resumidas cuentas, no es casualidad que las tragedias más graves o los altercados más tristes relacionados con la violencia en el fútbol estén ligados a

las masas de aficionados o al *hombre masa*, tal como lo definió Ortega (1980).

Una conclusión, por tanto, es que en lo que se refiere al fenómeno de la violencia en el fútbol y en torno al fútbol, el matiz en función de las circunstancias se hace obligatorio. Que ésta siempre ha existido, incluso en la misma naturaleza del deporte puede pasar por una obviedad; el siglo XIX está saturado de noticias sobre violencia en contextos lúdico-deportivos, o sea, tanto al interior de la cancha como a su alrededor. Sin embargo, la preocupación tan amplia que suscita es relativamente reciente, pues no tiene más de tres décadas. Es más, existen diferentes tipos de violencia y sólo unas determinadas manifestaciones son las que preocupan institucional o gubernamentalmente. No digamos ya las que trascienden mediáticamente. En parte porque la capacidad de digestión de la sociedad de consumo o de la civilización occidental es bestial.

El problema estaría en establecer cuál es o dónde está el umbral tolerable de violencia, pues el desconcierto puede engendrar una legítima e irreparable indignación. Al respecto el jurista Jiménez de Parga (1992) exponía a finales del siglo pasado:

La impotencia de los jueces para sancionar lo que sucede de ilegal en un campo de fútbol queda reflejada en una reciente resolución de la Audiencia de Madrid, notificada este mes de marzo, en la que afirma: “Es sobradamente conocido que el mundo del fútbol tiene un lenguaje propio y específico, lenguaje creado por el público que asiste a los estadios, los periodistas que informan del espectáculo y, por supuesto, por los directivos de los clubs. Así –continúan los magistrados– no es nada extraño ni anómalo, sino más bien usual, que importantes sectores del público que acude a los estadios de fútbol se dirija al árbitro llamándole ‘chorizo’, ‘cabrón’, ‘hijo de puta’, etcétera. Expresiones que también se profieren contra los jugadores, directivos y periodistas. Sin embargo, a nadie se le ocurriría detener ni procesar a ese importante sector de espectadores”.

Las gradas de los estadios, efectivamente, pueden ser el emisor colectivo de las mayores vulgaridades o insultos. Metafóricamente, los graderíos pueden heder como un cochinerero o una alcantarilla. Pero ese acuerdo tácito entre actores sociales hace que no se le preste mayor atención a esos actos de violencia simbólica. Y algo parecido ocurre dentro del campo. El jugador de fútbol aprende que las acciones ilegales y las injusticias, como todo tipo de trampas, acciones violentas, insultos, agresiones, de una manera circunstancial si se quiere también forman parte del juego. Lo mismo ocurre con el “barrabrava”, “hooligan” o “ultra”, la violencia de la que hacen gala parece formar parte –tal vez pasajera, como el sarampión– de sus vidas; en principio sería algo pasajeramente normal aunque pueda resultar fatal. Como normal le pudo parecer a un campeón del mundo como el argentino Bilardo que, siendo entrenador del Sevilla en la temporada 1992-1993, fue multado con un millón de pesetas (6 000 euros o 100 000 pesos aproximadamente) por apología de la violencia, porque gritó: “Al enemigo hay que pisarle la cabeza”, cuando su masajista atendía solidariamente a un jugador contrario.

En efecto, reducir el fenómeno de la violencia a agresiones entre aficionados es demasiado simplista. Existe un tipo de violencia dentro del terreno de juego y otra fuera, con distintos grados y distintos alcances. En el partido inaugural del Mundial de Italia en 1990 –y lo vuelvo a citar porque hay un antes y un después de este partido en el castigo de las faltas sistemáticas– los cameruneses le hicieron sólo a Maradona más de una treintena de faltas; el fútbol del siglo XXI castiga la reincidencia en las faltas precisamente a partir de aquel nefasto partido desde el punto de vista del arbitraje, aunque en la Copa Confederaciones del verano de 2013 el árbitro se olvidó de sancionarlas a los brasileños que tiraron a Andrés Iniesta una decena de veces. Por otro lado, en aquel Mundial de Italia 90, la selección de Estados Unidos se reveló como un equipo inexperto por el comportamiento limpio de sus jugadores; sus faltas en relación con las cometidas por los húngaros, cuando se enfrentaron, fueron de uno a

diez. Evidentemente no se computaron las faltas de tipo técnico, como el fuera de juego, el saque de esquina o el fuera de banda.

Desde el punto de vista interno o de sus entrañas, el fútbol es un juego competitivo, constreñido por reglas que abocan al choque, roce, contacto, la disputa contundente, el conflicto, al enfrentamiento al límite de lo legal; un límite que, sea dicho de paso, no siempre se establece unívocamente. Bajo estas circunstancias, el desvío violento es algo casi consustancial, la violencia aparece como un recurso que puede manifestarse de diferentes formas, tener distintos orígenes o moverse por variados canales. Uno de los tantos ejemplos que se pueden dar sobre este proceso lo señalan Blanchard y Cheska –citando a Scotch– cuando ilustran cómo la violencia se (re)produce entre los zulúes con la excusa del fútbol.

en el curso de las últimas décadas, el fútbol se ha transformado en el deporte predominante de Zululandia, el pasatiempo más popular y el que más horas ocupa el tiempo de ocio de las poblaciones. La práctica, el seguimiento, los comentarios y todo lo relacionado con el juego crean y mantienen complejas rivalidades, sobre todo en los medios urbanos, donde las condiciones ambientales (paro, hacinamiento) producen cotas elevadas de hostilidad y de agresión personal y colectiva. En este contexto el fútbol ejerce una doble función: representa una de las pocas ocasiones de exteriorizar las ansiedades y tensiones de la anónima vida urbana y permite expresar, más específicamente, en forma moderna y aceptable la agresión y la hostilidad reinantes en el seno de las poblaciones africanas de las grandes ciudades de la República (Blanchard y Cheska, 1986:128).

Este pasaje le permite concluir a los autores que, aparentemente, puede parecer que estamos ante manifestaciones de violencia propias o suscitadas por un partido de fútbol. Sin embargo, que en el fondo estamos ante la adaptación de los viejos métodos de expresión de la hostilidad (étnica, tribal, etcétera),

movilizada por las nuevas y altamente frustrantes circunstancias de la vida en un entorno urbano depauperado que se acomodan al escenario concreto del mundo del futbol, para así manifestarlas disfrazadamente. Los aficionados de Zululandia, como tantos “hooligans”, “barrabravas” o “ultras”, usan el futbol como la coartada perfecta para expresar un caudal de violencia que previamente existía o que ha nacido ajeno a este deporte.

Ocurriría, entonces, que la violencia en el futbol es inevitable, del mismo modo que lo puede ser en cualquier otro contexto de nuestra sociedad. La violencia no nace en los estadios o campos de futbol, en realidad ésta se gesta, nace y crece en ese seno más amplio que es la sociedad, mediada por códigos de conducta simbólicos según el estilo de cada entorno cultural. Este *continuum* sociocultural es el contexto general donde los individuos crecen biológica e ideológicamente, ya se trate del aficionado violento como del pacífico degustador del futbol.

La violencia en el futbol, por tanto, es más compleja, multidimensional y heterofactorial de lo que suele pensarse. Abarca aspectos que muchas veces se infravaloran. Antes vimos cómo el Estadio Nacional de Santiago de Chile fue convertido en campo de muerte y concentración por los sicarios del dictador Pinochet durante el golpe de Estado de 1973, siendo el malogrado cantautor Víctor Jara el caso que ejemplifica el horror de una tragedia que sufrieron tantos chilenos en el sorprendente recinto de un campo de futbol. Un año antes, mientras todo Brasil celebraba en 1970 la conquista del Campeonato del Mundo de Futbol en México (al proclamarse tricampeón mundial pasaba a poseer en propiedad la Copa Jules Rimet), bandas paramilitares asesinaban en Brasil a inocentes ciudadanos, a *perseguidos políticos*. El lector curioso podrá evocar sendos hechos viendo dos largometrajes que se hacen eco de aquellos nefastos episodios: el film norteamericano *Missing (Desaparecido)* y la película brasileña *Pra frente Brasil* (trozo de una estrofa del himno de la selección de futbol *Canarina*). Ambas reflejan ejemplarmente la represión que irrumpe sangrientamente entre los “inocentes”

decorados del fútbol. Décadas después dos de aquellos represaliados llegaron a la presidencia de Brasil: Lula da Silva y Dilma Rousseff.

Años más tarde, en 1978, se volvía a producir la misma pesadilla en otro lugar: la horrenda represión de militares golpistas a la sombra de un importante triunfo futbolístico. Mientras se celebraba en toda Argentina la victoria mundialista, en la frontera se producía un trasvase de perseguidos: exiliados uruguayos eran repatriados desde Argentina y exiliados argentinos eran repatriados desde Uruguay. La película franco-argentina *La amiga* trata el problema de los desaparecidos por la represión militar y en ella se contrasta cinematográficamente la temprana amargura de las madres de la Plaza de Mayo con la euforia de la celebración futbolística: el mundial de fútbol argentino de 1978 como contrapunto y trasfondo de los crímenes de Estado. En 1991 Hebe de Bonafini me comunicó que las madres de Plaza de Mayo no habían recibido ningún gesto significativo del fútbol argentino.

No sin relación con ello, todavía no se han aclarado las *oscuras relaciones* que tuvieron João Havelange y la FIFA con los militares golpistas argentinos que gobernaron en ese país, entre 1976 y 1983, años durante los cuales se sufrió la sanguinaria dictadura militar. Oscuros son, igualmente, el origen de los beneficios que con la organización del campeonato mundial del 78 obtuvo el almirante argentino Carlos Alberto Lacoste, buen amigo de João Havelange (ex presidente de la FIFA y ex miembro del Comité Olímpico Internacional). La Copa del Mundo de Fútbol fue entregada por los tres comandantes responsables de la desaparición de decenas de miles de argentinos y de otras nacionalidades. El fútbol, en aquellas circunstancias, hizo de opio del pueblo y de tierra que sepultó a los desaparecidos, aunque es cierto que mientras le era entregada al capitán Passarella la copa de oro de mano de los dictadores, algunas tribunas populares silbaban y abucheaban. Mientras que minutos antes, los subcampeones holandeses se negaron a saludar a los militares. Y también en 1970 hubo silbidos de protesta contra el presidente de México,

Gustavo Díaz Ordaz, durante la inauguración y cuando le entregaba la Copa del Mundo a Pelé, por ser el responsable de la matanza de Tlatelolco en 1968.

Estos crímenes vinculados trágicamente al deporte y al fútbol están simbolizados en una estatua ubicada por fuera del estadio de Kiev, la capital de Ucrania. Un monumento que fue levantado en recuerdo del equipo de fútbol soviético fusilado por los ocupantes alemanes, al día siguiente de haber ganado su último y desesperado encuentro contra el invasor: los alemanes fueron contrincantes en el campo de batalla y en el campo de fútbol, y finalmente verdugos de los combatientes/futbolistas ucranianos/rusos; aunque el actual conflicto entre Ucrania y Rusia ha distanciado a unos y otros radicalmente.

Las formas de represión vinculadas al fútbol son numerosas, desde las mujeres que no pueden practicarlo en países islámicos, a los diversos y numerosos casos de represión histórica acontecidos en África. El balompié en el continente negro está vinculado en sus orígenes al colonialismo e inevitablemente existen diferentes episodios en los que la represión del momento aflora vinculada al fútbol. Un ejemplo de ello lo tenemos en el artículo de Phyllis M. Martin (1991) "Colonialism, youth and football in French Equatorial Africa". Martin entiende que no fue casualidad que el primer estadio deportivo de África, construido en la ciudad de Poto-Poto, actual Zaire, fuera promovido por la Iglesia y subvencionado por el gobernador. La administración colonial gala creó e impuso la Federación Africana de Fútbol y la encargada de organizarlo fue la Misión Católica en Brazzaville. Pues como en muchas otras regiones africanas y del mundo, al fútbol se empezó a jugar al amparo de las misiones católicas.

¿Podría hablarse de alguna relación entre el sentimiento de religiosidad y los sentimientos asociados a la afición al fútbol? Habrá que investigarlo algún día, aunque ya De Coubertin afirmó que el deporte sería en el futuro una religión. Sea como fuere, la ciudad de Brazzaville, fundada hacia 1880, fue la capital del Congo francés y el centro de control del África Ecuatorial

Francesa. Pronto contó con una misión católica, en cuya escuela se impartían desde 1906 entre 10 y 15 minutos de gimnasia diaria. Los colonizadores extendieron el fútbol por los circuitos de intercambio comercial y sociocultural, como en América o Asia, y pronto prendió la entusiasta afición al fútbol en las colonias. “De todos los deportes, el fútbol había sido el ‘Rey’ en Brazzaville desde sus comienzos hasta hoy en día. [...] El Fútbol era divertido, ‘cheap’, fácil de comprender, y era una parte esencial de la cultura de la calle” (Martin, 1991:59).

Poco después, en la década de 1920, surgió una sensible rivalidad entre los distintos equipos. Tanto es así que esas rivalidades deportivas arrastraban a los partidos de fútbol a sus respectivos grupos de hinchas. Como bien se puede intuir, las rivalidades balompédicas siempre se producen allí donde un equipo es capaz de vehicular *sentimientos colectivos* y cohesionarlos. En el caso concreto de la localidad de Poto-Poto, la rivalidad más notable enfrentaba a los equipos del Brussels y del Poto-Poto. Es significativo que de las distintas rivalidades surgidas, una de ellas fuese la que enfrentaba a los equipos de las misiones católicas con los de las distintas ciudades. Durante la década de 1930 la atmósfera inestable de exaltación y pasión que creaba el fútbol preocupaba a las autoridades coloniales francesas. Aun así, el primer campeonato de liga federado con 27 clubes compitiendo comenzó a celebrarse en 1931. La administración colonial tuvo que conceder permisos y facilidad de desplazamientos a jugadores y aficionados, una movilidad que en condiciones normales era algo que estaba prohibido y fuertemente vigilado.

P. M. Martin (1991) analizó con detenimiento un incidente al que tuvo que hacer frente el gobernador general del África Ecuatorial Francesa, en mayo de 1936, con unas repercusiones finales imprevistas. Durante un partido de fútbol perteneciente a la liga interclubes de Brazzaville se produjo la grave lesión de un futbolista que poco tiempo después acabó muriendo. Recuérdese que accidentes de éstos siempre se produjeron en Europa, América y poco menos que en todas partes, máxime en aquellas

primeras décadas del siglo XX, debido a la violencia con la que se empleaban los jugadores.

Los directivos coloniales europeos de la Federación de Deportes Nativos recriminaron que la muerte era producto de la violencia con la que competían los futbolistas africanos. Parte de la culpa se le achacó al uso de las botas y los nativos fueron obligados a jugar descalzos. Esta medida enfureció a los jugadores locales, quienes comenzaron a presionar ante el gobernador general. Martin ha visto en esas reivindicaciones vinculadas al fútbol el indicio y signo de las primeras aspiraciones de independencia y de oposición al férreo control social del imperialismo europeo. De esa manera, el incidente de las botas en 1936 marcó un hito en la dialéctica colonizador/colonizado, con el fútbol y su control como metáfora de la lucha por la independencia.

También el historiador británico Basil Davidson (1988) recoge los incidentes habidos durante un partido de fútbol el 30 de junio de 1942 en la ciudad de Mindelo, en la isla de San Vicente, archipiélago de Cabo Verde, como uno de los escenarios donde la hostilidad al Ejército Colonial Portugués se hizo patente por parte de los isleños y cómo también aquel incidente fue la excusa esgrimida por los colonizadores portugueses para evitar la posterior celebración de otras manifestaciones deportivas, al menos aquellas que implicaban una estrecha relación entre colonizador y colonizado. Máxime en una conflictiva situación de antagonismo declarado y obvio como lo es un enfrentamiento deportivo entre rivales políticos.

Estos enfrentamientos y prohibiciones no deben interpretarse sólo en función del contexto colonial que enfrentaba a colonizadores y colonizados. Pues en octubre de 1995, con motivo de las celebraciones del 50 aniversario de las Naciones Unidas en Kigali (Ruanda), un partido de fútbol que estaba dentro de los actos festivos entre ruandeses y cascos azules de la ONU acabó a golpes. Un año antes se había producido el genocidio de hutus y tutsis que se cobró un número impreciso de víctimas pero que algunas fuentes estiman en un millón, lo cual apunta a que el

espectro de la violencia que *a priori* enmarcaba a aquel partido no funcionó como un freno.

Existen otros ejemplos de violencia velada e insensible que se proyectan como una sombra sobre el fútbol y serían aquellas acciones que se caracterizan por manipular y usar con fines políticos o *extradeportivos* al fútbol. Un ejemplo de este tipo de violencia fue descrito por Daniel Kon (1982) en la introducción a su libro-testimonio *Los chicos de la guerra* (subtitulado *Hablan los soldados que estuvieron en Malvinas*). Una obra-homenaje a todos los combatientes, aunque especialmente a “los mil pibes que cayeron en los gélidos páramos de las Malvinas”, por utilizar la expresión de León Gieco, el cantante argentino que compuso y cantaba [...] “sólo le pido a Dios que la guerra no me sea indiferente”. Canción que fue cantada por “todos” en las Malvinas y en Argentina durante la contienda que enfrentó a Argentina con el Reino Unido. Lo escrito por Daniel Kon sigue al pie de la letra el espíritu de la canción de León Gieco (que en España popularizara Ana Belén) y dice así:

Es difícil precisar, con exactitud, cuándo y por qué nace una idea. Ésta, la de “Los chicos de la Guerra”, puede haber nacido el 18 de junio de 1982. Ese día, mientras miles de jóvenes argentinos regresaban prisioneros a bordo del buque inglés Canberra, muchos otros permanecían heridos en distintos hospitales del país, o habían quedado sepultados bajo la tierra yerma de las Malvinas, escuché a un animador de televisión decir, con sonrisa desvergonzada: “los argentinos vivimos hoy una gran jornada; hoy juega nuestra selección nacional de fútbol, y todos tenemos nuestras esperanzas puestas en lo que vaya a ocurrir en España” (Kon, 1982:9).

Para hacernos una idea del dilema que tuvieron algunos en Argentina, el semanario deportivo bonaerense *El Gráfico*, bastante más sensible que el periodista aludido por Daniel Kon, titulaba en vísperas del Mundial de España 1982: “*El Gráfico*,

con la cabeza en el Mundial y el corazón en las Malvinas”. Debería ser obvio, por tanto, que también es violencia pretender que con la excusa del futbol o lo que sea, la guerra o la violencia pueda llegarnos a ser algo indiferente. Daniel Kon pone el dedo en la llaga pero, a tenor de los testimonios de los mismos pibes de las Malvinas (que muchas veces a lo largo del libro utilizan al futbol como metáfora o recurso expresivo), jamás ha sido el futbol sino quienes lo manipulan, los verdaderos responsables de que los goles puedan servir para sepultar a los asesinados o para levantar una tupida cortina de humo sobre realidades necesitadas de atención como la pobreza, el desempleo, la opresión o la falta de oportunidades para encaminar una vida digna.

El futbol, *per se*, jamás podrá llegar a ser un represor y menos aún un instrumento violento; son los hombres y mujeres que se vinculan al futbol con la brutal mentalidad de represores los que reprimen y matan en nombre del futbol e incluso reprimen y matan al futbol en nombre del futbol.

Capítulo 7

Usos socioculturales del futbol: fiestas, aficionados, ficciones, sentido

El futbol puede acabar adquiriendo el sentido de una fiesta aun manteniendo la forma de juego competitivo. Anteriormente, en otros capítulos, se mostró cómo distintas prácticas que podemos denominar *protofutbol* estaban inscritas o íntimamente ligadas a festividades como el carnaval. Éstas con el tiempo empezaron a adquirir –o a recuperar– un carácter autónomo y dejaron de formar parte de una festividad concreta. No obstante, ahora sabemos que en más de una ocasión se ha dado el caso opuesto. El fenómeno se invierte y la fiesta acaba reduciéndose a una sola manifestación: el futbol.

Hace años –a finales de la década de 1980– asistí a una conferencia impartida por una profesional de la medicina sobre su experiencia durante una estadía de solidaridad, en una recóndita región de la amazonia brasileña. Concretamente en el área Sateré-Mawé, cerca de Manaus, en el estado de Pará. A esta médica la abordé como informante ocasional porque en una de las diapositivas que proyectó (y los comentarios que hizo) aparecían grupos de indígenas pintados, adornados con tocados de plumas y palma, y algunos de ellos en lugar de taparrabo llevaban pantalones de deporte mientras seguían un partido de futbol.

Durante la charla ella hizo especial hincapié en que había quedado confundida por la peculiar fiesta indígena a la que había sido invitada. Contó que para llegar al lugar donde iba a llevarse a cabo la celebración debieron viajar por un río más de dos horas en canoa. Para su asombro, la fiesta se redujo a unas 11 horas de fútbol ininterrumpido, durante las cuales se enfrentaron todos los equipos representantes de las comunidades indígenas que asistieron. En varias de las diapositivas proyectadas podían verse a individuos con camiseta de fútbol; distinguí obviamente el color *canarinho* de la selección de Brasil o el rojo y negro del equipo carioca del Flamengo, además de los vernáculos tocados de plumas multicolores. Al final –relataba atónita la doctora– se jugaban partidos en los que se enfrentaban mayores y niños.

El campo de fútbol se había acondicionado en un claro del bosque. En el perímetro del mismo, tanto en los fondos como en sus bandas laterales, se enarbolaban pancartas de propaganda política en favor de Lula y el PT Brasileiro (se trataba de las elecciones presidenciales de 1989). Lula tardaría más de una década en llegar a la presidencia de Brasil (2003). Muchos de aquellos indígenas –siempre según la informante– jamás habían visto un partido de fútbol profesional televisado, porque materialmente era imposible, y las noticias de los mismos, si acaso, debían llegarles por retransmisión radiofónica. Pero lo más interesante de este singular caso amazónico es que la victoria futbolística no desemboca en fiesta, es la fiesta la que desemboca en partido de fútbol como una forma de convivencia lúdica y seria a la vez. Ello tal vez habla, no ya de una especie de victoria futbolística o victoria del juego, sino del triunfo de esa realidad innegable: en condiciones genuinas, el fútbol revela indistintamente su sentido de juego y fiesta.

Pero compárese el relato anterior con este larguísimo pasaje del antropólogo brasileño Massimo Canevacci, para vislumbrar nuevas dimensiones, nuevos sentidos susceptibles de ser albergados por un partido de fútbol y su finalidad paralela (entiendo que merece ser citado *in extenso*):

Iguazú es conocida mundialmente por sus grandiosas cascadas que se extienden a tres países (Argentina, Paraguay y Brasil). A unos cuantos kilómetros de un pequeño punto turístico, está la reservación de indios guaraní. Fui invitado a visitar este lugar por el director del Museo do Indio (en Río) junto con dos *xavantes* altamente politizados, de Mato Grosso, que deseaban conocer a los guaraní, quienes pasaban por un periodo de pérdida de identidad. La razón principal de nuestro viaje era lo que podría describirse como un proyecto de investigación política y militante que llevarían a cabo estos *xavantes*. Aunque es de importancia fundamental en lo personal, no hablaré aquí sobre este proyecto de investigación en particular, sino acerca del tiempo de recreo que pasamos juntos en *comunicación en masa*.

Cerca del pueblo (Aldeia) había un campo de fútbol poco ortodoxo pero perfectamente funcional. Como a las dos de la tarde, bajo un ardiente sol y después de una larga discusión política entre los guaraní y los *xavantes*, se decidió que jugaríamos un partido de fútbol. Al ser domingo, había muchos jóvenes en la reservación (probablemente campesinos lumpen); los argentinos llegaban de los alrededores a la reservación, después de pagar una cuota para entrar, que los guaraní cobraban con gran satisfacción. En ese lugar había dos centros de atracción que utilizaba la comunidad para reunir algo de dinero: un río en el que se podía nadar y el campo de fútbol. Se formaron dos equipos: indios contra argentinos. De repente, como por arte de magia, aparecieron de la nada, el balón, los zapatos y el equipo. Con algo de orgullo antropológico de mi parte, se sugirió que yo jugara con el equipo Indios (porque me veían como uno de ellos). La oportunidad de participar directamente, en lugar de observar de lejos, fue demasiado tentadora como para rechazarla, así que empecé a prepararme anudando las cuatro esquinas de mi pañuelo a modo de sombrero, como protección contra el sol. Los dos *xavantes* estaban obviamente de parte de los indios a pesar de los marcados contrastes que tenían con los guaraní, que son mucho más pequeños y delgados, pero muy

rápidos. Pero al último momento, Domingo, el cacique *xavante* mayor, me pidió que no jugara, sino que desempeñara el papel de árbitro. No estoy seguro si esto se debió a un deseo por parte de ellos de conservar al equipo sin *contaminación*, o si sencillamente pensaron que tenían suficientes jugadores. Me encontraba entonces en una posición mucho más imparcial, aunque era casi inevitable para mí la tendencia a favorecer a los indios. Alrededor de todo el campo había espectadores guaraníes de todas edades, así como varios partidarios argentinos. De modo que hice sonar el silbato para indicar el principio del partido más extraordinario de fútbol que jamás había visto. El partido fue muy rápido y justo, ambos equipos demostraban su habilidad y corrían bajo un ardiente sol que poco a poco me quemaba la cara, dejándome la frente de dos tonos (arriba y abajo del pañuelo).

Aunque los guaraníes eran más rápidos, los *xavantes* eran más fuertes y sabían cómo aprovechar todas sus habilidades futbolísticas *occidentales*, tales como driblear, pasar, taclear, manejando con gran virtuosismo ambos pies. Todos los espectadores indios observaban con mucha cortesía, echando mano de sus conocimientos técnicos para asegurarse de que no se cometieran trampas; tendían a mostrar una media sonrisa de superioridad cuando la acción les favorecía, y gritaban moderadamente cuando se anotaban goles. Sin embargo, el héroe del día fue Arquímedes, el más joven y fuerte de los *xavantes*, quien con un poderoso tiro y hábil dribleo, logró meter ambos goles, para un resultado final de dos a uno.

Esta experiencia le dio un nuevo significado a las muchas fotografías que yo había visto en el Museo do Indio, que mostraban varios equipos indios de fútbol, jugando su propia liga de campeonato dentro de las reservaciones. Por medio de la televisión se mantenían informados sobre las ligas europeas, y el equipo Milán de Italia era muy popular, sobre todo Ruud Gullit con su estilo tan personal de peinarse. Domingo me mostró sus intentos de diseño de un nuevo campo para el equipo de su

pueblo: tendía a favorecer los colores brillantes como el rojo, y me preguntó si Berlusconi (el presidente de la principal red privada de Italia –*Canale 5*– así como presidente del club Milán) podría patrocinar la producción de su nuevo campo de fútbol (Canevacci, 1993:68-69).

Fútbol, indígenas, un antropólogo y turistas con el rumor de las descomunales cataratas del Iguazú de fondo. El fútbol es juego y el juego es el jugo de la vida. Podría decirse que el meticuloso relato de mi colega Canevacci y las anécdotas a las que alude son paradigmáticos de los múltiples significados que puede condensar el fútbol y de los múltiples usos socioculturales. Pero, sobre todo, que el fútbol una y otra vez –en uno y otro caso, el de la médica y el del antropólogo– se inclina hacia la fiesta.

Estas conexiones sólo se pueden entender cabalmente profundizando en las claves de la razón de ser o del proceder de los aficionados al fútbol. Hablar del aficionado a un deporte es hablar del comportamiento público (del comportamiento del pueblo). Para el sociólogo Georges Magnane (1966) cada deporte tiene su público y la supuesta pasividad de éste debe tenerse como una anécdota. Cada espectáculo o cada auditorio contiene unos personajes y unas características distintivas. Pierre-Aimé Touchard, refiriéndose al ámbito del teatro, habló de “esa realidad compleja, misteriosa y móvil que se llama público” (1978:67), lo cual ya es bastante significativo y se puede hacer extensiva a otras actividades. Este mismo autor, siempre refiriéndose al mundo del teatro, señala: “Asistir a un espectáculo no es una ocupación pasiva: es un acto que implica un compromiso” (1978:231).

El público de cualquier espectáculo, deportes incluidos, acepta de antemano vivir cada situación y suele estar dispuesto a actuar plegado a las circunstancias que concurren, sin negar la presencia de aquéllos que van y tienen la cabeza en otra parte. Tal vez por eso los seguidores o aficionados al fútbol suelen manifestar la creencia de que con su presencia y acciones pueden

(y llegan a) influir en el rendimiento y resultado de su equipo. Son conscientes que al participar forman parte activa del espectáculo. Animan de viva voz, lanzando consignas, entonando cánticos o, de ser el caso, puteando e insultando a diestra y siniestra cada vez que salta el balón.

El antropólogo Andrés Fábregas ha descrito algunas de estas facetas que pueden contemplarse en cualquier estadio de fútbol, apuntando algunos matices muy mexicanos o muy jaliscienses, porque en el siguiente pasaje él se refiere a experiencias en partidos de las Chivas de Guadalajara:

El ritmo del juego se refleja en el rostro y las actitudes de los espectadores. Las incidencias del mismo despiertan emociones diversas que los rostros van adelantando. Si el árbitro señala un castigo en contra del Rebaño Sagrado, la multitud se une en una sola voz para recordarle a la autora de sus días. Su acción es percibida como injusta, como prueba de su naturaleza siniestra. Pero también provoca el desfogue: en los gritos del aficionado se fugan las penas (Fábregas, 2001:61).

Todo apunta a que los seres humanos del planeta fútbol comparten patrones de comportamiento y necesidades muy parecidas. Por supuesto que formalmente escucharemos abucheos, aplausos o insultos en todos los estadios y campos de fútbol a los que asistamos. Sin embargo, en cada uno de ellos habrá rasgos y matices culturales en el comportamiento que los hace diferentes y casi únicos. A grandes rasgos comparten un común denominador formal, una vez entramos en detalles y matices encontramos innumerables variaciones. La grada acoge a la pluralidad y el libre albedrío de la condición humana.

Pero no todos persiguen al balón o siguen las jugadas con su mirada. En la década de 1990 en España trascendió el caso de un aficionado del Deportivo de la Coruña que era invidente. A pesar de su ceguera, animaba al equipo desde la grada, sentado en su localidad; seguía el partido por la radio, con unos auriculares

en la oreja como tantos aficionados, porque cuando uno escucha un evento deportivo por la radio lejos del estadio no puede ver lo que está sucediendo y debe imaginarlo de una y mil maneras. Aquel aficionado solía contar con la ayuda de un compañero a su lado que además le iba dando indicaciones y comentarios para que pudiera “visualizar” el partido. Otras veces hay aficionados que además de asistir en directo al partido, siguen con un aparato de radio la retransmisión de alguna emisora con prestigio deportivo, ya que de esa forma está al tanto de las opiniones y observaciones del equipo de comentaristas que le permiten hacerse una “imagen” más completa del juego así como de resultados en otros campos.

Existe un tipo de aficionado que lleva su presencia en el estadio a unos niveles de hiperactividad desconcertantes. Las voces de ánimo o de animadversión se transforman en cánticos, y cuando el estruendo no es suficiente, se enarbolan banderas gigantes y otros estandartes. Ya es usual ver en los grandes estadios que barras, peñas o grupos de aficionados más o menos organizados despliegan sobre sus cabezas gigantescas banderas con los colores del club, pancartas de identificación con el nombre de la “barra” o con otros mensajes, banderas del país al que pertenece algún jugador extranjero del club u otros alardes. La presencia de la bandera argentina, uruguaya, peruana, mexicana las encontramos en estadios argentinos, mexicanos, brasileños, españoles, italianos, etcétera. Aunque en los estadios españoles también son habituales desde hace décadas las banderas de las nacionalidades autonómicas como las *ikurriñas* vascas, las *senyeras* catalanas o en los lugares donde se sientan los grupos radicales de extrema derecha pueden ondearse banderas con las esvásticas nazis. Todas ellas son susceptibles de interpretarse como un acto de cariño, de provocación, de politización, capricho, etcétera. De igual manera, un simple silbido puede manifestar descontento, aplauso, protesta, júbilo, etcétera.

La presencia de símbolos oficiales en los preámbulos protocolarios de las grandes celebraciones deportivas no son los

únicos protagonistas. A veces se rivaliza con otros símbolos enarbolados por el público en la grada. Durante los Juegos Olímpicos de Barcelona en 1992 y antes en los partidos que el Barcelona jugaba en el Nou Camp, se exhibía una pancarta que decía *Freedom for Catalonia*. Igualmente, en campos del País Vasco, suele haber pancartas con el anagrama de ETA o consignas del tipo *Gora ETA*, o mantas recordando a los presos y pidiendo su excarcelación.

Esta presencia de símbolos políticos ajenos al espectáculo en una cancha deportiva, donde el monopolio lo tiene la publicidad mercantil de las grandes marcas comerciales o institucionales, puede llegar a crear problemas protocolarios en los que se involucran instituciones políticas y no sólo aficionados. Un ejemplo de ello lo constituye la polémica en torno a la presencia de símbolos catalanes en las ceremonias olímpicas de 1992; concretamente la presencia de la *senyera* (la enseña nacional de Catalunya) o del himno de Cataluña –por entonces extraoficial– *Els Segadors*. También durante el Mundial de Italia 90 en las gradas podía verse a espectadores con pequeños carteles con información bíblica o religiosa, del tipo “John 1:4” en referencia a un salmo concreto de San Juan. Y es que todo espectáculo deportivo es un enorme escaparate, especialmente cuando es retransmitido por televisión o el aforo reúne a más de 50 000 espectadores, que puede asimilar todo tipo de aficionados, todo tipo de mensajes y todo tipo de manifestaciones simbólicas.

En torno a un partido de fútbol pueden darse episodios excepcionales, solemnes, atávicos, inútiles, pero también acciones que con el correr del tiempo deben corregirse o regularse. Hasta hace dos décadas, en los estadios españoles de fútbol profesional fueron normales el lanzamiento de bengalas, botes de humo de colores, tracas de petardos u otros alardes pirotécnicos; lo mismo puede decirse de tantos otros países. Estas acciones pasaron de ser unos comportamientos puntuales y espontáneos, no exentos de peligro, a ser acciones organizadas (coreografiadas) y generalizadas en ciertos sectores de las gradas de la mayoría de clubes españoles de primera división. Sobre

todo en aquellos sectores con precios populares y que suelen ser ocupados por los más jóvenes. Grupos como los Ultrasur, del Real Madrid; Boixos Nois, del FC Barcelona; Brigadas Blanquiazules, del Español; Indar Gorri, de Osasuna de Pamplona; Frente Atlético, de Madrid, etcétera. En México destacan en los últimos años la Perra Brava, del Toluca; la Masakre, de los Xolos de Tijuana; Libres y Locos, de Tigres o la Adicción, de los rayados de Monterrey.

El insulto, escupitajo o lanzamiento de objetos y líquidos suelen ser acciones que en determinadas circunstancias constituyen la forma de animación del propio equipo y/o amedrentamiento del rival, que muchas veces se confunden. Llegándose a pitar desde la grada suplantando el silbato arbitral, lanzar monedas a algún jugador del equipo rival, entonar cantos o insultos racistas, tirar rollos de papel higiénico o haciendo estallar petardos. La FIFA y otras federaciones nacionales por reglamento sancionan severamente cualquier atisbo de violencia física o simbólica, llegándose a imponer multas elevadas y el cierre del campo durante uno o dos partidos. Y a finales de febrero de 2014 en México hubo una protesta pública por las reiteradas acciones racistas en los campos de fútbol mexicanos contra jugadores afrodescendientes.

El hincha, con estas acciones tan dispares, no sólo puede creer que está colaborando a que gane su equipo, el denominado tantas veces jugador número 12, sino que, además, se está constituyendo en protagonista dentro de la grada. Porque el espectáculo en ocasiones salta a la grada como cuando se hace la ola que recorre los graderíos, y que entró en los estadios de fútbol durante la celebración del Mundial de México en 1986, de ahí que se denomine en algunos países *la ola mexicana*, y muy pronto fue imitado a lo largo y ancho del orbe balompédico.

Otro tipo de acciones –propias del hincha– serían la de eclipsar todas las acciones de la hinchada rival, cuando éstas coinciden en las gradas, e irían desde la simple rivalidad cantando hasta la mutua agresión. Desmond Morris (1982) o Bill Buford

(1992) describieron el comportamiento de los hinchas en la grada o fuera de ellas, referidos al contexto británico, con un amplio abanico de acciones. Vicente Verdú (1980) hizo algunas apreciaciones y distinciones sugerentes referidas al fútbol español de la década de 1970, y Andrés Fábregas (2001) o Angelotti (2010) las registraron para el contexto mexicano de Chivas y Tuzos, respectivamente.

Esta atmósfera que el público crea desde la grada, que le pesa al equipo contrario y le da alas al equipo local, tiene que influir de algún modo en el juego. Sin embargo, en el fútbol aficionado puede ocurrir que no haya público o que los que van no se hagan notar. Antes bien, permanecen sentados, silenciosos, a la intemperie de la grada, como cargando un caparazón de soledad y con la mirada perdida entre los que están jugando allí enfrente. Ésta podría ser la otra cara de la moneda del aficionado al fútbol: el solitario en la grada de campos de categorías regionales, la antítesis de la efervescencia que se vive con la ola.

Pero no es anecdótico que al público aficionado se le reconozca, por su apoyo, un papel fundamental en el rendimiento del equipo, tanto en lo crematístico como en lo “moral”. Durante el mundial de Italia 90 el primer ministro egipcio, Atef Sedki, ordenó que los 7 000 tripulantes de dos navíos de guerra de ese país norteafricano permanecieran atracados en el puerto de Palermo en Sicilia para que volviesen a animar a la selección, tras haber empatado sorprendentemente el primer partido ante Holanda, donde el apoyo de la marinería no pasó desapercibido. Los marinos egipcios simbolizaban inequívocamente al pueblo egipcio y se les reconocía el importante papel jugado en ese otro campo de batalla que son las gradas de los estadios.

Casos como éste permitirían hacer extensibles al fútbol lo planteado por el antropólogo Manuel Delgado: “Del mismo modo que la plaza de toros no es sino una hipóstasis fácilmente reconocible de la plaza pública, el público lo es de sí mismo. El público simboliza a toda la comunidad social, es un paradigma de la propia opinión pública” (1986:181-182). El público que va

al fútbol es representante y testigo de la comunidad de aficionados que no puede estar presente en las gradas.

Por otro lado, las manifestaciones del público que se sienta en su silla en el graderío o frente al televisor son de una riqueza inconmensurable. Las formas de vivir determinados partidos son explosivas o apáticas, previsibles e imprevisibles, elocuentes o insondables. Hay emociones que se contagian, para mayor tristeza o mayor alegría, violencia incluida. Las manifestaciones de júbilo, tras el gol, caracterizan la naturaleza del aficionado. Pueden ser espontáneas, rayar en la histeria y el sinsentido o estar preestablecidas; formar parte de la coreografía que se va diseñando en cada sector de la grada con el paso de las jornadas o de las temporadas. Pero las que se dan ante ciertos goles, por ejemplo en una final, retratan la temperatura adquirida por el partido y el estilo celebratorio de determinados estadios, generaciones o épocas. Las imágenes captadas por la tv en el mundo entero servirían para ilustrar un catálogo matizado hasta la extenuación de las manifestaciones de júbilo. Por ejemplo, las de la final del Mundial de Chile en 1962, se jugaba por entonces la copa Jules Rimet, son bastante expresivas. A cada gol brasileño el terreno de juego era invadido por decenas de periodistas radiofónicos, fotógrafos y aficionados entusiastas que interrumpían anárquicamente el juego y pisaban el césped alborozados. Algo impensable hoy en día.

Es evidente que entre el público se dan ciertos comportamientos no exentos de contradicción. La final, en España, de la Copa del Rey de 1990, enfrentó al FC Barcelona y al Real Madrid. Gran parte de la afición azulgrana abucheó la interpretación del himno nacional español y la entrada en el palco de los monarcas. Aparentemente los “culés” estaban allí para animar a su equipo y obtener la Copa del Rey que la entrega el rey. Al final del partido la victoria del Barça sobre el Real Madrid fue motivo de gran regocijo. Pues le había ganado al Madrid (*el eterno enemigo*) y se había conquistado el preciado trofeo (“Real”, como el Madrid). O sea, se obtuvo un título y se humilló a todos los “enemigos”

presentes, tanto en el campo como en el palco. En estos casos podría decirse que el hincha juega un papel importante porque actúa allí donde el equipo no puede. O como declaraba Jorge Valdano (1992b): “El entrenador debe convencer a los jugadores de lo que va a pasar. El jugador construye lo que pasa. Y el aficionado es un tipo que juega por delegación”. Aunque al final de ciertos comportamientos de aficionados, exaltados o desaforados, se vislumbra el ámbito de la violencia.

EL MISTERIOSO SIGNIFICADO DE ALGUNOS PARTIDOS DE FUTBOL

Mostrar el significado real de algunas palabras, cosas o acontecimientos, incluso las que luego parecen sencillas u obvias, no siempre resulta fácil. Pondré un ejemplo que le resultará elocuente a los hispanoparlantes de las Américas. En cierta ocasión, dos locutores de la cadena española Tele 5, que comentaban una velada nocturna de boxeo, no entendían por qué al boxeador de Estados Unidos, Pernell Whitaker, que tenía el *nickname* de *Sweet Pea*, lo llamaban en México “Chícharo dulce” y no “Guisante dulce”, como proponían ellos. Ambos ignoraban que a los guisantes se les dice chícharos en México e Hispanoamérica en general y también arvejas. Además, “chícharo” es una palabra genuina de la lengua española, que al parecer ellos desconocían, de raigambre latina y mozárabe.

Pero no sólo aquellos locutores y comentaristas deportivos han tenido problemas con palabras de significados desconcertantes o difíciles de aprehender. Algo parecido me ocurrió en Montevideo cuando le preguntaba a los aficionados del Wanderers, uno de los legendarios clubes de Uruguay, por qué los llamaban los “bohemos”. Varios aficionados a los que pregunté no me supieron responder, hasta que di con uno que me dijo que eso es lo que significa *wanderers* en inglés. Desde luego, mi vocabulario inglés dejaba mucho que desear. Al respecto, no es raro

que un club uruguayo se llame Wanderers, no sólo por lo que vimos antes de la influencia británica, sino porque la primera copa de la Football Association, el primer gran torneo importante del fútbol moderno, precisamente lo ganó en 1871 el Bolton Wanderers, lo que le dio fama entre los aficionados ingleses y de otras partes del mundo.

Tenemos entonces que cuando el significado o sentido de las cosas existe sin manifestarse con modales explícitos, no digamos ya aquellos significados cuyas claves explicativas están en estratos profundos de la historia y de la memoria de los protagonistas, éste puede llegar a olvidarse e ignorarse, pudiendo pasar entonces a adquirir nuevos sentidos. Ahora bien, si miramos la cuestión del significado desde otra perspectiva, se puede concluir que de la misma manera que se juega al fútbol en los espacios más inverosímiles, también las razones para jugar un partido de fútbol o contemplarlo pueden deberse a los más insospechados móviles. Esta circunstancia es la que facilita el que puedan hacerse toda clase de asociaciones arbitrarias entre significados y fútbol.

Por ejemplo, el día 11 de octubre de 1990 ambas Coreas (Norte y Sur), 27 años después de la guerra, disputaron un partido de fútbol “en un acto de reconciliación y paz”. Fue un reencuentro deportivo en el estadio Primero de Mayo de Pyongyang al que asistieron 150 000 espectadores. Venció Corea del Norte 2 a 1. Sin embargo, meses después se olvidaron del bienintencionado partido de fútbol, donde lo de menos era el resultado reflejado por el marcador y volvieron a comenzar las hostilidades, pues al parecer el bondadoso sentido de aquel partido no bastó. Trece años después, en 2003, los norcoreanos amenazaron, no con no jugar al fútbol, sino con lanzar bombas atómicas; y en el año 2010 bombardearon una población surcoreana provocando víctimas mortales.

Igualmente, después de 28 años sin jugar un partido de fútbol internacional como consecuencia del boicoteo internacional que combatía el odioso régimen político del *apartheid*,

la selección de Sudáfrica jugó contra Camerún en la ciudad de Durban el 7 de julio de 1992. La gran mayoría de jugadores del equipo austral eran, por utilizar la expresión de Pretoria, negros sudafricanos; y del público podría decirse lo mismo. La victoria 1-0 fue celebrada con fervor extraordinario. Pero el partido tenía un claro sentido, además del deportivo, ya que supuso el final del *apartheid* futbolístico de Sudáfrica y la inauguración de una nueva y menos racista etapa. Por supuesto, esta etapa inaugurada en aquella fecha culminó prácticamente 18 años después, el 11 de julio, con la final de la Copa Mundial de Fútbol de Sudáfrica 2010.

No deja de ser paradójico que durante años Sudáfrica no pudiese disputar partidos de fútbol internacionales a causa del boicoteo internacional al régimen del *apartheid*, cuando la mayoría de los mejores jugadores de fútbol sudafricano eran y son oscuros de piel. Algo que no ocurre con los jugadores de rugby o cricket que suelen ser blancos (salvo contadas y celebradas excepciones). De hecho, puede decirse que tradicionalmente en la República de Sudáfrica el fútbol ha sido el deporte de los negros o gentes de color y el rugby el de los blancos o gente incolora.

No debe extrañar el hecho de que una fiesta de confraternización entre dos grupos sociales se lleve a cabo con un partido de fútbol. Los precitados partidos de las dos Coreas, el de los bosnios musulmanes del Kurban Bajram o el referido anteriormente por Lévi-Strauss de los gahuku-gama de Nueva Guinea son buenos ejemplos. Incluso durante la Guerra Civil Española, cuando el frente de guerra se estabilizaba, se solían jugar partidos de fútbol. Pero lo más curioso es que se llegaron a jugar partidos entre soldados de los bandos nacionales y republicanos. Quienes estaban combatiéndose encarnizadamente, a vida o muerte, dejaban de disparar y se concedían una tregua para ponerse a jugar y una vez que acababa el encuentro volvían a dispararse. El humorista español Gila, en una entrevista realizada durante un programa de tv que abordaba el tema de la Guerra Civil y su generación, declaró que en uno de esos partidos celebrado en

tierra de nadie, el equipo republicano venció y cuando regresaban a sus trincheras, los nacionales repentinamente abrieron fuego contra ellos. Según él, más que por su condición de rojos, por haberle ganado el partido a los franquistas. Tal vez esta anécdota confirma la apreciación de Roger Caillois (1986), cuando entendía al juego como el arte de asociar útilmente fuerzas difíciles de conciliar.

Leyendo con detenimiento la historia (consensuada) del deporte, una de las conclusiones que podemos extraer es que el fútbol, desde muy pronto, fue un escenario de enfrentamientos deportivos internacionales revestidos con un doble sentido. La rivalidad nacional más de una vez eclipsaba a la *genuina* rivalidad deportiva o se confundía una con otra. Aldous Huxley, el visionario escritor británico, ya señaló que en los partidos de fútbol internacionales está en juego el prestigio nacional y veía en el fútbol y en el atletismo un foco de altercados serios. Hasta decir que “una derrota se imputa a juego poco limpio y es considerada casi como un ‘casus belli’” (1960:205). Ignoraba Huxley que eso mismo llegaría a ocurrir unas décadas después entre Honduras y El Salvador y su *Guerra del Fútbol* (Kapusinski, 1992). Pero acaso fue el historiador británico E. J. Hobsbawm, quien señaló con perspicacia ciertos resortes que se disparan en ese tipo de partidos:

Lo que ha hecho del deporte un medio tan singularmente eficaz para inculcar sentimientos nacionales, en todo caso para los varones, es la facilidad con que hasta los individuos menos políticos o públicos pueden identificarse con la nación tal como la simbolizan unas personas jóvenes que hacen de modo estudiando lo que prácticamente todo hombre quiere o ha querido hacer bien alguna vez en la vida. La comunidad imaginada de millones de seres parece más real bajo la forma de un equipo de once personas cuyo nombre conocemos. El individuo, incluso el que se limita a animar a su equipo, pasa a ser un símbolo de su nación. Este autor recuerda que escuchó nerviosamente la

retransmisión por radio del primer partido internacional de fútbol entre Inglaterra y Austria, jugado en Viena en 1929, en casa de unos amigos que le prometieron que se vengarían de él si Inglaterra vencía a Austria, cosa que parecía muy probable. Como único chico inglés presente, yo era Inglaterra, del mismo modo que ellos eran Austria. (Por suerte el partido terminó en empate). De esta forma unos chicos de doce años hicieron extensiva a la nación el concepto de lealtad al equipo (1992:152-153).

Resulta sumamente esclarecedora esta interpretación del historiador británico a partir de esa rememoración. El equipo deportivo es una de las mejores metáforas de la nación, desplazando al ejército en tiempo de paz. El fútbol, ya se ve, pasa con pasmosa facilidad de ser *pólvora* del pueblo a *opio* para el pueblo, debido a esa lógica extraña que caprichosamente dota de significado a las cosas. Unas veces el fútbol anima y evade en medio del sufrimiento, de la pobreza, la tristeza o la desgracia; otras veces desanima. Pero con todo, lo innegable es que el deporte nos deporta de la realidad; nos transporta y da alas en la vida.

Quienes hayan visto y recuerden las imágenes de los mutilados de guerra salvadoreños jugando al fútbol, ayudándose para ello con prótesis y muletas, tal vez vean –desde entonces– al hombre y a su fútbol con otros ojos. No sólo como un apéndice de la sociedad capitalista, consumista, amiga de lujos superfluos, despilfarradora y cruel, sino como el espacio donde la imaginación, “el poder libertador del hombre” que decía Ortega y Gasset, se derrama con voluptuosa vitalidad en torno a los rumbos marcados por un humilde balón. Sin embargo, la forma en cómo adquiere sentido un partido de fútbol u otros deportes continúa revelándose como un mecanismo cuya lógica no se deja aprehender con facilidad. Acaso porque el misterioso mecanismo de símbolos y simbolismos jamás se acaba de mostrar claramente.

Llegados aquí pueden plantearse unas preguntas pertinentes: ¿tiene el balón de fútbol una cara oculta como la luna?, ¿tiene algún significado latente el fútbol? Como dicen en México: sepa.

La respuesta a estas preguntas tal vez se contesten por sí solas con lo transmitido por algunos testimonios, como el siguiente del viñetista o caricaturista argentino Guillermo Mordillo: “Mi infancia consistió en ir a la escuela, dibujar y jugar al fútbol. Nunca tuve una bicicleta, el fútbol fue algo así como el único lujo de esos años” (1989:21). Pero este dibujante y humorista nacido en Buenos Aires y afincado en España, conocido por sus viñetas muchas veces alusivas al fútbol, una manera más de entender, comunicar y usar el fútbol, hacía un comentario que tal vez arroja luz sobre el sentido del fútbol en la vida de la gente:

Sigo yendo con frecuencia al fútbol con mis amigos. Soy socio del Mallorca y en el estadio me verás los domingos que juegue en casa. El fútbol –a diferencia de otros espectáculos como el cine o el teatro– tiene unos protagonistas que no saben cómo va a terminar todo. Es una especie de *happening*. El fútbol consiguió equilibrar mi infancia y, en estos momentos, me convierte en testigo de casi todas las formas del comportamiento humano (Mordillo, 1989:22).

El testimonio de Mordillo es bastante expresivo y sintomático del sentido que puede tener el fútbol en la vida de la gente. También Jorge Valdano comentó algo parecido: “En ningún sitio he aprendido más de mí mismo y de los demás que dentro de un campo de fútbol” (1992b:23). En ambos comentarios, el fútbol es bueno para pensar y para pensarse; para comprender la vida y los comportamientos de mujeres y hombres. Uno de los primeros en expresar este tipo de testimonios vitales que apuntan a que el fútbol, o la experiencia futbolística, esconde lecciones sobre la vida en su cara oculta, fue el premio nobel de literatura Albert Camus, francés nacido en Argelia descendiente de españoles por parte de su madre, de Menorca, que escribió para el diario *France Football* en 1957 el artículo “Lo que debo al fútbol”. Ahí evocó sus tiempos de jugador en el equipo de la Universidad de Argel, para concluir: “Después de muchos años en que el mundo me

ha permitido variadas experiencias, lo que más sé, a la larga, acerca de moral y de las obligaciones de los hombres, se lo debo al fútbol, lo aprendí con el R.U.A.” (Camus, 1968:12-13). También señaló en otra ocasión que él se sentía inocente en dos sitios “*notamment au théâtre et sur un terrain de football*”.

El origen de estas lecciones morales, indudablemente, hay que buscarlas detrás de infinidad de jugadas y resultados, de experiencias y vivencias. La derrota futbolística y sus múltiples significados o estados de ánimo constituyen una de las más importantes lecciones que experimentará todo jugador; unos sacarán mayor provecho que otros, pero son experiencias que marcan en distintos ámbitos de la personalidad. Para entender mejor esto tal vez nos sirva, por su elocuencia, lo que escribió el escritor uruguayo José María Delgado (1943) en cierta ocasión sobre esa otra cara de la moneda de la derrota que es la victoria: “La Victoria –aunque sea acéfala como la de Samotracia– siempre complace”. Si las victorias complacen, las derrotas disgustan, y en uno y otro caso habrá que renunciar a la burla y a la violencia por medio de valores que se agrupan bajo esas expresiones como *juego limpio* o *respeto al contrario*.

Existen condicionamientos culturales, es decir valores, que van calando lentamente en la conciencia social e individual a través de los cuales se asocia un sentido preciso a determinados hechos, como que la derrota deportiva está asociada al fracaso personal, grupal, a vergüenza y el consiguiente malestar emocional. Por el contrario, la victoria estaría asociada a satisfacción que se comparte en lo individual, en lo colectivo, en lo nacional. Por eso el púgil cubano Félix Savón, el que fuera el mejor peso pesado del mundo y uno de los mejores de todos los tiempos, declaraba con motivo de los Juegos Olímpicos de Barcelona 92: “Deseo ganar para dar una alegría a mi gente”. Félix Savón consiguió después la medalla de oro y, efectivamente, le dio una gran alegría a su gente, el pueblo cubano.

Resulta obvio, por tanto, que la derrota es lo opuesto a la victoria, pero no todas las derrotas son iguales porque el sentido

que tienen es extraordinario; algunas encarnan como ninguna otra cosa todo lo contrario al placer y la alegría. El paradigma de derrota futbolística lo constituye el *maracanazo* o *la noche triste de Maracaná*, que es como se conoció la derrota de la selección brasileña en la final de la Copa del Mundo de 1950, celebrada en el estadio de Maracaná, Río de Janeiro. Acontecimiento éste que ha sido elegantemente recreado por el escritor uruguayo Eduardo Galeano (1990) e imitado por Jorge Valdano (1990). El escritor montevideano describió sintética y magistralmente lo sucedido y el estado de los brasileños:

Obdulio más crece mientras más ruge la inmensa multitud, enemiga, desde las tribunas.

Sorpresa y duelo en el estadio Maracaná: el Brasil, goleador, demoledor, favorito de punta a punta, pierde el último partido en el último momento. El Uruguay, jugando a muerte, gana el Campeonato Mundial de Fútbol.

Al anochecer, Obdulio Varela huye del hotel, asediado por periodistas, hinchas y curiosos. Obdulio prefiere celebrar en soledad. Se va a beber por ahí, en cualquier cafetín; pero por todas partes encuentra brasileños llorando.

– “Todo fue por Obdulio” –dicen, bañados en lágrimas, los que hace unas horas vociferaban en el estadio–. “Obdulio nos ganó el partido”.

[...] De modo que sigue caminando por las calles de Río de Janeiro, de bar en bar. Y así amanece, bebiendo, abrazado a los vencidos (Galeano, 1990:169).

El “miedo” y rechazo a la derrota o a la desolación de la derrota, con sus palabras de justificación y alivio, son una constante en el mundo del fútbol y del deporte en general. La competición crea tensión, incertidumbre, emoción, nerviosismo, impotencia, euforia, desahogo, acciones espectaculares... Todos éstos son coagulantes de intereses comunes y de identidades, porque parece obvio que la atmósfera sociocultural del balompié transfiere

argumentos simbólicos para conformar la identidad colectiva, ya sea porque la vehicula o condensa como en el caso del FC Barcelona, donde el club de una ciudad se erige en embajador plenipotenciario de una nación catalana sin Estado, ya sea porque la produce o coagula como en el caso de la selección de fútbol uruguayo: un equipo de fútbol que ha protagonizado algunas de las gestas más importantes de la historia nacional. El matiz es importante, pues mientras el Barça *importa* un sentimiento de identidad colectiva, la selección Charrúa *crea y exporta* ese sentimiento de identidad colectiva a toda una nación. Aunque al final el resultado sea formalmente similar; en ambos casos el orden de los factores no alteraría el efecto final.

Otras veces, ese sentimiento de identidad surge entre un pueblo o en una tierra (un Estado) que durante siglos lo tuvo todo en contra. Tal es el caso del estado de Chiapas, magníficamente abordado por Andrés Fábregas, cuando plantea:

La tesis que propongo para explicar el papel actual del fútbol en Chiapas es la siguiente: el balompié llega en medio de las tensiones de una sociedad fragmentada con su autoestima prácticamente nulificada. El fútbol ofrece las condiciones para congregarse a la población y brindarle un símbolo tangible de sí misma. [...] El fútbol se manifiesta con posibilidades de que la sociedad de Chiapas lo establezca como mecanismo de movilización para resolver la fragmentación, que se expresa en otros ámbitos, como el cultural, el político, el religioso, además de la evidente separación socioeconómica de la población. El proceso no está consolidado y dependerá de muchos factores el que llegue a su plena maduración. Sin duda, uno de ellos, es el desempeño del equipo mismo dentro de los torneos periódicos y el hecho de que maduren las condiciones económicas para su permanencia (2006:9).

La necesidad de estas señas de identidad futbolísticas ampliamente compartidas en el seno de una comunidad, que

produce empatía y momentos de alegría, son innegables, pero hay que tener en cuenta que también operan y se manifiestan a título personal o individual; esto que digo tal vez pueda ilustrarse con la siguiente anécdota. Recuerdo que en una velada de tangos en la primavera de 1994, en un local nocturno de Barcelona, el Harlem, a la hora de presentarse los músicos aprovechando la primera pausa, el cantante, argentino –porteño para más señas– presentó a cada uno de los integrantes del grupo de una manera bastante curiosa. Dirigiéndose a los asistentes, muchos de ellos inmigrantes sudamericanos, ponía especial énfasis en la ciudad y el barrio de origen de los distintos instrumentistas que lo acompañaban, pero especificaba: “el pianista es de Buenos Aires, pero del San Lorenzo de Almagro, que tiene una camiseta con los mismos colores que el Barcelona”. Él era del Boca Juniors y el bandoneísta, que había nacido en Montevideo, resultó ser del Danubio y no del Peñarol recalcaron ambos.

Es decir, para identificarse ante los demás sudamericanos allí presentes, compatriotas los más, el cantante de tangos hacía hincapié en el equipo al que se pertenecía. Decir ante argentinos y uruguayos que el músico era de Argentina o de Uruguay no daba mayor información. El club de fútbol operaba así como patria chica y, por consiguiente, los colores de la camiseta del equipo iban inmediatamente después de los de la enseña nacional. O sea, para dar las coordenadas exactas de una necesaria identidad individual, no sólo había que decir el país, la ciudad de procedencia o el barrio, sino, además, el club de fútbol al que se profesa amor y lealtad, sin olvidar que eran músicos que estaban ofreciendo una velada entrañable de tangos clásicos en una ciudad y un país bien lejos del suyo.

LA POÉTICA DEL BALÓN Y DEL PIE:
JUEGO, BELLEZA, LITERATURA, SENTIDO

Johan Huizinga, el conspicuo rector de la Universidad de Leyden (Holanda), publicaba por primera vez en 1938 su obra más conocida: *Homo ludens*, en la que defiende su ya clásica tesis. La cultura, englobando con ese concepto el arte, la literatura, el deporte, el derecho, la política, y otros tanto artefactos culturales, nacieron del juego. Toda manifestación cultural se ha creado jugando. Puede resultar obvio que cuando el fútbol nace como deporte-moderno en el siglo XIX ya tenía el juego en sus entrañas, en su esencia, en su alma. Sin embargo, a estas alturas creo que a nadie se le ocurriría negar que el fútbol es una actividad y una manifestación, no ya cultural, sino intelectual y no sólo física. Si hacemos caso de Huizinga, el fútbol es una actividad intelectual y cultural precisamente porque se crea jugando y encima es un juego.

El fútbol refleja como un espejo a la gente que lo juega, los comportamientos y valores que encarna esa gente que lo juega o que sencillamente le gusta mirarlo. Para ellos, convencidos aficionados o inerciales consumidores y usuarios, este deporte posee una atractiva realidad. Una atractiva y esencial realidad que no todos soslayan. César Luis Menotti, en un libro de entrevista y diálogo, a la cuestión planteada por Ángel Cappa sobre la realidad cultural e ideológica del fútbol, al hecho social que es y, por tanto, a los valores que encierra, respondió planteando precisamente la cuestión del valor original del fútbol y señaló:

Tengo que saberlo para defender el origen y la propiedad del fútbol. Tengo que saber para qué se juega al fútbol, para quiénes. El fútbol no pertenece al presidente del Boca ni al presidente de la AFA ni al de River. Tampoco a los medios de comunicación ni al dirigente que quiere escalar socialmente. El fútbol es propiedad exclusiva del pueblo que le dio nacimiento y lo alimenta constantemente (1986:28).

El fútbol es patrimonio de la sociedad que lo acoge, que lo recrea, que lo juega y/o lo siente. Es más de los jugadores de fútbol y de los aficionados a degustar fútbol, que de la inevitable caterva de arribistas del fútbol: malos jugadores (en el doble sentido de ineptos y tramposos), directivos ineficaces, aficionados necios o lo que sean, que han instrumentalizado y parasitado el juego. Como sentenció Menotti ante la pregunta de Ángel Cappa sobre la auténtica naturaleza del fútbol, su genuino patrimonio y lo que debe permanecer siempre inviolable: “el fútbol es fiesta, es alegría, es belleza y esto sólo se logra jugando bien al fútbol” (Menotti, 1986). Al respecto, el brasileño Mário Filho recordó, para el caso del fútbol de su país, que nada más desembarcar la primera pelota en las costas brasileñas el futbolista de esa tierra mestiza ha jugado para regocijo y gozo de los “torcedores” (de la afición o *torcida*), para con su juego provocar el elogio y la fiesta de la grada. Así las cosas, el fútbol genuino, recreado con habilidad y fantasía, sólo exige jugar bien. Y según *Pacho* Maturana: “Habien-do creación, el gol no es invitado especial” (González, 2012).

El fútbol emerge así como un escenario más de la vida de millones y millones de personas, que antes y después de ahora, experimentaron cómo sobre el terreno de juego fluía la existencia amalgamando actitudes y comportamientos. Todo campo de juego es el lugar privilegiado donde se amolda y forja la vida, por tanto es el soporte de unos valores, unos sentimientos, una sensibilidad. Otras veces, cuando el juego está organizado e institucionalizado, es un escenario donde se afrontará una propuesta cautivadora para muchos: disfrutar o sufrir durante un buen rato con el juego, con el fútbol, con la vida. Después allá cada cual. Sin embargo, también ha sido visto desde su vertiente utilitarista y funcional o, si se prefiere, práctica; incluido los beneficios para la nación. André Maurois con motivo del discurso en el 61 aniversario de la creación del fútbol francés, dijo:

Hoy en día nuestras multitudes se muestran tolerantes porque se han hecho competentes. Saben juzgar la belleza de un pase,

la táctica de un capitán, la equidad de un árbitro. En un tiempo en que se insta una y otra vez a los hombres a odiarse entre ellos, el deporte sigue siendo la mejor escuela de dignidad, de justicia y de buenos modos colectivos. [...] Es importante destacar también que vuestro deporte es loable entre los demás porque es un deporte de equipo. Aquí transformaría las palabras de Goethe: “Pensar es fácil, actuar en grupo es lo más difícil del mundo.” [...] Nadie puede ganar solo. Ésa es la gran, la suprema lección que vuestros jugadores, sobre tantos cuadros verdes encantados, nos dan cada semana. Nadie puede ganar solo, y en el gran partido de la historia, formamos todos parte del equipo de Francia. Vuestro juego, si hace penetrar esta idea simple y verdadera en todas las cabezas francesas, se hará digno de la patria (1997:118-121).

Pero la naturaleza del fútbol no acaba aquí, explicitando algunos usos socioculturales del fútbol y su impacto en la ideología del trabajo en grupo y por extensión de la gran nación como el máximo equipo, lo que sería una de sus facetas pragmáticas. En cierta ocasión tuve la oportunidad de preguntarle a Eduardo Galeano en una conferencia en Barcelona, en el verano de 1992, algo que me había sugerido la lectura de unas páginas suyas sobre el legendario Obdulio Varela y la gesta de la “celeste” en el Maracaná, en la final del Mundial de 1950. Hasta qué punto el fútbol, cuando es sublime, no llega a ser arte, como la literatura, la danza, la escultura, la música, etcétera.

La respuesta pública de Galeano desbordó mis previsiones. No sólo me confesó que él siempre quiso ser, o futbolista o santo, a pesar de que contingencias de la vida lo habían llevado a ser escritor, sino que además, como escritor, su anhelo siempre fue el de escribir exactamente igual a como jugaba al fútbol Julio César Abbadie; transmitir aquella elegante belleza que desprendía su juego cuando corría con la pelota junto a la cal de las bandas desde donde él lo veía. Para colmo –me dijo– Abbadie era la figura del equipo rival: el Peñarol (Galeano es del Nacional). Años

después escribió un pasaje muy parecido (Galeano, 1995). Para el escritor uruguayo, el fútbol venía a ser poesía o, lo que es más perturbador aún, el fútbol es capaz de crear formas tan sublimes y perfectas que nada tienen que envidiarle a las producidas por cualquiera de las canónicas Bellas Artes.

Estas ideas estéticas son las que sobrevuelan los argumentos cuando se habla del fútbol *brasileiro*, tetracampeón mundial, considerado como el paradigma del fútbol bello. Jugadores como Ademir, Pelé, Garrincha, Zico, Romario y Ronaldo son algunos de los que habrían posibilitado con su juego primoroso la encarnación de esa belleza, y sus herederos serían Ronaldinho, Neymar y tantos otros. Es indudable que una patada dada con inspiración o con habilidad técnica e inteligencia contagia de humanidad al balón y entonces la aerodinámica belleza de la trayectoria que describe el balón golpeado, si se sabe apreciar, puede maravillar y a los más sensibles sumirlos en algo parecido al *síndrome de Stendhal*. Y es que en Brasil todos los aficionados ven el fútbol como arte y se regocijan como si estuvieran en una fiesta de carnaval.

La belleza del fútbol está en el juego y la belleza del juego depende directamente de la “emoción” generada al contemplar los diferentes lances, las soluciones improvisadas y ejecutadas espontáneamente, la *impensada* dinámica del juego. Cada lance del juego donde se compite al límite de lo posible mueve y emociona a los espectadores, el trallazo lejano o el certero cabezazo que mandan la pelota al fondo de la red las más de las veces sucedieron a un ritmo repentino y poco ensayado. Pero todavía no sabemos a qué se debe o cómo se produce el juego bello; como tampoco sabemos si el futbolista nace o se hace.

La configuración del fútbol contemporáneo exitoso habla del peso creciente que las jugadas de estrategia o los planteamientos tácticos han tenido durante los últimos años, pero también hablan de racionalidad y aprendizaje (entrenamiento), de regularidades estadísticas y jugadas de laboratorio, de estrategias de equipo y movimientos tácticos automatizados, ya sea en la

cobertura que el delantero hace ante la subida al ataque de su defensa lateral, ya sea en el movimiento de atracción de defensas centrales que realiza el centro delantero para crear espacios vacíos a sus compañeros. Aunque de forma concomitante hablan de algo que hay en el futbolista que se encarna fuera de él, de manera espontánea e irracional, llámese talento, don, suerte, etcétera.

Tal vez por eso existen diferentes tipos de futbolistas y por ende de juego colectivo. A unos se los podría encuadrar, en una distinción simple, bajo la etiqueta de mecánicos y a otros bajo la de creativos; ya Pier Paolo Pasolini hablaba de “futbol prosa” y de “futbol poesía”. Por eso, aunque el equipo suele ser concebido como una máquina, piezas ensambladas y conjuntadas para obtener un fin, la genialidad rara vez es colectiva, más bien suele ser algo espontáneo e individual, o como mucho el producto de una carambola de genialidades individuales.

El fútbol puede ser tan pronto un juego y un entretenimiento como un deporte y un espectáculo, y la expresión profunda del fútbol siempre dependerá de los futbolistas. Paradójicamente, esto –dicho así– no parece prometer belleza, y sin embargo la contiene. Pues el derroche de ingenio y energías es lo que anima a toda manifestación deportiva. Otros simplemente afirman con conocimiento de causa (Valdano, Maradona, etcétera) que el fútbol es poesía. Al uruguayo Rubén Sosa lo llamaban “el poeta del gol”, al argentino Diego Armando Maradona el “Carlos Gardel del fútbol” y Pedro Escartín dijo en cierta ocasión que Di Stéfano era “Goya”. El sentido literario y poético al que se ha hecho acreedor el fútbol parece innegable. El fútbol, dentro de la cancha, es juego y fantasía; fuera de la cancha es fantasía y juego de palabras. Quien mejor ha demostrado esto ha sido Jorge Valdano en una entrevista realizada por Ezequiel Pérez:

Hay cuentos que quedan por hermosos y otros que quedan por trascendentales, que uno leyó en el momento en que necesitaba leerlos y han marcado un poco nuestra vida. Sí, con

los goles ocurre algo parecido. Ese gol frente a Alemania, para mí no sólo es inolvidable sino que va creciendo a medida que avanza el tiempo: lo recreo en la memoria, lo voy mejorando y adornando, y ahora sería capaz de hablar tres horas seguidas de un acto que duró tres segundos. Claro, se trata de una final de Copa del Mundo y es un gol que me sirvió para redondear el sueño del futbolista. Aquel día viví una alegría tan grande que todavía hoy me parece inmerecida. Yo presumo de aquel gol y de ser campeón del mundo porque desde que se me metió en la cabeza que tenía que ser futbolista, empecé a soñar que algún día sería campeón del mundo. Hay otros goles que son bellos, sobre todo los goles de engaño, donde el portero se tira para un lado y uno la toca suavemente por el otro; ahí están encerrados la habilidad y la inteligencia, dos de los rasgos que me resultan más admirables dentro del mundo del fútbol (1992b:23).

Cuando el fútbol se hace auténtico y genuino espectáculo, entonces alcanza el máximo sentido del que se puede hacer acreedor toda manifestación artística: el de poesía. El de categoría de espectáculo hermoso; un espectáculo con la fuerza de embriaguez de la que habló Touchard refiriéndose a la España Republicana: “Quien asistió, tras la victoria del frente popular de 1936, a las famosas representaciones del 14 de julio, en la Alhambra, sabe hasta dónde puede llegar la fuerza de embriaguez de un espectáculo” (1978:77). Lo que no se le puede negar al fútbol y a las grandes competiciones deportivas es que son espectáculos capaces de generar una fuerza de embriaguez única y deliciosa. Acaso estas afirmaciones sirvan para defender la opinión que argumenta contra viento y marea que hace bastante tiempo que el fútbol dejó de ser uno de los tantos opios del pueblo. Antes bien, en ciertas ocasiones especiales y con independencia de dónde o quiénes lo jueguen, se ha convertido en todo lo contrario; los triunfos del fútbol pueden ser un paliativo para seguir luchando cotidianamente, tal como lo declaró el técnico colombiano *Pacho* Maturana en cierta ocasión.

Otro ámbito donde el balompié alcanza el *status* de artístico se halla en la alianza del fútbol y los medios de comunicación de masas (MCM). Las retransmisiones por TV han acabado siendo por sí mismas y por la utilización de las modernas tecnologías digitales un gran espectáculo. Además, distintas cadenas de radio y canales de televisión como Fox Sports, ESPN, TDN en México o Gol Televisión en España ofrecen ininterrumpidas retransmisiones, horas y horas de programas deportivos, sin olvidar la copiosa información y literatura que generan el deporte y el fútbol, fundamentalmente periodística: *L'Equipe* o *Paris Match* en Francia, *Gazzetta dello Sport* en Italia, los diarios *As* y *Marca* en España, *The Sun* y *Daily Mirror* en Inglaterra (que no son diarios deportivos propiamente dichos, sino los que tienen las secciones más amplias), *A Bola* en Portugal, *Ovaciones*, *Récord* y *Esto* en México o el diario *Olé* y la revista *El Gráfico* en Argentina. La oferta en prensa, radio, tv e Internet es tal que como efecto colateral proyecta la imagen de un fenómeno sobrevalorado a la vez que sobreexplotado en exceso por los MCM (Alonso y Ávalos, 2013:35).

No obstante, si las circunstancias lo permiten, el producto logrado puede ser interesante. Hay crónicas que son pequeñas piezas literarias, retransmisiones audiovisuales que poseen espesor artístico o instantáneas fotográficas que revelan una bella imagen cargada con una expresividad digna de pinacoteca. Paradójicamente, esta alianza entre el fútbol y los MCM demuestra a diario que además de engendrar formas elegantes, puede colar más de un bodrio más seguido de lo deseable.

El fútbol también ha tenido cabida, no sólo en la literatura sino también en la "poesía literaria". Ya en distintos pasajes de escritores como Cervantes, Calderón, Lope y Gracián esa metonimia del fútbol que es la pelota, es evocada con gracia para armar metáforas de gran sutileza. Obviamente el fútbol moderno sólo aparecerá como referente literario, especialmente, a lo largo de las páginas del siglo xx. Por comenzar con un clásico, Rafael Alberti poetizó al legendario portero Platko que jugaba

en el FC Barcelona y que llegó a comportarse sobre el terreno de juego como un verdadero héroe de leyenda; Miguel Hernández cantó a otro portero, al del Orihuela. Pemán cantó a Di Stéfano, Vicente Gaos a Jairzinho, Juan Parra del Riego al peruano Gradín; poesía y fútbol se dan en la obra del argentino Baldomero Fernández o del brasileño Carlos Drummond de Andrade o del catalán Josep Maria de Sagarra. El futbolista, entrenador, comentarista deportivo, escritor y conferencista argentino Jorge Valdano (1994) sintetizó estas ideas y noticias de otra manera:

Para escultores y pintores, las canchas no fueron buena fuente de inspiración, menos aún en España, arrebataados para siempre por la sangre y la arena. Tampoco entre los escritores el fútbol encontró su Hemingway, pero son muchos los interesados. Henry de Montherland, entre la aristocracia parisiense de finales del siglo pasado, y Albert Camus, a principio del actual [siglo xx] en la modestia de su Argelia natal, tuvieron, entre muchas diferencias, un insólito punto en común: los dos fueron porteros. Camus agradecido: "...Lo mejor que sé sobre la moral y las obligaciones de los hombres se lo debo al fútbol". Supe que también Mario Benedetti y el Che Guevara fueron malos guardametas (el calificativo lo supongo). En España, Rafael Alberti y Miguel Hernández quedaron asimismo prendados por el heroico oficio de portero, sólo que, en lugar de descolgar balones, tomaron la pluma para cantarlos. En 1927, Miguel Hernández escribió la "Elegía del guardameta":... En el alpiste verde de sosiego, / de tiza ganado, / para siempre quedó fuera de juego / Sampedro, el apostado / en su puerta de cáñamo añudado...". Un año más tarde, Rafael Alberti ve en Santander jugar al Barcelona y le promete recuerdo eterno a su portero en el poema *Platko*: "Nadie se olvida, Platko, / no, nadie, nadie, nadie, / oso rubio de Hungría...". No sé si conviene decir que Platko murió en Chile no sólo en el olvido, sino, además, en la pobreza. Cela, Hortelano, Vázquez Montalbán, Mario Benedetti, Osvaldo Soriano, Vargas Llosa..., entre los

hispanos, son escritores que suelen reparar en el fútbol entre sus seducciones literarias.

Al parecer, el fútbol combina sin problemas con la literatura: con la letra escrita. Desde Mallarmé “*le monde existe pour aboutir à un beau livre*”, y el fútbol, acaso por ser una cosa popular de este mundo, hace tiempo que entró en los libros. Ya citamos varios de ellos a lo largo de este trabajo, pero no hay que olvidar que hubo futbolistas que luego fueron notorios escritores. Uno de ellos fue Giraudoux, quien hizo un Prefacio a *La gloire du football*, un libro exitoso en su época donde hizo notar algunas ideas que hablan de la percepción del fútbol en aquellos años de entreguerras. “Gracias a sus éxitos olímpicos en el fútbol, Argentina y Uruguay han podido revelar mejor el vigor de América del Sur que con cualquier otra propaganda, y eso les ha beneficiado” (1997:116).

Nadie podrá negar que el fútbol, jugado sobre el folio blanco, en la cancha de la literatura, puede resultar insolentemente hermoso, y de paso recordar que allí donde un pie juega con un balón pueden manifestarse esas incontrolables formas, efectos y sensaciones que llamamos poesía. Habrá quien no le vea el lado poético al fútbol, pero no siempre quedan las cosas claras. Algunas metas de los deportes, como algunas metas de la vida, hay que intuir las o imaginarlas, ya que todo juego –tal como exige el arte a decir de Borges– requiere de “irrealidades visibles”. Sea como fuere, el partido de fútbol es como un texto que al revivirlo –jugando– produce un mensaje pleno de sentido para quienes tienen la capacidad de emocionarse con la *escritura* del balón. Una escritura que se escribe y borra sobre el césped como cualquier *irrealidad visible* y en consecuencia contiene de forma latente la posibilidad de mostrar la erótica y la poética del fútbol.

Capítulo 8

Recapitulación e inconclusiones en clave *levistraussiana*

El fútbol no tiene ningún significado específico o intrínseco, antes bien, es –como el universo del deporte o tantos otros ámbitos institucionales de la sociedad contemporánea– un conjunto o entramado de heteroestructuras que produce y/o reproduce sentido. Una enorme estructura cultural que produce acontecimientos y significados, que a su vez remiten a otros sentidos, a otros acontecimientos y significados; a una memoria y a un pasado. El fútbol es importante más por lo que parece o por cómo es percibido subjetivamente que por lo que en realidad u objetivamente es. Es más relevante su plasticidad para amoldarse a cualquier *juego* del multiverso sociocultural, que sus inexistentes sustancias virtuosas. La mejor prueba de ello son los inconmensurables, arbitrarios, contradictorios y hermosos usos socioculturales del fútbol.

El deporte encierra juego competitivo y el hecho deportivo está encerrado por un ritual (profano, deportivo), y desde esta tesitura, el club tan pronto es una cancha de juego social como un escenario ritual (también social).

Estas distintas facetas o ámbitos del fútbol conforman una heteroestructura difícil de aprehender por estar sus innumerables

partes entrelazadas con innumerables nexos interindividuales, instituciones sociales o por estar articulada sobre artefactos socioculturales que en más de un sentido son soluciones locales y además están sujetas a formas de operar y prácticas subjetivas difíciles de registrar. Detrás de esa mega institución globalizada que llamamos Fútbol con sus dispositivos de ordenamiento que pautan las conductas, diferencian los roles, guían a los actores sociales o dan espacio a las manifestaciones autónomas o improvisadas de éstos, hay una ingente heterogeneidad que sólo puede cohesionarse en torno a ese común denominador que es la pelota de fútbol.

El universo del fútbol muestra un auténtico hojaldrado de reglas y valores de distinta naturaleza que jerarquizan, que definen, que regulan, tanto dentro del terreno de juego como en la grada y fuera de ella. Por eso, desde una perspectiva simbólica, el fútbol no sólo habla de fuertes y débiles, de habilidosos y mediocres, de afortunados y desafortunados, también de tramposos y legales, y, aunque no resulta claro de discernir, de buenos y malos. Sin negar que todos esos atributos se presentan confusamente mezclados, ambigua o raudamente explicitados, lo cierto es que el fútbol refleja metonímicamente toda la complejidad y heterogeneidad propia de la vida sociocultural, de la cual es inseparable. Y lo que enseña el fútbol es que, frente al desconcierto o las inercias generadas por el entramado socioinstitucional y simbólicocultural, lo único que cabe es jugar y jugar –vivir y vivir– ciñéndonos al juego y sus reglas, a las circunstancias de las que habló Ortega y Gasset, y a ser posible cometiendo pocas faltas.

Pero, ¿con qué finalidad?, ¿cuál es el sentido profundo de todo eso, se llame fútbol, se llame vida en sociedad o se llame existencia constreñida culturalmente? La respuesta la pudo haber dado Lévi-Strauss cuando dijo:

Los hombres, siempre y en todas partes, han emprendido la misma tarea asignándose el mismo objeto, y, en el curso de su

devenir, sólo los medios han diferido [...]: la de hacer una sociedad buena para vivir, las fuerzas que han animado a nuestros lejanos antepasados aún están presentes en nosotros. Nada ha sido jugado; podemos retomar todo (1988:446).

Precisando algo más esta idea “de hacer una sociedad buena para vivir”, de los diferentes clubes de fútbol de los que tengo un mínimo conocimiento se podría decir que son *islotes de sociedad*, pedazos del multiverso sociocultural, dentro de los cuales sus socios (sus habitantes) parecen sentirse en familia, porque viven en comunidad. Para ellos se trataría de un trozo de sociedad que es buena para vivir, buena para pensar, buena para existir, buena para seguir viendo el paso de los años –no sin desconcierto o desesperación– o buena para jugar: juego, luego existo.

Tal vez esto que apunto sea insuficiente para rastrear una finalidad constante y compartida vertebrando al fútbol de aquende y allende, mientras no enfrentemos el interrogante toral: el universo deportivo, en el fondo, ¿qué produce?, ¿qué sentido tiene? Recurramos otra vez a Lévi-Strauss:

Desde que comenzó a respirar y a alimentarse hasta la invención de los instrumentos termonucleares y atómicos, pasando por el descubrimiento del fuego –salvo cuando se reproduce a sí mismo– el hombre no ha hecho nada más que disociar alegremente millares de estructuras para reducirlas a un estado donde ya no son susceptibles de integración. Sin duda, ha construido ciudades y ha cultivado campos; pero cuando se piensa en ello, esas realizaciones son máquinas destinadas a producir inercia a un ritmo y en una proporción infinitamente más elevados que la cantidad de organización que implican. En cuanto a las creaciones del espíritu humano, su sentido sólo existe en relación con éste y se confundirán en el desorden cuando haya desaparecido (1988:467).

Si, como dice Lévi-Strauss, la civilización puede ser entendida como una enorme fábrica de inercia (entropía), el universo del deporte –sin duda– está infectado por ese fin. El deporte como heteroestructura crearía, a primera vista, sociedad, incluso esa amplia franja de sentido a la que responde o asociamos lo deportivo y que ha estado cambiando según la época histórica. El sentido de lo deportivo como creación del espíritu humano está anclado a cosas tales como el juego, el espectáculo, a una fuente de emociones individuales o colectivas, a la creación de formas sociales en torno a una afición o interés especial, o a crear lazos interindividuales, etcétera. Pero la aprehensión de un potencial o plausible sentido primigenio o pristino –y esto es un planteamiento hipotético– se nos escapa porque tal vez se produce a una velocidad y con una densidad de detalles que hace imposible aprehenderlo.

No obstante, ya vimos que los intereses creados son tales y tan contradictorios, que las circunstancias de la práctica del fútbol son tan variadas e innumerables, que buscar o encontrar el esqueleto de su significado último es una empresa condenada al fracaso. Los desvíos y distorsiones son incesantes, como el fútbol amateur o aficionado que resulta ser un negocio para algunos. Paradójicamente, la categoría del fútbol que se impone cotidianamente en los medios de comunicación masivos es el profesional, aunque se nos presenta desprovisto de funcionalidad y significación económica, aunque el juego es espectáculo y el espectáculo juego: una mercancía o fuente de negocios multimillonarios. Y es que si no fuera así, ni la FIFA, ni Televisa o TV Azteca, o tantas otras empresas y aficionados no lucharían como lo hacen por defender el lugar que ocupan en el mundo del fútbol contemporáneo. El éxito deportivo-y-financiero no sólo se han impuesto como meta única en el fútbol oficial, sin negar que coexistan otras dimensiones, además se han confundido en una sola.

Para G. Vinnai (desde su óptica marxista), el club deportivo está sujeto a *esa ley inmanente del modo de producción capitalista que lo obliga* –como advirtió Marx– “a ‘ampliar constantemente el capital para conservarlo’” (1974:70). Los clubes son empresas, sociedades anónimas deportivas, porque la heteroestructura

del deporte opera como la factoría donde se produce indistintamente negocios y ese revestimiento simbólico que es lo *deportivo*. Muchas de las estructuras socioculturales cuando pierden ese revestimiento simbólico de carácter deportivo quedan desnudas: un club deportivo que en el fondo es un bar (Alonso, 2012), un club a secas (centro de reunión y convivencia de gentes con intereses comunes), un escenario sociocultural de los tantos que hay (un trozo singular de la sociedad), etcétera. Cuando al fútbol lo reducimos a su mínima expresión factual ocurre lo mismo que con la imagen de una virgen o un santo: quedan reducidos a madera policromada y costosos ropajes.

Las posibles salidas a este atolladero donde quedan ataradas las preguntas y las respuestas hipotéticas dependerán de cada uno de nosotros, y no van a contentar ni a tirios ni a troyanos. Si nos ponemos materialistas, el fútbol es un juego, un pasatiempo, una empresa. No obstante, pensemos, por ejemplo, que la mejor metonimia del fútbol es el balón. Supongamos que por un momento éste representa todo tipo de anhelos, sueños e ilusiones asociados al fútbol, aunque todos sabemos que sólo encierra aire. Esto es, si rajásemos los humanos anhelos, sueños e ilusiones de los aficionados y mirásemos lo que hay dentro, encontraríamos que polvo somos y polvo seremos. Pero el fútbol también enseñaría, consciente o inconscientemente, lo que ya nos desveló don Francisco de Quevedo sobre el amor:

Alma, a quien todo un dios prisión ha sido,
 venas, que humor a tanto fuego han dado,
 médulas, que han gloriosamente ardido,

su cuerpo dejará, no su cuidado;
 serán ceniza, mas tendrá sentido;
 polvo serán, mas polvo enamorado.¹

¹ Soneto de Francisco de Quevedo: *Amor constante más allá de la muerte*, puede consultarse en [<http://www.poes.as/fq48078.htm>].

Tantas y tantas horas de pasión y vidas dedicadas al fútbol (a seguir un juego) han acabado, muy posiblemente, en el olvido. Pero tantos esfuerzos –trozos de vidas que se han quemado o que han ardido– debieron y deben tener un sentido: quizá a estas alturas sólo sean polvo enamorado. Además de vidas jugadas, serían vidas gozadas, especialmente aquéllas que tuvieron o tienen la suerte de presenciar el fútbol bello. ¿Fútbol bello?

El más significativo paradigma de fútbol bello suele ser el fútbol *brasileiro*, pentacampeón mundial, que se jugó en la segunda mitad del siglo xx, y no por bello dejó de ser, llegado el momento, menos apasionante o menos eficaz. Con él, especialmente tras el Mundial de Suecia de 1958, el fútbol alcanzó en América del Sur la dimensión de las Bellas Artes y de lo sublime. Por poner algunos ejemplos míticos de fútbol sudamericano bello, obligado es recordar el Brasil o el Santos de Pelé, el River Plate en su versión *Máquina* (Muñoz, Labruna, Loustau, Moreno y Pedernera) maestros de Di Stéfano, el Uruguay de las cosechas mundialistas de 1930 y de 1950; sí, la de 1930, la “celeste” de Scarone –¿cuántos *socis culés* del Barça saben que Scarone, un ilustre ex barcelonista, tiene mejor palmarés internacional que Samitier, Kubala, Cruyff, Maradona o Messi? Desde entonces, ellos –todos– dejaron una herencia innegociable: se puede jugar al fútbol con maneras de ensueño... hacer poesía con el pie.

Es evidente que también en Europa se ha jugado excelentemente: la selección húngara de la década de 1950, el transgeneracional Real Madrid, rey de la Copa de Europa en la de 1960, el Ajax y la “Naranja Mecánica” de Johan Cruyff en la década de 1960, el Milan de Arrigo Sacchi en la de 1980, la selección española ganadora de las Eurocopas de 2008 y 2012 y del Mundial de 2010, o el Barça de Guardiola, Xavi, Messi, Iniesta, Valdés o Pedro con varias Ligas y Champions League, por sólo mencionar unos pocos. Si me preguntaran a mí que nombrase a algunos jugadores que pude ver en televisión aunque en vivo y en directo, a sabiendas que dejaré fuera a más de uno, citaría a Pelé, Beckenbauer, Cruyff, Sócrates, Maradona, Hugo Sánchez, Redondo,

Zidane; y más recientemente Iniesta, Messi, Xavi, Víctor Valdés y Pedro del Barcelona; Iker Casillas, Sergio Ramos y Cristiano Ronaldo del Madrid. De México, Rafa Márquez, Carlos Gullit Peña, Carlos Vela y Fernando Arce.

Estos nombres nos recuerdan que el fútbol es un juego al que le contagia la vida el ser humano, tanto el que lo juega como el que lo contempla. El sentido de esta aparente interacción tal vez sea más sencillo de lo que nos imaginamos. Esa parte de la humanidad que se relaciona de numerosas maneras con todo tipo de manifestaciones deportivas, en el fondo, lo que estaría haciendo es luchar contra la insatisfacción y el tedio, en ocasiones con el mismo empeño que contra el hambre, la intemperie u otras inclemencias. Es en este sentido que el fútbol sería un *instrumento* con el que se logra invocar y/o producir algunas de las sensaciones y emociones públicas más intensas y radicales de ciertos individuos: los jugadores y aficionados.

Quizá, si llegamos a comulgar con el juego intenso en su multidimensionalidad, con el fútbol bello, puede ocurrir que el hombre alcance ese favor que, según Lévi-Strauss, es el único que sabe merecer: parar, *desprenderse* y aprehender,

la esencia de lo que fue y continúa siendo más acá del pensamiento y más allá de la sociedad: en la contemplación de un mineral más bello que todas nuestras obras, en el perfume, más sabio que nuestros libros, respirado en el hueco de un lirio, o en el guiño cargado de paciencia, de serenidad y de perdón recíproco que un acuerdo involuntario permite a veces intercambiar con un gato (1988:468).

Hace ya algunas décadas, en el siglo pasado, escribí una columna de opinión titulada *Milonga del fútbol criollo* con motivo de un partido de la liga española de primera división, un Tenerife-Sevilla que enfrentaba en los banquillos a los entrenadores Bilardo con Valdano (ambos se proclamaron campeones del mundo en México 86) y sobre el césped a Diego Armando

Maradona con Fernando Redondo, y en aquel entonces ya aventuré:

Fue en Sudamérica donde poetizaron el movimiento del balón y los jugadores. Y por eso hoy, con tanto criollo, puede suceder como en aquel cuento de Borges (“El espejo y la máscara”), que unas cuantas palabras, que una sola línea, sea un poema que encierra la belleza; que unos cuantos gambeteos, un chanfle de zurda o una “folha seca” nos revele lo más lindo del fútbol y nos quede grabado como una milonga, como el recuerdo que justificará durante toda nuestra vida una pasión. La del fútbol, que es criollo (Alonso, 1993:23).

Llegados aquí resulta obvio que hace varias décadas que mi experiencia con el futbol me convenció de algo que ya tengo interiorizado y asumido: que esa criatura criolla, que ese deporte mestizo que es el futbol, puede llegar a crear formas plenas de poesía. Creo en la existencia de esa poemática que inscribe el futbolista con los pies y el balón, indistintamente, en el transparente espacio celeste o en el sólido espacio terrestre. El juego del futbolista es capaz de crear formas con espíritu e influjo propios o, lo que es más importante, capaces de captar la atención y suscitar la pasión del aficionado, del *connoisseur* y degustador del futbol. En sus mejores momentos, los más maravillosos, el juego del balón es capaz de encarnar las curvas de la mismísima belleza. Así es como la poesía del futbol crea todo un universo simbólico y el mismo futbol se hace un símbolo poético: un gesto fugaz pero hondo, encrucijada de sugerencias, dador de vigor vital.

Antes recordé que Jorge Luis Borges nos dijo que el arte necesita de *irrealidades visibles*. Este mismo autor, en un artículo memorable, “La muralla y los libros”, concluyó:

La música, los estados de la felicidad, la mitología, las caras trabajadas por el tiempo, ciertos crepúsculos y ciertos lugares,

quieren decirnos algo, o algo dijeron que no hubiéramos debido perder, o están por decir algo; esta inminencia de una revelación, que no se produce, es, quizá, el hecho estético (Borges, 1950).

Del fútbol, de su poesía y su poética, siempre se desprende un acontecimiento con forma de irrealidad visible que nos quiere decir algo. El juego del fútbol se manifiesta plenamente si estamos atentos, porque cada jugada, en cada lance del juego, la poética de las formas que orbitan en torno al balón nos dice algo; algo difícil de despreciar cuando se lo sabe sentir o, lo que es lo mismo, comprender. Luego, por supuesto que sí, estimados John Keats y Alfonso Reyes, no renunciaremos jamás a ningún objeto de belleza, engendrador de eternos goces, aunque se llame fútbol.

Referencias

- Adorno, Theodor, 1984, *Crítica cultural y sociedad*, Madrid, Sarpe.
- Agustino, José María, 1908, *Origen del football: la churra vasco-navarra. Nuevo juego de sport*, Buenos Aires, Tipografía L. Veggia.
- Alabarces, Pablo, 2000, “Los estudios sobre deporte y sociedad: objetos, miradas, agenda”, en P. Alabarces (comp.), *Peligro de gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*, Buenos Aires, Clacso, pp. 11-30.
- Alabarces, Pablo, 2002, *Fútbol y patria. El fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
- Alabarces, Pablo (comp.), 2003, *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*, Buenos Aires, Clacso.
- Alabarces, Pablo, 2009, “El deporte en América Latina”, *Razón y Palabra*, núm. 69, julio-agosto, pp.1-19, [<http://www.razonypalabra.org.mx/EL%20DEPORTE%20EN%20AMERICA%20LATINA.pdf>], consultado el 1 de junio de 2011.
- Alabarces, Pablo, 2010, “Entre la banalidad y la crítica: perspectivas de las ciencias sociales sobre el deporte en América Latina”, en S. Martínez (coord.), *Fútbol, espectáculo, cultura y sociedad*, México, Universidad Iberoamericana, pp. 1-30.

- Alonso de Caso, Francisco, 1924, *Futbol. Association y rugby*, Madrid, Biblioteca de Deportes Calpe.
- Alonso, Guillermo, 1995, *Deporte y producción de sentido: estudio sobre un club de fútbol aficionado*, tesis de doctorado, Barcelona, Universitat de Barcelona, Facultat de Geografia i Història, Departament d' Antropologia Social i Història d' Amèrica i Àfrica.
- Alonso, Guillermo y Luis Escala (coords.), 2012, *Offside/Fuera de Lugar. Futbol y migraciones en el mundo contemporáneo*, México, El Colegio de la Frontera Norte / AM Editores.
- Alonso Meneses, Guillermo, 1993, "Milonga del fútbol criollo", *El Día*, "Deportes", 5 de enero, p. 23.
- Alonso Meneses, Guillermo, 2012, "Heteroestructuras culturales e identidad al interior de un club de futbol de migrantes gallegos en Barcelona", en Guillermo Alonso y Luis Escala (coords.), *Offside/Fuera de Lugar. Futbol y migraciones en el mundo contemporáneo*, México, El Colegio de la Frontera Norte / AM Editores.
- Alonso Meneses, Guillermo y Juan Manuel Ávalos, 2013, "La investigación del futbol y sus nexos con los estudios de comunicación. Aproximaciones y ejemplos", *Comunicación y Sociedad*, núm. 20, julio-diciembre, pp. 33-64.
- Angelotti, Gabriel, 2010, *Chivas y tuzos. Íconos de México, identidades colectivas y capitalismo de compadres en el fútbol nacional*, México, El Colegio de Michoacán.
- Archetti, Eduardo, 1985, *Fútbol y ethos*, Buenos Aires, Flacso.
- Archetti, Eduardo, 2001, *El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Argullol, Rafael y Eugenio Trías, 1993, *El cansancio de occidente*, Barcelona, Destino.
- Arroyo, Eduardo, 1988, *Panamá Al Brown*, Barcelona, Círculo de Lectores.
- Arteta, Aurelio, 1994, "El ocaso del espectador de fútbol", *El País*, "Opinión", 23 de julio, [<http://elpais.com/diario/1994/07/>

- 23/opinion/774914408_850215.html], consultado el 6 de noviembre de 2013.
- Artusi, Luciano y Silvano Gabrielli, 1972, *Early Florence and the Historic game of calcio*, Florencia, Sansoni.
- Ashton, Thomas Southcliffe, 1950, *La Revolución Industrial, 1760-1830*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Backhouse, Hugo, 1962, *Entre los gauchos*, Barcelona, Labor.
- Barthes, Roland, 1991, *El imperio de los signos*, Madrid, Mondadori.
- Baudelaire, Charles, 1981, *El spleen de París*, Barcelona, Fontamara.
- Baudrillard, Jean, 1991, *La transparencia del mal. Ensayo sobre los fenómenos extremos*, Barcelona, Anagrama (Colección Argumentos).
- Bellah, Robert N., 1992, "Prefacio" en Paul Rabinow, *Reflexiones sobre un trabajo de campo en Marruecos*, Madrid, Júcar.
- Bernabé, Mónica, 2013, "Afganistán juega su primera liga de fútbol de mujeres", *El Mundo*, "Deportes", 22 de noviembre, [<http://www.elmundo.es/internacional/2013/11/22/528f0d2f6843417d718b4586.html>], consultado el 22 de noviembre de 2013.
- Biocca, Ettore, 1967, *Los yanoamas. El último paraíso*, Barcelona, Ferma.
- Blanchard, Kendall (ed.), 1986, *The many faces of Play*, Illinois, Human Kinetics Publishers.
- Blanchard, Kendall y Alice Cheska, 1986, *Antropología del deporte*, Barcelona, Bellaterra.
- Blanchot, Maurice, 1969, *L'Entretien infini*, París, Gallimard.
- Blasco Ibáñez, Vicente, 1958, *La vuelta al mundo de un novelista*, Barcelona, Planeta.
- Booth, Douglas, 1993, "The consecration of sport: Idealism in social science theory", *The International Journal of the History of Sport*, vol.10, núm. 1, pp. 1-19.
- Borges, Jorge Luis, 1950, "La muralla y los libros", *La Nación*, 22 de octubre, [<http://www.lanacion.com.ar/814407-la-muralla-y-los-libros>], consultado el 22 abril de 2014.

- Borges, Jorge Luis, 1980, *Nueva antología personal*, Barcelona, Bruguera.
- Borges, Jorge Luis, 1993, “El Sur”, *Artificios*, Madrid, Alianza.
- Borges, Jorge Luis, 1994, *El tamaño de mi esperanza*, Barcelona, Seix Barral.
- Bourdieu, Pierre, 1991, *La distinción*, Madrid, Taurus.
- Bourdieu, Pierre, 1993, “Deporte y clase social”, en Jean-Marie Brohm *et al.*, *Materiales de Sociología del deporte*, Madrid, La Piqueta, pp. 57-82.
- Brítez, Susana, 1991, “A las patadas por la Historia”, *Clarín*, “Suplemento Dominical”, Buenos Aires, 24 de marzo, pp. 9-10.
- Brohm, Jean-Marie, 1982, *Sociología política del deporte*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Brohm, Jean-Marie *et al.*, 1993, *Materiales de sociología del deporte*, Madrid, La Piqueta.
- Brohm, Jean-Marie, 1993, “20 tesis sobre el deporte”, en Jean-Marie Brohm *et al.*, *Materiales de sociología del deporte*, Madrid, La Piqueta, pp. 47-55.
- Buffoni, Adriano y Giuseppe Raso, 1986, *Calcio e psicoanalisi*, vol. I, Padua, Pragmark.
- Buford, Bill, 1992, *Entre los vándalos*, Barcelona, Anagrama.
- Burckhardt, Jacob, 1985, *La cultura del Renacimiento en Italia*, Madrid, Sarpe.
- Burgess, Anthony, 1989, “¿Merece la pena?”, *El País*, “Tribuna”, 18 de abril de 1989, [http://elpais.com/diario/1989/04/19/opinion/608940012_850215.html], consultado el 21 de noviembre de 2013.
- Buruma, Ian, 2001, *Anglomanía*, Barcelona, Anagrama.
- Caballero, Óscar, 1991, “El mundo será oval durante un mes”, *La Vanguardia*, “Deportes”, 6 de octubre, pp. 64-65.
- Caillois, Roger, 1986, *Los juegos y los hombres: la máscara y el vértigo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Camus, Albert, 1968, “Lo que le debo al fútbol”, en Eduardo Galeano (comp.), *Su majestad el futbol*, Montevideo, Arca.
- Canevacci, Massimo, 1993, “Imagen y sincretismo cultural”, *Antropológicas*, nueva época, núm 5, pp. 62-74.

- Cardín, Alberto, 1988, *Tientos etnológicos*, Madrid, Júcar.
- Cardín, Alberto, 1990, “Violencia y deporte”, *Luego*, núms. 18-19, junio, pp. 88-91.
- Cardín, Alberto, 1994, *Dialéctica y canibalismo*, Barcelona, Anagrama.
- Cardós, Amalia, 1992, “Donde los dioses jugaban... (del juego de pelota en el área maya)”, en Museu Etnològic, *El juego de pelota en el México precolombino y su pervivencia en la actualidad*, Barcelona, Fundació Folch / Ajuntament de Barcelona, pp. 92-104.
- Carpentier, Alejo, 1992, *El acoso*, Barcelona, Seix Barral.
- Castells, Manuel, 1999, “Identidad, estado, trabajo, tiempo y espacio en la sociedad red: contribución a un debate abierto”, *Reis*, vol. 86, abril-junio, pp. 387-398.
- Castro, Marcia, 1992, “El juego de pelota en la costa del Golfo. Inicio y culminación del rito”, en Museu Etnològic, *El juego de pelota en el México precolombino y su pervivencia en la actualidad*, Barcelona, Fundació Folch / Ajuntament de Barcelona, pp. 76-91.
- Chagnon, Napoleón, 1981, “Los yanomamis”, en Edward Evans-Pritchard (dir.), *Pueblos de la Tierra*, vol. x, Barcelona, Salvat.
- Chatwin, Bruce, 1987, *En la Patagonia*, Barcelona, Muchnik.
- Clifford, James y George E. Marcus, 1991, *Retóricas de la Antropología*, Madrid, Júcar.
- Cohen, Marcelo, 1979, “Elogio del fútbol”, *El País*, “Opinión”, 18 de abril, [http://elpais.com/diario/1979/04/18/opinion/293234410_850215.html], consultado el 12 de noviembre de 2013.
- Culin, Stewart, 1992, *Games of the North American Indians*, vol. I “Games of Chance”; vol. II “Games of skill”, Nebraska, University of Nebraska Press.
- DaMatta, Roberto *et al.*, 1982, *Universo do Futebol: esporte e sociedade Brasileira*, Río de Janeiro, Pinakotheke.
- DaMatta, Roberto *et al.*, 2009, “Sport in society. An essay on Brazilian football”, *Vibrant*, vol. 6, núm. 2, pp. 98-120.

- Davidson, Basil, 1988, *As Ilhas Afortunadas. Um estudo sobre África em transformação*, Lisboa, Nosso Mundo Caminho.
- Delgado, José María, 1943, *Sport, Discursos, versos, semblanzas*, Montevideo, Talleres gráficos de A. Monteverde y Cía.
- Delgado Ruiz, Manuel, 1986, *De la muerte de un Dios*, Barcelona, Península.
- Delgado Ruiz, Manuel, 1988, "Prólogo" en Lévi-Strauss, *Tristes trópicos*, Barcelona, Paidós, pp. 11-16.
- Delgado Ruiz, Manuel, 1992, *La festa a Catalunya, avui*, Barcelona, Barcanova.
- Delgado Ruiz, Manuel, 1993, *Las palabras de otro hombre, anti-clericalismo y misoginia*, Barcelona, Muchnik.
- Deshaies, Jean-Louis, 1987, *Football, spectacle et violence*, París, Chiron.
- Devereux, George, 1973, *Ensayos de etnopsiquiatría general*, Barcelona, Barral.
- Diem, Carl, 1966, *Historia de los deportes*, tomos I y II, Barcelona, Luis de Caralt.
- Dunning, Eric, 1992, "A Remembrance of Norbert Elias", *Sociology of Sport Journal*, vol. 9, núm. 1, pp. 95-99.
- Dunning, Eric, 1993, "Reflexiones sociológicas sobre el deporte, la violencia y la civilización", en Jean-Marie Brohm *et al.*, *Materiales de sociología del deporte*, Madrid, La Piqueta, pp. 83-108.
- Dunning, Eric, Patrick Murphy y John M. Williams, 1988a, *The Roots of Football Hooliganism. An Historical and Sociological Study*, Londres, Routledge.
- Dunning, Eric, 1988b, "'Informales', 'pandillas de grada' y 'compañía de pelea': hacia una explicación sociológica del vandalismo en el fútbol", en D. Riches (ed.), *El fenómeno de la violencia*, Madrid, Pirámide.
- Durkheim, Émile, 1978, *Las reglas del método sociológico*, Madrid, Akal.
- Eco, Umberto, 1981, *La estructura ausente*, Barcelona, Lumen.
- Eitzen, D. Stanley, 1984, *Sport in Contemporary Society. An Anthology*, Nueva York, St. Martin's Press.

- Elias, Norbert, 1989, *El proceso de la civilización*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Elias, Norbert, 1994, “Esport i Violència”, *Quaderns de l’Institut Català d’Antropologia*, núm. 7, pp. 99-117.
- Elias, Norbert y Eric Dunning, 1992, *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- Enciclopedia Mundial del Fútbol (EMF), 1981, *Enciclopedia Mundial del Fútbol*, 9 tomos, Barcelona, Océano.
- Escala Rabadán, Luis, 2012, “Migración, redes sociales y clubes de futbol de los migrantes hidalguenses en Estados Unidos”, en Guillermo Alonso y Luis Escala (coords.), *Offside/Fuera de Lugar. Futbol y migraciones en el mundo contemporáneo*, México, El Colegio de la Frontera Norte / AM Editores, pp. 133-150.
- Estrázulas, Enrique, 1969, *Carlos de la Púa: mientras viva un poeta, un ladrón y una puta. Con Selección de poemas de La crencha engrasada*, Montevideo, Tauro.
- Fábregas Puig, Andrés, 2001, *Lo sagrado del Rebaño. El futbol como integrador de identidades*, Zapopan, El Colegio de Jalisco.
- Fábregas Puig, Andrés, 2006, “Chiapas: futbol y modernidad”, *Revista Pueblos y Fronteras digital. Historia y Antropología del deporte*, núm. 2, Universidad Nacional Autónoma de México [http://www.pueblosyfronteras.unam.mx/a06n2/pdfs/n2_art6.pdf], consultado el 27 de octubre de 2014.
- Fábregas Puig, Andrés, 2012, “Chicago: futbol, identidad, migración”, en Guillermo Alonso y Luis Escala (coords.), *Offside/Fuera de Lugar. Futbol y migraciones en el mundo contemporáneo*, México, El Colegio de la Frontera Norte / AM Editores, pp. 47-62.
- Federación Mexicana de Fútbol Asociación, A.C. (s/f), [<http://www.femexfut.org.mx/portav2/index.html>].
- Fernández Buey, Francisco, 1991, “Entrevista”, *El País*, “Cultura”, 19 de octubre, pp. 33.
- Fernández Moreno, César, 1972, *Argentina*, Barcelona, Destino.
- Finn, Garry P. T., 1991a, “Racism, Religion and Social Prejudice: Irish Catholic Clubs, Soccer and Scottish Society - I The

- historical roots of prejudice”, *The International Journal of the History of Sport*, vol. 8, núm. 1, mayo, pp. 72-95.
- Finn, Garry P. T., 1991b, “Racism, Religion and Social Prejudice: Irish Catholic Clubs, Soccer and Scottish Society - II Social Identities and Conspiracy Theories”, *The International Journal of the History of Sport*, vol. 8, núm. 3, diciembre, pp. 370-397.
- Foster, Jonathan, 1994, “Violencia en barbecho”, *El País*, “Deportes”, 21 de julio, p. 33.
- Freud, Sigmund, 1977, *Psicología de las masas. Más allá del principio placer. El porvenir de una ilusión*, Madrid, Alianza.
- Freud, Sigmund, 1990, *El malestar en la cultura*, Madrid, Alianza.
- Fulford, Pryce-Jones, 1985, “El Londres Victoriano y Eduardiano”, en Arnold J. Toynbee (ed.), *Ciudades de destino (de Atenas a Nueva York)*, Madrid, Sarpe.
- Galeano, Eduardo, 1968, *Su majestad el fútbol*, Montevideo, Arca.
- Galeano, Eduardo, 1990, *Memoria del Fuego 3: El siglo del viento*, Madrid, Siglo XXI.
- Galeano, Eduardo, 1993, *El libro de los abrazos*, Madrid, Siglo XXI.
- Galeano, Eduardo, 1995, *El fútbol a sol y sombra*, Madrid, Siglo XXI.
- García Castell, Joan, 1968, *Història del futbol català*, Barcelona, Aymà.
- Gebauer, Günter, 2006, “Los dioses del fútbol”, *El País*, “Opinión”, Madrid, 9 de julio, p. 11.
- Geertz, Clifford, 1992, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa.
- Gil, Gilson, 1994, “O drama do ‘futebol-arte’: o debate sobre a seleção nos anos 70”, *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, año 9, núm. 25, junio, pp. 100-109.
- Gillet, Bernard, 1971, *Historia del deporte*, Barcelona, Oikos-tau.
- Giraudoux, Jean, 1997 [1933], “Prefacio a *La gloire du football*” [documento anexo], en Alfred Wahl, *Historia del fútbol, del juego al deporte*, Barcelona, Ediciones Grupo Zeta, pp. 114-116.

- Gluckman, Max, 1978, *Política, derecho y tribal en la sociedad ritual*, Madrid, Akal.
- Gluckman, Mary y Max Gluckman, 1983, "On Drama, and Games and Athletic Contests", en Janet C. Harris, Roberta J. Park (eds.), *Play, Games and Sports in Cultural Contexts*, Illinois, Human Kinetics Publishers, pp. 191-209.
- Gómez Pin, Víctor, 1990, "... Y el domingo por la tarde", *El País*, "Opinión", Madrid, 18 de mayo de 1990, [http://elpais.com/diario/1990/05/18/opinion/642981610_850215.html], consultado el 12 de noviembre de 2013.
- González Alcantud, José Antonio, 1993, *Tractatus ludorum*, Barcelona, Anthropos.
- González Echevarría, Aurora y Teresa San Román, 1983, "El estudio del parentesco: una primera aproximación", en Aurora González Echevarría, Teresa San Román y Ramón Valdés, *Tres escritos introductorios al estudio del parentesco y una bibliografía general*, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, Publicacions d'Antropologia Cultural, pp. 9-30.
- Granville Armyne, Lord Gordon, 1902, *Sporting reminiscences*, Londres / Nueva York, G. Richards / E.P. Dutton & co.
- Guttman, Allen, 1978, *From Ritual to Record: The Nature of Modern Sports*, Columbia University.
- Harris, Janeth C. y Roberta J. Park (eds.), 1983, *Play, Games and Sports in Cultural Contexts*, Illinois, Human Kinetics Publishers.
- Harris, Marvin, 1985, *El desarrollo de la teoría antropológica. Historia de las teorías de la cultura*, Madrid, Siglo XXI.
- Hobsbawm, Eric John, 1974, *Las revoluciones burguesas*, vol. I y II, Madrid, Guadarrama.
- Hobsbawm, Eric John, 1992, *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Barcelona, Crítica.
- Honneth, Axel, 1988, "Postmodernidad", en Román Reyes (dir.), *Terminología científico-social*, Barcelona, Anthropos, pp. 627-642.

- Huizinga, Johan, 1987, *Homo ludens*, Madrid, Alianza Editorial.
- Hunter, David E. y Phillip Whitten, 1981, *Enciclopedia de Antropología*, Barcelona, Bellaterra.
- Huxley, Aldous, 1960, *El fin y los medios*, Buenos Aires, Hermes.
- Huxley, Aldous, 1985, *Un mundo feliz*, México, Editores Mexicanos Unidos.
- Huyssen, Andreas, 1988, “Cartografía del postmodernismo”, en Josep Picó (comp.), *Modernidad y postmodernidad*, Madrid, Alianza.
- Imbelloni, José, 1953, *Epítome de culturología*, Buenos Aires, Editorial José Anesi.
- Jeu, Bernard, 1991, *Análisis del deporte*, Barcelona, Bellaterra.
- Jiménez de Parga, Manuel, 1992, “En la selva de los estadios”, *La Vanguardia*, “Opinión”, 22 de marzo, p. 34.
- Kapuscinski, Ryszard, 1992, *La guerra del fútbol. Y otros reportajes*, Barcelona, Anagrama.
- Kon, Daniel, 1982, *Los chicos de la guerra*, Buenos Aires, Editorial Galerna.
- Krauze, Enrique, 1994, “México en un balón”, *El País*, “Opinión”, Madrid, 28 de junio de 1994 [http://elpais.com/diario/1994/06/28/opinion/772754409_850215.html], consultado el 12 de noviembre de 2013.
- Larqué, Jean-Michel, 1987, *Du football*, París, Lieu Commun.
- Lasplazas, José L. y Alberto Maluquer, 1959, *Enciclopedia de los deportes*, Barcelona, Gassó Hnos.
- Le Bon, Gustav, 2000, *Psicología de las masas*, Madrid, Ediciones Morata.
- Le Floc’hmoan, Jean, 1969, *La génesis de los deportes*, Barcelona, Labor.
- Lever, Janet, 1985, *La locura por el fútbol*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Lévi-Strauss, Claude, 1965, *El totemismo en la actualidad*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Lévi-Strauss, Claude, 1974, *Estructuralismo y ecología*, Barcelona, Anagrama.

- Lévi-Strauss, Claude, 1975a, *El pensamiento salvaje*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Lévi-Strauss, Claude, 1975b, “Las tres fuentes de la reflexión etnológica”, en Josep Ramón Llobera (coord.), *La antropología como ciencia*, Barcelona, Anagrama, pp. 15-24.
- Lévi-Strauss, Claude, 1988, *Tristes trópicos*, Barcelona, Paidós.
- Linaza, Josetxu y Antonio Maldonado, 1987, *Los juegos y el deporte en el desarrollo psicológico del niño*, Barcelona, Anthropos.
- Lisbona Guillén, Miguel, 2006, “Apuntes sobre la práctica deportiva en Chiapas (1910-1940)”, *Revista Pueblos y Fronteras digital. Historia y Antropología del deporte*, núm. 2, [http://www.pueblosyfronteras.unam.mx/a06n2/pdfs/n2_art5.pdf], consultado el 27 de octubre de 2014.
- López Austin, Alfredo, 1993, “Los juegos mexicanos: reedición de la introducción”, *Antropológicas*, núm. 6, abril, pp. 22-28.
- Lorenz, Karl, 1988, *Sobre la agresión*, Madrid, Alianza.
- Lotman, Juri Mijáilovich y Boris Andreyevich Uspensky, 1979, “Sobre el mecanismo semiótico de la cultura”, en Juri Mijáilovich Lotman y Escuela de Tartu, *Semiótica de la cultura*, Madrid, Cátedra, pp. 67-92.
- Magazine, Roger, Samuel Martínez y Jacques Ramírez, 2010, “Las rivalidades futbolísticas y la construcción de la nación. Una comparación entre México y Ecuador”, *Íconos, Revista de Ciencias Sociales*, núm. 36, enero, pp. 157-169.
- Magnane, Georges, 1966, *Sociología del deporte*, Barcelona, Edicions 62.
- Malinowski, Bronislaw, 1991, *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje*, Barcelona, Ariel.
- Mandell, Richard D., 1986, *Historia cultural del deporte*, Barcelona, Bellaterra.
- Manning, Frank E. (ed.), 1983, *The World of Play: Proceedings of the 7th Annual Meeting of the Association of the Anthropological Study of Play*, Nueva York, Leisure Press.
- Marías, Julián, 1973, *Sobre Hispanoamérica*, Madrid, Revista de Occidente.

- Martin, Phyllis M., 1991, "Colonialism, youth and Football in French Equatorial Africa", *The International Journal of the History of Sport*, vol. 8, núm. 1, mayo, pp. 56-71.
- Martínez, Saúl (coord.), 2010, *Fútbol, espectáculo, cultura y sociedad*, México, Universidad Iberoamericana.
- Marx, Karl, 1982, *El Capital*, 3 tomos, México, Fondo de Cultura Económica.
- Massey, Douglas S. et al., 1987, *Return to Aztlan: The Social Process of International Migration from Western Mexico*, Berkeley, University of California Press.
- Massey, Douglas S., Rafael Alarcón, Jorge Durand y Humbert González, 1991, *Los Ausentes. El proceso social de la migración internacional en el occidente de México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Alianza.
- Mateo, Juan José, 2006, "Las malas artes", *El País*, "Deportes", 16 de julio, p. 37.
- Matos Moctezuma, Eduardo, 1993, *Guía oficial. Templo Mayor*, México, INAH / Salvat.
- Maurois, André, 1997 [1933], "Discurso del señor André Maurois, de la Academia Francesa, en el sesenta aniversario del fútbol francés (1949)" [documento anexo], en Alfred Wahl, *Historia del fútbol, del juego al deporte*, Barcelona, Ediciones Grupo Zeta, pp. 117-121.
- Meneses Cárdenas, Santiago, 2012, "El sueño a-mexicano: Migraciones en el futbol mexicano", en Guillermo Alonso y Luis Escala (coords.), *Offside/Fuera de Lugar. Futbol y migraciones en el mundo contemporáneo*, México, El Colegio de la Frontera Norte / AM Editores, pp. 215-236.
- Menotti, César Luis y Ángel Cappa, 1986, *Fútbol sin trampa: en conversaciones con Ángel Cappa*, Barcelona, Muchnik.
- Meynaud, Jean, 1972, *El deporte y la política*, Barcelona, Hispano Europea.
- Mordillo, Guillermo, 1989, "Entrevista", *La Vanguardia*, "Suplemento Dominical", 29 de mayo, pp. 21-22.
- Morris, Desmond, 1982, *El deporte rey*, Barcelona, Argos Vergara.

- Murphy, Patrick, John M. Williams y Eric Dunning, 1990, *Football on trial: Spectator violence and development in the football world*, Londres, Routledge.
- Museu Etnològic, 1992, *El juego de pelota en el México precolombino y su pervivencia en la actualidad*, Barcelona, Fundació Folch / Ajuntament de Barcelona.
- Negri, Antonio, 1988, "Postmodernidad", en Román Reyes (dir.), *Terminología científico-social*, Barcelona, Anthropos, pp. 642-660.
- Nieto, José Antonio, 1989, *Cultura y sociedad en las prácticas sexuales*, Madrid, Fundación Universidad-Empresa.
- Nolla Durán, Jaime, 1976, *Ayer y hoy del futbol catalán*, Barcelona, Federación Catalana de Futbol.
- Ochoa, Patricia, 1992, "La pelota prehispánica y el origen del juego en el altiplano central", en Museu Etnològic, *El juego de pelota en el México precolombino y su pervivencia en la actualidad*, Barcelona, Fundació Folch / Ajuntament de Barcelona, pp. 26-38.
- Ortega y Gasset, José, 1966, "El origen deportivo del estado", en José Ortega y Gasset, *Obras Completas II*, Madrid, Revista de Occidente, pp. 607-624.
- Ortega y Gasset, José, 1980, *La rebelión de las masas*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Ortega y Gasset, José, 1981, *¿Qué es filosofía?*, Madrid, Alianza / Revista de Occidente.
- Ortiz, Fernando, 1947, *El Huracán. Su mitología y sus símbolos*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Ortiz, Fernando, 2010, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Madrid, Cátedra.
- Panzeri, Dante, 1967, *Fútbol: dinámica de lo impensado*, Buenos Aires, Paidós.
- Papini, Giovanni, 1963, *El Diablo*, Barcelona, AHR.
- Pescador, Juan Javier, 2012, "¡Vamos, Taximaroa! Asociaciones de futbol mexicanas/chicanas y comunidades transnacionales/translocales, 1967-2002", en Guillermo Alonso y Luis

- Escala (coords.), México, *Offside/Fuera de Lugar. Fútbol y migraciones en el mundo contemporáneo*, El Colegio de la Frontera Norte / AM Editores, pp. 29-46.
- Pivato, Stefano, 1991, "Soccer, Religion, Authority: Notes On The Early Evolution of Association Football in Italy", *The International Journal of the History of Sport*, vol. 8, núm. 3, diciembre, pp. 426-428.
- Polanyi, Karl, 1947, *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Claridad.
- Prat, Joan, Ubaldo Martínez, Jesús Contreras e Isidoro Moreno (eds.), 1991, *Antropología de los pueblos de España*, Madrid, Taurus.
- Pujadas, Juan José y Dolors Comas, 1991, "Identidad catalana y símbolos culturales", en Joan Prat, Ubaldo Martínez, Jesús Contreras e Isidoro Moreno (eds.), *Antropología de los pueblos de España*, Madrid, Taurus, pp. 647-651.
- Rabinow, Paul, 1992, *Reflexiones sobre un trabajo de campo en Marruecos*, Madrid, Júcar.
- Reimann, Guillermo, 1993, "Entrevista a Oscar Washington Tabaré", *Mate Amargo*, 13 de enero, pp. 10-24.
- Reuters, 2002, "Regresa el fútbol a las canchas de muerte", *La Jornada*, "Al cierre", Kandahar, Afganistán, 19 de enero, p. 35.
- Reyes, Román (dir.), 1988, *Terminología científico-social*, Barcelona, Anthropos.
- Riches, David, 1988, *El fenómeno de la violencia*, Madrid, Pirámide.
- Rico, Pedro, 1930, *El "sport" en España. Amateurs y profesionales*, Madrid, Javier Morata editor.
- Rodríguez Marcos, Javier, 2012, "Repetición de la jugada", *El País*, "Babelia", 2 de junio, p. 6.
- Rosenblueth, Arturo, 1970, *Mente y cerebro*, México, Siglo XXI.
- Rubio Carracedo, José, 1973, *¿Qué es el hombre?: El desafío estructuralista*, Madrid, Editorial Ricardo Aguilera.
- Sádaba, Javier, 1988, "Crisis de la postmodernidad", en Román Reyes (dir.), *Terminología científico-social*, Barcelona, Anthropos, pp. 660-670.

- Sahagún, Fray Bernardino, 1999, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, México, Porrúa.
- Salter, Michael A., 1983, "Classic game, classic people: ball games of the lowland Maya", en Frank E. Manning (ed.), *The world of play: Proceedings of the 7th Annual Meeting of the Association of the Anthropological Study of Play*, Nueva York, Leisure Press, pp. 223-267.
- Samaranch, Juan Antonio [entrevista], 2000, por Juan-José Fernández, "Los juegos han sido casi perfectos, quizá los mejores", *El País*, "Deportes", Australia, 1 de octubre, p. 27.
- Sánchez Ferlosio, Rafael, 1992, "Juegos y deportes", *El País*, "Opinión", Madrid, 9 de octubre, [http://elpais.com/diario/1992/08/09/opinion/713311212_850215.html], consultado el 5 de diciembre de 2013.
- Sánchez Robayna, Andrés, 1981, *Tinta*, Barcelona, Llibres del Mall.
- Sánchez Robayna, Andrés, 1983, *Tres estudios sobre Góngora*, Barcelona, Llibres del Mall.
- Santamaría Gómez, Arturo, 2012, "Familia y fútbol entre inmigrantes hispanos en Estados Unidos", en Guillermo Alonso y Luis Escala (coords.), *Offside/Fuera de Lugar. Fútbol y migraciones en el mundo contemporáneo*, México, El Colegio de la Frontera Norte / AM Editores, pp. 109-132.
- Saussure, Ferdinand de, 1972, *Curso de Lingüística general*, Buenos Aires, Losada.
- Savater, Fernando, 1988, "Prólogo", en Eduardo Arroyo, *Panamá Al Brown*, Barcelona, Círculo de Lectores, pp. 2-10.
- Savater, Fernando, 1995, *Diccionario filosófico*, Barcelona, Planeta.
- Serra, Mari Carmen y Karina Rebeca Durand, 1992, "El juego de pelota en Mesoamérica", en Museu Etnològic, *El juego de pelota en el México precolombino y su pervivencia en la actualidad*, Barcelona, Fundació Folch/ Ajuntament de Barcelona, pp. 17-25.
- Shakespeare, William, 1985, *El rey Lear. Othello*, traducción de José María Valverde, Barcelona, Planeta.
- Shaw, Duncan, 1987, *Fútbol y franquismo*, Barcelona, Planeta.

- Suburu, Nilo J., 1968, *Primer diccionario del fútbol*, Montevideo, Tauro.
- Taladoire, Eric, 2000, "El juego de pelota mesoamericano. Origen y desarrollo", *Arqueología Mexicana*, núm. 44, pp. 20-27.
- Tenenti, Alberto, 1985, *El Renacimiento*, Madrid, Sarpe.
- Thomas, Raymond; Antoine Haumont y Jean-Louis Levet, 1988, *Sociología del deporte*, Barcelona, Bellaterra.
- Titiev, Mischa, 1985, *Introdução à antropologia cultural*, Lisboa, Fundação Calouste Gulbenkian.
- Tomic, Mirjana, 1990, "138 heridos, 79 de ellos policías, en el 'día más negro del fútbol yugoslavo'", *El País*, "Deportes", 15 de mayo, [http://elpais.com/diario/1990/05/15/deportes/642722411_850215.html], consultado el 11 de noviembre de 2012.
- Touchard, Pierre-Aimé, 1978, *Dioniso, Apología del teatro. O amador de teatro. Ou a regra do jogo*, Sao Paulo, Brazil, Cultrix.
- Toynbee, Arnold J., (comp.), 1985, *Ciudades de destino (de Atenas a Nueva York)*, Madrid, Sarpe.
- Tranter, Neil, 1993, "The first football club?", *The International Journal of the History of Sport*, vol. 10, núm. 1, pp. 104-107.
- Turner, Victor, 1983, "Play and drama: the horns of a dilemma", en Frank E. Manning, (ed.), *The world of play: Proceedings of the 7th Annual Meeting of the Association of the Anthropological Study of Play*, Nueva York, Leisure Press, pp. 217-224.
- Tylor, Edward Burnett, 1879, "The history of games", *Popular Science Monthly*, vol. 15, junio, pp. 225-237.
- Umminger, Walter, 1964, *Héroes, dioses, superhombre*, Barcelona, Delos-Aymá.
- Unamuno, Miguel de, 1983, *En torno al casticismo*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Valdano, Jorge, 1990, "La derrota más grande del mundo", *El País*, "Deportes", 24 de junio, p. 34.
- Valdano, Jorge, [declaraciones], 1992a, *La Gaceta de Canarias*, 24 de mayo, p. 25.

- Valdano, Jorge [entrevista], 1992b, por Ezequiel Pérez, “Entrevista con Jorge Valdano”, *La Gaceta de Canarias*, “Deportes”, 12 de junio, pp. 22-23.
- Valdano, Jorge, 1994, “Fútbol y cultura”, *El País*, “Deportes”, 12 de julio, [http://elpais.com/diario/1994/07/12/opinion/773964009_850215.html], consultado el 22 de noviembre de 2013.
- Vázquez Montalbán, Manuel, 1989, *El delantero centro fue asesinado al atardecer*, Barcelona, Planeta.
- Vázquez Montalbán, Manuel, 1993, “Columna de fútbol”, *El País*, “Opinión”, 3 de octubre, p. 25.
- Verdú, Vicente, 1980, *El fútbol, mitos, ritos y símbolos*, Madrid, Alianza.
- Villoro, Juan, 2006, *Dios es redondo*, México, Planeta.
- Vinnai, Gerhard, 1974, *El fútbol como ideología*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Wagg, Stephen, 1984, *The football world. A contemporary social history*, Brighton, The Harvester Press.
- Wahl, Alfred, 1997, *Historia del fútbol, del juego al deporte*, Barcelona, Ediciones Grupo Zeta (Colección Biblioteca de bolsillo Claves, 5).
- White, Leslie A., 1977, “Culturología”, *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, Madrid, Aguilar.
- Wittgenstein, Ludwig, 1985, *Tratado lógico-filosófico – Investigações filosóficas*, Lisboa, Fundação Calouste Gulbenkian.
- Worsley, Peter, 1971, *El tercer mundo. Una fuerza vital en los asuntos internacionales*, México, Siglo XXI.

En busca de la poesía del fútbol.
Una aproximación a su genealogía, rasgos
culturales y sentido, de Guillermo Alonso Meneses,
se terminó de imprimir en diciembre de 2014,
en Comersia Impresiones, S. A. de C. V.,
Insurgentes 1793, colonia
Guadalupe Inn, delegación
Álvaro Obregón, 01020, México, D.F.
El cuidado de la edición estuvo a cargo de la Coordinación
de Publicaciones de El Colegio de la Frontera Norte.
Se tiraron 500 ejemplares.